

Todo Moderno

SIGNIFICADOS DE LA MODERNIZACIÓN
EN LA SIERRA COLOMBIANA

Todo Moderno

SIGNIFICADOS DE LA MODERNIZACIÓN
EN LA SIERRA COLOMBIANA

JASON ANTROSIO



TODO MODERNO
Significados de la modernización en la sierra colombiana
Jason Antrosio

1a. edición Ediciones Abya-Yala
Av. 12 de Octubre 14-30 y Wilson
Casilla 17-12-719
Telef: 2506-251 / 2506-247
Fax: (593 2) 2506-255 / 2506-267
e-mail: editorial@abyayala.org
[http://: www.abayala.org](http://www.abayala.org)

Diagramación: Ediciones ABYA - YALA

ISBN 13: 978-9978-22-670-4

Impresión: Producciones Digitales Abya - Yala
Quito - Ecuador

Impreso en Quito-Ecuador, 2008

Agradecimientos

Primero y ante todo agradezco a la gente de Túquerres, quienes con cariño compartían sus vidas y sus hogares conmigo. Gracias especialmente a Alejandro, Amparo, Arturo, Berta, Blanca Nieves, Campo, Edgar, Carlos, Carmenza, Edgar, Eduardo, Elvira, Francisco, Germán, Gloria, Guillermo, Hernando, José, Juan Bosco, Julio, Lilia, Magali, Manuel, Marina, Mario, Marta, Maruja, Mauro, Miguel Ángel, Mónica, Olga, Paola Andrea, Rosa María, Rosalva, Rosia y Silvio. Durante el tiempo en el cual estuve escribiendo este trabajo, como tesis doctoral, Gillian Feeley-Harnik ofrecía consejos y técnicas de cómo escribir. Recibí ayuda sustancial del grupo de escritores Escritor dirigido por Gyan Pandey y con la participación de George Baca, Bernadette Driscoll Engelstad, Sarah Hill, Christopher McIntyre, Carlos Madrid, Eric Rice, Hanan Sabea y David Scott. Luego del grupo formal, recibía ayuda de George Baca y Gyan Pandey. Joanne Rappaport y Sidney W. Mintz me dieron consejos y comprensión esencial. Joanne Rappaport compartió su casa y sus archivos que fueron valiosos para la reconstrucción histórica. También agradezco a muchos otros, quienes han sacrificado su tiempo para comentar las ideas o partes de este trabajo. Agradecimiento especial a Sallie Han, quien me ayudó en cada fase de este proyecto. Una beca de la Fundación Tyng de Williams College financió la inves-

tigación inicial en Túquerres. La Fundación Nacional de Ciencias Estadounidense financió el estudio etnográfico subsiguiente. En los últimos dos años, la ayuda de Hartwick College, y de su “Faculty Research Grant” ha sido importante para continuar los estudios y completar este trabajo.

Por esta traducción al español, el apoyo de la historiadora ecuatoriana Pilar Cruz Zúñiga ha sido indispensable. He traducido también textos que eran originalmente en inglés. Todos los errores son míos.

Índice

Prólogo	9
Introducción.....	11
El camino del progreso y el semi-bárbaro.....	45
Todo moderno.....	113
Agricultura: tradición, ciencia, y experiencia.....	183
La modernización estatal.....	243
Política sana.....	289
Comunidad	337
Conclusión	379
Bibliografía	385

Prólogo

La obra presente es una traducción, con algunas modificaciones, de mi tesis doctoral, que se basa en una investigación empezada en 1994; la mayoría de los datos fueron colectados durante 1996, 1997, y en unas dos semanas de 1998. El análisis y la escritura demoraron hasta el año 2000, cuando presenté la obra completa en inglés. Hice un borrador de la traducción en el año 2002, y la historiadora ecuatoriana Pilar Cruz Zúñiga me ha ayudado a corregirlo y revisarlo.

Lamento que hasta ahora no he podido presentar este libro en español. Además de por razones de seguridad, desde 1998, no he podido visitar a Túquerres. Indudablemente, muchas cosas han cambiado, y menciono algunos cambios en adelante. Sin embargo, creo que la obra sigue siendo relevante, no sólo para los habitantes de Túquerres, sino para muchos pueblos andinos y latinoamericanos donde hay elementos paralelos a los que pude grabar y analizar.

Algunos de los temas de este libro han sido publicados y citados en otras variantes. Lo que es el capítulo 2, aparece en forma editada y revisada como “Inverting Development Discourse in Colombia: Transforming Andean Hearths”, publicado por *American Anthropologist* (2002, vol. 104(2), pp. 1.110-1.122). Esta revisión contiene una perspectiva mucho más crítica de una literatura académica sobre los pro-

gramas de desarrollo. Sin duda, que esta perspectiva tendría un efecto en el marco total de la tesis.

Parte del capítulo 4 aparece en el artículo “Disappearing Act: Race and the Neoliberal State”, publicado por *Social Analysis* (2005, vol. 49(2), pp.199-204)”.

También el profesor Ben-Hur Cerón Solarte tuvo un borrador inicial de la traducción. Esto es lo que cita él en sus capítulos del libro *Historia Socio Espacial de Túquerres, Siglos XVI-XX* (mayo de 2003, Pasto, Colombia).

El mayor cambio es que la situación de seguridad en Túquerres se ha deteriorado en forma horrible. Ahora la región está en las miras del “Plan Colombia” y también han entrado los grupos paramilitares. Esta situación de inseguridad ha producido la anulación de los planes del estudio geotérmico que analizo en la conclusión de este libro. No obstante, creo que en general el tema que representaba el geotérmico tiene importancia: es decir, si va a imponer una “modernización” desde arriba, o si el impulso viene de la propia voluntad de la comunidad.

Uno de los temas de este libro es que la voluntad o el deseo de la comunidad no son unitarios. Siempre hay desacuerdos y perspectivas diferentes. Sin embargo, es seguro que los habitantes de Túquerres no quieren estar involucrados en esta guerra.

Jason Antrosio
Oneonta, New York
Julio, 2006

Introducción

“¡De la antigüedad, tenemos que llegar a la modernidad y luego a la posmodernidad!”

*Entrevista con un médico de Túquerres
(septiembre de 1997)*

Desde un mullido sofá en un apartamento lujoso, el médico tenía una vista magnífica de Bogotá y de su inmensa área urbana. El médico contaba la historia de Túquerres, su lugar de nacimiento y el lugar de mi estudio etnográfico. Desde esta vista de las calles animadas y los rascacielos de la capital colombiana, Túquerres parecía muy remoto. Ubicado en el departamento de Nariño, en la esquina sudoeste de Colombia (Figura 1), muchos colombianos nunca han oído hablar de este pueblo andino. Nariño es fronterizo con Ecuador, y la ciudad metropolitana más cercana es Quito, la capital ecuatoriana. De hecho, fue en Quito donde el médico se educó durante los años treinta, cuando Túquerres estaba aún más aislado del resto de Colombia: “en Quito casi todo Nariño se educó, la conexión no existía con Bogotá; era como un territorio aparte”.

No obstante, el médico afirmó que Túquerres una vez fue un lugar importante. Él habló de un camino viejo desde las regiones monta-

ñosas fértiles a las tierras bajas auríferas de Barbacoas y la costa, un eje de prosperidad comercial que benefició a las elites importantes:

En Túquerres había gente importante comercialmente que importaban; eran distribuidores. Había gente capacitada, la clase dirigente ilustrada que leía libros e importaron porcelanas, máquinas de escribir, pianos, violines, telas; era una sociedad adelantada en la cordillera occidental donde abundaban los metales y oro, minas de oro. En Túquerres había la distribución de elementos, herramientas, para que elaboraron estas minas. Era un sitio importantísimo, de un gran movimiento comercial y gente capacitada. Todo esto se terminó con el terremoto: salió la clase dirigente.

Según el médico, después del terremoto de 1936, la historia de Túquerres se transformó en una de decaimiento infortunado y oportunidad perdida. El médico habló de su “finquita” en Túquerres y cómo trabajó con otros dueños para transformar sus tenencias en fincas lecheras: “luchamos treinta años, hasta que con la ayuda de la misión holandesa se formó esta cooperativa para traer la inseminación artificial, modernizar, sembrar pastos”. El médico quisiera modernizar más y sembrar árboles, pero se frustró por los “indígenas”, quienes estaban “reviviendo” y quisieron “invadir” las fincas. Según el médico, los indígenas invadieron su finca, destruyeron la maquinaria y la casa. Los indígenas exigieron que INCORA, el Instituto Colombiano de la Reforma Agraria, interviniera y comprara tales fincas a “precios ridículos”, con el resultado de “desestabilizar la inversión” y destruir la producción capitalista racional.

“Nosotros no tenemos la presencia del Estado en Colombia, en la periferia”, se lamentó. Cuando él declaró que Colombia necesitaba caminos y comunicaciones para unir la capital y la periferia como en el Imperio romano, se puso más animado. Estaba convencido de que ellos todavía vivían en la “antigüedad” y que tenían que conseguir la “modernidad” y después la “posmodernidad”. Su conocimiento de la terminología posmoderna sólo le convenció de que la tarea de desarrollo adquirió aún mayor urgencia.¹

Figura 1
Colombia y área de estudio



Este mapa muestra la situación de Tùquerres dentro del Departamento de Nariño, del sudoeste colombiano. Tùquerres es equidistante de Pasto, la capital nariñense, e Ipiales, el pueblo fronterizo con el Ecuador. También es casi equidistante de los centros coloniales de Popayán y Quito. El mapa muestra la convergencia de las montañas andinas en Nariño; se divide en tres cadenas separadas al norte colombiano. El tránsito entre Nariño y Bogotá, la capital colombiana, involucraba un viaje arduo por las montañas.

Fuente: http://www.lib.utexas.edu/Libs/PCL/Map_collection/americas/Colombia.jpg

La concepción del médico de la posmodernidad como el punto más allá y mejor que la modernidad ilustra que su historia trata de la lucha para conseguir la modernización contra los obstáculos y las fuerzas contra-modernas. Él quiso traer la modernización a través de una presencia aumentada del Estado colombiano, ayudado por entidades internacionales como los técnicos holandeses. Esta es una versión oficial y totalizadora de modernización, monopolizada por las elites. Esta “modernización estatal” consolidaría la autoridad en el campo periférico. El médico vio a los indígenas como los antagonistas de la contra-modernización, con sus intentos en destruir la producción racional y capitalista. Sin embargo, los indígenas también pidieron la intervención aumentada del Estado colombiano a través del INCORA y solicitaban la ayuda de las entidades internacionales. De hecho, luego de las reformas neoliberales en Colombia, en los años noventa, que restringieron la intervención gubernamental directa en la economía, y con la atención internacional a los asuntos indígenas, la marcha de los sucesos se ha vuelto en contra del proyecto modernizador que propuso el médico. Desde los años noventa, los planes de modernización han enfatizado la neutralidad del Estado y su papel como protector de “derechos”, sobre todo, de “grupos más vulnerables” como los indígenas.

Como antropólogo de uno de los “países desarrollados” que el médico admiraba, yo era aprensivo y estaba dudoso de proyectos que pretendían traer el progreso y la modernización. Sobre todo cuando fueron promovidos por las elites adineradas, instituciones gubernamentales, entidades internacionales y académicos privilegiados; tales proyectos fueron muchas veces deficientes en la planeación y tenían fracasos en la ejecución. El intento explícito de llevar el Estado a la periferia ha sido un esfuerzo de monopolizar los significados de la modernización, mientras ha excluido otras personas y perspectivas. Tales proyectos han sido más eficaces para consolidar la dominación que el bienestar. Es un mundo donde ciertas personas que llegan a ser “doctores” poseen apartamentos lujosos en la ciudad y fincas en el campo, mientras que la inmensa mayoría lucha por su subsistencia básica en ínfimas parcelas rurales o en pobres barrios urbanos.

Al mismo tiempo, también yo dudaba de las pretensiones de la contra-modernización desde la periferia. Era demasiado fácil explicar esta resistencia dentro de la narrativa totalizadora de la modernización estatal. Las entidades internacionales y gobiernos nacionales han clamado a sus departamentos especiales para incorporar la problemática indígena en su agenda. La idealización del primitivo ha llegado a ser casi una parte normal del programa de la modernización estatal. Los funcionarios gubernamentales y las elites muchas veces tratan a los indígenas como grupos inalterables, esperando una exhibición cultural que deriva de su estilo de vida anterior al capitalismo y anterior a la modernidad.

Espero que este estudio etnográfico de Túquerres pueda complicar tales nociones. Había finqueros lecheros y otras elites, quienes se afiliaban con las ideas de modernización similares a la perspectiva del médico: querían llevar el Estado y el capitalismo a la periferia. Había líderes indígenas que describieron sus actividades como ejemplos de subsistencia contra el capitalismo, fundadas en una manera diferente de mirar el mundo. Pero la mayoría de las personas en Túquerres no se identificó explícitamente con cualquier posición; como agricultores, jornaleros, artesanos, vendedores en el mercado y transportistas, ellos han sido clasificados con términos denigratorios como “indios” y “campesinos”. No obstante, ellos también tenían sus propias ideas sobre modernización y progreso; en algunos casos, declararon que todo había llegado a ser moderno: *todo moderno*.

La familia que me hospedó era un buen ejemplo. Ellos vivieron fuera de las calles pavimentadas del centro urbano, en un callejón de tierra rodeado por parcelas de repollo, zanahoria y papas.² Las elites los consideraban “campesinos”, o quizás como indios recién “civilizados”. Sin embargo, desde la perspectiva de la familia, estaban “cada día progresando”. De hecho, no estaban tan lejos de la verdad: desde la primera vez que nos conocimos en 1994, ellos compraron una estufa de gas y destruyeron el lugar que utilizaban para cocinar con la leña; añadieron un equipo de sonido gigantesco; abrieron cuentas bancarias; remodelaron el baño, e instalaron un teléfono, y estas acciones sólo son los eventos más dramáticos. Ser moderno no significaba sólo esperar la in-

tervención gubernamental o empresarial; ellos tomaban la iniciativa independiente para incorporar los artículos modernos a sus vidas y buscar activamente la extensión de los servicios gubernamentales.

Al mismo tiempo, estos cambios dramáticos sólo eran posibles debido al sostén de sus actividades en su huerta, donde cuidaban cuyes, conejos, pollos y cerdos. Cultivaban repollo, acelga, maíz y papas. Sus fuentes primarias de ingreso fueron el trabajo agrícola asalariado y cuidar los baños en la plaza del mercado. Ellos no se consideraban indígenas, pero ¿eran campesinos? Ellos dijeron que uno no debe “ahogarse en un vaso de agua” sobre el tema. Dijeron que eran campesinos porque vivieron en el campo, la parte rural del municipio. Sin embargo, no vivieron en el “campo, campo, campo”, las áreas aún más remotas del centro urbano.

Este libro intenta entender la modernización de ellos. Hasta cierto punto, su modernización queda fuera de la polaridad de la modernización y la contra-modernización. Su modernización consistía en una apropiación independiente de artículos y modos modernos, mientras mantenían la agricultura del minifundio y los mercados regionales. Aunque sus actividades son contingentes en la modernización estatal, ellos no seguían el guion de la modernización estatal. Estas apropiaciones no aparecieron como resistencia directa, pero afrontaron jerarquías, estigmas y estereotipos dominantes.

Pongo en consideración especial esta modernización porque creo que es indispensable para comprender la transformación contemporánea de Túquerres. Es más, muchas veces esta modernización es ignorada. Los investigadores de Ciencias Sociales generalmente han enfocado, o los proyectos macros de modernización desde el centro, o la resistencia de la periferia. Trato de reconsiderar los significados de modernización y la transformación contemporánea, desde la perspectiva de un lugar que es a la vez central y periférico.

Sintetizo este tipo de modernización como la “Modernización campesina” que depende de tres condiciones necesarias:

- 1) De un eje de desigualdad en el cual la dominación es consolidada a través de las ideas y proyectos de modernización;
- 2) De una apropiación de elementos de modernización por parte

de los dominados, de una manera que afronta jerarquías y estigmas tradicionales.

- 3) De una apropiación que mantiene o amplía la agricultura campesina y sus mercados.

Este tipo de modernización es, por consiguiente, un suceso contingente, dentro de un campo de otros actores e ideas. En Túquerres, este tipo de modernización se manifestó como:

- 1) Una crítica de los planes y proyectos de modernización estatal;
- 2) Una campaña electoral que afrontó a los jefes políticos tradicionales.
- 3) Un fortalecimiento de instituciones de la comunidad que enfatizaban la igualdad mientras permitían exhibiciones de prestigio.

Estos puntos forman la base de los seis capítulos del libro. En lo que queda de la introducción, describo las características locales y los complejos teóricos que han sustentado este proyecto. Luego relato el estudio etnográfico y brevemente considero los temas centrales de cada capítulo.

Los campos de Túquerres parecen distantes del apartamento del médico en Bogotá. Con una altura de 3.100 metros, el frío es severo y penetrante. Pero con su ubicación cerca del ecuador, la temperatura es adecuada para las cosechas de clima frío como las papas, la zanahoria y el repollo. Casi cualquier día de la semana, en alguna parte de la inmensa extensión rural de 220 kilómetros cuadrados, se pudo encontrar obreros en el campo, doblados sobre los “cutes” para cosechar papas.³ Los periódicos colombianos usaban cuadros de esa agricultura manual como la imagen típica del problema de atraso rural. También, los túquerreños describieron las actividades agrícolas de la región como “primitiva” o como la “Edad de Piedra”, o que estaban “cincuenta años atrasados” respecto a los países desarrollados. Los habitantes pertenecientes a las elites generalmente tenían imágenes de los agricultores o cultivadores como campesinos e indios que practican el cultivo rudimentario de subsistencia, usando técnicas y costumbres heredadas de los antepasados aborígenes.

Al mismo tiempo, Túquerres no es simplemente la periferia extrema. Con una población de más de 40.000 personas, es el cuarto pueblo más poblado del departamento de Nariño. El centro urbano tiene calles pavimentadas, oficinas, apartamentos, tiendas y bancos y está rodeado por urbanizaciones. En la encrucijada entre el camino por las regiones montañosas y el camino a la costa, Túquerres ha sido un mercado y centro comercial importante desde la época colonial.

Es más, la producción de papas, que al principio pareció tan tradicional, es en realidad el indicio de la integración con el resto de Colombia. La mayoría de las papas cultivadas en Túquerres eran cultivos híbridos de alto rendimiento, fertilizados y fumigados con químicos hechos por DuPont y Bayer. Las papas se cargaban en camiones que las transportan a las ciudades grandes de Colombia: Cali, Medellín, Bogotá. La distancia desde el campo al apartamento del médico no es tan grande como imaginaba al principio.

Dado la magnitud de las cosechas cultivadas para negocio, la tecnología agrícola, y la integración al mercado, es tal vez un problema o engaño el uso del término “campesino” para describir a las personas de Túquerres. En su libro, *Reconceptualizing the Peasantry*, un resumen ambicioso de cambios globales y teoría académica, Michael Kearney sostiene que la categoría “campesino” ha sido “dejada atrás por la historia contemporánea” (1996:1). Kearney muestra que las raíces del término campesino son los agricultores de subsistencia que viven en comunidades tradicionales. Kearney dice que casi no hay campesinos “y las condiciones globales no favorecen la perpetuación de aquéllos que persisten” (1996:3).

Este ataque a las imágenes campesinas no se aplica sólo a los lugares que han sido visiblemente transformados por la agroindustria y globalización. Kearney usa el ejemplo de San Jerónimo (en México) para mostrar que una comunidad aparentemente campesina y tradicional es en realidad preservada, debido a las remesas de obreros migratorios en la agroindustria californiana. De hecho, San Jerónimo aporta sólo el 20% del maíz y de los frijoles para consumo local. Como simulacro del pueblo campesino, “era claro que San Jerónimo se mantenía como comunidad ‘tradicional’ precisamente porque trabajadores migratorios

del pueblo penetraron en los nichos socioeconómicos distantes y diversos de México y California” (1996:17).

Al nivel de metáfora, el despido que Kearney hace de la terminología campesina es irreprochable. Agricultores de subsistencia que comen lo que siembran, mezclado con mucha tradición, son indudablemente extintos o sólo visibles en simulacros.⁴ No obstante, el ataque de Kearney es quizás demasiado precipitado. Descartar precozmente el término “campesino” trae por lo menos tres riesgos.

Primero, como discutimos anteriormente, los agricultores pueden retener una identidad de “campesino”. Mientras los usos de este término son complicados, la gente ha continuado movilizándose alrededor de esta categoría. Algunos activistas en Túquerres intentaban usar una identidad campesina explícitamente como una manera de conseguir una reforma agraria y asegurar la intervención favorable del Gobierno. Ellos exhortaron a los habitantes que estuvieran orgullosos de “la ruana y el sombrero”, el poncho de lana y el sombrero de fieltro típicos del área rural. Los grupos campesinos, que tal vez no están tan de moda como los movimientos indígenas, no están extintos (Edelman, 1996).

Segundo, una comparación de los agricultores de subsistencia, que probablemente siempre eran míticos con los cultivadores contemporáneos, sobrestima la magnitud del cambio. Decir que los cultivadores en Túquerres han dejado de ser campesinos debido a la globalización sería una parodia de la historia. Como ya he expresado, las transacciones del mercado formaron una parte importante de la agricultura en Túquerres desde el período colonial, si no antes. Raymond Williams muestra que las descripciones de la inocencia perdida de la vida rural son como escaleras en movimiento continuo, donde las virtudes rurales siempre parecen recién desaparecidas. Antes del debate entre James Scott (1976) y Samuel Popkin (1979), referente a la ética de subsistencia campesina y la economía moral, Williams, elocuentemente, destruyó tales ideas: “por ejemplo, la idealización de una economía ‘natural’ o ‘moral’ en que tantos dependen para contrastar a la crueldad aplastante del nuevo capitalismo. Había muy poco que era moral o natural en la economía anterior” (1973:37).

Lo más importante es que un ataque general a la terminología campesina se arriesga a descartar los conceptos ya ganados por los estudios. Específicamente, algunos investigadores no usan el término campesino como referencia a un ser eternamente determinado, sino para delinear un conjunto de actividades en las cuales las personas participan y realizan, tal vez sólo durante un período corto de tiempo. Una actividad es el proceso laboral campesino que puede realizarse dentro de sistemas económicos variados. Otra es la política campesina, una acción inversa que afronta la jerarquía dominante. Siempre será en vano buscar la identidad fija del campesino, pero estos procesos empíricos son todavía útiles para medir el grado de cambio para los cultivadores contemporáneos.

El caso de definir un proceso laboral campesino, en vez de una identidad campesina, lo muestra más comprensivamente Michel-Rolph Trouillot en su libro *Peasants and Capital*. Trouillot escribe que los investigadores no pueden empezar con “definiciones, glosarios del ‘ser’ campesino, sino con el proceso o los procesos que podemos captar momentáneamente para descubrir los mecanismos de su ‘emerger’” (1988:2-3). El proceso común es una actividad laboral institucionalizada que las personas realizan regularmente, aunque quizás sólo durante un período corto. Los componentes críticos de un proceso laboral campesino son: que el trabajo agrícola en la tierra se controla exclusivamente por un grupo doméstico; que usan herramientas controladas por este grupo, y que el trabajo es normalmente más valioso que las herramientas.⁵ En el estudio de Trouillot de la isla Dominica, las personas que realizan este proceso laboral entregan su producto (bananos), a una empresa multinacional que los vende en Europa. Los productores así se vinculaban directamente al capital global, pero todavía estaban comprometidos en procesos laborales campesinos.

Investigaciones en Colombia también han subrayado la importancia continuada de la producción campesina. El estudio de Nola Reinhardt, *Our Daily Bread*, revela la coexistencia colombiana de fincas pequeñas con la agricultura capitalista de gran potencia. “Las tres ciudades más grandes de Colombia, Bogotá, Medellín y Cali, están rodeadas por regiones de la agricultura montañosa de minifundio que apor-

ta a las zonas metropolitanas con la mayoría de productos como maíz, frijoles, panela, tomates, habichuelas, plátanos, cebollas, papas, yuca y arracacha” (1988:3). Reinhardt detalla la historia de un asentamiento en las montañas cerca de Cali que “debe mucho a una migración anteriormente indocumentada de los agricultores mestizos que emigraron al Norte desde el sudoeste de Colombia” incluso trabajadores migratorios nariñenses (1988:53). Ella muestra cómo el desarrollo comercial y tecnológico no necesariamente empobrece o elimina a los campesinos, sino en algunos casos trae nuevos recursos y hace el proceso laboral campesino más viable (1988:202). Reinhardt concluye que los habitantes de “las casas rurales persistirán como agricultores familiares a medio tiempo por muchos años” (1988:235).

En la provincia ecuatoriana del Carchi, fronteriza con Nariño, David Lehmann revela una ruta diferente al establecimiento de procesos laborales campesinos. Al contrario del área recién colonizada que Reinhardt examina, las haciendas inmensas dominaban la región de Carchi. Lehmann describe que “las grandes propiedades de la provincia se han desintegrado, esencialmente bajo el peso de su propia inanición” (1986 b:615). Aquí, otra vez, trabajadores migratorios nariñenses probablemente jugaban un papel significativo en dividir haciendas y establecer pequeñas unidades de cultivo. Lehmann muestra como esto en realidad ha producido la comercialización agrícola y sofisticados contratos de aparcería, usando tecnologías de la revolución verde.

Túquerres también ha visto la parcelación de haciendas antiguas, así como la colonización de nuevas áreas usando tecnologías de la revolución verde. Debido a esta investigación de la producción campesina, es posible ver en estas actividades una manera de establecer la autonomía y la voluntad campesina. Armados con una definición de un proceso laboral campesino, podemos compararla con actividades como contratos de aparcería y trabajo asalariado. En los capítulos siguientes veremos que en ciertos casos tales actividades eran más similares a procesos laborales campesinos, en vez de ser ejemplos de contratos desiguales o de la proletarianización. También es útil comparar los mercados para estos productos. Las papas destinadas a Bogotá fueron “exportadas” de una manera que recuerda a los bananos enviados de

Dominica a Europa. Sin embargo, hay también una problemática importante de carácter local, porque estos intercambios ocurrían dentro de espacios nacionales o regionales.⁶ A pesar de que no es útil simplemente trasladar un concepto del proceso de labor campesino a Túqueres, puede ser una herramienta útil para comparar y entender, y a la vez ser modificado por esta comparación.

La investigación de los procesos laborales campesinos y la coexistencia continuada y la viabilidad del minifundio es generalmente separada de conceptos de la política campesina. En este aspecto, un aporte valioso es el libro *Elementary Aspects of Peasant Insurgency* de Ranajit Guha. La investigación de Guha sobre la rebelión campesina en la India colonial da un punto de partida para entender cómo los campesinos dominados se apropian y revisan los significados dominantes. Un aspecto fundamental de la insurrección es que “consiste en el intento de los campesinos para destruir o apropiarse para sí mismos los signos de aquellos que los dominan” (1983:28). Guha alude, por consiguiente, a una política de significar en la que la gente puede participar, sin necesariamente tener una identidad campesina eternamente fijada. Si ponemos las ideas de Guha en la terminología de Trouillot, Guha describe un proceso político campesino que las personas realizan, bajo circunstancias históricas diferentes.

Mientras la literatura de la insurrección y rebelión campesinas normalmente no se une a investigaciones del proceso de labor, el trabajo de Gavin Smith en los Andes peruanos es una excepción importante. En su libro *Livelihood and Resistance*, Smith vincula una investigación de la lucha cotidiana de vivir la vida con la lucha política de protesta y de la tierra. Sugiere que “actos concertados e intencionales de lucha política son completamente enlazados con los asuntos diarios alrededor del hogar, en la calle o detrás de los bueyes”, y que cada uno forma parte del otro (1989:17). Desde el caso de Smith, se puede sacar la idea de que la política campesina es un proceso en el que la gente participa sin anclarse para toda la eternidad como agricultores de subsistencia: muchas de las personas que participaban en las luchas contra las haciendas tradicionales “no son habitantes rurales, sino que viven en los barrios bajos y periféricos de ciudades grandes” (1989:18). Smith

describe el momento de lucha como la creación intensa de la cultura campesina que apropia y reformula los significados dominantes, un período en el cual “se ponen en duda las definiciones prevalecientes de realidad” (1989:27).

En Colombia también hubo rebeliones rurales importantes. En los años setenta, las protestas campesinas rurales estaban extendidas (Zamosc, 1986; ver Hobsbawm, 1976). Estas protestas también dieron nacimiento al movimiento indígena que vinculó la militancia étnica con una política de reposición de la tierra. Joanne Rappaport, en su libro *Cumbe Reborn*, describe un ejemplo prominente de esta actividad en un estudio etnográfico de los usos de la historia para la militancia étnica en Cumbal, Nariño. Rappaport, diestramente teje un análisis de las tareas cotidianas de la agricultura, y semejante a excavar zanjas con las maneras que la gente usa las historias orales y escritas para construir una identidad indígena. Un componente vital de esta identidad es “la re-posesión colectiva de la tierra con el lema de corregir la historia, una actividad que enfatiza la voluntad indígena” y contrasta con el discurso de los hacendados sobre “invasiones” (1994:10). Rappaport muestra cómo las construcciones indígenas de identidad, la historia y la vida cotidiana “se han resistido, han capitulado y han acomodado al Estado” (1994:8), apropiando y revisando los significados dominantes.

Túquerres hizo su aparición más dramática en los archivos coloniales debido a una insurrección rebelde, un evento conmemorado actualmente como un momento fundamental para el pueblo. En 1800, los habitantes indígenas mataron a dos administradores locales que se escondían en la iglesia, después de que la promulgación de un nuevo decreto de imposiciones incendió la rebelión contra los abusos de poder locales de autoridades coloniales aliadas con los funcionarios eclesiásticos. En el siglo XIX, las elites nacionales colombianas consideraron que esta región era un lugar de secesión y de rebelión.

Sin embargo, en el siglo XX, Túquerres y el departamento de Nariño en general, adquirió una reputación de ser un lugar de paz dentro de una Colombia turbulenta. Esta caracterización se basa en su estabilidad durante las perturbaciones rurales de los años cincuenta, el pe-

río conocido en la historia colombiana como “La Violencia”. Entonces, en los años ochenta, Nariño estaba principalmente reservado de la actividad de la guerrilla y los acaecimientos relacionados con el tráfico de drogas que han dado mala fama a Colombia en la prensa internacional.⁷ Mientras el movimiento indígena en Túquerres ha aumentado su militancia étnica y su reposición de la tierra, tales luchas no han tenido el mismo grado de movilización y de participación como en Cumbal, el departamento colombiano de Cauca, o en gran parte de Ecuador.

A pesar de la caracterización de Túquerres como lugar tranquilo, los conceptos de rebelión y de resistencia campesina son todavía importantes para entender las oscilaciones históricas de turbulencia y de quietud. Es más, estos conceptos son útiles para explorar una política campesina de significar con sus dimensiones de autonomía, iniciativas independientes, apropiación e inversión. A pesar de que Túquerres no fuera un lugar de rebelión rural y de insurrección en los años noventa, hay todavía formas y tradiciones de resistencia y de inversión; en algunos sentidos, esta lucha es fundamental en una modernización disputada.

Defiendo, por consiguiente, que los conceptos alrededor de la terminología campesina siguen siendo herramientas útiles y ciertamente aplicables a Túquerres. El rechazo a la definición de un proceso laboral campesino, o a la idea de una política inversa campesina, limitaría los esfuerzos para entender la magnitud y el alcance de transformación contemporánea. Sobre todo, dado el uso local continuado del término “campesino”, hay razones buenas para continuar usando la terminología campesina, aunque con cuidado.⁸ En este libro, uso el término “campesino” como referencia breve adjetival, para referir un conjunto de procesos y relaciones que se han formado alrededor de la agricultura y de la apropiación de tecnologías modernas. También el término campesino aparece como citas directas de fuentes locales y en referencia a los activistas políticos que buscaban aplicar la legislación de la reforma agraria. Finalmente, uso el término “indio-campesino” como neologismo amontonado, que es una referencia breve a la categoría social y estereotipo de un agricultor de subsistencia ignorante, un campesino rural con el alma aborigen.

El proceso campesino de “emerger”, en Túquerres contemporáneo, está inseparablemente entrelazado con la modernización. Por un lado, los habitantes mantenían y extendían la agricultura campesina a través de una incorporación selectiva de tecnología y de relaciones del mercado. Estas transformaciones agrícolas no son equivalentes a los planes y proyectos de modernización estatal que imaginaba la agricultura comercializada y mecanizada, con propiedades a gran escala. Más bien, los agricultores incorporaban selectivamente nuevas variedades de semilla, fertilizantes químicos y pesticidas que mantenían la viabilidad de la agricultura del minifundio y de los mercados regionales. Mas recientemente, los habitantes se apropiaban de lo que ellos consideraban artículos y modos modernos en la forma de nuevas tecnologías para consumir. Esta propagación de artículos como las estufas de gas y los equipos de sonidos no resultan de la intervención gubernamental o empresarial, ni es una imitación de las clases altas. Sino que son iniciativas, independientes, que afrontan los estigmas y estereotipos de jerarquía y dominación.

El resultado de estas influencias es similar a la modernidad híbrida de América Latina teorizada por Nestor García Canclini:

El problema no reside en que nuestros países hayan cumplido mal y tarde un modelo de modernización que en Europa se habría realizado impecable, ni consiste tampoco en buscar reactivamente cómo inventar algún paradigma alternativo e independiente, con tradiciones que ya han sido transformados por la expansión mundial del capitalismo. Sobre todo en el período más reciente, cuando la transnacionalización de la economía y de la cultura nos vuelve “contemporáneos de todos los hombres” (Paz), y sin embargo no elimina las tradiciones nacionales, optar en forma excluyente entre dependencia o nacionalismo, entre modernización o tradicionalidad local, es una simplificación insostenible (1989:80).

Como García Canclini observa, el discurso, las prácticas y el debate alrededor de la modernización trascienden cada vez más el dominio de las elites. Esto es similar a los estudios de la cultura consumidora que también enfatizan el uso creativo de artículos extranjeros para afrontar las jerarquías existentes. Richard Wilk ha examinado cómo

en Belice, “un discurso colonial jerárquico que se opuso al local atrasado contra lo moderno y extranjero ha empezado a derrumbarse” debido al aumento del consumo de productos extranjeros (1999:248). Wilk advierte contra un prejuicio elitista prevaleciente que condena a las acciones de los consumidores como “emulación o imitación” y que continuamente recrea una imagen de personas como “recién llegadas al mundo de productos” (1990:83). La tarea es más bien delinear las posibilidades de autonomía y de coerción.

Una etnografía andina extraordinaria que ilustra muchos de estos temas es el libro de Rudi Colloredo-Mansfeld, *The Native Leisure Class*. En su investigación de los tejedores indígenas del norte de Ecuador, Colloredo-Mansfeld explícitamente avanza la noción de “una modernidad andina específica” (1999:xii). Explora cómo la televisión, los equipos de sonido y las nuevas tecnologías de cocina funcionan en simbiosis con los telares indígenas y las prácticas de producción agrícola, postulando que los tejedores y comerciantes indígenas emplean la nueva riqueza por su “improvisación cultural” (1999:29). Colloredo-Mansfeld muestra que “una subida en las ganancias rara vez ocasiona una transformación sistemática hacia un modelo único de la vida. El sello de la modernidad latinoamericana, de hecho, es la manera en que hibridiza lo moderno y lo tradicional” (1999:34).

Las reflexiones de Colloredo-Mansfeld emergen de un estudio de los indígenas quizás más famosos del mundo, los tejedores trotamundos otavaleños. Aunque Colloredo-Mansfeld cuidadosamente centra su trabajo en una comunidad particular y enfatiza que no todos han logrado ser tejedores o empresarios exitosos; el escenario es del paisaje agrícola marchitándose, donde “las tareas agrícolas directas, en el campo, alcanzan a ocupar menos del 7% del tiempo para las mujeres y 5% de tiempo para los hombres. Cada vez más, cultivar es poco más que una interrupción en rutinas dominadas por el trabajo comercial, actividades sociales y los quehaceres domésticos” (1999:19-20).

Este estudio perpetúa, por consiguiente, una división entre aquellos investigadores que se concentran en el proceso de labor campesino y aquellos que estudian los significados. En Colombia, Reinhardt va al área alrededor de Cali donde encuentra campesinos con fincas familiares; Rappaport se dirige al sur, a Cumbal, donde encuentra

lo indígena y lo étnico resurgente. En Ecuador, Lehmann va a Carchi para encontrar campesinos y fincas capitalizadas; Colloredo-Mansfeld, un poco al sur, encuentra indígenas y lo étnico comerciable.⁹ Esta división es aún más grave como resultado de las reformas neoliberales, que ha acordonado una esfera económica de mercado y eficiencia de una esfera de la Sociedad Civil de derechos indígenas. Por un lado, los economistas estudian las estadísticas de transformación del mercado, mientras los antropólogos se concentran en el lado de la innovación cultural.¹⁰

En mi estudio etnográfico, en general estuve en Túquerres con gente que se identifican como “mestizos”, o por lo menos como *no indios*.¹¹ Intenté entender lo mejor que pude, los procesos laborales y las actividades de comercialización actuales y algunos de sus cambios históricos. Al mismo tiempo, enfoqué los significados de estas actividades y los cambios. Por consiguiente trato de descubrir los significados detrás de los términos de lo moderno, la ciencia, el progreso y el desarrollo, así como términos de lo económico, lo rápido y lo limpio.

En una investigación así, hay dos trampas potenciales. Por un lado, existe el problema de la cantidad de materiales “económicos” que debería incluir. Como parte de su identidad no india, los agricultores mestizos estaban dispuestos detallar sus actividades con la lógica de números y de contabilidad. Al trabajar con estos materiales, hay siempre el impulso de cuantificar, de calcular el tamaño de los lotes, cuántos obreros, cuánto tiempo para llenar un bulto de papas, cuántas papas en un bulto, cuántos bultos de papas llevados al mercado, el precio de las papas, los compradores de papas. Sin embargo, encontré que esta manera de medidas o de especulación sobre aspectos botánicos de las cosechas estaban más allá de mi entrenamiento y del alcance de un solo investigador. En parte, éste es un efecto infortunado del hecho de que “los temas no exóticos, una vez considerados apropiados para una investigación sociocultural detallada: la economía, la ecología humana y la agricultura, entre otros, fueron quitados calladamente de nuestra agenda colectiva” (Hefner 1990: xvii; Bejarano 1998:vii). Al mismo tiempo, mi incapacidad para cuantificar puede haber enfocado mi atención inadvertidamente en los significados de las actividades.¹²

Por otro lado, hay el peligro correspondiente de crear artificialmente una cosmología completa. Un ejemplo prominente de esto es el libro de Stephen Gudeman y de Alberto Rivera, *Conversations in Colombia*, que es un esfuerzo de antropólogos de detallar una cosmología campesina. Ellos empiezan con la sugerencia útil de que la casa es el modelo de la economía doméstica campesina, es decir, que “las actividades se organizan según el diseño de la casa... la casa misma aporta un plan del grupo económico” (1990:39). Sin embargo, ellos describen una economía doméstica completamente limitada y contrastada con una economía del mercado fundada en las entidades capitalistas. Estos límites parecen ser el resultado de viajes en automóviles entre los lugares de investigación en Colombia central y en el sur; Gudeman y Rivera gastan mucho más tiempo en el carro que en la casa campesina. Por mucho de libro, su conversación se centra en los discursos de Aristóteles y los fisiócratas, y los autores “proponen que este modelo de la economía doméstica tiene su origen en Europa medieval y temprana moderna y que se trajo a América con la conquista ibérica” (1990:2). La conjetura de una cosmología completa se complementa por su fracaso de explorar las prácticas adjuntas a estos comentarios. Como Mayer y Glave comentan, basado en su estudio meticuloso de los agricultores peruanos, “Gudeman y Rivera escriben que los campesinos insisten en una cerca que guarda los productos de la finca ‘dentro’ de las puertas de sus ‘casas’ y en controlar cuidadosamente lo que sale y entra de sus puertas: haciéndoles similares a políticos proteccionistas. Quizás los campesinos invocan tanto a este modelo porque ya no funciona” (1999:362).¹³

El discurso y las actividades de los agricultores, artesanos, vendedores en el mercado, transportistas y obreros tuquerreños, no representan ni una economía completa ni una cosmología completa. Como Kroeber observó en 1948, los campesinos “constituyen en parte-sociedades con parte-culturas” (citado en Trouillot 1988:1). Pero sería igualmente engañoso asumir que sus actividades podrían estar incluidas en un discurso totalizador de la economía capitalista o de la política de Estado-nación. Una manera más útil de entender la situación es usar la descripción de Gyan Pandey de un “fragmento”. Pandey distingue el fragmento de un microcosmo; no es una porción reducida de una to-

talidad más grande. Ni es un trozo evidente de resistencia. El fragmento aparece como discurso truncado y contradictorio. Es un “elemento desconcertante”, una “contradicción en la representación misma de la totalidad” (1995:238).

La modernización campesina es una contradicción desconcertante. Prácticas de labor que supuestamente eran destinados a desaparecer, persisten por una incorporación de la tecnología que se diseñó para desalojarlos. Las personas llaman su vida “todo moderno”, pero no viven el guión de los libros y teorías de modernización.

La interpretación de este libro emergió de un proyecto inicial enfocado en cómo entender la política nacional neoliberal colombiana, desde la perspectiva de las actividades locales de la producción y la comercialización agrícola. La “apertura económica”, combinada con la descentralización política, era un caso clásico de la política neoliberal vestida con los términos de la modernización. Túquerres parecía un lugar ideal para estudiar los efectos de esta política neoliberal. Su ubicación cerca de la frontera ecuatoriana lo encabezó en la internacionalización económica, mientras su tamaño de pueblo mediano le dio nuevas obligaciones y oportunidades en la descentralización política.

Al principio pensé encontrar que la reforma política nacional afectaría la producción para el mercado y la política municipal, pero que tendría menos impacto en el fondo de la subsistencia familiar y la existencia cotidiana. Similar a la imagen de Braudel (1981-84) de una casa con la planta baja de la cultura material, el primer piso de la transacción del mercado, y el techo de las relaciones capitalistas, supuse que las reformas afectarían las alturas de capitalismo y quizás el mercado, pero que la cultura material persistiría relativamente inalterada.

Al parecer, esta hipótesis se confirmó cuando se puso claro que las personas que ofrecieron las perspectivas en las reformas nacionales, o eran de las elites locales de finqueros lecheros y funcionarios municipales, o activistas políticos de los nuevos movimientos sociales. Las personas que no estaban involucradas en la política rara vez mencionaron las reformas gubernamentales, sino para negar la relevancia de sus actividades.

Entonces, al principio, las reformas neoliberales parecían ser

otro caso de la separación muchas veces observada entre la realidad política y la vida cotidiana en Colombia (Samper, 1944 [1861]:220; Chaves *et al.* 1959:211; Kline, 1995:43). No obstante, el fondo supuesto de la cultura material estaba cambiando perceptiblemente. Parecía que todos cocinaban en nuevas estufas de gas, escuchaban nuevos equipos de sonido, asistían a fiestas de cumpleaños cada vez más grandes y a conciertos en la nueva plaza del mercado, ahorraban dinero en nuevos bancos, comunicaban por nuevas líneas telefónicas, buscaban más educación en la escuela y en cursos especializados y recibían tratamientos de nuevos médicos y odontólogos. La gente no discutía estos cambios en lo que se refiere a la política gubernamental, sino a través del modismo de lo “moderno”. Es impresionante observar que los términos *moderno*, *ciencia* y *progreso* no son simplemente discurso oficial, sino que aparece en las declaraciones de gente diversa. Como dijo un habitante rural, la vida es “exigente, hasta los hijos quieren todo moderno”.

Mi primera reacción a estos términos fue de observarlos con ironía y sospecha. Esta reacción fue similar a la evaluación de Robert Hefner de la terminología de “desarrollo y progreso” en la región montañosa javanés:

Ubicuos en los comentarios de los funcionarios locales, estos términos me impresionaron como vagos y sin sentido durante mis primeros meses en el campo. Los entendí por un filtro de ironía occidental y posmoderno que asume que el mismo proyecto de progreso es deficiente. Pero mi entendimiento era ingenuamente etnocéntrico. Para personas que han vivido la miseria económica y la calamidad política horrenda, la atracción de estos términos es real, cualquiera que sea la imprecisión del significado. Ellos son los instrumentos de revisar la percepción cultural de sí mismo (Hefner 1990:191).

Por mucho tiempo, sentía que las transformaciones de Túqueres se relacionaban de alguna manera con los causantes grandes de un capitalismo expansionista o de un Estado penetrante. Sin embargo, nunca podía completamente acomodar los datos a tales explicaciones. El concepto de una modernización campesina que en varios grados afronta el privilegio elite y el discurso oficial ofreció una mejor manera de entender las contradicciones y paradojas aparentes.

Yo visité Túquerres por primera vez en junio-agosto de 1994 para la investigación etnográfica preliminar. En ese momento, los funcionarios municipales estaban entusiasmados sobre las posibilidades de la descentralización política y recién remodelaron la Casa de la Cultura. Al empezar con estas conexiones oficiales, también conocía a la familia Cisneros, quienes vivían en las afueras de Túquerres central.¹⁴ Mi estudio etnográfico inicial oscilaba entre la Casa de la Cultura, vinculada con las oficinas municipales, y el fogón de cocinar de los Cisneros, vinculado con el mercado y la agricultura. Estas oscilaciones eran importantes para formular un proyecto sobre la conexión de reformas políticas y actividades cotidianas.

Cuando regresé a Túquerres en julio de 1996, empecé el estudio etnográfico en la casa de los Cisneros. Mientras mi hipótesis era que la casa sería relativamente inafectada por los cambios políticos, confronté cambios profundos en las rutinas cotidianas. Los Cisneros habían reemplazado su fuego de leña por una estufa de gas y añadieron un equipo de sonido poderoso. Pasé de julio a octubre de 1996, tratando de entender los cambios en Túquerres y los cambios en la vida familiar de la casa. Intenté delinear las interacciones cotidianas a través de vivir con la familia Cisneros y hacer visitas repetidas a aproximadamente 30 casas de familia, amigos y vecinos. Sistemáticamente grabé lo que pasó en las horas de comer y cómo las personas escuchaban la radio y miraban la televisión. Era particularmente interesante observar cómo las personas combinaban estos artículos nuevos con sus quehaceres domésticos y con las plantas y animales de la huerta. En la huerta de la casa, ayudé a sembrar papas y repollo, comprar cerdos y alimentar pollos, en un esfuerzo de entender cómo estas cosas se enredaban con las nuevas fiestas, modas y actividades de diversión.

Estas experiencias de 1996 de la inmersión en la vida familiar, comparadas con lo que observé en 1994, proveen la materia de este libro. Ser parte de la vida familiar me ayudó a entender la intimidad irreducible de la compra y del uso de la estufa de gas. Al mismo tiempo, enfocar una sola familia y su conjunto de relaciones puede hacer más difícil generalizar, y a veces tenía dificultad en construir abstracciones pertinentes. Es más, me pregunté muchas veces si las historias de intimidad tuvieron sentido o si fuesen apropiadas en el contexto de las

Ciencias Sociales.¹⁵ Una razón de por qué las ideas de una modernización campesina me impresionó fue porque me permitió incluir muchas más observaciones que las explicaciones de las transformaciones demasiado técnicas o económicas.

En noviembre de 1996, regresé a los Estados Unidos, volviendo en diciembre con mi esposa para una luna de miel en Túquerres. Diciembre y los principios de enero es el tiempo de las festividades anuales. Las fiestas, procesiones y celebraciones complementaban las ideas sobre individuo, familia y comunidad que exploraba.

De enero a abril de 1997, cambié mi enfoque a la agricultura del minifundio y de mercadeo. Pasé los días observando las siembras y cosechas de repollo y de zanahoria. Estas operaciones normalmente se entrelazaban estrechamente con las huertas de la casa, y muchas conversaciones regresaron a los temas de la familia y de las nuevas tecnologías de la casa. Había también lazos íntimos entre la producción en pequeña escala y los mercados regionales. Durante este tiempo, viajaba a los mercados de pueblos regionales, siempre tratando de representar el mercado y evaluar su tamaño. En la mayoría de los viajes, andaba con vendedores y observé las ventas. También tenía muchas oportunidades de observar el mercado semanal en Túquerres, incluso la ubicación de vendedores y las actividades de compra y venta. Observar las reuniones del Sindicato de Pequeños Comerciantes con el Alcalde y otras instituciones municipales ayudaba a clarificar el papel de los vendedores en el mercado y su relación con la política municipal.

De mayo a julio de 1997, me concentré en la agricultura de gran escala y en las operaciones lecheras. Empecé de nuevo con las observaciones del día laboral, tratando de entender cómo estos procesos de labor contrastaban con, o tomaban parte de la agricultura del minifundio y las huertas. Obtener un cuadro de producción en esta escala trajo consigo entrevistas con finqueros y vendedores del químico, y lleve a cabo muchas de las entrevistas en la finca misma. Durante este tiempo, buscaba contactos con algunos grupos que pretendían representar intereses opuestos: entrevisté a finqueros lecheros y líderes indígenas y asistí a reuniones en la Casa Campesina municipal para entender las instituciones gubernamentales y a líderes locales.

Estas entrevistas con agricultores, obreros y vendedores contribuyen a la historia de la agricultura y de su comercialización. Al mismo tiempo, comprender las actividades de cultivos y mercados dentro de solo un espacio municipal, que además comercializa con múltiples mercados urbanos, era muy difícil. Como mejor pude, intenté concentrarme en los significados de estas actividades para los involucrados. Sin embargo, estoy, indeciso para evaluar las preguntas acerca del predominio de fincas pequeñas o grandes, del grado de proletarización de la mano de obra o del posible daño ecológico debido a las técnicas actuales.

La última parte de mi estudio, de agosto a noviembre de 1997, se concentró en tres actividades que darían un contexto más global de estos temas. Primero, revisé los archivos municipales para llenar el detalle histórico y proveer de contexto a la orientación contemporánea de la etnografía. Vinculados con otros materiales históricos y fuentes secundarias, los archivos proveían de información valiosa. Había también varias limitaciones. El tiempo en los archivos era necesariamente breve, y entonces me concentré en varias muestras de datos de impuestos. Aunque el Municipio ha conservado y organizado los archivos, enfrenté la tarea de leer los documentos desvaídos, en un cuarto donde no había electricidad. Con más entrenamiento y una pila adecuada para la computadora, pienso que los archivos pueden ser uno de los métodos más útiles para la investigación de la región.

Segundo, observé las campañas para Alcalde y Consejo Municipal. Usando los contactos de mi visita inicial, estuve en algunas de las primeras reuniones del grupo finalmente triunfante y también entrevisté el candidato de oposición antes de su decisión de hacer campaña. Pude observar numerosas reuniones, políticas y discursos. Estos itinerarios políticos son ocasiones que enlazan el centro urbano y la zona rural, cuando los políticos hacen campaña para reclutar votos a lo largo del área rural. La campaña resumió algunos de los temas y actitudes que eran importantes en el Municipio. Pero también hay una tendencia: la época de campañas políticas procede por sus propios ritmos y el discurso a veces está aislado de las realidades locales. Muchos tuquerreños vieron en estas ocasiones la exhibición de cómo una clase de polí-

ticos con su cortejo acompañante transforma en parásitos a la gente común y a los recursos del gobierno.

Finalmente, complementé estas observaciones con una encuesta, una muestra de 259 casas seleccionadas por un proceso aleatorio a lo largo del área urbana y rural del Municipio. Intenté hacer la encuesta tan representativa como era posible, tomando una muestra al azar de la lista de propietarios y entrevistando al ocupante de la propiedad que no necesariamente era el dueño. Mis preguntas resumieron los temas que encontré durante mi estudio: les interrogué acerca del número de miembros de la casa y sus ocupaciones; sobre electrodomésticos; animales, preferencias en el mercado; actividades bancarias; las opiniones religiosas y políticas, la comida favorita, la fiesta reciente y lo que consideraban más había cambiado del pasado a la actualidad.

La encuesta me permitió conocer muchas áreas del Municipio y sintetizar mis resultados. Pude usar mis experiencias y contactos para conseguir la información, principalmente por establecer una relación de confianza, normalmente alrededor de los artículos de la casa y la agricultura. También, encontré dificultades en el trabajo de encuestas. Además de los problemas logísticos de encontrar las personas y convencerles de hablar conmigo; los habitantes sospechaban a menudo que yo era un funcionario gubernamental que vino para evaluar la tarifa de la electricidad, o incluso, un ladrón que vino para enumerar y llevarse sus posesiones. Es más, en mis similitudes con el papel de funcionario gubernamental, muchas veces las personas sentían que debería aportar ayuda o beneficiarlos, porque presumieron que mis preguntas eran para distinguir entre ricos y pobres. A pesar de que podía sentirme por lo menos satisfecho que mis preguntas midieron las aspiraciones y ansiedades locales, también supe que los habitantes diseñaron sus respuestas para darme lo que ellos pensaron que quise saber, y para que la entrevista pudiera ser terminada (ver Nash, 1967:27).

Salí de Túquerres en noviembre de 1997. Desde esa fecha, he refinado mis ideas y la presentación de los datos, contando con la ayuda de colegas y fuentes secundarias. Pude visitar Túquerres brevemente en agosto de 1998, dio una actualización rápida de los eventos municipales y familiares. Las observaciones en este libro, por consiguiente, abar-

can, un período de cuatro años, de 1994-98, aunque la mayoría de los datos derivan del estudio etnográfico realizado entre 1996-97.

En fin, no opino tanto sobre mi tema original, la interacción de la política neoliberal con las actividades cotidianas de producción y el mercadeo. Siento que mientras estas políticas son indudablemente importantes, gran parte del debate, envuelve como juntura crítica, realizando la tarea innecesaria de confirmar la importancia de una narrativa capitalista neoliberal. Encontrarse con una narrativa alternativa involucra salir de estos límites, para ver cómo las personas se pueden apropiar de los términos neoliberales e incluso de las acciones, sin necesariamente aceptar todo su contenido. Ubicar estas políticas en su lugar apropiado es reconocer las maneras en que ellos animan o bloquean ciertas oportunidades. En otras palabras, “el destino del campesinado no se dicta meramente por el sistema capitalista mundial o por las clases explotadoras y burócratas que dominan los países en que ellos viven, sino que también es de alguna manera su propia creación” (Lehmann, 1986b:624; ver Berry, 1993:8).

Los primeros tres capítulos consideran las tres condiciones necesarias para la modernización campesina: la polaridad moderno-atrasado, la apropiación de modernización que afronta esta jerarquía y la extensión de procesos laborales campesinos. Los tres capítulos siguientes ilustran las manifestaciones particulares de modernización campesina: la crítica de modernización estatal, la campaña electoral que afrontó las elites de jefes políticos y el fortalecimiento de instituciones de la comunidad con base en la igualdad y el prestigio moderno.

El primer capítulo, “El Camino del Progreso y el Semi-Bárbaro” describe un eje regional de desigualdad, mientras sitúa Túquerres en la historia y la geografía de proyectos de transporte y de desarrollo. El modismo de modernización debe estar ubicado dentro de una historia larga de proyectos que pretendían traer el “progreso”. Los grupos de las elites han usado los variados significados del progreso para construir posiciones de poder, mientras han condenando a los habitantes con el estigma de ser atrasados, incultos y salvajes.

Una imagen crítica es el “camino del progreso”, que funciona como metáfora y también como camino en uso. En el período colonial y

en el siglo XIX, el camino del progreso se basaba en una emulación con la civilización y la cultura europea. El camino vigente transitaba por las regiones montañosas agrícolas de Túquerres y las tierras bajas auríferas de Barbacoas, un camino para las exportaciones comerciales y la importación del lujo extranjero. El progreso, la cultura y la civilización eran un triunvirato de virtudes monopolizado por los blancos para ser inculcado en los obstinados indios nativos. En la década de 1930, estas ideas entraron en descrédito, cuando un nuevo camino al norte, prometió la integración nacional como la verdadera ruta del progreso. Las elites se vincularon cada vez más al gobierno colombiano y a los programas encabezados por países “desarrollados”. El proyecto cambió de la misión civilizadora del siglo diecinueve a una misión de desarrollo y de modernización. El nuevo ciudadano colombiano era el mestizo.

Con el auge y la decadencia de las facciones, las ideas y los proyectos diferentes, nunca había un plan coherente para el progreso. No obstante, esta misma incertidumbre permite una dominación, justificada por la noción del progreso, sobre los habitantes que han sido representados, como siempre, atrasados. Sean llamados indios, indígenas, o campesinos, los grupos de las elites tienen un estereotipo resumido para la categoría social de habitantes rurales. En este estereotipo, el campo y la franja urbana están poblados por cultivadores de subsistencia que sólo recién han echado sus costumbres indígenas. Designo este estereotipo con el neologismo “indio-campesino”, que sirve para designar a un campesino con alma indígena. Para las elites, el indio-campesino vive en una morada rudimentaria y antihigiénica, come una dieta monótona y no nutritiva y se viste con la ruana de lana. Sumiso al patrón y al padre eclesiástico, el indio-campesino es normalmente laborioso y fiel, pero en su ignorancia puede caer en el vicio o estar sujeto a la agitación de líderes ajenos.

Dentro del contexto de esta historia de oposiciones duraderas y de estereotipos, el segundo capítulo, “Todo moderno”, examina las transformaciones contemporáneas de Túquerres. Empieza por considerar las imágenes específicas que las elites poseían de las casas rurales, y describe la manera en que la casa y la cocina han llegado a ser una preocupación para los planes de modernización y programas de desarrollo. De hecho, los habitantes han transformado sus casas en años re-

cientes, a través de una propagación increíble de artículos como las estufas de gas y los equipos de sonido. Sin embargo, esta propagación no fue resultado de la intervención estatal o empresarial; estas entidades fueron especialmente ineficaces para generar la modernización. Más bien, es una iniciativa independiente de agricultores, vendedores, obreros y artesanos, de apropiarse de los artículos y de modos modernos. Estas apropiaciones no se explican sólo por la utilidad técnica y económica; son también un desafío a los estigmas y estereotipos del indio-campesino.

Por consecuencia, examino las declaraciones breves sobre las razones alistadas por los residentes de por qué compraron una estufa de gas: que es un método más económico, más rápido y más limpio que otros. Pero estas razones contienen a la vez causas más profundas, y deben ser consideradas en el contexto de los estereotipos de la casa rural como un lugar lento, sucio y fuera de la economía. Comprar una estufa de gas siempre involucra más que cuestiones económicas o técnicas, cuestiones de respeto. Muchas familias han realizado grandes pasos al apropiarse de elementos modernos y dejar de vivir los estereotipos de existencia rural. Los jóvenes refuerzan este punto, siguiendo nuevos modos de empleo y diversión.

Al mismo tiempo que se apropiaban de elementos “modernos”, desafiando los estigmas vinculados al indio-campesino, los residentes corrían el riesgo de que sus acciones ocasionaran el rechazo de las actividades agrícolas que realmente formaban la base económica para la mayoría de las familias en Túquerres. Las familias podían apropiarse de artículos y modos modernos para separarse de los estereotipos, pero la mayoría de los residentes confiaba en la agricultura minifundista, trabajo manual y el comercio en mercados regionales. El tercer capítulo, “Agricultura: tradición, ciencia y experiencia”, describe esta agricultura: los agricultores han incorporado tecnología y cálculo en sus actividades, incluso los fertilizantes y pesticidas químicos, los contratos del jornal con el sueldo, y el horario estrictamente especificado y la contabilidad sofisticada del comercio mercantil. Estas tecnologías y cálculos son decisivos para mantener la viabilidad de la agricultura del minifundio.

El estereotipo de las elites sobre el indio-campesino retrata a los agricultores como seguidores ciegos de tradición con poco entendimiento de la ciencia. Sin embargo, las personas que realmente trabajaban en la agricultura del minifundio generalmente no caracterizaban sus actividades como ciegamente tradicionales, pero tampoco lo retrataban como receta científica. Más bien, ellos hacían referencia a su propia experiencia, usando un discurso que queda fuera de los extremos opuestos de la ciencia contra la tradición. Señalando su experiencia, ellos destacaban su iniciativa en la transformación agrícola.

Este capítulo examina varias unidades agrícolas como escenarios donde las personas usaban estos discursos de maneras diversas. Incluso las parcelas más pequeñas son íntimamente ligadas a los fertilizantes químicos, la fumigación, los negocios del mercado y la apropiación de tecnología nueva que describo en el segundo capítulo. Esta apropiación extendía los arreglos “a medias” y los jornales asalariados que en muchos casos no son ejemplos de desigualdad y proletarización, sino de cómo las personas han extendido la influencia de los procesos de trabajo campesino. La “experiencia” entonces llega a ser una manera de usar la autonomía de procesos de trabajo campesino para circunscribir la ambición y alcance de los grandes hacendados.

Los tres capítulos primeros establecen los linderos de lo que llamo la “modernización campesina”. El cuarto capítulo, “La Modernización estatal”, es un contraste de esta modernización con los diseños totalizadores ofrecidos por los grupos de las elites y los funcionarios gubernamentales. El programa ejemplar de modernización estatal en Túquerres era la mecanización de granjas lecheras en las décadas de 1970 y 1980. Las instituciones gubernamentales, en su mayoría de investigación agrícola, se aliaron con los técnicos holandeses y los hacendados para transformar la hacienda tradicional en un modelo de modernización mecanizada. La gerencia científica de las fincas, la inseminación artificial, la lechería industrial y una cooperativa de productores con precios fijos, se combinaban para ofrecer un plan total de la transformación agrícola.

En el mantenimiento del minifundio y de los mercados regionales, la continuación de la agricultura campesina necesariamente com-

plicaba y frustraba la transformación hacía la finca lechera. Los agricultores del minifundio han demostrado no sólo que podían sobrevivir; en muchos casos, las cosechas campesinas han tenido más éxito que la agricultura comercial. Por los años noventa, las instituciones gubernamentales en general abandonaron tales proyectos de modernización estatal, de acuerdo con las reformas neoliberales de la apertura económica. Las instituciones gubernamentales empezaban a evitar la intervención directa en la economía y enfatizaban a cambio la idea de que el Estado debería ser una entidad neutral. Efectivamente, trataban de separar dos esferas: una, de la eficiencia del mercado económico y la otra, de la Sociedad Civil compuesta de grupos diferentes con sus necesidades y derechos. Congruente con grupos de activistas transnacionales, el discurso gubernamental ha destacado el apoyo a “los grupos más vulnerables”, es decir, a los grupos tradicionalmente desfavorecidos.

En Túquerres, los “grupos vulnerables” llegan a ser los indígenas, las mujeres y los campesinos, los cuales han sido el enfoque de la intervención gubernamental sobre la base de un discurso de los derechos y las necesidades. Sin embargo, sostengo que esta nueva oratoria gubernamental, paradójicamente perpetúa una situación de desigualdad. La importancia retórica que da a los grupos vulnerables no ha provocado un cambio en la distribución de recursos, y las instituciones gubernamentales no han sido eficaces en proteger los derechos de los vulnerables, haciéndolos entonces más vulnerable a los ataques privados. Es más, la retórica gubernamental propendía a crear categorías idealizadas que no podían comprender las complejidades de la realidad local. Estas categorías de ficción servían como evidencia para los grupos dominantes de negar que los grupos vulnerables merezcan la atención gubernamental. Por último, cuando los funcionarios gubernamentales enfatizaban las virtudes de los vulnerables dentro de una situación de recursos escasos, propendía a poner los grupos en escenarios de conflicto, desde la cual los funcionarios gubernamentales emergían como los árbitros e intermediarios neutrales.

El quinto capítulo, “Política sana”, toma su punto de partida en la noción de neutralidad y postula que las apropiaciones campesinas de mo-

dernización, fundamentalmente, ponen en duda la noción de neutralidad estatal. Utiliza un análisis de la campaña electoral municipal de 1997, los dos candidatos a la alcaldía promovieron visiones diferentes; por un lado, de la modernización estatal y del otro, la modernización campesina. Un candidato era dueño de una finca lechera y funcionario de una institución medioambiental. Su campaña confió en los proyectos de modernización estatal, recomendando la investigación e intervención gubernamental en cosas tan diversas como fertilizantes orgánicos hasta una planta geotérmica de electricidad. A través de estos temas, él acomodó su campaña para atraer a los grupos vulnerables. El otro candidato era hijo de una lavandera y de un habitante de los barrios intermedios entre el centro urbano y el área rural. Este candidato trabajó como ingeniero en la administración municipal anterior que recibió fama por proyectos populares de electrificación rural, la pavimentación y una nueva plaza del mercado. Sus partidarios eran las personas que se apropiaron de artículos y modos modernos. Su plan de gobierno no dio importancia a los proyectos grandiosos, sino a una asignación honrada de recursos existentes.

Ambas campañas trataron de apegarse al tema de una política moderna, retratando sus esfuerzos como ejemplos de la política limpia contra el tradicionalismo corrupto. Sin embargo, la campaña que se conectó con las aspiraciones y actividades de modernización campesina logró captar el voto popular. Ésta podía pintar los proyectos de modernización estatal como manipulados y peligrosos para la experiencia local. El tema decisivo no eran los programas ni los planes de los candidatos, sino una evaluación de su voluntad y su humildad. Los votantes desatendieron las promesas electorales a favor de una relación del respeto con los funcionarios elegidos. La campaña exitosa no trataba de establecer la neutralidad, sino que confiaba en el triunfo de respeto a través de una política que limpiaría a los políticos tradicionales, corruptos y orgullosos.

El último capítulo, “La comunidad”, examina la relación de la modernización campesina con las ideas de igualdad, en el contexto de las instituciones de la comunidad. La modernización campesina ha apoyado instituciones que unen declaraciones formales de igualdad a las expresiones de prestigio moderno, mientras ayudan a los trabajos campesinos. En Túquerres, el surgimiento de una modernización

campesina ha fortalecido algunas de las instituciones que la teoría de la modernización estatal ha considerado tradicionales y atrasados: la iglesia católica, el mercado regional y el deporte de chaza. Éstas son las instituciones inmemoriales que han organizado el espacio, el tiempo y la comunidad en la región. Mientras tenían un carácter jerárquico, han llegado a ser mucho más igualitarias. Sin embargo, enfatizar la igualdad permitía la exhibición de prestigio moderno mientras valoraba los procesos de trabajo campesino. De hecho, las nuevas instituciones que tenían éxito, como los tres nuevos bancos en sólo dos años, ganaban esta colocación, empleando estos mismos temas. Aunque nuevas demarcaciones de diferenciación pueden surgir, en este tiempo la manifestación de una modernización campesina era un esfuerzo colectivo; las personas que se apropiaban los artículos y modos modernos los usaban para también ayudar a los menos afortunados.

En conclusión, reitero estos temas, aplicándolos a un proyecto que fue aprobado por el Banco Inter-Americano de Desarrollo: “Estudios de Prefactibilidad del Campo Geotérmico Azufra”, que se programó para llevar a cabo en Túquerres y tres municipios vecinos. Aunque este proyecto no se realizó, ilustra que pueblos como Túquerres siempre están en juego. La pregunta es si llevan el Estado y el capital a la periferia, o si los procesos de modernizaciones alternativas pueden contribuir a los resultados más igualitarios.

Notas:

- 1 Brevemente, los términos y teoría de la posmodernidad postulan que vivimos en una época en la cual hay una mezcla de lo moderno y lo tradicional, y que los objetivos de desarrollo y modernización promocionados en los años cincuenta no son alcanzables. Es decir, el hecho de estar en el apartamento lujoso discutiendo sobre Túquerres con el médico ya es un ejemplo de la posmodernidad.
- 2 Debo notar el uso de algunas palabras que son particulares de esta región. El “repollo” es una hortaliza que en el Ecuador se conoce como la “col.” En Túquerres, es común la expresión “estufa de gas” o “estufa” para denotar una cocineta de dos o cuatro quemadores. No tiene horno. En Ecuador, el mismo aparato es conocido como “cocineta de gas”. Gracias a

- Pilar Cruz por esta información.
- 3 “Cute” es una palabra nombrar para decir una herramienta que afloja la tierra, como un azadón.
 - 4 Los temas de la globalización y el simulacro de la tradición son abundantes en la literatura académica. Un ejemplo circunspecto es el caso sudanés analizado por Victoria Bernal, donde la agricultura de subsistencia sigue siendo importante, pero se lleva a cabo por aquellos excluidos del trabajo asalariado: “mientras los hombres agricultores adultos tienden a ser hombres demasiado viejos para el mercado obrero, los muchachos están disponibles para cultivar porque ellos son demasiado jóvenes para el mercado obrero. Los mercados nacionales e internacionales de trabajo así tienen efectos directos en la composición de la fuerza obrera casera” (1994:800).
 - 5 “Para resumir el argumento, sugiero aquí que si la palabra *campesino* como tal no puede tener ninguna validez analítica, no obstante refleja una gama de afinidades. Estas afinidades no se encuentran en un ser campesino común a todos, compartido por individuos de tiempos y lugares diferentes. Más bien, las afinidades derivan de un proceso laboral que podemos conceptualizar. Porque este proceso laboral aparece en escenarios socio-históricos notablemente diferentes, una comprensión de gente particular comprometida en ese proceso siempre requiere un análisis de estos escenarios” (Trouillot, 1988:19).
 - 6 Aquí es necesario re-examinar las investigaciones de los mercados campesinos, en su mayor parte realizadas en las décadas del sesenta y del setenta. En general, Kearney no considera tal trabajo en su libro, quizás porque choca con su definición del campesino tradicional como agricultor de subsistencia.
 - 7 Después de que me fui de Túquerres en 1998, y con el inicio de Plan Colombia y las fumigaciones en Putumayo y partes de Nariño, se ha aumentado la violencia en esta región.
 - 8 Una terminología alternativa no ha surgido. Los neologismos de Kearney como “poscampesino”, “tipos como campesinos” o “polybianos” [!] no han hecho avanzar la investigación. Las formulaciones más detalladas como “trabajadores agrícolas semi-proletarizados” y “productores directos agrícolas” (Otero, 1999:2, 23) logran tener mayor exactitud cuando se pierde la conveniencia; el propósito de la terminología es aportar una referencia breve, no necesariamente ser la esencia descriptiva. Una terminología del “subalterno” logra captar el sentido de dominación sin lazos determinados de la agricultura, pero el término rápidamente ha llegado

- a ser aún menos manejable que “campesino”.
- 9 Hay una ironía particular en el caso de Lehmann, porque la presión por desmembrar la hacienda fue “ejercida por un grupo local, en el cual pocos fueron ‘indios’ en cualquier sentido del término, que exigió y declaró que una porción de las tierras de la hacienda, en realidad perteneció a una comunidad indígena. Muchos de aquellos involucrados probablemente eran trabajadores migratorios del otro lado de la frontera en Colombia... La presión desde abajo en esta región no vino de los más pobres de los pobres. De hecho, se encuentra alguna evidencia de que la burguesía pequeña desplazó las comunidades indígenas de sus tierras, y ¡luego emerge como ‘campesinos’ en necesidad de la tierra de la reforma agraria!” (1986b:615, 617).
 - 10 Esta división probablemente se relaciona con una separación más ancha entre economistas y antropólogos. Kearney insiste en repensar “el complejo total”, diciendo que “metodologías anteriores de la diferenciación campesina han sido o excesivamente economistas o demasiado culturales” (1996:12).
 - 11 “De hecho es creíble defender que precisamente era porque la relación entre mestizos e indios no era firmemente una de clase social que entonces la diferencia étnica llegaba a tener tanta importancia para los mestizos legitimar su dominación sobre los indios. Esto ayudaría a explicar la característica paradójica de la identidad ‘mestiza,’ que en algunos casos parece asentarse en nada más seguro que *no ser indio*” (Harris, 1995:366-7).
 - 12 El artículo de Enrique Mayer y Manuel Glave, “alguito para ganar (a little something to earn): Profits and Losses in Peasant Economies” (1999), da un ejemplo de investigación que vincula el análisis económico con la atención a los significados de prácticas de contabilidad campesina en Perú.
 - 13 Rappaport sugiere que aunque Gudeman y Rivera pretenden que conversaban con campesinos, no observaron que muchas de las personas en Cumbal, que ellos denominan “campesinos”, se identificarían como indígenas (1992:906).
 - 14 Con la excepción de académicos y personajes políticos nacionales, todos los nombres personales son seudónimos.
 - 15 Aunque intenté explicar el propósito de mi estudio y el papel del antropólogo, siempre puede ocasionar un malentendido y la equivocación. La población campesina o mestiza en Colombia generalmente sabía menos de antropólogos que los grupos indígenas, quienes conocían más a los investigadores que coleccionaban sus patrones de conducta. Tomé un poco

de solaz al oír por casualidad la conversación de dos vendedores. En las horas anteriores al amanecer, yo estuve sentado encima de los bultos de repollo y coliflor en un camión, mientras que los vendedores conversaban debajo, en el coche. Una vendedora explicó a la otra que yo estaba allí de una universidad y que quería saber “todo” sobre ellos: cómo trabajan, comen y viven; y que yo regresaría a los Estados Unidos para compartir este conocimiento. Esta vendedora vivió en el barrio donde yo estaba hospedado, pero nunca le hablé directamente. Estuve por lo menos seguro que comuniqué los aspectos rapaces de la antropología.

1

El camino del progreso y el semi-bárbaro

...entrar con firmeza por la vía del progreso.
—*Rufiño Gutiérrez, 1897.*

...emprender el arduo camino hacia el progreso.
—*César Gaviria, 1994.*

El “camino del progreso” ha sido una metáfora clave para describir fantasías de transformación en Colombia. En 1897, el ingeniero Rufiño Gutiérrez escribió que los habitantes del sudoeste colombiano deben usar el camino a la costa para “entrar con firmeza por la vía del progreso” (1897:339). El ingeniero consideró que el camino del progreso era una vía existente entre la región montañosa agrícola y las tierras bajas auríferas, que estimularía los rasgos trabajadores de los habitantes y conduciría naturalmente al comercio e industria. Un siglo después, César Gaviria, presidente colombiano, escribió que los colombianos podían emprender sólo ahora “el arduo camino hacia el progreso” (en Hommes, Montenegro y Roda, 1994:ix), porque recién habían suprimido los obstáculos políticos que bloqueaban la libertad y la estabilidad. Hacia 1994, el “camino del progreso” se tornó en una metáfora difusa, todavía usada como una llamada a la acción común, aun cuando el camino actual del progreso era más incierto.

El camino del progreso es particularmente importante para comprender a Túquerres, un pueblo en el sudoeste colombiano. Túquerres está ubicado en una encrucijada de caminos. Una ruta atraviesa las montañas, yendo del norte al centro de Colombia y del sur al Ecuador. La otra ruta corre hacia el oeste, desde las llanuras de la región montañosa fría a la tierra baja caliente y al océano Pacífico. Desde el período colonial, Túquerres ha sido un pueblo del mercado, un punto central para el comercio y la distribución. Su situación en esta encrucijada le ha dado influencia como un centro urbano o ciudad.

La historia de Túquerres es la historia de estas rutas y de las ideas volubles del progreso. En el siglo XIX, la ruta entre la región montañosa y la costa recibió prioridad; la idea predominante del progreso era la de emular con la cultura europea y su civilización a través del comercio con el exterior. Esta idea entró en decadencia en el siglo XX, cuando la ruta donde las montañas hacia el interior colombiano se presentó como el vínculo para progresar, por medio del desarrollo nacional y la modernización.

Las ideas predominantes de entrar o emprender un “camino del progreso” simultáneamente, se constituyen por su opuesto: ideas de atraso, estancamiento, o de ir hacia atrás. La visión dominante de un camino del progreso encontró este opuesto en los habitantes rurales y el campo. En el siglo XIX, la oposición era entre la elite blanca del centro urbano que tenía una relación tutelar con el indio semi-bárbaro del campo. En contraste, en el siglo XX supusieron que los ciudadanos colombianos eran mestizos que marcharían juntos hacia el progreso. No obstante, se reformaba la jerarquía como una elite mestiza del centro con una relación tutelar de campesino ignorante con costumbres que eran residuos de los aborígenes.

El tema central de esta historia, es describir cómo las nociones de un camino del progreso son inextricables en cuanto a la dominación. Ciertos grupos han usado las ideas mudables de progreso para crear posiciones de poder. El eje durable de ese poder es el del blanco-mestizo superpuesto al del indio-campesino, el de ciudad-centro superpuesto al del campo-rural.

Al mismo tiempo, la historia real es de fisuras y facciones, de oposiciones entre y dentro de los grupos dominantes, y de resistencia y acomodación por los dominados. Las diversas posiciones políticas, planes y proyectos se disputaron cuál camino debe ser el del progreso. Otros consideraron que este movimiento por el camino del progreso era un error destructivo que arruinaría valores y virtudes tradicionales, mientras corrompería el tranquilo campo con los males urbanos. En varios puntos, la gente indígena y campesina mostró que no formaban una masa inerte de trabajadores fieles y se resistieron violentamente a las imposiciones dominantes. Los grupos dominados también revelaron que ellos tenían sus propias ideas del progreso, cuando independientemente abrieron nuevos caminos, incorporaron nuevas tecnologías agrícolas y buscaron nuevos mercados.

Por consiguiente, la historia está llena de conflicto y cambio, pero también es la historia de cómo se desarrollan oposiciones duraderas y de dominación alrededor de las ideas de un camino del progreso, el cuál se diferencia de las imágenes de los habitantes atrasados: un centro urbano contrastado campo con el rural. Como Raymond Williams escribe en *The Country and the City* [El Campo y la Ciudad], mientras la historia ha sido variada y diversa, en estos términos se concentran sentimientos poderosos:

En los pueblos reales, que en la historia concreta han sido increíblemente variados, sentimientos poderosos se han agregado y se han generalizado. En el campo ha agregado la idea de una manera de vida natural: de paz, inocencia, y la virtud sencilla. En la ciudad ha agregado la idea de un centro realizado: de educación, comunicación, luz. Asociaciones hostiles poderosas se han desarrollado también: en la ciudad como un lugar de ruido, mundanería y ambición; en el campo como un lugar de atraso, ignorancia, limitación. Un contraste entre el campo y la ciudad, como maneras de vida fundamentales, se extiende desde los tiempos clásicos. (1973:1).

Túquerres en la encrucijada, montaña y sendero

Túquerres se ubica en la cadena occidental de la cordillera de los Andes, una región volcánica que es como una espina de América del

Sur. El centro del pueblo está en 3.100 metros de altura. Su ubicación de 1° norte de la línea ecuatorial resulta en una pequeña variación estacional. Los días son de duración uniforme: la temperatura normalmente sube a aproximadamente 11° C y cae en la noche a 4° C. Reina un frío intenso y penetrante. Hay una estación seca, que se llama el “verano”, pero los vientos la hacen generalmente más frío que la estación húmeda de “invierno”. La altitud es la variable fundamental que determina el clima. Dentro de distancias tan estrechas como 60 kilómetros, el clima va desde un páramo, a valles frescos, y de allí al intenso calor de las tierras bajas tropicales.¹ Casi cualquier tipo de cosecha puede crecer en los sitios de altura, desde papas en la región montañosa hasta maíz en los valles, y luego piñas, aguacates, y algodón. Las rutas entre los nichos altitudinales, sin embargo, han sido muchas veces arduas e inciertas.

El paisaje de cuevas escabrosas y volcanes inspiró al famoso explorador-científico Alexander von Humboldt a llamar a la región “el Tíbet de la América del Sur” (Brisson, 1899:12). Otros lo han llamado “el Nudo de los Pastos”, porque aquí la sierra montañosa se divide en tres cadenas distintas (Calero, 1997:5). Túquerres se ubica entre dos volcanes dormidos, el Azufral y el Quitasol. En las alturas truncadas de estos volcanes, un paisaje de páramo andino prevalece. Mientras es demasiado alto y frío para la agricultura, ha nutrido un ecosistema rico que proveía de agua a los agricultores que viven abajo, quienes lo han considerado como una fuente de vida (Calero, 1997:10). Es una tierra de vientos helados y volcanes ardientes, descrito por un novelista tuquerreño:

Hacia el noroeste se levanta el páramo del Azufral, como haciendo compañía a los centinelinos volcanes, cuyas cimas, blancas de nieve, majestuosas de altura, semejan cabezas de gigantes ancianos pensativos... Frente al páramo del Azufral, se eleva el cerro Quitasol, cubierto de grandes pajonales; y a sus pies, Túquerres, la ciudad madre, se recuesta en indolente apariencia... ¡Salve, Ciudad dormida, Ciudad Madre, indiferente y fría en apariencia, pero henchida de fuego en tus entrañas! (Alvarez Garzón, 1943:8-9)

Los volcanes han bendecido la región con tierras fértiles. Debajo del páramo se extiende la sabana de Túquerres, una inmensa llanura apta para papas, pastos, y agricultura del clima frío. Un explorador francés del siglo XIX describió esta abundancia con palabras casi poéticas:

Alrededor de la ciudad, los campos de trigo, cebada, alfalfa, habas, papas, ocas, ollocos y judías se suceden sin interrupción, dando una idea muy aventajada del cultivo... El terreno, compuesto de humus negro, muy fértil, regado por multitud de arroyos procedentes de las filtraciones subterráneas y alimentados por las brumas, da a los cultivos agrícolas y hortícolas un aspecto de lozanía que recuerda las cercanías de las ciudades del mediodía de Europa... La cría de ganado constituye la principal industria agrícola del país; las nieblas perpetuas que bajan de los páramos y se extienden alrededor de Túquerres, mantienen la frescura de las praderas, cuya vegetación, aunque corta y poco activa, es de excelente calidad. (André, 1884:777).

Mientras las nieblas tal vez ya no son tan perpetuas y la ciudad se extiende más abajo que antes, los habitantes de Túquerres todavía cuidan campos multicolores, labrando tierra volcánica regada por lloviznas del páramo.

La concentración de tanta variación climática en tales distancias cortas aumenta la importancia de las rutas de comunicación. Mientras los automóviles y carreteras actualmente podrían cortar la distancia, la geografía montañosa resulta de una dificultad notoria para construir y mantener los caminos en la región. Muchas personas todavía transitan a pie por senderos que conectan varias zonas climáticas. A una hora del centro de Túquerres, se calienta la temperatura tornandola más adecuada para el trigo, como en la sección del sudeste de la municipalidad o los pueblos vecinos de Sapuyes y Ospina. Otra hora de camino lleva a lugares más calurosos donde se cultivan maíz, como Guaitarilla. De allí, en pocas horas más, se llega a lugares calientes como Ancuya y Linares, donde se cultiva el café y hasta la caña de azúcar. Este descenso lleva a las tierras bajas costeras, con el intenso calor del bosque tropical apropiado para frutas tropicales y cacao. Aquí los caminos dan lugar a ríos con sus depósitos de oro aluvial.

En esta tierra de microclimas de variación dramática, los caminos y rutas de intercambio que vinculan zonas de producción, asumen una importancia sobresaliente. Siglos antes de la llegada de los españoles, la población nativa tenía un intercambio activo entre estos microclimas. Se mantuvieron distancias cortas entre las cosechas de papa y maíz; hasta el momento actual, hay intercambios anuales de maíz y papas entre personas de Guaitarilla y Túquerres.

La importancia regional de Túquerres crece así, por su posición sobre los caminos entre microclimas. Los dos más importantes corren en dirección norte-sur a lo largo de la espina de la región montañosa de los Andes y, de este-oeste a las tierras bajas tropicales y al Océano Pacífico. Esta situación geográfica era decisiva para la construcción española de Túquerres en la economía colonial.

Civilización colonial y resistencia

En el nombre de un proyecto de civilización, los colonizadores españoles usurparon la tierra y labor de los habitantes nativos. Los españoles reclutaron forzosamente la sabana fértil de Túquerres, mientras empujaron a los agricultores nativos hacia las cuestas del páramo. Túquerres aumentó en importancia cuando los españoles empezaron a extraer oro de los ríos de la tierra baja alrededor de Barbacoas. Las haciendas de la región montañosa abastecieron la tierra minera donde trabajaron africanos esclavizados. Los españoles también alistaron a los nativos para trabajar en las haciendas y transportar en sus espaldas productos entre Túquerres y Barbacoas. El período colonial es por consiguiente el primer caso de un proyecto con el supuesto objetivo de “civilizar” que, en nombre de la corona y la iglesia, constituyó un programa de subyugación y dominación. Pero también ofrece casos de resistencia y de rebelión, desde los ataques múltiples a estas colonias de españoles hasta una revuelta indígena en Túquerres, donde y, por consiguiente la resistencia mostró un contrapunto nativo al régimen colonial.

Con la conquista española, las autoridades coloniales recibieron concesiones de tierra que incluyeron derechos al trabajo de habitantes nativos. El propósito ostensible era una misión de civilizar e instruir a los nativos en la verdadera fe cristiana. El resultado era una jus-

tificación para la subyugación y la dominación. El área que rodea la ciudad actual de Pasto tenía una concentración grande de labor nativa, y se transformó en centro administrativo colonial de la región. La sabana fértil alrededor de Túquerres también era atractiva. Cuando las expediciones a las tierras bajas encontraron oro en los ríos alrededor de Barbacoas, la sabana era aún más halagüeña, como una base para colonizar las tierras bajas y aprovisionar las minas (Calero 1997:xi).

Los españoles alistaron a los nativos, llamados *indios*, debido a la famosa equivocación de Cristóbal Colón, para trabajar las haciendas de la sabana, produciendo papas y granos, así como carne y queso (Calero, 1997). Ellos también usaron la red de senderos indígenas; sin embargo, el uso de caballos y la falta de mantenimiento ocasionó el deterioro rápido de los senderos (Taussig, 1987:296). Muy pronto los senderos volvieron a ser inadecuados para caballos e inclusive mulas. Los españoles reclutaron a los indios como portadores humanos para transportar productos entre la región montañosa y la tierra baja. Los indios llevaron los productos de la región montañosa en sus espaldas a Barbacoas para aprovisionar a mineros africanos esclavizados que fueron traídos por los españoles (Calero, 1997:16; Minaudier, 1988). A su vez, los españoles enviaron productos europeos primero al puerto de Tumaco, luego por la bahía al río Patía, y de Patía al río Telembí y Barbacoas. Desde ese punto, los indios llevaron los productos a la región montañosa (figura 2). Túquerres era un lugar de almacenaje, un “puerto seco” donde se guardaban los productos antes de que se distribuyeran a otros centros coloniales.

Túquerres creció así como un punto de encrucijada entre los centros coloniales, y como un punto de partida del camino a las minas de la tierra baja y la costa. Al sur estaba Quito, y al norte Popayán. Las elites coloniales de ambas ciudades rivalizaron sobre el destino de las minas de Barbacoas y el camino que los conectaba (Deler, 1996:38). No obstante, Túquerres permanecía separado de Quito y de Popayán por montañas y desiertos; el viaje por tierra era largo e incierto. Los frecuentes ataques nativos limitaron el mando colonial, tornándolo tenue. Las autoridades en Pasto se acostumbraron a tener una autonomía local. “La región de Pasto resultaba depender, en lo civil, de las autoridades de

Popayán y en lo religioso, de las de Quito... Esta conjunción de incertidumbres en la distribución jurisdiccional refleja perfectamente una situación general de transición” (Deler, 1996:36; ver Phelan, 1967; Bushnell, 1993:16; Calero, 1997:xii). Las fronteras coloniales y de jurisdicción en esta área eran desconcertantes y sujetas a cambio y disputa.²

La documentación colonial sobre Túquerres es así incompleta. Túquerres sólo hace sentir su presencia en los archivos coloniales debido a una rebelión en 1800. Este episodio de insurrección revela el carácter del poder colonial y la resistencia nativa. Las hostilidades empezaron en Guaitarilla, pueblo cercano que ha tenido un intercambio de maíz por papas con Túquerres desde tiempos antiguos. De entre la crecida población, reunida para la misa del domingo y día del mercado, una muchedumbre enfurecida le impidió al sacerdote leer un decreto de nuevos impuestos de la corona española, y con gritos redujo a pedazos el decreto. Los magistrados gobernantes, que se les llamaba “los Clavijos” porque eran hermanos, querían castigar a dos mujeres como instigadores criminales, pero la confluencia de gente en este día del mercado generalizara la rebelión en los pueblos vecinos. Al día siguiente, una multitud de indios empezó a romper vasijas de aguardiente. Esto parece haber sido un golpe simbólico contra el monopolio oficial que los Clavijos tenían en la producción del aguardiente y quizás una declaración a favor de la chicha casera. Un grupo se reunió fuera de la casa de los Clavijos en Túquerres, mientras otro marchó a la fábrica de aguardiente, exigiendo una copia del decreto de impuestos para destruirlo. Dos de los hermanos Clavijo huyeron al refugio sagrado del templo detrás de la virgen Inmaculada; la muchedumbre, acompañada por los tambores y las campanas, saqueó y quemó la fábrica de aguardiente. Luego, la muchedumbre llegó a la iglesia, mientras amenazó a los residentes mestizos que no se habían unido a la revuelta. El sacerdote, llevando las imágenes sagradas, intentó impedir la agresión a las personas, pero el grito de “¡Dios no ha prohibido la libertad!” rompió el espacio sagrado, y la muchedumbre los atacó. La multitud apedreó y decapitó a dos de los hermanos Clavijo en la plaza central. Los rebeldes atacaron los almacenes coloniales donde destruyeron los estancos de pólvora y tabaco.³

Los historiadores y las celebraciones cívicas han asimilado este levantamiento como un precursor de la independencia, pero más probablemente era una expresión de agravios específicos contra varios propietarios y gobernantes particularmente abusivos (Hamnett, 1990:311). Los Clavijos eran hombres rapaces de negocios que se ocuparon del comercio entre Quito y Popayán y también en el camino a Barbacoas (Ortiz, 1958:44-6). Ellos se aliaron con la Iglesia en su dominación de la región. Una escena de hostilidad era la hacienda de la Cofradía, nombrada por los sacerdotes que la poseyeron. La rebelión es así el primer caso documentado en el cual la población local desafió al orden colonial.

Esta revuelta obedece a la lógica clásica de insurrección campesina señalada por Ranajit Guha. La rebelión empieza durante una misa y día del mercado, cuando había una reunión grande de la gente (1983:123, 258); ellos toman el decreto escrito como un símbolo odiado que debe ser físicamente destruido (51); los rebeldes se niegan a ser tratados como delincuentes comunes, y convierten su acción en una festividad pública y comunal, completada con instrumentos musicales (109-124); ellos piden la ayuda de los aliados lógicos, los mestizos, pero amenazan castigarlos si no se uniesen (192-4); el enfoque del ataque son los símbolos de poder: los monopolios de alcohol, tabaco y armas de fuego (136); el levantamiento no es marcado por una violencia contra las personas, exceptuando el caso especial de los Clavijos, cuyos abusos demandaron un arreglado corporal de cuentas (161-4); y una vez hecho el asunto, los rebeldes consideran sus propósitos locales logrados (278). Finalmente, los rebeldes invierten los estereotipos de indios sólo gobernados por la religión y el alcohol.

El período colonial es por consiguiente un comienzo decisivo. Las autoridades coloniales organizaron Túquerres como un pueblo en el cruce de caminos entre Quito y Popayán y una ruta a la costa. Agentes de la Corona y la Iglesia dominaron la región montañosa en el nombre de un proyecto de civilización, pero su ocupación era un hecho inseguro en una situación de aislamiento, terreno escabroso y de rebelión. Los aspectos avariciosos del dominio ocasionaron una insurrección que intentó destruir los símbolos de los dominantes. Este aisla-

miento, el terreno quebrado y la rebeldía regional también retardarían el proyecto independista de transformar el sendero Túquerres-Barbacoas en un camino de herradura.

La Independencia: transformar un sendero inadecuado en “camino del progreso”

Con las luchas de independencia en el siglo XIX, Túquerres pasa a formar parte del nuevo Estado colombiano. Sin embargo, el suroeste era una parte problemática, aislada del gobierno central y dispuesta a la rebelión. Las elites colombianas, interesadas en construir una nación, vieron al sendero Túquerres-Barbacoas como un potencial camino del progreso que podría acabar con el aislamiento regional, promover de comercio e industria y apaciguar la rebeldía regional. Además, las elites advirtieron su propio papel tutelar de los habitantes semi-bárbaros: los indios de la región montañosa y los negros costeros. Convertir el sendero en un camino era, por consiguiente, un proyecto de progreso que resultaba fundamental en la construcción de la nación y la consolidación de la dominación de estas elites. Sin embargo, el proyecto estaba también rodeado por dificultades y resistencia.

En la lucha de independencia, la gente de Pasto, ‘los pastusos’, habían sido realistas tenaces, organizando una resistencia guerrillera feroz que frustró los planes de Simón Bolívar hasta que por fin los ejércitos de liberación les sometieron (Hamnett, 1990:312). Los políticos colombianos del siglo XIX culparon a la religiosidad pastusa y su conservadurismo por esta posición contra la independencia. Sin embargo, su resistencia también derivó de la defensa de su acostumbrada autonomía; los pastusos sentían que su lealtad a la corona española se premiaría en el futuro con una universidad y exenciones de los impuestos y tributo (Hamnett, 1990:311-2). Desgraciadamente, para los pastusos, escogieron el lado perdedor.

La región por consiguiente, se transformó en una parte reacia de la nación. Quedó aislada físicamente y distante de la capital. Un viaje a Bogotá podía durar un mes o más. La región se vinculó más a Ecuador y su capital Quito, que al resto de Colombia. Los pastusos periódica-

mente amenazaron con separarse de Colombia para juntarse al Ecuador; siempre parecían listos para resistir y rebelarse contra las autoridades nacionales. Las que sólo conservaron esta región intacta dentro de Colombia porque pudieron establecer un gran número de soldados en Pasto.

Para las elites colombianas, esta región presentó un obstáculo a su noción incipiente de progreso. La mayoría de los escritores colombianos del siglo XIX creyeron que la gente indígena “obstruyó el ‘progreso’ nacional, un concepto que aparentemente incluyó el mejoramiento cultural (‘civilización’), así como el desarrollo económico” (Safford, 1991:23).⁴ Esta idea incipiente de progreso se fundó en un comercio e industria creciente, involucrando nociones de cultura y civilización. Era principalmente un proyecto derivado de la universalización de valores europeos. El área rebelde alrededor de Pasto era por consiguiente problemática para los promotores del progreso nacional. Las elites vieron esta región rebelde como un lugar poblado por razas semi-bárbaras “vegetando” en la abundancia. Aunque la ley colombiana oficialmente reemplazó el término *indio* por *indígena* en 1821 y había liberado a los descendientes de africanos esclavizados, las elites todavía trataron de monopolizar su posición como “blancos” con un papel tutelar para estas poblaciones semi-bárbaras.⁵

Un escritor que forjó estas actitudes fue José María Samper, político nacional prominente, periodista, e intelectual. Samper, en 1861, deploró la belicosidad pastusa y su resistencia a la autoridad de la nación colombiana:

Fue en Pasto donde el régimen colonial resistió más tenazmente a la revolución de la independencia, invocando a Fernando VII, y es de allí de donde han surgido todas las revoluciones sangrientas y tenaces, en nombre de la religión, después de la constitución de Colombia. El indio pastuso tiene su cortijo para trabajar y vivir, pero dentro de la casa se halla infaliblemente el telar rudimentario, el fusil de guerrillero, la múcra o vasija de chicha, o la botella de puro anisado, y una colección de imágenes de santos, cuando no un altarcito. Se trata de pagar los diezmos y primicias (voluntariamente) o de costear fiestas eclesiásticas? Está listo y paga con largueza. Se trata de un fandango para beber sin medida? De

mil amores. ¿Se trata de ir a la escuela, pagar impuestos públicos, prestarse a las operaciones del censo de población o concurrir libre y espontáneamente a las elecciones? El indio dice:—Negado. ¿Se trata, en fin, de organizar una guerrilla, y declararse en rebelión bajo el mando de un fraile o del cura párroco? El pastuso está pronto. (Samper, 1944 [1861]:88-9).

El discurso de Samper condena al indio pastuso por rechazar las actividades de la nación: impuestos, censos y elecciones, al favorecer las actividades particulares de la religión, rebelión, y alcohol (ver Crain, 1990:46). Para moderar esta rebeldía e incorporar la región a un nuevo orden nacional, las elites vieron necesario obligar a los habitantes a trabajar. Agustín Codazzi, aventurero y científico italiano, que fundó la geografía colombiana como cabeza de la Comisión Corográfica iniciada en 1849, compartió tales sentimientos. Codazzi escribió en 1853 de los descendientes africanos en Barbacoas que “obligar, pues, a esta raza, por naturaleza indolente y perezosa, a trabajar para enriquecerse, es hacerle un bien positivo, porque están poco más o menos como los indios semibárbaros que necesitan tutores” (citado en Caro Molina, 1954:194). Samper análogamente pintó al indio pastuso como viviendo con facilidad, mientras le faltaba a las virtudes de cultura, civilización, y progreso:

En las alti-planicies de las montañas de Pasto, donde reina una perpetua primavera, la vida es fácil y barata, los cereales y las plantas más útiles crecen en abundancia, alternando con verjales que le dan al país el aspecto de una secesión de paraísos, y las crías de ganado, la industria de tejidos y otras análogas prosperan en cuanto es posible. El indio pastuso, de raza probablemente quichua, vive, pues, contento en medio de la abundancia y sin necesidades ni cultura, reacio a la civilización, impasible ante el progreso. Es un salvaje sedentario, bautizado, que habla español (aunque con provincialismos) y cree que el mundo está todo en sus montañas, sus pueblos y cortijos y sus fiestas parroquiales. (Samper, 1944 [1861]:87-8)

Samper así encontró al indio de la región del sudoeste colombiano, como especialmente “reacio” e “impasible” ante las virtudes de civilización y progreso.⁶

La única ruta posible al progreso y civilización, el sendero de Túquerres-Barbacoas, presentaba condiciones espantosas durante el siglo XIX. Era un viaje escabroso en el verano e intransitable durante las lluvias del invierno. El uso continuo lo había convertido en una estrecha zanja, tan estrecha en partes que las personas que se cruzaron tenían que subir el uno sobre el otro para pasar; la vegetación había crecido sobre el sendero, así que algunos trozos se convirtieron en túneles profundos, repletos de serpientes venenosas que caían de la vegetación. La descripción de Miguel Triana en 1906 es incomparable:

La senda trajinada durante siglos, en subidas y bajadas de gusto indígena, se convirtió en un profundísimo zanjón, por el que corrían las aguas de la ladera, labrando excavaciones oscuras, a cuyo fondo se caía por un resbaladero casi vertical. Este zanjón, de veinte metros y más de profundidad, era, en sitios tan estrecho, que no cabían en él los codos del viandante. Si en alguna de estas frecuentes estrechuras se cruzaban dos viajeros, solía el más ágil encaramarse barranca arriba, como una araña, poniendo pies y manos sobre las dos paredes al propio tiempo, para que el otro pasase por entre el arco agudo formado por las piernas. La vegetación en la superficie de la tierra continuaba sus enlaces, como si el suelo no tuviera tal hendidura, formando así un verdadero túnel, obscuro y asfixiante. Las innumerables víboras, famosas por la variedad en el efecto de sus ponzoñas, que andaban por aquel suelo superior, sin sospechar la existencia del camino subterráneo, o acaso a sabiendas, caían inocente o maliciosamente en el escotillón, para espanto, peligro y, en veces terrible muerte de quien tropezaba con ellas... Tal era, a grandes rasgos, el camino por donde debía entrar el Progreso a la altiplanicie" (1950 [1906]:64-5).

Además de ser una herencia de los indígenas, las elites colombianas que viajaron a la región sentían que el sendero era también una mala herencia de un gobierno colonial español incompetente.

Las elites colombianas, igualmente se desconsolaron por el uso de portadores humanos, viendo en ellos una pérdida de labor y otro ejemplo del barbarismo perpetuado por los españoles. Codazzi vio

atraso en los portadores indios que eran “cargados como mulas” (Codazzi en Caro Molina, 1954:196). Los indios llevaban los comestibles para Barbacoas, así como a los viajeros blancos, en sus espaldas.⁷ Un miembro joven de la Comisión Corográfica colombiana que ocuparía luego la presidencia de Colombia, Santiago Pérez, dio cuenta del tráfico increíble en el sendero:

Los habitantes de Barbacoas reciben los artículos de consumo diario de Túquerres y de Tulcán... Es un espectáculo curioso ver, a las tres de la tarde de cada día, entrar desde cincuenta hasta cerca de cien indios o indias, con su cesto a las espaldas, su bordón en la mano y su indefectible gorra de fieltro sobre la cabeza... Dentro de los cestos traen, no sólo harinas, papas, carne, arroz, quesos y demás comestibles, sino también pollos y gallinas que han hecho su viaje de ocho días, reburujados unos con otros en las estrechas canastas (Santiago Pérez, 1852 citado en Rodríguez Pérez, 1950:83)

Como la ida y la vuelta entre Barbacoas y Túquerres tomaba 15 días, y 70 portadores llegaban diariamente, Pérez calculó que habían 1.050 individuos en un camino que “apenas puede llamarse tal” (Rodríguez Pérez, 1950:84). Este tránsito era un movimiento increíble de personas y productos en la región. Comparado con estos 1.050 portadores, el censo de 1843 contaba a 4.769 personas en Barbacoas, 4.500 en Túquerres, y 9.688 en Pasto (Rodríguez Guerrero, 1961 en Jurado Noboa, 1990:430).

El proyecto del progreso del siglo XIX por consiguiente se concentró en transformar el molesto sendero entre Túquerres y Barbacoas en un camino de herradura. Este camino ofreció la oportunidad de acabar el aislamiento regional e introducir el comercio y la conexión con el mundo externo. Mejorar este sendero y reemplazar los indios por mulas ocupó la atención de las elites que intentaron inducir al progreso. Codazzi usó las estimaciones de Pérez sobre los portadores humanos y calculaba como labor “perdida” en este sendero que podría emplearse para cultivar las haciendas de la sabana (en Caro Molina, 1954:196). Codazzi ofreció dos alternativas para Túquerres:

Túquerres recibe multitud de artículos del Ecuador, y no da en cambio sino dinero, porque los víveres abundan allí también. El único mercado que tiene es con Barbacoas, y si esta provincia, en lugar de progresar, se atrasa, se atrasará también Túquerres, que vendrá a ser dependiente del todo del Ecuador. Si, al contrario, tuviera una vía cómoda a Barbacoas, por donde pudieran transitar por ahora recuas, y más tarde carros, gran parte del Ecuador recibiría muchas cosas de Túquerres, con más ventaja que de Guayaquil... Túquerres vería abierto un porvenir halagüeño, tanto por servir de escala a las especulaciones comerciales, cuanto por poder emprender grandes cultivos de frutos exportables, sembrándolos cerca de la nueva vía, que con el tiempo sería frecuentada por carros. Sus excelentes ganados irían a Barbacoas y de allí en vapores a toda la costa; sus papas, cebada, harinas y demás tendrían un pronto expendio, y llegarían más frescas que las de los Estados Unidos (Codazzi en Caro Molina, 1954:196-7)

Codazzi pintó claramente el camino a Barbacoas como una opción entre progresar o retroceder. Es más, retroceder significaría que la región vendría a ser dependiente del Ecuador; en cambio, que si se mejoraba el camino, se invertiría esta dependencia. Codazzi también vio el camino como un medio de apaciguar la rebeldía regional. Él refutó a aquellos que llamaron a la región un “cáncer”, escribiendo que era más bien “un tumor producido por falta de circulación en la sangre, y de fácil curación” (en Caro Molina, 1954:203). Codazzi usó metáforas de la nación colombiana como un cuerpo y el movimiento comercial a lo largo de los caminos como la circulación. Como Samper, el tono de Codazzi es de esperanza y creencia en que buenos gobernantes podrían resolver los problemas presentes. El camino “dará vida y animación a estas provincias, que por ociosidad y falta de movimiento comercial, vienen a ser el punto de apoyo de aquellos que desean por miras particulares el trastorno del Estado” (Codazzi en Caro Molina, 1954:206).

A pesar de las súplicas de Codazzi, el sendero no recibió prioridad nacional (Chávez, 1959:70). El gobierno nacional colombiano permanecía débil y distante en el siglo XIX, enfocando sus recursos limitados a las regiones del país que eran más centrales y lucrativas. Los fondos destinados a mejorar el sendero fueron muchas veces malgasta-

dos por los contratistas (Gutiérrez, 1897:334-7). Mejorar el sendero no sólo era una batalla ardua contra la adversidad natural y el terreno difícil, sino también contra personas que no compartieron el mismo interés en construir el progreso nacional.

Hay también evidencia de que los portadores mismos protestaron contra los mejoramientos del sendero, temiendo la pérdida de su trabajo (Stevenson, 1825:421-2). Aunque son pocas las indicaciones de lo que los habitantes sentían sobre los proyectos del siglo XIX, puede imaginarse que las visiones de las elites de pereza e indolencia eran derivadas de sus deseos de contener la autonomía local. Muchos habitantes probablemente no tenían prisa en restablecer la dominación de la elite blanca de la época colonial.

El sendero fue finalmente convertido en un camino de herradura en la última década del siglo XIX. Rufiño Gutiérrez, un ingeniero que vino de la provincia de Antioquia para el entrenamiento técnico de estudiantes pastusos, suministró uno de los primeros informes sobre el camino. Gutiérrez dijo que el estaba tan mejorado que “podemos asegurar que aquél es el mejor camino que tiene Colombia” (1897:338), y declaró:

esa vía no se ha construido y no se conserva solamente para proveer de queso y cecina á los barbacoanos, que para este servicio bastaba la antigua vereda de á pie: caminos como éste se hacen para despertar y fomentar el comercio y la industria de pueblos numerosos, como son los que están desde el Mayo hasta Quito; para todos ellos la salida al mar más económica y pronta es el camino de Barbacoas, y es tiempo de que se aperciban de esta verdad, y de que sepan que ninguna de las comarcas que tienen poblaciones en las cimas de los Andes tiene, en todo el Continente, mejor comunicación con el Océano que ellas, y que, en consecuencia, pongan en actividad sus notables condiciones de laboriosidad y de economía para entrar con firmeza por la vía del progreso. (Gutiérrez 1897:339)

Por consiguiente, a finales del siglo XIX, las elites consideraban que habían establecido los elementos para un proyecto de progreso, construido sobre el comercio y conexión al mundo más allá de las montañas.⁸

Los escritos de esta elite colombiana del siglo XIX, los geógrafos, políticos, periodistas, e ingenieros, quienes se interesaron en fundar una nación, establecieron así los parámetros de un proyecto de progreso que era simultáneamente un proyecto de continuar la dominación tutelar sobre la población atrasada y semi-bárbara.

Desde el camino al ferrocarril: el progreso de la ostentación elitista

La culminación de la idea del progreso del siglo XIX se sucedió entre 1890 hasta 1930. Con la apertura del camino de Túquerres-Barbacoas, una elite se unió alrededor de las posibilidades comerciales de exportación y de importaciones extranjeras. El camino trajo riqueza y lujo del extranjero, e incluso inmigrantes europeos que se establecieron en Túquerres y empezaron negocios. Nariño también construyó una línea corta de ferrocarril en la costa. Sin embargo, esta riqueza y lujo fue principalmente dirigida a mantener las señales de dominación y jerarquía. Esta época contrasta tanto con Túquerres contemporáneo que es difícil concebir cómo era la vida de antes. En 1936, una serie de terremotos violentos destruyó varias partes de Túquerres. Los sismos provocaron un cataclismo final en una época que ya se estaba derrumbando. Ya se habían reducido drásticamente el tráfico y el comercio a lo largo del camino de Túquerres-Barbacoas, y el terremoto se constituyó en una excusa para las elites que todavía vivían en Túquerres para huir del pueblo.

La visión de progreso dentro de la cual funcionaba el camino de Túquerres-Barbacoas estaba principalmente basada en aumentar el consumo. La versión colombiana de “la ideología económica liberal puso gran importancia en la utilidad, de hecho la primacía, del comercio y del valor del consumo aumentado como un estímulo a la actividad económica... el consumo material aumentado [era] necesario para establecer a Colombia en la categoría de naciones civilizadas” (Safford 1991:23). Los artículos que mostraron la cultura y civilización europeas recibieron la prioridad más alta.

Por consiguiente, en el Túquerres del temprano siglo XX, uno podía ir a una tienda y comprar “un finísimo perfume parisiense, pues el

comercio en Túquerres provenía en gran porcentaje del exterior, importándose por Barbacoas, que fue en ese tiempo importantísimo puerto fluvial sobre el río Telembí, que a través del Patía lleva el tributo de sus aguas al Océano Pacífico” (Cifuentes López, 1993:107). Los archivos de importación indican una cantidad apreciable de vino (Vermouth marca Martín Rosi, Vino Vermouth en Barriles y botellas, Vino blanco de mesa) así como jabón perfumado, loción perfumada, Agua de Florida, cajas de Sen-Sen y Agua de colonia (PT-H #25:24-7). Otros residentes recuerdan pianos, violines, cristales, lámparas, máquinas de escribir, y relojes. Los primeros automóviles de Nariño aparecían en Túquerres, traídos por mulas por el camino de herradura. Los dueños de los automóviles los ostentaron alrededor de la plaza principal o dieron vueltas a las haciendas cercanas, dado que la mayoría de los caminos no eran adecuados para el tráfico de automóviles. Aunque muchos de estos artículos eran inútiles en ese contexto, eran esenciales para las pretensiones de cultura y civilización. Estos artículos de consumo también están en marcado contraste con los artículos disponibles en el Túquerres contemporáneo; obtener un vino fino o un perfume parisiense finísimo es hoy casi inconcebible.

Esta preferencia de artículos de consumo europeos se extendió a la educación de las elites. Un lechero contemporáneo lamentó este pasado que él pintó como una época en la cual la gente o era educada en Europa o podía obtener una educación europea en Túquerres:

En los años 20, Túquerres fue pueblo importante. Llegaron emigrantes y era floreciente. Llegaron unos hermanos maristas y fundaron el colegio de los hermanos maristas... Tenían profesores europeos y los estudiantes hablaron inglés fluidamente, o no inglés, francés, francés fluidamente. Mi papá tuvo un almanaque de los años 30 de la Casa Osa que en la primera parte tenía Berlín – Bogotá – Túquerres. Túquerres era un polo de desarrollo con Barbacoas y el oro. Trajeron muchas cosas, mercancías del Ecuador a través del Tumaco y Barbacoas y llevaron desde aquí al Ecuador y al norte. No había vías, ni carreteras y la gente se fue a Europa a educar, una despedida de seis años. Salieron por Tumaco y por Panamá. De este tiempo salieron ingenieros, médicos...También fundaron un colegio femenino

por unas monjas franciscanas donde la mayoría eran europeas. Mi mamá se educó con las monjas con un nivel muy bueno, con el mismo nivel de los colegios en Europa. Ellas tenían una cultura muy universal, era gente muy preparada. En esta época, hubo una elite, la gente más importante de Nariño estaba acá. Salió gente muy importante para Colombia, gente brillante.

Otra vez, estos francófilos están en contraste severo con los niveles actuales de educación y las clases obligatorias de inglés.⁹ En sus bibliotecas, las elites acumularon libros en francés, alemán, y griego. En la región, los tuquerreños se reputaban de ser los habitantes más inteligentes del área. Esta educación no era pertinente de las necesidades y realidades locales, pero fue una de las señales decisivas de estatus y jerarquía social.

El consumo de artículos y educación extranjeras hasta cierto punto estimuló tipos diferentes de actividad comercial y productiva. Benhur Cerón Solarte, un historiador criado en Túquerres, escribe que “la demanda generada en Barbacoas permite a Túquerres desarrollar sistemas de producción agropecuaria más tecnificados y con perspectivas comerciales, que colocan a este centro urbano regional a la cabeza del desarrollo mercantil del sur de Colombia” (1997:54). Este historiador también describe que del desarrollo de sistemas de producción agrícola tecnificado resultaron intensos conflictos sobre la tierra, cuando los dueños de haciendas en la sabana empujaron a los cultivadores minifundistas hacia las parcelas altas del páramo.¹⁰ Por consiguiente, el comercio, el consumo, y el movimiento por el camino del progreso era inextricable en la consolidación de los latifundios.

El asiento de los impuestos en los archivos municipales revela que estos hacendados mantuvieron registros detallados y administraron sus granjas como empresas comerciales. Varios hacendados anotaron las ganancias mensuales del queso y luego dedujeron los sueldos para los jornaleros y los empleados permanentes, mientras calcularon las “raciones” de leche, papa, habas, y cebada en valores monetarios (PT-H #27:29-3). El rector actual del colegio agrícola recuerda que “la familia León Mantilla, educada en Estados Unidos y Europa, ingenieros eléctricos, civiles, el papá dueño, trajeron los primeros reses de ganado

lechero Holstein en 1926. Después del conflicto del Perú [1933], empezaron a traer abonos químicos”. Las elites de Túquerres se adherían a la idea de progreso comercial en vez de guardar el latifundio grande como un privilegio tradicional, y entonces había un ímpetu para cambiar los modelos productivos (Cerón Solarte, 1997:60).

Según Cerón Solarte, no menos de una docena de europeos vinieron a Túquerres durante esta época y establecieron negocios, granjas y fábricas. Algunos de sus nombres aparecen en los registros de importación e impuestos anotados en el archivo municipal, tales como Max Muller, Fridolin Haemerle, Carl Brach, Gerard Sager, y Emilio Mettler, cuya Casa Mettler todavía en los años noventa estaba en la calle principal y era tal vez la única tienda todavía existente de aquella época. Otra vez, se hace un contraste significativo con los años noventa, cuando hubo quizás uno o dos europeos que vivían en Túquerres, un turista ocasional, y a veces un antropólogo norteamericano.

La culminación de la meta de esta época fue la construcción de una línea de ferrocarril corta desde el Diviso al puerto de Tumaco.¹¹ Incluso la gente de Nariño, “llevados por el romance y entusiasmo de construir ferrocarriles”, creyó que los ferrocarriles eran “la clave para que Colombia pudiera transformarse en una parte auténtica del mundo moderno” (Bushnell, 1993:135). Un vínculo directo del interior al exterior, y completamente separado de una red nacional, el ferrocarril en Nariño era similar a otros ferrocarriles colombianos “construidos de una base *ad hoc* y sin coordinación entre las compañías privadas y gobiernos departamentales que buscaron promover la exportación de café, banano, y tabaco” (Hartwig, 1983:55).¹² Un símbolo máximo de progreso para las elites, también era una expresión máxima de inutilidad, reemplazada por una carretera en menos de veinte años luego de su construcción.¹³ Como el perfume parisiense, los automóviles norteamericanos y los libros griegos, eran un símbolo frívolo de progreso que ejemplificó y reforzó la estratificación social.

Un ejemplo de la coincidencia de las ideas de progreso con la estratificación social se encuentra en el archivo municipal de Túquerres, donde se guarda la colección de un impuesto para apoyar al gobierno colombiano en 1933, durante el conflicto con Perú sobre la frontera amazónica. El gobierno recaudó un impuesto de emergencia por el “ca-

pital total”, el valor de las tenencias menos cualquier deuda. Asumiendo que el censo de 1928 en Túquerres de 19.200 residentes equivale a 4.000-5.000 casas, se puede deducir que los 2.265 registros representan más de la mitad de la población. Tomé una muestra de 227 de estos registros (PT-H #29-1, #32-1, #33-7).

Varias personas revelaron los detalles calculados de sus vidas, cuidadosamente garrapateados para las autoridades, como en el caso de un curtidor:

que en mi oficio de curtido tengo preparadas y por preparar \$88-50; una yegüa con cría \$14-50; una vaca de leche \$10, un torillo \$3, dos pequeñas sementeras de papa \$17,20; un reloj de bolsillo \$20; un derecho en una funda pajiza \$17,50. El joven César C. Vela me debe \$10. El Sr. José Rosero \$12,70. El Sr. Manuel A. Rodríguez \$10,50. Salario en año \$57,60 o 20 centavos diarios; \$40 en dinero. Debo, por deudas particulares y jornales de peones \$6, para curtimiento de pieles \$2,50; Lucinio Ramírez por cuenta de pieles \$3; Patrocinio Marroquín por cuenta de pieles \$2,10; Por prestamos de Joaquín Benavides 1,70; por un par de zapatos por menor \$1,14.

Tal detalle era raro. La mayoría de las personas apenas alistó sus valoraciones de tierra, ganado y deudas. Las valoraciones de propiedad dan una indicación de la economía de la época. Las personas revelan estimaciones sofisticadas de precios monetarios “en la plaza”, pero no relacionaron las cantidades monetarias con cualquier cuantificación medida de área de la tierra. Más bien, ellos hablaron de su tierra como un lote, una cuadra, un plan, pedazo, o pedacito con el nombre de un área particular: Salada, Santa Elena, Loma de Frailejón. Las personas parecen completamente adeptas a estimar el valor de la tierra en el dinero oficial de Pesos de Oro colombianos, pero las descripciones de propiedad son muy diferentes a las medidas precisas de la tierra que aparecían en las encuestas catastrales de los años cincuenta.¹⁵ El registro para el catastro municipal en los años 1920-30 también ilustra esta divergencia. Como el impuesto de guerra de 1933, el catastro municipal era simplemente una lista de nombres y valor de propiedad, sólo registró las tenencias valoradas por encima del considerable límite de 500 pesos.¹⁶

Aquellas personas que no tenían recursos o ganaron un sueldo mensual de menos de 30 pesos estaban exentas del impuesto. Algunas personas que no tenían 30 pesos, sin embargo se registraron, con el objetivo de obtener un certificado oficial de exención. Dado que estas personas suman casi el 10% de los registros, ello ayuda a construir un dibujo de la mitad excluida. Los obreros agrícolas reportaron sueldos diarios de 15 centavos, quizás cuatro pesos por mes por trabajo de jornada continua. Un sastre dijo que él ni siquiera ganó ocho pesos por mes, y una mujer dijo que en su “oficio de sombrera no produce” para mantener a su familia.

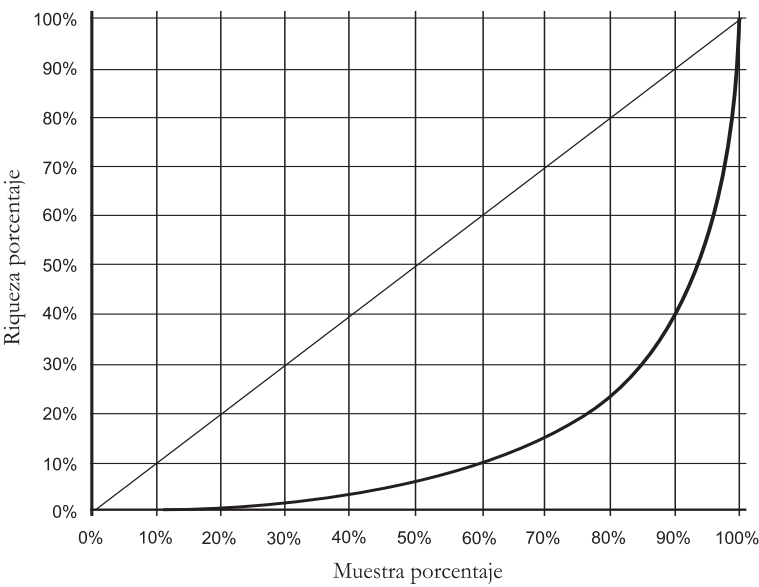
Mientras se encuentra alguna participación de personas pobres, hay una ausencia notable de indígenas. Encontré sólo una persona que mencionó el resguardo, la tierra comunal de jurisdicción indígena. Se supone que la mayoría de los miembros del resguardo estaban exentos del pago de este impuesto y no declaraban el valor de sus derechos de uso. Al mismo tiempo, mientras las personas ricas documentaron sus propiedades a través del impuesto de guerra y los archivos catastrales municipales, atacaron los archivos del resguardo. El archivo del resguardo fue “robado en tres ocasiones entre 1920 y 1935, obligando al cabildo a buscar la documentación de su existencia en archivos distantes” (Rappaport, 1994:183). Parece que el ataque y destrucción era parte del papel tutelar de la civilización.

Usando sólo las figuras de las personas registradas, se puede construir una distribución de riqueza desigual (figura 3). El 20% de las personas más ricas controlaron por encima del 75% del total de los recursos anotados, y si reducen esta cifra al 10% de las personas más ricas, poseían más del 60% del total de los recursos. La suma de las casas que no anotaron sus recursos sólo haría más desigual esta tendencia.

Estos registros de 1933 muestran la concentración dramática de recursos en las manos de unas familias selectas. Uno de los nombres más famosos del pasado que todavía se mencionaba en los años noventa era Ricardo Garzón, que resultó ser el más adinerado en mi muestra. La familia Garzón poseía una hacienda grande en la Cofradía, tierra una vez de pertenencia de los sacerdotes y escenario de la rebelión de 1800. Los miembros de la familia Garzón eran importantes como ha-

cendados, comerciantes y políticos, así como en las publicaciones y la literatura. Juan Alvarez Garzón, nacido en 1898, era el escritor más famoso de Túquerres, y su novela de la rebelión contra los Clavijos representa la grandeza literaria de la región (Álvarez Garzón, 1943; Delgado Velasco, 1997:48).¹⁷

Figura 3
Distribución de riqueza (1933)



Esta curva de Lorenz se calcula con una muestra del archivo del impuesto de guerra, mostrando el porcentaje de total riqueza informado (tierra, edificios, ganado y capital) contra el porcentaje de la población. La desviación de la línea diagonal de equidad es pronunciada, un coeficiente de Gini de aproximadamente .72. También debe recordarse que esta curva incluye sólo las casas participantes; la inclusión de todas las casas haría esta curva probablemente aún peor.

Fuente: Derivado de los archivos municipales de Túquerres

La redacción de estos documentos es una mezcla de deber cívico y lealtad nacional con súplicas de pobreza o declaraciones de honestidad. El prólogo de lealtad es el más prevaleciente: normalmente empieza con el nombre, seguido por la declaración “ciudadano colombiano”, quien desea calcular “qué me corresponde para la defensa de la Patria” y qué se pagará “con la mayor honradez ya que dicho impuesto está destinado a la defenza de la Patria”. Un hombre escribió “la patria necesita de la contribución de todo ciudadano por insignificante que fuere, razón por la cual, declaro que tengo algunos semovientes”. Este comentario también alude a una súplica de pobreza; las personas declararon que su propiedad era “pequeña” o “estéril”: “los terrenos a que me refiero, son reducidos, estériles y no alcanzan después de mucho trabajo y gastos; sirven para la subsistencia de la familia”. Otro hombre cuestionó los impuestos llevados sobre dinero que otros le debían, dado que era dinero prestado “sin que se me pagara intereses y [saber si] se me devolviera este capital”. La declaración de deudas sumaba una cantidad cuatro veces más que la totalidad de créditos, y las personas amontaron sus deudas en declaraciones como “debo a varias personas”. No obstante, las declaraciones de deber cívico y honestidad prevalecen antes que las súplicas de pobreza; varias personas notaron que “cumpló con mi deber de la manera más espontánea y honrada”.

En sus declaraciones, las elites hicieron una afirmación implícita en el triunvirato de cultura, civilización y progreso. Ellos ejemplificaron virtudes que los indios supuestamente negaron: “ir a la escuela, pagar impuestos públicos, prestarse a las operaciones del censo de población o concurrir libre y espontáneamente a las elecciones” (Samper, 1944 [1861]:88). Las frases repetidas del cumplimiento puntual y espontáneo con el deber cívico que saturan las declaraciones, conformaron ideas prevalecientes de progreso. Además, las declaraciones de lealtad a la nación colombiana eran bastante diferentes de las ideas de la rebeldía y la sedición regional.

Los documentos son por consiguiente indicativos, tanto de las pretensiones del progreso y del predominio de jerarquía y desigualdad. También son un signo de una época en una decadencia drásti-

ca. Varias personas mencionan “el actual momento económico”. El modelo de exportación e importación que sustentó el camino Túquerres-Barbacoas había entrado en crisis. Europa y los Estados Unidos estaban atrapados en la Gran Depresión de los años treinta y los precios de los artículos exportables se habían hundido a niveles extremadamente bajos. Barbacoas ya había visto 300 años de minería durante los cuales se había excavado todos los minerales accesibles; para recoger más requerirían inversiones de tecnología económicamente injustificable.

Los años treinta revelan el carácter efímero de una economía basada en las exportaciones extranjeras y la importación de ostentación. Así, como si esta tierra volcánica pudiera sentir el cambio inminente, un terremoto en 1936 puso el cierre dramático. Un historiador local describe estos eventos en la novela *La Ciudad Mártir*. El título sugiere el sufrimiento y el sacrificio eventual de esta época. El primer terremoto enterró una vereda rural en las afueras de Túquerres, como una implosión volcánica relacionada al Azufral:

Sólo entonces percibió un fuerte olor a azufre, que se alzaba del sitio en donde había existido el caserío y logró conjeturar que el Azufral había abierto un cráter, precisamente en el sitio donde se asentaba la población.

“Juan Jorge, mi amor; lo que tú conociste como ‘La Chorrera’ ya no existe... ¡El valle en que se asentaba la población desapareció y ahora es el cráter de un volcán!”

“¡El Azufral!” gritó Juan Jorge. (Cifuentes López, 1993:167, 169).

Los terremotos subsecuentes destruyeron el centro urbano de Túquerres. Muchos habitantes huyeron a pueblos más estables, y los temblores incesantes amenazaron con despoblar Túquerres. “La ciudad semejaba ahora un inmenso campamento de gitanos y, en medio de los escombros, de palos, tejas, tapias caídas, derruidas ventanas o desven-
cijadas puertas, veíanse blanquear las carpas, elevándose de todas ellas las espirales azulosas del humo de las improvisadas cocinas” (Cifuentes

López, 1993:197). El médico mencionado en la introducción culpó al gobernador departamental quien “reunió la gente en la plaza principal y este gobernador en lugar de calmar, puso a su disposición buses y la gente subió sin destino, yendo a Ipiales, Pasto, la costa, o Cali”. Entonces, el pueblo se “quedó casi vacío” y transitar por las calles en la tarde era como caminar por un “pueblo fantasma”.

El terremoto así sumergió mucho de esta época curiosa. En los años noventa, los residentes viejos que todavía recordaban a las elites comerciales, veían al terremoto como la interrupción decisiva, un desastre que detuvo el progreso que podría haber sido mayor. Sin embargo, una explicación basada en el desastre natural es demasiado simple. Con la decadencia en el tráfico y comercio del camino Túquerres-Barbacoas, el terremoto funcionó más como una excusa de huir de un lugar que ya tuvo problemas.

Recuerdos locales e historias de las elites comerciales en los años noventa eran muy raros. La mayoría de los residentes del Túquerres contemporáneo nunca ha oído hablar de la elite europea y sofisticada con sus pretensiones de cultura, civilización y progreso. Los residentes generalmente concebían su historia como una progresión teleológica desde la agricultura primitiva al uso contemporáneo de tecnología e manufacturas importadas. Hasta los relatos de novelas como *La Ciudad Mártir* a veces perpetúan la imagen de la época antes del terremoto como gobernada por un estado simple de agricultura primitiva:

Amigo lector: en la época en que suceden los acontecimientos que se relatan en este libro, vivía el Departamento de Nariño un estado de economía agropecuaria, que determina las relaciones humanas y de ahí la sencillez de las costumbres, que contrastan de tal modo con las de la actualidad, que alguien, al leer el manuscrito, comentaba sin reserva: ‘parece que se tratara de otro país y no del nuestro’.

En efecto: campesinos y terratenientes vivían modesta, sencilla y hasta humildemente; pero reinaba siempre la armonía entre quienes poseían la tierra y sus trabajadores. (Cifuentes López, 1993:15)

En la época antes del terremoto puede parecer como otro país, esto no se debe a la economía agropecuaria y costumbres sencillas, sino a una elite cuyos planes grandiosos para el progreso eran en fin tan efímeros como el perfume parisiense que importaron. Además, la armonía entre hacendados y obreros es una ficción romántica de la imaginación de los propietarios, tal vez más una indicación de la fuerza actual de protesta campesina, e indígena que una descripción exacta del pasado. Estos pasajes deben ser leídos en el contexto de la reconstrucción luego del terremoto, cuando la nueva carretera de Pasto-Popayán se transformó en el camino del progreso, reorientando la economía regional en el interior colombiano.

La carretera Pasto-Popayán: reconstruyendo Túquerres en el contorno nacional

Aunque algunos miembros de la época anterior permanecieron y fueron importantes en la reconstrucción de Túquerres, el contexto económico y social cambió drásticamente. La construcción de una carretera entre Pasto y Popayán por fin unió Nariño al resto de Colombia. El Gobierno nacional envió a una comisión sociológica para estudiar Nariño; estos sociólogos refutaron completamente los modelos antiguos de progreso, mientras proclamaron que el camino de Túquerres-Barbacoas retardó el progreso. El nuevo camino del progreso surgió de la integración con la nación colombiana; las elites del Gobierno nacional reemplazaron a las elites con pretensiones europeas. En tanto la meta del “progreso” permaneció intacta, su significado cambió y pasó a ser equivalente al desarrollo de la industria y el comercio nacional. El comercio extranjero se volvió un obstáculo para el progreso, en lugar de ser su expresión máxima. Las ideas de las elites de emular el *contenido* de la cultura europea cambiaron hacia la emulación de la *forma* nacional europea, un Estado moderno que tendría un contenido nacional colombiano (ver Corrigan y Sayer, 1985:191). Las elites nacionales no unieron la idea de progreso con nociones de cultura y civilización, sino más bien las de desarrollo y modernización. El nuevo ciudadano colombiano era el mestizo. En Túquerres, el perjudicial terremoto ofreció así una oportunidad para

que la nueva ideología nacional por fin incorporase a esta obstinada región a su esquema de desarrollo.

Uno de los cambios más significantes en los años treinta ocurrió como un efecto imprevisto del conflicto con el Perú en 1933. La incapacidad del gobierno colombiano de movilizar tropas a la región produjo la construcción sumamente rápida de una carretera entre Pasto y Popayán. Por primera vez en la historia nacional, el sur de Colombia se unió al norte.¹⁸ La carretera abrió posibilidades alternativas de comunicación y comercio que favorecieron a Pasto como capital administrativa y pueblo más poblado. Varios comerciantes en Túquerres salieron, o amenazaron con salir, para los mercados más activos de Ipiales, Pasto, o Sandoná (PT-H #27:29-2).

Algunos miembros de la elite mercantil y clase terrateniente se quedaron en Túquerres. Sin embargo, ellos caracterizaron sus acciones como un tipo de filantropía; las descripciones poéticas de campos fértiles fueron reemplazadas por un lenguaje de resistencia casi apocalíptica. Los dueños suizos de la Casa Mettler evocaron tales adornos retóricos para suplicar la reducción de impuestos:

Nosotros, no fijándonos únicamente en el lucro, sino llevando de presente que era nuestro deber resistir aquí las horas de angustia, resolvimos soportarlas y arrostrar las consecuencias que se vislumbraban como aterradoras. La gratitud tenida para esta tierra hospitalaria y noble, nos impidió seguir otras corrientes y con gusto quisimos sacrificar nuestros intereses. (PT-H #27:33-2).

Los dueños del Hispano-Bar también buscaron el alivio del impuesto, mientras se conmovieron al recordar el servicio civilizado que el establecimiento suministró:

Sin querer caracterizarme como filántropo, puede decir con toda franqueza que si los socios de este establecimiento hubieran tenido en cuenta el lado económico, haría tiempos que el Hispano-Bar habría desaparecido. Por el contrario, ha sido quizá un espíritu de desinterés el que nos ha animado a instalar y sostener un establecimiento de esa naturaleza; por necesidad para la tierra que pide—como toda tierra civilizada—algún lugar

donde poder recrearse, un lugar en donde el turista o pasajero pueda descansar unos instantes. (PT-H #28:34-2)

Sin embargo, la misma definición de “tierra civilizada” estaba en juego. La época de los años treinta significó más que un decaimiento en ganancias y el resistir las horas de angustia causadas por el terremoto. Este fue el tiempo en el que se ataron nuevos significados y proyectos a la noción del “progreso”.

La carretera entre Popayán y Pasto trajo sociólogos del interior colombiano que visitaron Nariño en 1935. Siguiendo la tradición de viajeros y académicos del siglo XIX, como Codazzi, Samper, Pérez, Triana, y Gutiérrez, estos investigadores se preocuparon por construir la nación colombiana. Sin embargo, sus ideas sobre cómo lograr esta meta eran muy diferentes. Ellos rechazaron la idea de que los caminos deben ser un vínculo a los mercados extranjeros:

Conforme al error peculiar de toda nuestra organización económica, el plan vial de Nariño se propuso como máximos objetivos la salida al exterior, como si fuesen los mercados extranjeros y no los del centro de la República los que se hallaban necesitados de la producción típicamente nariñense. Cediéndose a tan errónea política, se descuidaron las vías del norte para concentrar todos los esfuerzos en la carretera a Ipiales y en la comunicación con el Pacífico. (Comisión de la Cultura Aldeana, 1935:24).

Lejos de los caminos del progreso, el estudio insinuó que éstos retardaron el progreso. El camino de Túquerres-Barbacoas puede haber sido ventajoso cuando los precios de los productos tropicales “alcanzaban buenas cotizaciones en los mercados extranjeros”,

pero en cuanto vino el derrumbe de los precios en aquellos géneros coloniales y el sombrero mismo se menospreció, la vía del Pacífico no tuvo tráfico apreciable y Nariño vio cerrarse en torno suyo un círculo de indiferencia y olvido... La vía del Pacífico, en su aspecto económico, estaría condicionada por todos los azares del comercio colonial. Por ella no saldrían para el exterior productos distintos a aquellos que periódicamente engolosinan a las naciones suramericanas para dejarles luego con la amargura de la bancarrota... la política de “vivir hacia afuera,” la ten-

dencia mestiza a fingirnos metrópolis exteriores, demoró el progreso de una admirable región del país y frustró a la economía nacional de un elemento de equilibrio del que se hallaba hartamente necesitada (15, 26).

Además de revisar la noción de un camino del progreso a través del comercio extranjero, el estudio también desafió la idea de que los caminos trajeron cultura o civilización. Al contrario, con la importación de productos europeos y “artículos saxo-americanos”, “entraría a Nariño una cultura que no le era propia” (24).¹⁹ Las personas jóvenes transitaban estos caminos para partir a las universidades extranjeras, y entonces “Quito llegó a adquirir la categoría metropolitana que le correspondía a Bogotá y a servir de punto de referencia a cuya comparación convenía someter toda idea o preocupación de progreso, de cultura y hasta de simple comodidad y decencia” (33; ver Chaves, 1959:66).

El estudio recomendó mejorar la carretera de Pasto-Popayán, construyendo unos puentes y bajando los costos del transporte (figura 4). Nariño ofreció una oportunidad de equilibrar la economía nacional. Por el lado de la oferta, proveería los productos agrícolas que Colombia había estado importando. “La producción de trigo, papa, maíz, cacao, arroz, cebada y maní tiene sus mercados naturales en el interior de la República, en los que hay escasez notoria de esos productos” (18). Con las mejoras en el cultivo, mecanización y fertilizantes, la producción de papas, maíz, y zanahorias “podría ser ilimitada” (18). Por el lado de la demanda, Nariño era un mercado potencial para la producción de las fábricas colombianas del interior.

El estudio sociológico consideró absolutamente necesaria la intervención gubernamental para obtener el grado deseado de tecnificación agrícola. El estudio generalmente exaltaba las virtudes del nariñense, consideraba que los campesinos nariñenses tenían “un concepto rudimentario de la agricultura” (53).

El no ha podido inventar por sí mismo aquellas etapas superiores de la industria, que se basan sobre análisis de tierras, selección de semillas, adecuación de abonos y, finalmente, empleo de maquinaria agrícola. Para que ese cam-

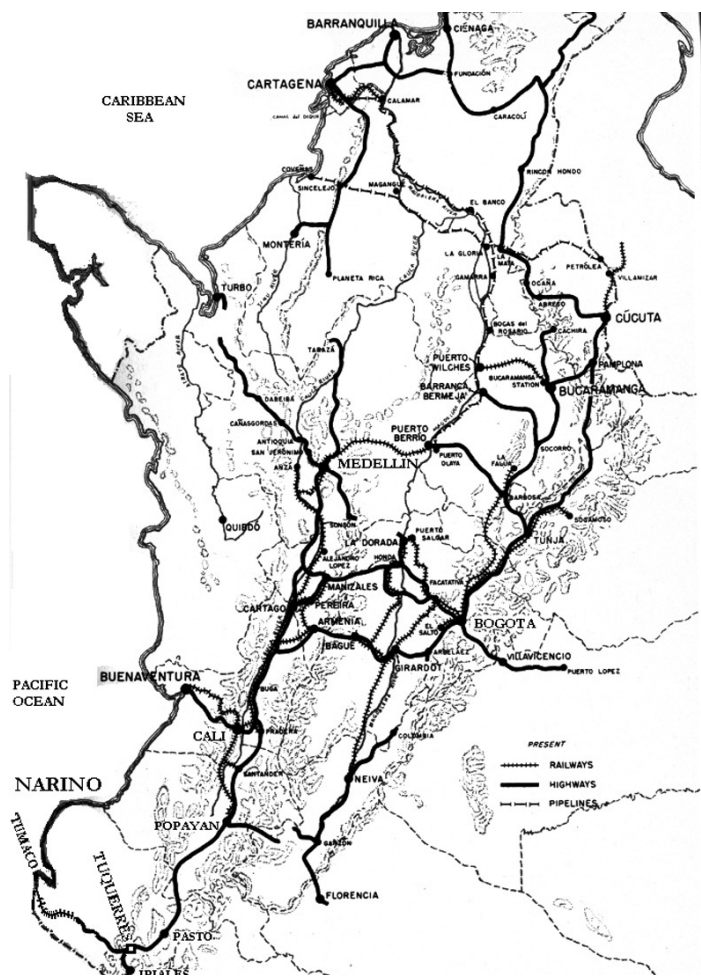
pesino superase la técnica, diestra pero inculta, que hoy emplea, se hubiese necesitado la intervención educadora de los gobiernos o la insistencia de una demanda que, con el señuelo de la ganancia segura, estimulara su ambición y despertara su entendimiento. (53)

La inculcación del progreso todavía era necesaria, pero con el uso de este lenguaje nacionalista, se cambió de estar dentro de la competencia de una elite comercial, a centrarse en la intervención gubernamental por medio de la educación y de los mercados, administrados por una elite gubernamental. Es más, el objetivo de estos programas cambió de la población indígena semi-bárbara para concentrarse en los campesinos y la formación de una identidad nacional mestiza (Chávez, 1959:28).²⁰ Aunque estos sociólogos rechazaron las jerarquías anteriores basadas en una emulación de cultura y civilización extranjeras, ellos efectivamente restituyeron el papel tutelar para una elite que instruiría al campesino mestizo en la agricultura científica y traería la mecanización.

Este fue entonces el contexto para reconstruir Túquerres en cuanto a la producción agrícola, orientada hacia el interior colombiano. Túquerres debe su apariencia contemporánea a esta intervención gubernamental. El epílogo de *La Ciudad Mártir* tiene el título pertinente de “El Ave Fénix”, que sugiere una ciudad que surge de las cenizas del fuego muerto. Alaba “aquellos hombres valerosos que lograron que el Congreso de la República aprobara la Ley 115 del 5 de septiembre de 1936 ‘por la cual se provee a la reconstrucción de una ciudad y se auxilian los damnificados por los siniestros sísmicos en el Departamento de Nariño’” (Cifuentes López, 1993:236). La ley especificó la construcción del acueducto y del alcantarillado, los edificios de oficinas públicas nacionales, un hospital, una cárcel, dos edificios para escuelas de varones y dos para escuelas de mujeres y una plaza del mercado. El diseño, las calles, y muchos de los edificios todavía estaban en uso en los años noventa (figura 5).

La ley se propagó en el gobierno de Alfonso López Pumarejo, cuyo programa de “La Revolución en Marcha”, alteraría Colombia para siempre, con “un compromiso explícito del Estado para extender sus deberes y responsabilidades decisivamente” (Martz, 1997:51; ver Bush-

Figura 4
Vías nacionales



Fuente: Currie, 1950:101

Este mapa de la misión del Banco Mundial de 1950 muestra el concepto de la meta de integración nacional en la red de vías y de ferrocarriles. Ya no enfatiza las conexiones con los países vecinos y puertos. Prevalcen a cambio los vínculos interiores.

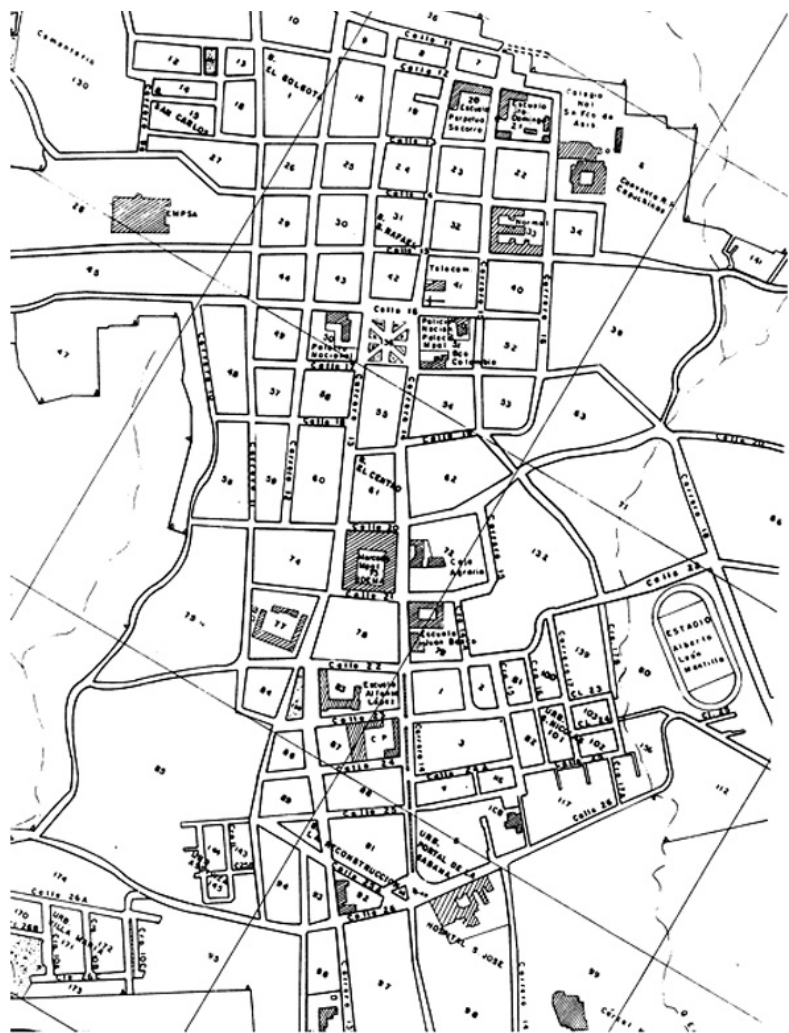
nell, 1993:185). La destrucción de edificios viejos y de calles coloniales estrechas se transformó en una oportunidad de convertir Túquerres en un experimento dentro del nuevo modelo nacional. Tal cambio es evidente en la descripción de la reconstrucción mencionada en 1938, en el volumen de *Progreso Nariñense*.

Es imposible describir el estoicismo de los tuquerreños, al continuar viviendo después de la espantosa catástrofe que sufrieron con los últimos terremotos, y en el que quedó completamente destruida la ciudad; soportando toda clase de trabajos y privaciones, alentados únicamente por ese amor al terruño mil veces comprobado, por ese patriótico interés de reconstrucción de su ciudad natal, en la que están empeñados; con ese tesorero afán de no dejar decaer la importancia comercial que siempre ha tenido Túquerres. Ellos cuentan con el apoyo que les prestará el Gobierno nacional. Con su vehemente deseo de reconstruir su ciudad a costa de todos los sacrificios que se necesiten para llevar a cabo su ideal. De acuerdo con el plano del nuevo traslado de la ciudad aprobado por el Ministerio, las calles se están ampliando notablemente, lo que modernizará enormemente la población. (Sáenz de Viteri, 1938:266).

Esta es la primera señal de “modernizar” que encontré en documentos regionales; aquí está simple y directamente conectada a ampliar las calles de la nueva ciudad.²¹ Tuquerreños estoicos reconstruyeron la ciudad con calles modernizadas para los automóviles y vínculos al norte. El terremoto sirvió así como una oportunidad para que un Gobierno nacional más intervencionista finalmente logre incorporar esta región obstinada y problemática en el contorno nacional.²²

Para describir las nuevas dimensiones de este orden, es útil comparar el impuesto de guerra y los documentos de propiedad del año 1933, con los registros del catastro de 1954 encontrados en el archivo municipal. Aunque los dos tienen el mismo nombre de “catastro”, la ordenanza de los años cincuenta era muy diferente y abarcó a todos los propietarios, no sólo a los adinerados. El nuevo catastro significaba un cambio en la manera de clasificar tierras y recursos por las agencias gubernamentales. Por primera vez, los propietarios debían representar los valores monetarios de la tierra en términos de un área cuantificable

Figura 5
Calles modernizadas



Este mapa, realizado en 1994 por el Instituto Geográfico “Agustín Codazzi”, exhibe el plano regular del centro de la ciudad y de las oficinas municipales, mercado, estadio y barrios construidos del nuevo Túquerres.

y otras características específicas. Los datos catastrales tuvieron la potencialidad de organizar la producción según los medios del Gobierno, pero los residentes parecen dudosos sobre la expansión potencial del Estado. Por un lado, ellos exhiben la molestia que les causaba el cuantificar su propiedad, y las personas comentaron sardónicamente que, “yo soy profana en la ciencia de ingeniería”. Los documentos también indican una usurpación en el resguardo indígena y en los usos tradicionales de la tierra, que ocasionaron una tormenta de cartas de protesta sobre la evaluación de las tenencias. Por otro lado, el legalismo puntual que satura estos documentos sugiere que los propietarios estuvieron interesados en legalizar el número creciente de transacciones en un mercado activo de tierra. Las declaraciones catastrales revelan un ligero cambio hacia una distribución más igualitaria de la tierra, aunque permanecen desigualdades marcadas de tenencia.

Entre el terremoto de 1936 y el catastro de 1954, los oficiales municipales parecen estar buscando maneras de cobrar impuestos. En los años cuarenta, el viejo sistema de impuestos sobre ingreso coleccionó fondos de aproximadamente 30-40 individuos adinerados. Sin embargo, los niveles de los impuestos eran erráticos y parecen estar por debajo de los niveles de 1936, aunque el impuesto enfocó más en el patrimonio, en lugar del ingreso (figura 6; PT-H #29:44-2). Los recaudadores trataron de cobrar impuestos de la herencia y multaron a los herederos que no llegaron a las deposiciones, pero la muerte de miembros de las elites dejaba a los recaudadores perplejos para encontrar a los herederos dispersos (PT-H #29:44-3). La muerte de Leopoldo Garzón, dueño de la hacienda de Cofradía, dejó dieciséis herederos para dividir la propiedad (MT-H #30:50-1, 50-2).

El catastro de 1954, que forma parte de un aumento notable de registros “económicos” en el archivo municipal, durante este período, rompió con la tradición de impuestos sólo para las elites, formando así la base del sistema de impuesto de propiedad usado hasta el presente. Exigió que cada propietario anotara sus tenencias, incorporando todas las tenencias incluso de la tierra del resguardo indígena. En los meses de agosto y septiembre de 1954, se registró un área total sobre las 7.000 hectáreas. Usando un cálculo del estudio municipal de la década de

1960 que indicó un total de 11.777 (Triana y Antorveza y Pacheco Hernández, 1971:13), y asumiendo que esta tierra no estaba completamente cultivada en 1954, los registros se acercan a incluir todas las propiedades existentes. Tomé una muestra de 164 de estos registros (MT-H #31:57-61).

El valor de la tierra era sólo una de las preguntas en una serie de cuestiones sobre ésta. Los administradores pidieron a los dueños informar el área de la tierra medida en hectáreas, aguas y acceso a caminos, tipos de cosecha, así como enumerar los edificios y sus materiales de construcción. El formulario oficial tenía espacios en blanco para llenar, pero los formularios oficiales son bastante raros. La mayoría de las declaraciones conservadas están escritas a mano o con máquina de escribir sobre una hoja de papel en blanco, y contestan sólo a las preguntas más importantes. También los administradores pidieron que los dueños declararan cómo obtuvieron su propiedad, sea por compra, herencia, posesión efectiva, o de resguardo indígena, y si la transacción había sido anotada públicamente.

El impuesto del catastro indica un cambio enorme de las ideas que gobernaron los registros anteriores. La base de las colecciones anteriores de registros catastrales era un flujo comercial del cual podían obtener una renta. En cambio, el impuesto del catastro representa el ensamble de recursos estables sujetos a la cuantificación y clasificación. Aunque varias personas mencionaron la calidad pobre de su tierra y el que no produjera renta, los administradores no estuvieron preocupados del “capital líquido” y no incluyeron preguntas sobre ahorros o deudas. No era simplemente una medida de generar renta; estos registros ofrecieron un armazón para la intervención gubernamental en el proceso productivo.

El viejo catastro e impuesto de guerra incluía términos descriptivos como lote, jardín, o finca, pero los dueños nunca especificaron un área cuantificable de su tierra. Inclusive los espacios en blanco para “superficie aproximada del predio” usados en los formularios oficiales de transacciones de tierra en los años cuarenta, sólo se llenaron con términos como “todo”, “parte”, o “no dice” (PT-H

#29:44-3). Las personas parecen incómodas por esta cuantificación. Muchos pusieron una estimación en hectáreas enteras y luego añadieron adjetivos calificadores como “más o menos”, “relativo”, “aproximado”, o que la tierra es “menos que una hectárea” o “puede ser una hectárea y media”. A diferencia de la valoración de 1933, cuantificar el área de la tierra parece ser un quehacer algo desagradable e inexacto. Algunas personas terminaron sus declaraciones con inconsistencias como “los datos que quedan demostrados, en mi concepto son exactos, pero puede haber algún pequeño error porque yo soy profana en la ciencia de ingeniería”.²³

Originalmente, yo leí esta declaración como un comentario sardónico que protesta por la incursión del Estado en las inspecciones oficiales de tierra. Desde tiempos remotos, los residentes han demarcado su tierra con zanjas que han frustrado a agrónomos (ver Rappaport, 1994:83). Al mismo tiempo, esta declaración también puede ser leída como una protesta contra la falta de entrenamiento estatal en las materias de ingeniería, es decir, una reclamación de la inacción gubernamental.

A pesar de que pudo haber sido un disgusto cuantificar el área de la tierra, no disminuyeron las transacciones en ese mercado. Las compras de tierra representaron el 57% de las tenencias, mientras el 34% de los propietarios dijeron que heredaron la tierra, el 8% tenían la jurisdicción del resguardo, y sólo el 1% basó su tenencia en la posesión efectiva. Además, el número de transacciones mostró un aumento significativo; la mayoría de los poseedores habían comprado su tierra desde 1940 (figura 7). Estos números se confirman con los registros de transacción: 350 transacciones registradas en 1944 son testimonio de un mercado de tierra activo (PT-H #29:44-3). Para ejecutar estos documentos públicos se requería identificación oficial. Mientras que en el impuesto de guerra era simplemente necesaria la declaración de “ciudadano colombiano”, los documentos del catastro vinculan al declarante con el número de la cédula, un documento de identidad oficial todavía usado hoy.

Las declaraciones del impuesto de guerra eran caracterizadas por el deber cívico, el catastro de 1954 está lleno de un legalismo puntual. Muchos declarantes prologaron su registro con la línea: “de conformi-

Figura 6a
Impuesto de ingreso 1936-1944

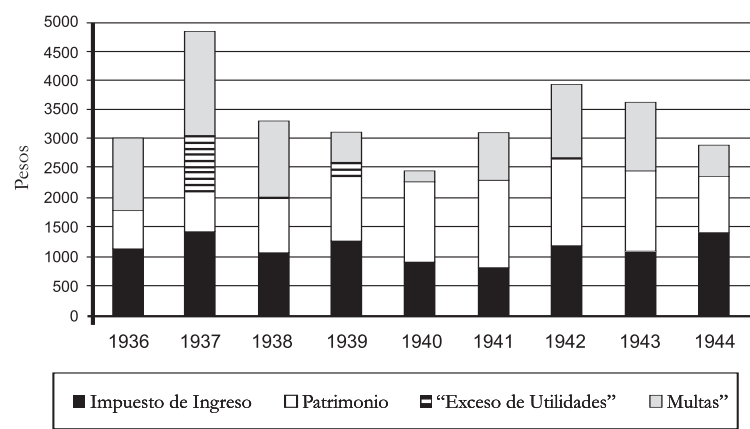
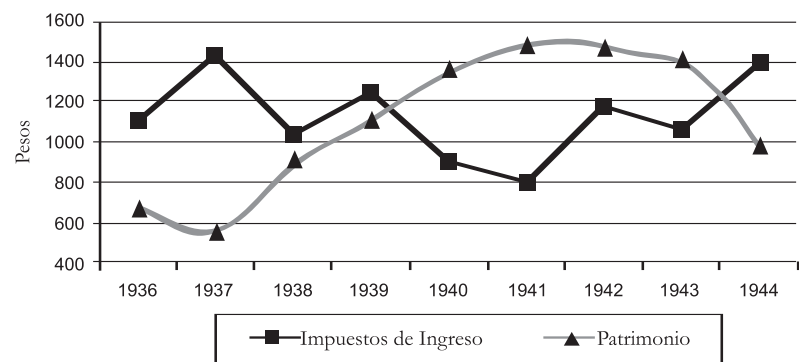


Figura 6b
Impuesto de ingreso vs. patrimonio, 1936-1944



Estos esquemas, compilados del archivo municipal de Túquerres, muestran los niveles erráticos en la colección del impuesto de ingreso desde 1936 a 1944. El total de los impuestos nunca alcanzan los niveles de 1937. Además, debe percibirse que hay un enfoque creciente en los impuestos del “patrimonio” en vez del ingreso, y sólo en 1944 los niveles de ingreso acercan aquéllos de 1937.

dad a nuevas disposiciones sobre catastro tengo el honor de presentar la siguiente declaración”. Otros simplemente escribieron “para atender a fines legales” o “para cumplir con las disposiciones del Gobierno nacional”. Algunas personas enfatizaron su participación en el viejo sistema catastral, e incluyeron sus recibos. Otros recordaron a los oficiales que ellos no debían ningún impuesto al municipio, o aprovecharon la oportunidad para corregir errores en los registros del viejo impuesto. Para algunos tenientes, este fue un momento apropiado para poner la estampa de la legalidad en su tierra.

La conformidad aparente con el impuesto fue breve. El año siguiente, los propietarios enviaron no menos de 200 cartas protestando por la sobre-valuación. Un ejemplo muestra el tono:

El avalúo fijado a mis propiedades es enteramente exorbitante y excesivo, por cuanto no corresponde al avalúo comercial actual, en vista de que mis terrenos no tienen la superficie o extensión que se ha fijado en lista, en primer lugar, y por cuanto mis terrenos están situados en las inmediaciones del páramo del Quitasol, y por lo mismo son de mala calidad para los cultivos, porque apenas dan un rendimiento escaso, que casi no compensa el valor de las semillas y los gastos de cultivo, además los caminos de transitar son pésimos y carecen de agua y otras características que hacen desmerecer de valor a los terrenos. (MT-H #31:57-2).

Otra vez, mientras originalmente yo leí esto como una protesta directa contra la intrusión del Gobierno, también es una protesta contra la falta de servicios gubernamentales como el proveer a la zona de buenos caminos y de agua.

La mayoría de las personas que declaró tierra del resguardo indígena agregó una explicación de por qué no habían pagado el impuesto de propiedad. “Título no se tiene ni los han tenido por haber sido terreno de resguardo y por lo mismo no se ha pagado catastro”. Estos declarantes basaron su posesión en los títulos y la adjudicación del archivo indígena, aun cuando “los títulos de adjudicación con motivo de falta de orden, en el archivo del Cabildo, no ha sido posible encontrarlos, por cuanto no se ha cumplido con hacer el Empadronamiento. Según el Decreto Número 74 de 1898, que reglamenta

Figura 7a
Formas de tenencia 1954

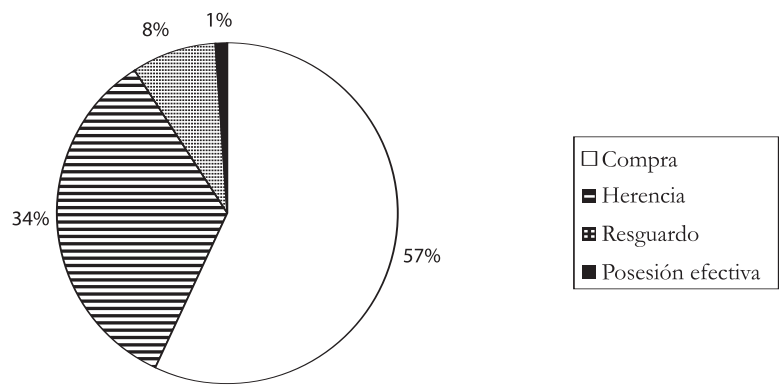
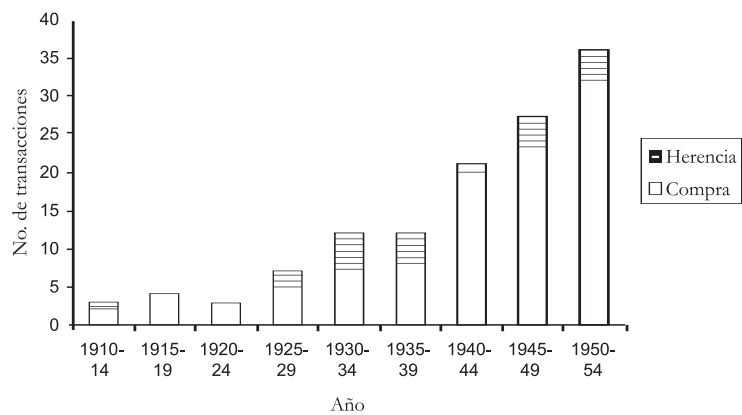


Figura 7b
Cambios de propiedad 1954



Estos esquemas, compilados de una muestra del archivo municipal de Túquerres, muestran la importancia de transacciones de compra oficial en las formas de tenencia de 1954. Figura 7b demuestra la subida en transacciones de la tierra entre los años treinta y cincuenta.

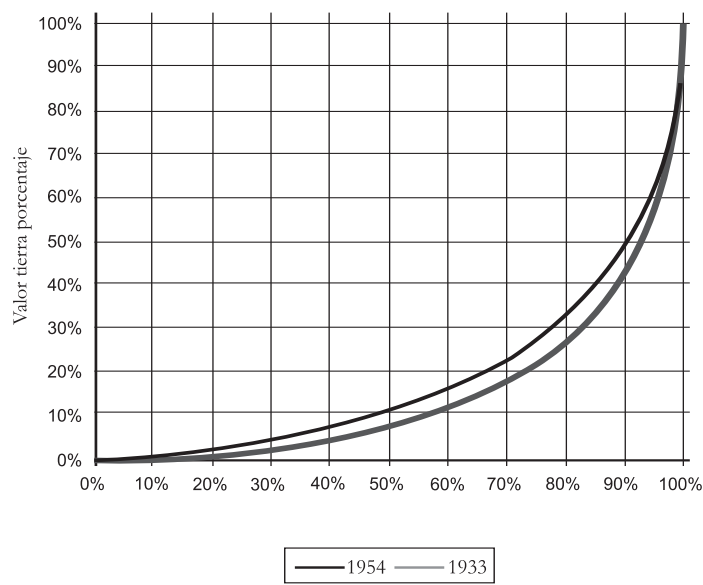
la Ley 89 de 1890, los poseedores de los terrenos de Resguardo, no pagamos catastro y estamos ‘REPUTADOS COMO POBRES DE SOLEMNIDAD’”. No todos los indígenas eran tan pobres de solemnidad pues otro informó de una hectárea que él había comprado, y luego al parecer acordaba adjuntar su propiedad del resguardo como una “clarificación”. Otros declarantes lamentaron el desorden del archivo indígena, probablemente a consecuencia de los robos y ataques anteriores.

Estos declarantes son testigos de las presiones continuas contra los indígenas. Desde la independencia, el gobierno colombiano ha tratado repetidamente de dividir los resguardos en parcelas privadas, en lo que ha sido un ataque convenido contra los derechos de tierras comunales (ver Rappaport, 1994:28-34; 183). La gente indígena se ha resistido a la división del resguardo en Túquerres y en otros lugares en Nariño (Safford, 1991:15), pero las fuerzas por la partición han sido superiores, parte de lo que las elites consideran necesario para su función tutelar.

También es notable que una fisura significativa persistía entre los que tenían mucha tierra y la masa de minifundios, evidente en una comparación del valor anotado en 1954 con los registros de 1933. Las cuentas de 1933 deben ser ajustadas, considerando sólo las tenencias de tierras. Este ajuste rinde una curva de distribución menos desigual que para la riqueza total: la capa del 20% de los propietarios tienen 75% de los valores, mientras la del 10% mandaron casi el 60%. En 1954, el 20% controla aproximadamente dos-terceras partes de los valores de la tierra, mientras las tenencias del 10% se han reducido a un poco más del 50% (figura 8).²⁴

Aunque una cierta cantidad de la redistribución de los recursos ocurrió entre los años treinta y los cincuenta, la distribución de la tierra era escasamente equitativa. No obstante, la noción de progreso, que era imitar el modelo europeo de un Estado moderno, promovido por el gobierno nacional, estaba reemplazando la idea del progreso como la proveniencia de una clase elite dirigente que emuló la cultura y civilización europeas. Para acelerar el movimiento en el camino del progreso, el gobierno colombiano involucró la gestión de instituciones inter-

Figura 8
Distribución de valor de la tierra, 1933 y 1954



Al usar sólo el valor de la tierra del impuesto de guerra de 1933 y el valor de la tierra para el catastro de 1954, este esquema compara sus curvas de Lorenz. Aunque hay todavía una desviación significativa de la línea diagonal de equidad, las cifras de 1954 indican un movimiento hacia una distribución más equitativa. Si se toma en cuenta que el catastro de 1954 intentaba una cobertura comprensiva, mientras el impuesto de 1933 se limitó a los adinerados, puede ser que el movimiento real hacia la distribución equitativa fuera mayor de lo que esta curva sugiere.

Fuente: Derivado de los archivos municipales de Túquerres

nacionales, en particular de los Estados Unidos, para realizar los estudios de desarrollo y los proyectos de transporte.

Estudios de desarrollo: progreso y ambigüedad

En su búsqueda del progreso y desarrollo, el gobierno colombiano activamente alistó la ayuda de las instituciones de desarrollo, en

su mayor parte encabezadas por los Estados Unidos, convirtiéndose en un miembro ejemplar de instituciones como el Banco Mundial y la Alianza para el Progreso. Estas instituciones dieron énfasis a la importancia de proyectos de transporte para el desarrollo colombiano, creyendo que la construcción de la infraestructura moderna era la clave para una modernización general. Colombia se convirtió en un sitio para técnicos y estudios de desarrollo; un lugar de experimentación para las simulaciones sofisticadas de los ingenieros de universidades norteamericanas. Aunque Nariño muchas veces no tenía importancia en estos estudios, algunos planificadores de desarrollo y académicos dirigieron investigaciones allí en los años sesenta. Tres estudios distintos revelan el proyecto de progreso y las ambigüedades de la reconstrucción en Túquerres.

Desde los años cincuenta, el gobierno colombiano siguió fielmente a modelos del desarrollo respaldados por las instituciones de los Estados Unidos. Aún antes de la Alianza para el Progreso de John F. Kennedy, “el Banco Mundial ya tenía una larga experiencia de cooperación con el Gobierno colombiano” (Cepeda Ulloa y Mitchell, 1980:241). La colaboración de Colombia con el Banco Mundial ha sido extensa: fue el lugar de su primera “misión” en 1950 para un estudio comprensivo de un país, y ha sido el cuarto prestatario más grande después de Brasil, México, y Turquía (Cepeda Ulloa y Mitchell, 1980:241, 238).²⁵ El gobierno colombiano también estuvo entusiasmado con la Alianza de Kennedy y en 1961 era el primer país latinoamericano que presentó el requisito de un programa de desarrollo, el “Plan General de Desarrollo” (Martz, 1997:80). “Colombia se transformaría, con Chile, en una de las dos más aclamadas exhibiciones de la Alianza” (Bushnell, 1993). El gobierno colombiano también recibió a las fundaciones Ford y Rockefeller, incluso para los programas de planificación familiar (Martz, 1997:163).

Nariño normalmente se quedó lejos del centro de estos programas y recibió sólo menciones periféricas en los estudios de desarrollo; era considerada una de las regiones más atrasadas y pobres del país. Sin embargo, había algunos estudios de desarrollo llevados a cabo en la región. Estos estudios del desarrollo mostraron un cambio cualitativo en

las descripciones de la región. Las descripciones poéticas de campos fértiles y los jardines paradisíacos están ausentes, como las descripciones angustiosas de terreno quebrado, las serpientes en el camino de Túquerres-Barbacoas, o incluso el lenguaje apocalíptico que describió el terremoto. Los estudios de desarrollo son en general más aburridos, soportando sus pretensiones científicas con tablas y estadísticas. Ellos reclaman progreso nacional basado en los conocimientos específicos de expertos en desarrollo.

A pesar de que se estableció esta especialización, los tres estudios principales de los años 1950-1960 revelan más bien interpretaciones divergentes, destapando las condiciones de su producción y también las ambigüedades inherentes de este período. El primer ejemplo es un ensayo corto sobre la modernización y desarrollo en Nariño, escrito en 1964 por Orlando Fals Borda, un famoso sociólogo colombiano. Él tiene un discurso optimista de cómo los campesinos estaban modernizando rápidamente sus cosechas, buscando variedades híbridas, fertilizantes químicos y pesticidas sin esperar la ayuda gubernamental; el ensayo se basa en visitas breves a lugares en la vecindad inmediata de Pasto y la sabana de Túquerres. Otro estudio se publicó en 1959 por un equipo de investigadores, encabezado por Milciades Cháves. Nacido en el pueblo de Ipiales, en la frontera ecuatoriana, Cháves era nativo de Nariño y un pionero en la antropología colombiana. Este estudio era menos optimista, aunque insinuó la posibilidad de desarrollo regional. Cháves vio Nariño como fundamentalmente atrapado por una estructura de tenencia feudal y atrasada. El tercer estudio se publicó en 1971 por los miembros de la oficina de planificación colombiana y juntas de acción comunal, con la ayuda de técnicos holandeses vinculados a las organizaciones de desarrollo comunitario en las Naciones Unidas, y en alianza con las autoridades gubernamentales y educadores locales. Enfocado en los tres municipios vecinos de Túquerres, Guachucal y Sapuyes, este estudio era aún más pesimista sobre el logro del capitalismo moderno. Reveló una animosidad mutua entre los administradores gubernamentales y la población, además de la persistencia de la categoría de indios y campesinos ignorantes, a pesar de los esfuerzos oficiales para crear una nación mestiza.

Una de las cuestiones más importantes para estos estudios de desarrollo era precisamente determinar el grado en que la tradición antigua mantiene su vigencia y hasta qué punto limitó a la población. Fals Borda creyó que los eventos que vio en Nariño representaron el “paso de las sociedades de tipo tradicional a otro tipo moderno o secular” (1964:389), y notó que Nariño

tan largamente considerado como el más conservador (en el sentido sociológico, no en el político) y quizás como uno de los más atrasados de Colombia, está pasando actualmente por una etapa de avivamiento y de actividad. A dónde conduce este cambio es aún difícil de prever. No obstante, parece evidente que los nariñenses están tratando de acortar la distancia cultural que los ha separado del resto del país y del mundo, para ponerse más a tono con las exigencias modernas. (391)

Fals Borda no menciona cualquier esfuerzo anterior de “acortar la distancia cultural” a través del camino de Túquerres-Barbacoas. Como un observador externo, probablemente tenía poco conocimiento sobre este pasado, y por consiguiente describe los años sesenta como la primera llegada de “las exigencias modernas”.

En contraste, Milciades Chavés sabía del camino de Túquerres-Barbacoas así como de la línea de ferrocarril a Tumaco, pero sentía que tales proyectos habían sido completos fracasos. Además, Chavés esperaba que Nariño pudiera modernizarse algún día; él y su equipo lo describieron como atrapado en una estructura feudal polarizada entre latifundios y minifundios. Los latifundios habían ocupado las sabanas y tierras más fértiles desde la conquista, mientras los minifundios trabajaron sus parcelas pequeñas en las cuestas montañosas y el páramo. “La estructura agraria está caracterizada por la contradicción que presenta la concentración de la tierra en manos de los latifundistas, por un lado, y la inmensa proporción de campesinos, que carecen de un área suficiente, por el otro” (1959:14). Repiten que éste es un sistema feudal de tenencia y se usa para explicar casi cada observación social y característica de Nariño, inclusive la salud, la educación, y la cultura.

El lector encontrará un procedimiento de análisis que consiste en referir los más diversos aspectos de la vida social a un factor

fundamental en el que encuentran su origen y su unidad. En este caso, nos ha parecido que es precisamente el problema agrario el condicionante común de los diversos aspectos de la vida nariñense, y hemos querido por eso, relacionarlos todos con esa base común. (1959:15)

Por consiguiente, Cháves apenas compartió el optimismo de Fals Borda sobre el paso del mundo tradicional al moderno.

El tercer estudio sobre los tres municipios de tierras altas, Túquerres, Guachucal y Sapuyes, era aún más pesimista. Encontró que las elites de Túquerres retenían sus viejas pretensiones e intentaban bloquear a las personas que basadas en el dinero buscaron mejorar su estatus y conseguir un cambio de la tradición:

Túquerres es considerado como falto de regionalismo, “lo cual ocasiona el poco progreso”... Túquerres, con todo, es una ciudad que trata de vivir de pasadas tradiciones, aun cuando todas las referencias conducen al último terremoto (1936 y 1938) como causante del éxodo de familias muy importantes, dando lugar, según se dice, a la aparición de una elite, por dinero y no por tradiciones. (17)

Parece que las elites no abandonaron por completo su presunción y condenaron el apareamiento de otras cimentadas en el dinero. Otros vieron que estas pretensiones devaluaron las capacidades regionales y detuvieron las tendencias progresistas.

Un asunto que relaciona a todos los estudios es determinar hasta qué punto los residentes estaban adaptados a “la mentalidad capitalista”, que se tomó como una señal de movimiento hacia el camino del progreso. Fals Borda creyó que los cambios que observó, sobre todo en el uso de fertilizantes químicos y pesticidas, estaban teniendo un efecto profundo en la mentalidad de los residentes. Sus acciones demostraron la adopción de una “mentalidad racionalista” que acompaña al capitalismo moderno:

El hecho de que algo está pasando en la mentalidad del nariñense actual puede demostrarse precisamente por el impacto de estos abonos químicos. Su empleo, según informes adquiridos, ha causado que la papa pierda un poco el sabor tradicional que le

venía de la tierra sin mejorar; de ello se han quejado las gentes. No obstante, debido al notable aumento en el rendimiento que permite mayores ganancias, estas mismas gentes ahora sostienen que el sabor no es tan importante: están prefiriendo las ganancias, en clara adopción de la mentalidad racionalista y capitalista moderna. La papa, en consecuencia, está dejando de ser un cultivo de consumo familiar para convertirse en un cultivo de explotación comercial. (399)

Cháves creyó análogamente en la tendencia progresiva de “la mentalidad capitalista”. Su estudio explicó más en detalle esta mentalidad, afirmando que podía penetrar el tradicionalismo y el atraso: “el capital es calculador, previsor. Crea por sí mismo un futuro, ya que el margen de ganancia es siempre un nuevo punto de partida y no simplemente una repetición. Es contrario a la rutina y al tradicionalismo. De esto se desprende que el capitalista ha quebrado la rutina de la producción y tiende por lo tanto a constituirse en factor de progreso” (1959:108). Cháves puso la esperanza en los medianos propietarios y el capital comercial como la fuente de estas mentalidades capitalistas. Ellos representaron un elemento progresivo que luchaba entre la polaridad extrema de latifundios y minifundios:

Entre estas dos formas aparece la mediana propiedad con inversión de capital, que presenta las condiciones más favorables en la explotación agraria y constituye uno de los principales factores de progreso en el departamento. Encuadrado también dentro de esta defectuosa estructura agraria, y en gran parte limitado por ella, se debate el capital comercial, incipiente sin duda, pero muy importante ya, como impulso transformador, porque sus aspiraciones expansivas lo llevan a luchar contra las barreras que presenta la situación agraria, y porque puede ser el origen de una acumulación mayor, que bien orientada, sirva de base a la industrialización del departamento (1959:15).

Cháves consideró este logro como una batalla constante, casi siempre obstaculizada por el tradicionalismo de los latifundistas y la masa inerte de minifundistas.

El tono del estudio municipal es aún más ambiguo. Hace muy pocas declaraciones grandilocuentes del posible logro y progreso. Los

autores incluso son más reservados en cuanto a la actividad normalmente glorificada de la construcción de caminos. En lugar de invocar vínculos grandiosos con los mercados extranjeros o por mejorar la conexión al interior de Colombia, este estudio se concentra en las vías internas entre los pueblos vecinos. Los autores presentan esto como una súplica de “las gentes en general” quienes “desean solución a este problema [de aislamiento], pues considera que éstas [vías] conllevan el progreso material y moral” (29). Ellos también presentan la necesidad de vías como un hallazgo independiente del estudio:

Es de anotarse que la falta de vías ha traído consigo un retardo en el desarrollo material y espiritual, porque no sólo ha sido una dificultad para las visitas frecuentes de autoridades y comerciantes, sino que también ha constituido un factor de conservacionismo de tradiciones, que según la opinión de algunos informantes, se traduce en tranquilidad social y ausencia de robo, etc. (32)

Incluso en sus recomendaciones, el estudio continúa con un tono ambiguo: la frase empieza con el deseo de promover “el desarrollo material y espiritual”, pero termina anotando que la conservación de tradiciones puede prevenir males sociales.

Los tres estudios también difieren en su caracterización de la voluntad de los habitantes y sus ideas sobre lo que provocarían los cambios necesarios para progresar. Fals Borda creyó distinguir un cambio independiente y desde el interior:

Mucho me sorprendió, al comienzo de mis viajes por Nariño, observar el creciente uso de bombas fumigadoras, herbicidas, fungicidas y abonos químicos, los cuales se habían introducido hacía apenas unos tres a cinco años. Hasta campesinos viejos habían comprado bombas y las estaban empleando para defender los cultivos de la papa, aunque, cabe anotar, aún cometían errores en el uso y aplicación de los fungicidas. Nuevos almacenes de productos químicos se están abriendo cada año en remotos parajes nariñenses, en respuesta a la rápida demanda que se ha formado de productos para la agricultura técnica... Nuevas variedades de semillas son ensayadas con entusiasmo, algunas traídas del exterior, tales como un anís español que se emplea en

San José de Albán, y la papa curipamba del Ecuador; otras son semillas desarrolladas en granjas colombianas tales como el trigo Bonza y la caña Palmira 666. La mecanización avanza, especialmente en las fincas grandes, observándose tractores, discos y sembradoras automáticas en los alrededores de Pasto y en la planicie de Túquerres manejados por campesinos jóvenes de la localidad. Y los abonos químicos han promovido una verdadera revolución, al triplicar y quintuplicar los rendimientos. (399)

Fals Borda observó que las tecnologías agrícolas no eran simplemente una imposición del gobierno en cultivadores recalcitrantes. Los agricultores tomaron las decisiones para obtener semillas y químicos, a veces utilizando recursos ecuatorianos.

En contraste, Cháves pensaba que los medianos propietarios no tendrían éxito sin la intervención profunda del Gobierno. En su estudio señalaba la necesidad de una reforma agraria inmediata y completa:

Todos aquellos que creen que la parcelación técnica del latifundio puede ser causa de graves problemas sociales, por cuanto que se afectan los intereses de los poderosos propietarios y de las grandes empresas, son los verdaderos fomentadores y mantenedores de nuestra crisis social y agraria. Son los enemigos de la reforma agraria, que nosotros, como miembros integrantes del gobierno, vivamente anhelamos. (1959:89)

Mientras Cháves y su equipo de obreros gubernamentales usaron un lenguaje vívido en apoyo de la reforma agraria, el estudio municipal destacó una animosidad mutua entre los habitantes y los administradores oficiales. Por un lado, los administradores negaron la capacidad de los residentes para progresar. “Entre los líderes institucionales del área existe una marcada tendencia a negar la capacidad de mejoramiento y progreso de los habitantes” (18). Por el lado de los residentes, “existe una tendencia muy fuerte a creer que la región es la más pobre y atrasada del país porque ‘los poderes centrales lo permiten’” (18).²⁶ Los residentes se resintieron por pagar impuestos sin recibir beneficios.

Debemos consignar que la voz generalizada de los habitantes del campo, en los tres Municipios, se caracteriza del abandono

en que las respectivas autoridades municipales los mantienen, de la falta de retribución en obras por los impuestos que pagan. Así mismo estos habitantes anotan que la única vez que son visitados por autoridades municipales se hace únicamente cuando se trata de cobrar los impuestos. Esto trae como consecuencia un resentimiento, si no manifiesto al menos velado, contra las personas que representan la autoridad, no contra ésta, que se traduce en la crítica y queja permanente de abandono por parte de los poderes centrales. Es importante anotar que en esta apreciación incluyen también a los poderes Departamentales y Nacionales. (34)

Por lo tanto, estos autores vieron que la queja sobre los aspectos de renta en el impuesto catastral había recibido mucha más atención que las posibilidades de la intervención gubernamental en el proceso productivo (ver Cháves 1959:125).

El aspecto más llamativo del estudio municipal es ver cómo captó la persistencia de un sistema de clasificación social y jerarquía, penetrado por los estigmas y estereotipos de las elites hacia los habitantes rurales. Los autores notaron que a pesar de la promoción oficial de una cultura mestiza, persistió una estructura de estigma:

El blanco es considerado como de “mayor capacidad y audacia productiva” a costa del elemento indio, observándose cierta tirantez entre los grupos, por razones de la propiedad predial, como se verá más adelante. Dentro de este sistema vale la pena anotar, con referencia al “mestizo” que cuando es una primera generación, el blanco lo sitúa como “indio”, el indígena lo considera “blanco” lo cual coloca al individuo en una posición sico-social difícil. (1971:16)

El uso alternado de los términos de indio, indígena, blanco, y mestizo, a veces dentro de comillas y a veces fuera de ellas, a veces como adjetivos y a veces como sustantivos, parece expresar una cierta confusión en cuanto a las categorías sociales locales (ver Harris 1995:366-7). Este párrafo revela cómo la elite blanca degradó a los habitantes como indios, incluso cuando las propias aspiraciones mestizas de un individuo lo separó de la comunidad indígena (ver Crespi 1975:157; Bourricaud 1975).

El estudio municipal, asimismo, elaboró otras características de estas clasificaciones, a veces distinguiendo el punto de vista de los autores desde la perspectiva local y a veces mezclando los dos. Se dijo que los indios eran mejores obreros que los blancos, porque ellos eran más sumisos (17). Para muchos blancos, los indígenas eran de moral baja y sin iniciativa, mientras otros eran optimistas sobre su “receptividad” (18). En lo que se refiere al cultivo, los autores encontraron que las técnicas locales eran “rudimentarias” y “tradicionales” (80), y que tener varias cosechas y animales diferentes “es la expresión del principio de la auto-subsistencia” (90). En la vida familiar, los hombres y mujeres formaron relaciones clandestinas, y había una ausencia de preparación matrimonial (38). Dentro de la familia, el hombre ejerció “el dominio absoluto” (39). Los residentes construyeron sus casas “con materiales propios de la región y sin mayor técnica en lo referente a distribución, ventilación y luz” (41). En la casa básica “no existe división interna”, y había una “cocina-comedor y dormitorio humano, de curies [cuyes] y demás animales domésticos” (41). Como discutimos más adelante en el capítulo 2, los autores enfocaron su aprobación de la cocina y el fogón (44-5). La dieta era monótona y poco nutritiva, y “la mayoría de las personas prefieren la cantidad a la calidad” (47). Los vestidos eran principalmente de lana y monocromáticos, y los residentes sólo usaron zapatos para las fiestas (48). La adhesión a la fe católica se contradijo por una religión mezclada con la superstición e ignorancia sobre las razones morales de la creencia (64). No había distracciones aparte de las festividades de la iglesia y el consumo del alcohol, y tales eventos normalmente se juntaron y terminaron en la promiscuidad sexual (75). Incluso un baile indígena “no tiene un carácter alegre, sino que es más bien monótono y pesado” (75).

Estos estudios exhiben las contradicciones y ambigüedades de este período, cuando el gobierno colombiano intentó movilizar recursos internacionales para acelerar el progreso por medio del desarrollo y la modernización, integrando la periferia en un plan nacional. Sin embargo, había todavía mucha incertidumbre sobre la manera de manejar esta región aislada donde había latifundistas que intentaron conservar el poder tradicional y minifundistas sospechosos de programas de modernización, que a la vez trataron de eliminarlos.

A pesar de tener menor conocimiento de la región, Fals Borda percibió un tema clave durante este periodo: que la gente no estaba únicamente a la espera de que los recursos del Gobierno gotearan a la periferia. En cambio, los habitantes actuaron independientemente, abriendo nuevos caminos, buscando nuevos mercados y experimentando con nuevas prácticas de producción agrícola. Los residentes contemporáneos de Túquerres recordaron que las décadas de 1950-1960 fueron un tiempo en el que independientemente extendían sus fronteras.

Por ejemplo, un residente habló de cómo había ayudado a abrir un nuevo camino, una extensión de cuatro kilómetros al pueblo cercano de Olaya. Él estaba viviendo en la Cofradía, arriba de la tierra del hacendado Garzón, y reclutaron a las personas del área vecinal para ayudar. Ellos tenían sesenta voluntarios, pero primero tenían que luchar contra cinco familias opuestas a la apertura del camino. En una confrontación entre estas fuerzas, una de las mujeres opuestas a la vía se echó en el lugar donde ellos quisieron empezar el camino. Un hombre intrépido empezó a girar su pico y a decir, “Quitase, o no respondo”. Ellos entonces empezaron a abrir el camino. “Lo que nosotros no teníamos era el respaldo de las autoridades”, dijo este residente. Sólo después de que ellos habían abierto independientemente el camino, el gobierno empezó a mantenerlo. El residente también dijo que las personas que se opusieron al camino lo hicieron “por ignorantes”; algunos de ellos fueron los primeros en comprar automóviles para transitar la vía nueva.

Otros residentes hablaron de sus viajes a mercados nuevos. Vendedores que habían estado vendiendo dentro de las plazas regionales, llevando productos del clima frío como papas, granos, y queso, a mercados de la tierra baja donde recibieron panela, café, y frutas, empezaron a hacer los viajes a Popayán y a Cali por la nueva carretera. De alguna manera, el comercio de productos fríos fuera de la región montañosa fue una extensión lógica de este comercio regional ya existente, un intercambio complementario de papas con otras regiones que producían café en el norte colombiano.

Como Fals Borda notó, los agricultores también experimentaron con nuevas variedades de semilla, fertilizantes químicos y pesticidas. Los agricultores locales no esperaban que los recursos llegaran lenta-

mente a la periferia.²⁷ Algunos utilizaron los recursos ecuatorianos: la provincia ecuatoriana fronteriza de Carchi vivió un auge tremendo de la revolución verde durante este período. La producción de la papa en Carchi aumentó diecisiete veces entre 1961 y 1980. Los agricultores pequeños y medianos, varios de los cuales eran emigrantes colombianos, contribuyeron a estos increíbles aumentos de la producción agrícola (Lehmann 1986b:615).

Muchos agricultores empezaron por alquilar tierras inutilizadas por los herederos de las elites. Las papas no tenían precios regulados ni almacenamiento provisto por instituciones gubernamentales, dejando el transporte y comercialización en las manos de productores e intermediarios locales. Para bien o mal, las papas quedaron sujetas a los caprichos del mercado. Un agricultor cuenta que en los años sesenta, estos caprichos del mercado le permitieron convertirse de arrendatario, en un productor independiente:

En estos años una carga de papas valía treinta pesos. Cuarenta cuando más movía. Una vez heló en Bogotá y subió a 220 pesos. Yo tenía papa. En una cosecha gané un millón de pesos... Con cuatrocientos mil pesos compré parte de esta finca.

Tal vez su memoria puede ser imperfecta, pero estos tiempos pudieron ser de bonanza para los astutos y afortunados.²⁸

Sin embargo, la construcción de la vía Panamericana limitó la experimentación y la posibilidad de esta época.

La vía Panamericana y los lecheros: culminación y decadencia

La vía Panamericana reforzó la conexión con el interior colombiano; también hizo posible un programa del Gobierno para mecanizar y modernizar los latifundios de la sabana de Túquerres, transformándolos en fincas lecheras. Para los productores de papa que habían conquistado algunas de las haciendas viejas y colonizado el páramo, las variedades híbridas de alto-rendimiento y los químicos dejaron de ofrecer oportunidades de bonanza, volviéndose en la condición de sobrevivir.

En los años setenta, la política gubernamental colombiana hacia la agricultura cambió de la concentración en la gran unidad y fincas co-

merciales. El Banco Mundial y otros donantes enfocaron más sus intereses en la agricultura campesina, y el gobierno colombiano hizo lo mismo. Esta acción gubernamental también respondió a los problemas internos del modelo de desarrollo anterior, así como a los deseos de agentes gubernamentales como Cháves de abolir los latifundios. Los proyectos de las grandes unidades habían encontrado sus limitaciones, y la protesta agraria y los movimientos subversivos surgieron.

Sin embargo, el programa que llegó a Túquerres se transformó en la base para un latifundio modernizado. Es una ironía de historia local que este programa, derivado de los esfuerzos del gobierno colombiano para modernizar la pequeña parcela de la agricultura campesina, efectivamente sirviera para consolidar una elite terrateniente en Túquerres.²⁹ El renovado interés de los latifundistas en la mecanización de sus propiedades congeló las ganancias de la redistribución hecha entre 1935 y 1955. Por ejemplo, la unidad más grande, y todavía intacta de la hacienda de la familia Garzón, es una finca lechera mecanizada. Hay muchas fincas más en la sabana que se extiende al oeste de Túquerres hacia Sapuyes y Guachucal, donde se encuentra una mezcla de propiedades heredadas, fincas compradas con las ganancias de la papa y algunos nuevos lecheros profesionales. Con los latifundistas ocupando la sabana, los minifundistas empujaron el cultivo de la papa más allá de la región montañosa del páramo donde los hielos frecuentes y la erosión de la tierra hacen la producción mucho más incierta (Cháves 1959:52).

Los grandes terratenientes, tanto los dueños de viejos latifundios y algunos de los cultivadores exitosos de la papa, pudieron mecanizar sus fincas usando la inseminación artificial y la tecnología de ordeño mecánico. Una elite emergente se apropió de los beneficios de la modernización, como una culminación de los planes de desarrollo gubernamental. Yo discuto acerca de esta elite emergente en el capítulo 4; aquí más bien me concentro en la vía Panamericana.

La vía Panamericana era un elemento decisivo para establecer las fincas lecheras mecanizadas de alta producción. Estas fincas requirieron una conexión rápida y fiable con la ciudad floreciente de Cali. La vía Panamericana mejoró significativamente en los años sesenta. Sin embargo, la carretera se desvió de Túquerres, tomando una ruta direc-

ta entre Pasto y el pueblo fronterizo de Ipiales. Al principio, esta construcción pareció condenar a Túquerres al olvido. Siguiendo la ruta más directa entre Pasto e Ipiales, la Panamericana se desvió de Túquerres y las secciones más pobladas de las regiones altas. Túquerres y la ruta entre la sierra y la costa entraron en el abandono profundo. Aunque los residentes quisieron más caminos, “las gentes consideran perjudicial para esta zona la construcción actual de la carretera Panamericana” (Triana y Antorveza y Pacheco Hernández 1971:30). Incluso una evaluación en 1997 considera que la vía Panamericana “aparta a Túquerres del eje central y de su desarrollo, como cobrándose cuentas de enemistad” (Delgado Velasco 1997:27).

La vía Panamericana representó entonces una cosa bastante diferente para los finqueros lecheros y otra para los productores campesinos de papa. Para los finqueros lecheros, la Panamericana trajo el progreso en la forma de técnicos holandeses y expertos nacionales para ayudar a mecanizar y modernizar sus fincas. Los finqueros lecheros usaron la Panamericana para enviar a sus niños a ser educados en Cali, Medellín y Bogotá, y algunos recibieron su entrenamiento en los Estados Unidos. Para los finqueros lecheros, los niños podrían regresar a Túquerres como profesionales, o para ayudar a manejar la finca, o para trabajar como doctores, dentistas, abogados y políticos. La Panamericana también se llevó los productos lácteos y a cambio les dio una fuente estable de ingreso. Los finqueros lecheros estaban orgullosos de que sus productos procesados dentro de la región iban a ser consumidos luego en otra parte.

Para los minifundistas, la Panamericana asumió un conjunto de significados completamente diferentes. Como he mencionado antes, la Panamericana no trajo ayuda gubernamental sino abandono; mientras esta carretera era nueva ancha, y pavimentada, las viejas rutas a las tierras bajas fueron caminos rudimentarios, estrechos y sin pavimentación. Esto también devaluó el sistema de mercados regionales. La Panamericana se llevó las papas, pero no retornó un ingreso estable. Los precios de las papas subieron y bajaron y dependían de cosechas periódicas que ya no eran la bonanza primera prometida por las variedades de la revolución verde. La venta de papas en los mercados urbanos de-

pendió de un grupo pequeño de intermediarios que monopolizaron este comercio. Con cada transacción, los transportistas e intermediarios ganaron, y los agricultores muchas veces lucharon para cubrir los gastos. Como otro insulto, lo que regresó por la Panamericana fueron fundas plásticas de papas fritas procesadas en las fábricas del norte colombiano. Los precios de los productos de consumo parecían subir cada vez más en el campo.

Para el minifundista, la Panamericana no se llevó solamente papas; se llevó a los amigos, parientes y niños. Hubo una emigración fuerte de Nariño durante este período, principalmente a la ciudad de Cali, pero también a otras regiones colombianas (Cerón Solarte 1997). En su mayor parte, los emigrantes no recibieron el entrenamiento y educación concedidos a los niños de los finqueros lecheros y, en cambio, contribuyó al crecimiento de barrios pobres alrededor de las ciudades. Si ellos alguna vez volvieran, no sería como profesionales exitosos, sino como personas marginales, con la amargura del fracaso y un desprecio por la ciudad tanto como del campo.

La vía Panamericana es por consiguiente el último ejemplo del camino del progreso en lo que se refiere a un camino literal que vinculó ideas de progreso con la consolidación de la dominación. Tenía un significado muy diferente para los finqueros lecheros y los minifundistas; también permitió que los finqueros lecheros perpetuaran la categoría de indios y campesinos como obstáculos al progreso.

Dada la intensidad de la divergencia, no es sorprendente que los años 1970-80 fueran tiempos de profundo conflicto social en Colombia. En este periodo aumentaron notablemente las protestas campesinas, el movimiento indígena y el combate guerrillero. En los años noventa, el gobierno colombiano intentó aplacar a estos sectores por medio de la apertura del sistema político: la metáfora de un camino del progreso persistía, pero el camino concreto era más incierto.

Reforma neoliberal y el arduo camino hacia el progreso

En los años 1970-80, la violencia y la protesta se extendieron para ser endémica en Colombia. Después de un período de represión que no sofocó la rebelión, el gobierno colombiano prometió incorporar a

los campesinos, los indígenas, e incluso a las guerrillas anteriores como “nuevos actores sociales” a través de la constitución de 1991. Al mismo tiempo, el Gobierno adoptó una política neoliberal, que consistía en una bajada drástica de aranceles y tarifas de importación, así como cortes a los programas gubernamentales. Dentro de estos cambios, la meta de progreso a través de la modernización y el desarrollo permanece intacta, pero sus significados se tornaron más elusivos.

Yo discuto con mayor profundidad estos cambios en el capítulo 4. Aquí sólo anotaré la persistencia de la metáfora de un camino del progreso. Como he mencionado en el epígrafe inicial, el presidente César Gaviria, uno de los defensores y arquitectos principales de las reformas neoliberales, escribió en 1994 que la necesidad de Colombia de empezar “el arduo camino hacia el progreso”, se lograría a través de la transformación económica y política:

En efecto, las restricciones impuestas hace muchas décadas por unas formas políticas con escasa legitimidad, debido a la falta de participación de nuevos sectores sociales, impedían al país contar con la estabilidad necesaria para emprender el arduo camino hacia el progreso. En lo político, la Constituyente de 1991 y las legislaturas siguientes se encargaron de crear un nuevo marco jurídico y social para responder a las exigencias de la modernidad. (Gaviria en Hommes, Montenegro y Roda 1994:ix)

La imagen de estar empezando sólo el camino del progreso recién en 1994, cuando el ingeniero Gutiérrez había advertido ya en 1897 que los residentes entraban “con firmeza por la vía del progreso”, deriva de las metas e ideas diferentes: progreso y modernización ya no fueron concebidos como la construcción de la infraestructura o de proyectos de transporte, sino como una manera de introducir la eficiencia del mercado en la economía y el Estado. El significado de modernización es mucho más incierto en comparación con el discurso anterior. Desde los años treinta, la modernización se había atado a proyectos como calles anchas, nuevos caminos, agricultura, e industria, con las metas y medios de logros relativamente claros. El nuevo discurso incluye la infraestructura y la tecnología, pero la modernización también representa un modelo de administración gubernamental y una relación de Gobierno con la economía y la

sociedad civil. La promesa del progreso, que en sus versiones del siglo diecinueve y aun del siglo veinte parecía posible, ahora se vuelve un camino arduo, un proceso incesante.

La estabilidad de esta metáfora coincide con la falta de un camino concreto de progreso para Túquerres. Para algunas personas, el nuevo camino del progreso debe ser la carretera entre Túquerres y Tumaco. Recién pavimentado en 1994, se ha reducido el tiempo de viaje a la mitad, a seis horas en vez de doce, y el camino es transitable para el tráfico de exportación. En un cartel del proyecto se escribió “El Futuro se hace Presente: pavimentación”. Esto encarna la “orientación al exterior” o “crecimiento por la exportación” que intenta imitar el modelo asiático de desarrollo (Presidencia de la República, 1991). Al mismo tiempo, la política se ha hecho más para bajar las tarifas en lugar de promover exportaciones. El camino puede ser bueno, pero el puerto de Tumaco en los años noventa era todavía inadecuado para exportaciones. Los proyectos sugeridos para exportar la papa chaucha a Japón o cuy enlatado suenan como “la ocurrencia de orate”, en palabras del estudio sociológico de 1935.

Para la mayoría de las actividades económicas, la vía Panamericana seguía teniendo la mayor importancia. Los lecheros todavía enviaban su leche y queso a Cali y ciudades más distantes. Los agricultores todavía enviaban las papas a los mercados urbanos. No obstante, las reformas económicas neoliberales introdujeron el espectro de leche barata, importada en polvo, o incluso de papas extranjeras. Los finqueros lecheros eran aquellos que tenían mayor amargura por las reformas, al sentirse traicionados por el Gobierno y un modelo de desarrollo nacional.

Por consiguiente, a pesar de los últimos cambios en la política y en el programa gubernamental, las oposiciones duraderas enfatizadas desde el principio de este capítulo, permanecían intactas. La idea de un camino del progreso todavía estaba intacta, y parecía ser más ardua aún, si se junta con la noción de un proceso constante de modernización. Además, a pesar del cambio en la retórica gubernamental para capacitar a los grupos anteriormente perjudicados, como indígenas y campesinos, había todavía la idea de un reverso de este camino del pro-

greso, el atraso y el estancamiento de una categoría social que podría resumirse en el neologismo *indio-campesino*. Para los grupos de las elites, los agricultores rurales o las personas pobres de los barrios urbanos alrededor de la ciudad, permanecían en su estado semi-bárbaro de cultivadores campesinos e ignorantes con el alma aborígen.

Al mismo tiempo, en los años noventa, las personas que han sido clasificadas como indios y campesinos seguían transitando otros caminos para formar su propio progreso. A pesar de la condena de las elites que los han señalados como tradicionalistas y atrasados, muchos residentes de Túquerres describían su situación contemporánea como “todo moderno”. Recorriendo el camino abandonado y lleno de huecos entre Túquerres y la frontera ecuatoriana, los residentes han traído estufas de gas y otros artículos modernos para sus casas. En los callejones más rurales, compraron los artículos modernos a crédito. El discurso de progreso y modernización ha trascendido su procedencia elitista. Sin embargo, este “moderno” no corresponde exactamente a las visiones de los promotores de la modernización.

Notas:

- 1 “Pocos lugares del mundo exhiben contrastes físicos y ambientales tan tremendos concentrados en tales espacios cortos como en los Andes nariñenses. En un día despejado, uno puede mirar hacia el este, desde la región pacífica baja hacia los volcanes de Chiles y Cumbal cubiertos de nieve, observando la vegetación que pasa de los bosques lluviosos tropicales a los cultivos templados, luego llegando a las plantas reducidas del páramo en las elevaciones más altas, y eventualmente desapareciendo en la nieve e hielo” (Calero 1997:7).
- 2 Como otros observadores han notado “se establecieron centros urbanos coloniales en América Latina como el producto de una experiencia precoz de edificar el estado moderno que se unió la difusión de Catolicismo con la consolidación de un reino transcontinental. Estas ciudades eran puestas avanzadas de civilización ubicadas en los inmensos territorios de un imperio que tuvo el problema cultural y político recurrente de establecer control sobre sus sujetos” (Coronil y Skurski 1993:234-5).
- 3 Hay muchas versiones de este levantamiento, la más clásica es la de Sanchez Montenegro, publicado en 1940. Mi relato breve sigue aproximada-

mente a Delgado Velasco 1997:21-3, que a su vez toma datos de Muñoz Cordero 1982, Chamorro y Eraso 1983 y Meza 1988. Para un tratamiento general de los levantamientos indígenas en la Audiencia de Quito, véase a Moreno Yáñez 1985.

- 4 Construcciones similares aparecían a lo largo de los países andinos: “en el discurso liberal y positivista saliente, el ‘indio’ era reconfigurado en un individuo empobrecido, desgraciado, analfabeto, y salvaje... quién permanecía en los márgenes de la economía del mercado, ni interesado ni capaz de iniciativa mercantil o la empresa productiva” (Larson 1995:29).
- 5 “En un gesto adicional para elevar el estatus de indio, la ley anunció que en adelante ellos ya no se llamarían *indios* sino *indígenas*, un eufemismo oficial frecuentemente olvidado en la práctica” (Safford 1991:11).
- 6 No obstante estos indios reacios, el tono en general de Samper era de esperanza y creencia en que la civilización se desarrollaría rápidamente en Colombia (1944 [1861]:257). Él exhibe una fe casi ingenua en que la tarea de civilizar podría hacerse rápidamente con esta “excelente materia prima” (1944 [1861]:270). Al mismo tiempo, la tarea dependía de la integridad de los gobernantes y la ayuda de poderes extranjeros. “Que haya integridad en los gobernantes y buena voluntad de parte de las potencias extranjeras, y todos los intereses seguirán el cauce natural del progreso” (1944 [1861]:271). Esta actitud es comparable con la de muchas elites latinoamericanas de este período. Por ejemplo, los autores venezolanos escribieron de la “vitalidad del primitivo” y describieron “el barbarismo como una fuerza natural sin diferenciación que podría ser dirigida hacia fines positivos” (Coronil y Skurski 1993:239-40).
- 7 Hay varias descripciones fascinantes de exploradores llevados a espalda por este camino. “Para trasladarse a Túquerres es necesario, ante todo, saliendo de Barbacoas, atravesar selvas vírgenes durante cinco o seis días, haciéndose transportar a espalda de hombres sobre una clase de sillas colocadas como los ganchos de nuestros cargadores: uno se halla espalda a espalda de su cargador, al que se nombra *estribero* o porta-sillas; y los pies del viajero se colocan sobre una planchita. El terreno es totalmente montañoso, áspero y difícil, y las mulas no pudieran treparlo. Los zig-zags son tan continuos que, para hacer una sola legua a vuelo de pájaro, haría falta al portador cinco o seis leguas de marcha... Cuando se ha terminado este penoso viaje con retrocesos, pero mucho más penoso aún para el pobre cargador, que chorrea de sudor, sopla y gime bajo la carga, se encuentran en San Pablo mulas para trasladarse

aunque no sin peligro a Túquerres; pues hasta que se llega a las mesetas de la cordillera uno está expuesto a rodar mil veces con su montura en los precipicios” (Onffroy de Thoron 1983 [1866]:188; ver André 1884:786). Ver Taussig 1987:287-335 para descripciones extensas y grabados magníficos de los cargadores humanos.

- 8 El tono del reportaje de Gutiérrez, como el de Samper y de Codazzi, era generalmente optimista sobre el futuro de progreso que estaba delante de los residentes. Miguel Triana, un ingeniero que viajó por este camino en 1906, expresó una fe similar en que la región progresaría rápidamente, sobre todo cuando se abriera un canal en Panamá, cuando la región “va a convertirse en otra California” (1950 [1906]:45). La palabrería de Triana vuela cuando escribe, “la imaginación no puede adivinar las magnificencias que la realidad de los sucesos promete a estas comarcas, tan bien dispuestas como están para recibir el fecundante soplo de la vida. Este Departamento, antes olvidado o desconocido en el rincón más lejano de Colombia, posee, en efecto, todas las ventajas para recibir la próxima visita del Progreso” (1950 [1906]:45-6).
- 9 Un residente mayor, mientras hacía un comentario implícito sobre la dominación norteamericana actual, recordó: “cuando yo era joven, si fuera una persona muy educada, podría saber que había un Estados Unidos y dónde se ubicaba. Pero en esta época todo vino de Francia, Alemania, Inglaterra; cuchillos, relojes, cristales. Nosotros ni siquiera supimos cómo hacer el pan. En esos días, si graduara del colegio, tenía que saber por lo menos algo de francés, pero inglés era nada”.
- 10 Estoy en deuda con este historiador por revelarme el contexto e importancia de Túquerres en esta época.
- 11 Gutiérrez, el ingeniero que alabó el camino a Barbacoas, opuso el ferrocarril: “se deja lo práctico por lo irrealizable: descuidaron el camino de herradura para soñar con ferrocarriles” (1897:327). La celebración de este ingeniero de las virtudes de Nariño y su predilección por el desarrollo nacional se derivó de su entrenamiento como un ingeniero antioqueño. Los habitantes de Antioquia tienen una reputación e imagen de ser hombres prácticos. Los ingenieros de Antioquia se identificaron como “hombres prácticos en lugar de académicos estudiosos, industrialistas en vez de políticos” (Safford 1976:219).
- 12 Hasta cierto punto el ferrocarril de Nariño, junto con otras líneas colombianas durante este periodo, muestra la continuación de una estructura económica colonial de “desarticulación interna y la integración externa

- de la economía rural” (Alavi 1982:65), pero la línea del ferrocarril también era una aserción de independencia y autonomía regional. “A la gente, naturalmente, le gustaría estar conectada por ferrocarril con Quito por un lado, y con Popayán, Cali y el resto de Colombia por el otro, pero lo que ellos verdaderamente tienen en su corazón, es una línea de ferrocarril propia, conectando su capital, Pasto, con su puerto de Tumaco” (Veatch 1917:95). Hay que mencionar también que este ferrocarril se desvió de Barbacoas y el sistema de transporte fluvial de la costa.
- 13 La misión del Banco Mundial a Colombia en 1950 recomendó que el gobierno cierre esta línea de ferrocarril lo más pronto posible, desde que tenía los costos más elevados y las pérdidas más grandes de cualquier ferrocarril nacional (Currie 1950:458). Solamente nueve años después, un estudio de Nariño observó que “la línea se dejó en el más completo olvido, y por tanto, lo que en un principio pareció ser la base del desarrollo de Nariño, resultó un fracaso más” (Cháves 1959:72).
 - 14 El símbolo “\$” es usado en los documentos originales y se refiere a pesos colombianos.
 - 15 Esta predilección por el cálculo y la estimación en pesos oficiales puede haber sido un subterfugio más que estos documentos muestran. Varios observadores de este período notaron que Nariño no aceptó el dinero nacional, prefiriendo las monedas de plata de cualquier otro país, aunque no tenía su propia fábrica de moneda y era exportador de oro. “El dinero de Nariño consiste en la colección más maravillosa de monedas viejas de plata en circulación en cualquier parte del mundo. Nariño se impone una norma de moneda en plata, mientras que Ecuador y el resto de Colombia basan su moneda en el oro. Pero aunque Nariño se niega a usar la moneda legal actual de Colombia, ella naturalmente no ha emitido dinero propio, y el dinero consiste por consiguiente de un surtido heterogéneo de monedas de plata de todas las naciones, particularmente aquellas que no son corrientes... Se aceptan monedas de plata de cualquier nacionalidad en Nariño a aproximadamente su valor en plata” (Veatch 1917:95; ver Romoli 1941:211, Franck 1917:100). De hecho, un documento de 1922 del archivo municipal de Túquerres da los precios en plata para la plaza del mercado (PT-H #23:18-2).
 - 16 Una muestra de los 582 dueños alistados con fecha de 1921, revela una concentración marcada de propiedad, incluso entre la clase propietaria (PT-H #25:25-2). El 15% de propietarios más grandes, quizás 100 familias, controlaron el 50% de los valores de la tierra, y el 5%, o aproxima-

damente 30 familias, poseyeron el 30%. Esta distribución es un poco menos desigual que el impuesto de guerra; sin embargo, considerando que la proporción de personas que declararon menos de 500 pesos en valor de tierra en el impuesto de guerra es casi tres a uno, la suma de los propietarios no-alistados en 1921 haría que la tenencia de tierra se aproxime a los niveles de desigualdad en general.

- 17 Aunque la familia Garzón es uno de los nombres más famosos de esta época, el impuesto de 1936 indica que Ricardo Garzón apenas era el más adinerado. Quince personas declararon un patrimonio mayor que sus 13.000 pesos, y siete personas adicionales declararon un patrimonio mayor que 10.000 pesos. El total de patrimonio declarado de estos veintitrés individuos era de 511.413 pesos (PT-H #27:33-1).
- 18 “Nariño viviese desvinculado del resto de la Nación por algo más de un siglo. En todo ese transcurso, quien de Pasto quería llegar a Popayán para de allí seguir al centro de la República, había de someterse a las contingencias de un viaje a caballo, jalonado por no menos de ocho jornadas, al final de las cuales no era fácil saber si era más deseable hallar un techo al que arrimarse o dormir a la luz de estrella... En semejantes circunstancias, pensar en comercio alguno con el norte, sólo podía ser ocurrencia de orate” (Comisión de la Cultura Aldeana 1935:13; ver Franck 1917:39, 84).
- 19 La referencia no es completamente clara de frase curiosa “saxo-americano”; presuntamente se refiere a artículos hechos en Alemán, Inglaterra, o los Estados Unidos.
- 20 Comparando el censo de 1918 con las estimaciones de 1958 se muestra este cambio (en Cháves 1959:185):

	<u>1918</u>	<u>1958</u>
Mestizos	23.2%	75.5%
Negros	8.7%	13.1%
Indios	18.7%	10.0%
Blancos	44.4%	1.4%

Parece absurdo sugerir que en este corto período la subida de la categoría mestizos era una indicación de mezcla racial. Más bien, parece ser una re-categorización masiva de blancos como mestizos y un cambio similar, pero más pequeño, para los indios. Este cambio concuerda con el argumento de Olivia Harris sobre la reorganización y redefinición de la categoría mestiza en los países andinos: “primero una categoría racial y

- luego una categoría fiscal y administrativa, en el período republicano se transformó más claramente en una agrupación económica y política” (1995:366).
- 21 El historiador Benhur Cerón Solarte me preguntó si yo había notado “la curiosidad” de las calles anchas de Túquerres, en comparación con los centros coloniales estrechos de Pasto e Ipiales.
 - 22 En *La Ciudad Mártir* también agradece a los ecuatorianos para dar la ayuda de reconstruir la ciudad. El autor alaba “aquellos ecuatorianos nobilísimos, motivados por un elevado concepto de solidaridad con los pueblos latinoamericanos, heredado del pensamiento de nuestro Libertador común, cuyo nombre es sagrado para ellos, se comprometieron formalmente con el médico a mover cielo y tierra, para que el pueblo ecuatoriano apoyara a sus hermanos de Túquerres, que se hallaban en desgracia” (Cifuentes López 1993:223). Sin embargo, esta ayuda puede haber derivado no tanto de su “parentesco” con Simón Bolívar, sino más bien como un esfuerzo del gobierno ecuatoriano para ganar más influencia sobre una región que algunos ecuatorianos todavía creían que era suya, tan tarde como en los años treinta (ver Wolf 1933:13, 104). No obstante, si los ecuatorianos perdieron esta región en el siglo diecinueve debido a la habilidad de Colombia para estacionar soldados en Pasto (Deller 1996:38), ellos también perdieron en los años treinta la ayuda decisiva de reconstrucción que el gobierno colombiano movilizó para los pueblos nariñenses destruidos por los terremotos.
 - 23 En los años noventa, el sistema de impuestos de la propiedad, indicado por el Instituto Geográfico “Agustín Codazzi”, extendía las medidas hectáreas a cuatro decimales. Mientras hablar en hectáreas no era tan desagradable, los residentes todavía medían su tierra por la cantidad de papas o zanahorias que podría ser sembradas en ella.
 - 24 Estos cálculos están muy cerca a los cálculos de la distribución del área de superficie total en 1957, cuando “el 54.6% de los propietarios poseen el 16.9% del total de extensión y el 12.8% tienen el 54.3% de la extensión total” (Triana y Antorveza y Pacheco Hernández 1971:77). No obstante, “esta desproporción es menor en el Municipio de Túquerres, en comparación con los otros dos Municipios [Sapuyes y Guachucal]” (1971:77).
 - 25 “El gobierno colombiano adoptó la legitimidad internacional y especialización técnica/económica del Banco Mundial y entonces intentó ‘nacionalizar’ las recomendaciones” (Hartwig 1983:118).
 - 26 Esta actitud es comparable a la de un caso peruano estudiado por David

- Nugent. “En lugar de sentirse amenazados por el contorno nacional, la mayoría de los chachapoyanos vio un aparato estatal distante y a la comunidad nacional como una potencia de liberación en sus vidas. Ellos identificaron la ausencia de instituciones estatales fuertes y de sentimientos nacionales auténticos como la fuente de los problemas de la región” (1998:9). Como en otras regiones, los campesinos justifican sus actividades en referencia a un poder fuera del orden local (ver Guha 1983:272). No obstante, este estudio municipal sugiere que los residentes rurales incluían a las elites locales, regionales y nacionales en sus críticas de “abandono”.
- 27 La situación se compara a la narración de Hefner de la revolución verde en Java donde “el esfuerzo entero era una iniciativa de base, al principio emprendido ante la oposición gubernamental. Era organizado por los empresarios locales, financiado por capital privado, y sólo reconocido, aceptado, y regulado por las autoridades varios años después de su inauguración” (1990:83).
- 28 Una revisión de las políticas agrícolas colombianas entre 1955-1985 admite que los programas del gobierno enfocados en la producción comercial eran menos exitoso que las iniciativas relativamente independientes de los minifundistas. “A pesar del hecho que las políticas de desarrollo paradójicamente favorecieron a los productos agrícolas comerciales más que los campesinos en la economía del minifundio, los últimos tenían un impacto más fuerte en la dinámica agrícola a largo plazo” (en Pombo 1992:164). La papa tuvo un éxito prominente. “El éxito de la papa es interesante porque contradice la leyenda oscura que la fluctuación del precio conspira contra la viabilidad... Los productos del pequeño cultivo son los productos principalmente perecederos, haciendo difícil la intervención en el mercado, desde que ellos sólo pueden guardarse si hay infraestructura de almacenaje adecuada y costosa. Ésta es una explicación de por qué sus precios ni se han estabilizado ni sus acciones se regularon a través de la intervención estatal” (en Pombo 1992:167, 182).
- 29 Aunque la modernización del latifundio estaba lejos del intento de Cháves y su equipo, algunas de sus prescripciones pueden haber contribuido inadvertidamente a la emergencia de una nueva elite. Cháves consideró que los propietarios progresistas tenían entre 20 y 75 hectáreas (1959:113). Por lo menos en Túquerres actual, la mayoría de las personas consideraron que esto es una propiedad bastante grande; algunas personas que hablaron de reforma agraria contemporánea considera-

ban que las propiedades encima de 20 hectáreas fueron susceptibles de la redistribución. Por consiguiente, el programa puede haber beneficiado las propiedades que quería designar como medianos propietarios, y todavía contribuyó a la creación de una elite próspera en lugar de una clase media industrializada. Es más, Cháves dijo explícitamente que los minifundistas nunca podrían aplicar las tecnologías modernas y nunca serían buenos candidatos para el crédito (1959:154). Considerando que él incluyó a todos los propietarios de menos de cinco hectáreas como minifundio, esto excluyó casi al 90% de la población. Claro que el problema era que la reforma agraria que Cháves vivamente anheló nunca se llevó a cabo.

2

Todo moderno

Cada día vamos progresando más.

—*María Cisneros, en la primera llamada desde su nuevo teléfono (Junio de 1997)*

Había transcurrido casi un año desde que se instalaron los postes del teléfono en el callejón de tierra junto al camino principal pavimentado. Había pasado seis meses desde la primera vez que los Cisneros fueron a la oficina municipal de Telecom para pedir un teléfono. Seis meses de visitar la oficina de Telecom, de molestar a los administradores, de coquetear con los jóvenes que instalan los teléfonos. Por fin llegó el día de colocar los postes a lo largo del callejón estrecho de tierra que pasa por la casa de los Cisneros. Cuando el joven instaló la línea, anunció: “llegó la comunicación”. Pero más bien fueron los Cisneros quienes arrastraron la línea telefónica a la casa. Los meses de esperanza, de anticipación, de visitas y favores a los oficiales: esto debe haber sido lo que Gaviria quiso decir cuando habló de “el arduo camino hacia el progreso”. En la primera llamada, María Cisneros usó una

imagen similar al progreso como un movimiento activo cuando dijo: “vamos progresando”.

A pesar de que muchas personas consideran a Túquerres como un lugar periférico y atrasado, sus moradores en los años noventa hablaban de la época contemporánea como un tiempo de “todo moderno”. Esta visión estaba relacionada con una serie de cambios recientes. En 1997, un docente informó sobre la historia y la situación contemporánea de Túquerres, invocando explícitamente la modernización y la modernidad:

Las viviendas se han modernizado en los últimos años, la ciudad cada día muestra algo nuevo, los más sofisticados edificios se han construido, las calles se pavimentan, los servicios son cada día mejores y tratan de solucionar las más urgentes necesidades de los habitantes, radio, televisión, telefonía, sistemas, acueducto, energía eléctrica, alcantarillado, comercio, transporte, educación, hotelería, turismo, recreación, deportes, hoy se consideran ejemplos de modernidad. (Delgado Velasco 1997:54)

Verifiqué estas observaciones en una muestra de casas seleccionadas por un proceso aleatorio. En los años ochenta y al principio de los noventa, los programas municipales habían extendido el servicio de electricidad al 90% de las casas, incluso en las áreas rurales. Una vez conectados a la energía eléctrica, los residentes casi universalmente compraron licuadoras eléctricas y televisores. En los años noventa, la disseminación de estufas de gas ha sido sorprendentemente rápida; mis encuestas en 1997 indican que el 60% de las familias compraron su primera estufa de gas dentro de los últimos cinco años.¹ Otros aparatos de cocina y los equipos de sonido han acompañado la adquisición de estos artículos, haciendo parecer como si hubiera algo nuevo todos los días, en la casa y en el pueblo.

Los grupos de las elites, las instituciones gubernamentales y las empresas capitalistas han estado involucrados en estos cambios, pero en general estas entidades supuestamente poderosas no fueron generadoras competentes de modernización. Muchos artículos que los residentes no pertenecientes a las elites llamaban “modernos” no se derivan directamente de un programa de modernización. Más bien, los re-

sidentes, independientemente, incorporaban artículos modernos, en una búsqueda intensa de artículos como las estufas de gas. Incluso en los proyectos de infraestructura como caminos, pavimentación y electricidad, los residentes dieron énfasis a su propia voluntad e iniciativa para obtener los artículos o presionar a políticos y administradores para entregarlos. Lejos de ser receptores pasivos de artículos modernos, los habitantes los buscaban en forma activa.

Esta apropiación de lo moderno no sigue la lógica totalizadora de modernización estatal. Más bien, el modelo para esta apropiación es desafiar la jerarquía dominante, para borrar los estigmas y estereotipos inherentes en la clasificación de indio o campesino. La imagen del indio-campesino es la de un agricultor rural, vestido con una ruana de lana y sombrero sucio. Otra imagen es la de un ser que cultiva la tierra con técnicas rudimentarias y tradicionales, para obtener una dieta monótona de subsistencia, prefiriendo la cantidad a la calidad. Es la representación de alguien que vive en un simple refugio contra los elementos, donde la cocina es un lugar antihigiénico y repleto de animales domésticos.

Las descripciones elitistas han estigmatizado particularmente a la casa rural y, a su corazón, la cocina. Las elites, dispuestas a impulsar programas de desarrollo, condenaron en particular a estos lugares que son símbolos de las relaciones sociales. En la sección siguiente, examino los estereotipos fijados a las casas rurales; utilizo el caso de la familia Cisneros, entonces, para iluminar la especificidad e intimidad de las apropiaciones de lo moderno en las transformaciones de la casa, la cocina y las relaciones sociales.

Casa y cocina: enfoque para el estigma elitista y de desarrollo

Cuando los expertos holandeses, en alianza con los expertos colombianos y las elites locales de docentes y oficiales gubernamentales, colaboraron en los años sesenta para producir un estudio de Túquerres, Sapuyes, y Guachucal, expresaron alarma ante las condiciones de las viviendas rurales. Aunque su angustia involucró la provisión gubernamental de servicios como agua y electricidad, ellos también culparon a los residentes, diciendo que tenían poco conocimiento de la necesi-

dad de mejorar sus casas: “desafortunadamente existe en general un conformismo y aceptación de la imposibilidad de mejorar la vivienda por no comprender que la casa es algo más que un techo contra la lluvia, el viento y el sol” (Triana y Antorveza y Pacheco Hernández, 1971:45).

Los autores del estudio municipal consideraron así que las casas rurales eran simples refugios contra los elementos, contruidos de materiales procedentes de la naturaleza, como otra formación del mismo paisaje natural. De hecho, en muchas áreas rurales, las casas han sido tradicionalmente lugares para el proceso continuo de agricultura y cultivo (Frykman y Löfgren, 1999:179). Ruth Behar, en su análisis de casas rurales en España, observa que “la casa continúa siendo principalmente un lugar del almacenamiento para las cosechas y un lugar de descanso para bestias de carga y otros animales. Sólo secundariamente es una morada humana” (1986:46). Colloredo-Mansfeld relata que en Ecuador, las descripciones contemporáneas del pasado no incluyen muebles u otros productos que utilizaron. “En cambio, los espacios de casas antiguas sostuvieron los materiales crudos y productos de la vida campesina. Así, al preguntar cuáles son las cosas que los abuelos poseían inevitablemente consigue descripciones de lo que ellos hicieron” (1999:64).

Como Gudeman y Rivera demuestran en su estudio de Colombia rural, la casa es un símbolo potente, una manera de resumir las relaciones sociales y modelar la economía campesina (1990:41; ver Pader 1993:114). Sin embargo, estas relaciones sociales y económicas son las mismas que las elites han buscado cambiar en nombre del progreso y el desarrollo. Para una elite involucrada en la modernización y el progreso, la casa llegó a ser un problema primordial.

El corazón de la casa, y el problema principal del desarrollo, es el fogón.² El estudio municipal de 1971 presta al respecto una ilustración definitiva:

Según el Centro de Salud de Túquerres, en la parte rural de este Municipio, la higiene de la cocina es en un 98% negativa. Esto contrasta con el área construida, los pisos inadecuados, el fogón en el suelo y la convivencia con animales domésticos, sumada a los utensilios deteriorados y que en número apreciable hacen de la cocina un sitio desagradable para la preparación de alimen-

tos... la cocina por lo general reducida y deficiente en ventilación e iluminación. Generalmente la entrada es una puerta pequeña y en la pared opuesta se encuentra una ventana muy reducida... El fogón está constituido por 3 piedras en el suelo, a su alrededor se coloca una especie de tablado o tarima en forma circular que sirve de comedor y lugar de reunión familiar. Contra las paredes se encuentran la leña y un armario improvisado para colocar los platos, tazas, cucharas y ollas. Los platos y tazas en su mayoría son esmaltados (venidos del Ecuador y a bajos precios), ollas de aluminio y de barro... Como los excrementos de los cuyes se suman a los desperdicios de yerba que les sirve de alimentación y al agua que se riega, es apenas lógico que las emanaciones producidas allí sean nauseabundas. (1971:44-5)

Esta descripción ofrece una muestra concisa del prejuicio de la elite hacia la casa y la cocina, empezando con la supuesta estadística reportada por la oficina gubernamental de que la higiene es en un 98% negativa. El resto de la descripción realmente no detalla cómo las personas preparan la comida y se la comen, sino en cambio sólo demuestra las deficiencias de su existencia. La nota final de horror es el sentido de repugnancia al excremento del cuy, que para la población andina es bastante apreciado.³

Aunque esta descripción supuestamente deriva de un estudio de Túquerres, las imágenes son familiares a otros estudios de desarrollo. Su detalle de piedras en el suelo en un cuarto diminuto sin ventanas recuerda los relatos de la misión del Banco Mundial: “la cocina se compone por lo general de tres piedras colocadas en el suelo o una pequeña estufa de ladrillo cubierta con planchas de hierro, sin chimenea. Más o menos la mitad de las casas alberga más gente de la que debiera, y es común que en cada cuarto habiten cuatro y aún seis personas” (1951:8). Esta narración, a la vez utiliza el estudio de un pueblo colombiano realizado por un equipo de investigadores estadounidenses y colombianos, publicado por el Departamento de Agricultura Estadounidense (Smith, 1945). Fals Borda, uno de los primeros sociólogos colombianos, repite esta descripción, y empleó los mismos cuestionarios de entrevista usados en el estudio de 1945 (Fals Borda, 1955).⁴

La herencia de los estilos descriptivos que informan los estudios de desarrollo tiene su raíz en el nacimiento de las Ciencias Sociales en el siglo diecinueve y las descripciones de trabajadores europeos. En un análisis magistral sobre las particularidades de obreros franceses, William Reddy ilustra cómo estas descripciones se vuelven un lenguaje incontestable. Primero hay una “riqueza de evidencia estadística malinterpretada”, seguida por “la indignación moral” y “el uso de lo que uno podría llamar textos de ruptura que consisten en una rapsódica aversión moral y física a alguna condición o evento supuestamente atestiguado” (Reddy, 1984:171; ver Frykman y Löfgren, 1999:148). El poder de estas descripciones está en su referencia a una norma preconcebida de la clase media:

Estas descripciones funcionan por negar; la referencia oculta siempre era a una casa de la clase media, con los pisos brillantes y una alcoba para cada individuo, lino abundante, y un armario llenísimo. Nadie describe cómo los habitantes de estas moradas sobrevivían con lo que ellos tenían o qué importancia emocional los ataban a sus propias cosas. (Reddy, 1984:177)

En el caso de los estudios de desarrollo, la referencia oculta son las condiciones supuestamente ya logradas de los países desarrollados. La cocina se vuelve una prioridad de desarrollo nacional, como Colloredo-Mansfeld nota en Ecuador: “así, para el blanco-mestizo, los ponchos manchados con tierra o una cocina oscurecida de humo negro y ardiendo de cuyes no sólo mostraron las realidades duras de la vida campesina, sino un fracaso moral y nacional... La legitimidad nacional se redujo al problema de cocinas bien-organizadas” (1999:60, 70). La cocina vuelve a ser el enfoque primordial de la modernización y el estatus. Como Josiah Heyman postula, el resultado es “un modelo socialmente conocido de desigualdad que se fija en un muy pequeño número de rasgos materiales para representar el contraste polar” (1994a:13).

Dadas las ambiciones de desarrollo nacional y una elite local influenciada por las pretensiones de modernización, sería razonable conjeturar que la reciente propagación de estufas de gas en Túquerres fue parte de un programa coordinado del gobierno y del sector privado pa-

ra promover el desarrollo. Pero éste, definitivamente, no es el caso. La mayoría de las familias en Túquerres compró su estufa de gas como una iniciativa independiente. Adquirir una estufa de gas está ligado a las relaciones familiares más íntimas.

La estufa de gas: iniciativa independiente e intimidad

Las acciones de las empresas privadas y de las instituciones gubernamentales son indudablemente de gran importancia en la creación de una cultura consumista en muchas partes del mundo, pero aplicar tales explicaciones reflexivamente a otras situaciones llega a ser un rechazo de la iniciativa y de habilidad popular (Wilk, 1990:82-3; Frykman y Löfgren, 1999:150). El hecho de recurrir y repetir reflexivamente la explicación gubernamental o empresarial transforma cualquier acto de comprar en un tipo de contagio del “espíritu consumidor”, extendido a través de los agentes externos, como la propaganda empresarial o los programas gubernamentales. Esta tendencia es similar a las nociones elitistas de revuelta campesina, cuando los propietarios, funcionarios gubernamentales y académicos presumen que los campesinos inocentes son incapaces de organizarse por sí mismos, pero son sumamente vulnerables a la incitación externa, después de la cual la revuelta se difunde como un virus o enfermedad comunicable (Guha, 1983:220-222). Las frases como “el espíritu consumidor entra en la sociedad tradicional” (Smith, 1977:115) y metáforas de modernización “propagando”, “despegando” o “erupcionando” son comunes en estas historias (por ejemplo, Rogers, 1969:42-3, Geertz, 1963:2-4).

Una narrativa de intervención resulta especialmente insuficiente para explicar la incidencia de estufas de gas en Túquerres, donde la propaganda empresarial y los programas del gobierno han sido inexistentes o ineficaces. Los residentes repetidamente dijeron que las firmas privadas y las instituciones del Gobierno, efectivamente, se opusieron a los modelos de estufas más populares, los modelos importados de Ecuador. Según los testimonios de los residentes, la firma colombiana Ecopetrol, en alianza con entidades gubernamentales, ha hecho esfuerzos repetidos para detener la propagación de estufas y cilindros de gas ecuatorianos. En varias ocasiones, el gobierno ha intentado bloquear la

importación de cilindros ecuatorianos. A pesar de la retórica de apertura, de libre comercio y de las fronteras abiertas, ambos gobiernos han estado interesados en detener este comercio, desde que el gas ecuatoriano recibió subsidios mayores del Estado. Esto ocasionó también anomalías en los precios, como aquel día de 1996, cuando de repente se dobló los precios del gas ecuatoriano como consecuencia de la reducción de los subsidios en la presidencia de Abdalá Bucarám en Ecuador. Conductores en Túquerres informaron que tenían que traer cilindros de gas ecuatoriano de contrabando, evitando así las estaciones fronterizas oficiales y entrando por otras rutas.

Frustrado por el contrabando y la protesta a sus esfuerzos de bloquear la frontera, Ecopetrol ha promocionado estufas colombianas, hasta regalarlas con tiques para la entrega de los cilindros. La entidad medioambiental regional, Corponariño, fue uno de los partidarios de este programa del regalo, combinando su objetivo declarado de impedir la deforestación con los esfuerzos de Ecopetrol, que quería asegurar que los ciudadanos compraran el gas colombiano. Aunque la oferta de estufas alcanzó a algunas familias, mis datos indican que esto no alcanzó más que el 5% al número total de estufas de gas. Finalmente, en una admisión implícita de capitulación, Ecopetrol abandonó el uso de válvulas particulares que sólo eran eficaces con estufas colombianas; empezó a rellenar los cilindros ecuatorianos con su propio gas, o a modificar sus válvulas para que los cilindros funcionen con las estufas ecuatorianas.

Una indicación más de la falta de conexión entre las acciones empresariales o gubernamentales y el nuevo uso de estufas de gas es que estas entidades no tenían mucho conocimiento de lo que había sucedido. Ellos claramente sabían bastante para intentar detener la compra de estufas ecuatorianas, pero prefirieron hacer la oferta de regalar estufas colombianas bajo la premisa de que la población rural todavía no tenía estufas. El director de Corponariño declaró que sólo el 5% de la población rural cocinaba con gas, en un momento en que mis encuestas revelaron que más del 50% de la población rural tenía acceso a una estufa. De hecho, el cálculo del 5% puede derivarse de sus experiencias con los programas de regalo, revelando su terquedad en obser-

var los eventos fuera de su esfera directa. Mientras los funcionarios podían tener conocimiento de la diseminación de las estufas de gas, los estereotipos de la cocina del indio-campesino limitaron su percepción de la magnitud de la compra y del uso de las estufas.

A pesar de las versiones de oposición empresarial y gubernamental, más de la mitad de las casas que adquirieron estufas compraron las ecuatorianas. Los residentes estaban dispuestos a hacer el esfuerzo adicional para conseguir una estufa ecuatoriana, aunque a veces fue más cara comparada con las colombianas regaladas y tuvieron que viajar a Ecuador o comisionar a alguien para conseguirla, y se arriesgaron al contrabando para obtener los cilindros de gas. Las estufas ecuatorianas eran normalmente más baratas comparadas con los precios en la tienda, de estufas colombianas, y muchos residentes dijeron que las ecuatorianas eran mejores, con “cuatro bocas” en lugar de sólo las “dos bocas” de las estufas colombianas. Es más, el gas ecuatoriano era más barato, sobre todo en los años de 1990-97. Algunas personas también dijeron que el gas ecuatoriano dio un buen fuego y duró más tiempo para cocinar.

Sin embargo, las consideraciones técnicas y económicas realmente no son los elementos más destacados de la compra de una estufa de gas. La difusión rápida de estufas de gas fuera de las acciones oficiales, y a veces opuestas a las firmas privadas y las instituciones gubernamentales, se caracteriza por una intimidad irreducible. Visitar a la familia Cisneros y conocer los detalles de cómo obtuvieron su primera estufa de gas revela un lazo íntimo de la amargura familiar que se resiste a tales generalidades.

Conocí a la familia Cisneros en 1994, durante mi primera visita a Túquerres. Oscar Cisneros estaba trabajando en el Municipio y la Casa de la Cultura, ayudándolos a grabar varios eventos en vídeo para una transmisión de la televisión local. De acuerdo con mis credenciales de entrada como antropólogo y mis contactos académicos, empecé la investigación con estas instituciones representantes de la cultura, en el contexto político de la descentralización municipal. Sin embargo, también quería escapar de esta esfera oficial, por lo que acepté con alegría la invitación de Oscar de almorzar con su familia.

Oscar me llevó fuera del centro urbano de Túquerres, dejando la red geométrica de calles pavimentadas, las tiendas, las oficinas, restaurantes y el sistema regular de calles enumeradas. Nos fuimos por el camino principal, caminando más allá del estadio por una carretera ancha y pavimentada. Luego dejamos el pavimento y caminamos por un callejón, tallado en la tierra. Había tapias a cada lado, el callejón era demasiado estrecho para que pudieran pasar juntos dos automóviles. Pero los autos y camiones circulaban por éste, sólo que con mucho polvo o barro. Dimos una nueva vuelta hacia un callejón todavía más estrecho, rodeado por parcelas de repollo, zanahoria y papas. Este era como un hueco en la loma: por la izquierda, el campo sembrado de lechuga era más alto que la cabeza; a la derecha, una tapia demarcó una siembra más baja de repollo. Un automóvil podía encajar en este espacio, pero no tendría ningún espacio para dar la vuelta, o incluso abrir las puertas. Se sentía estar dentro de un espacio encerrado y oculto tallado en la tierra. Los Cisneros a veces lo llamaron su “callejón caliente”. El próximo giro nos llevó a un camino todavía más angosto, donde una motocicleta o un caballo podía transitar, y por ahí a la casa de los Cisneros. Del centro urbano, su casa quedaba a veinte minutos de camino. “Ya estamos en el campo”, anunció Oscar, refiriéndose a la inmensa extensión rural que Túquerres oficialmente abarca. El camino se abrió hacia una vista de los campos coloreados, yuxtapuestos a una finca lechera. Vivían al margen de La Cofradía, la hacienda vieja una vez propiedad de la Iglesia y luego de la familia Garzón, ahora parcelada en minifundios mezclados con algunas tenencias mayores. La casa de los Cisneros estaba en la frontera entre la ciudad y el campo.

La casa compartía esta dualidad. Las mujeres cocinaban con leña, aunque usaban un fogón de cemento mucho más sustancial que tres piedras en el suelo. El fogón estaba en una esquina de la cocina, rodeado por una mesa baja y bancos que parecían atraídos por la luz del fuego. Nuestro primer almuerzo fue interesante. Elena, hermana de Oscar, sirvió platos grandes de sopa mientras su hermana Daniela, sentada al lado de su padre, Roberto Antonio, descansaba la cabeza en el hombro de su papá y me miró persistentemente. Las hijas de Roberto Antonio vestían siempre de negro, como una muestra de respeto y an-

gustia por su madre que recién había fallecido.

Después del almuerzo, me presentaron a su hermano Jairo, un adolescente que estaba mirando videos musicales en la televisión. Él había dibujado sus propios ornamentos en la pared, inspirados por las imágenes de grupos “heavy-metal”, como serpientes venenosas con colmillos, calaveras de piratas con espadas y hachas en la boca, y también había pintado las palabras “Poison” y “Pink Floyd” en la pared de la casa. Jairo denigró a la región con sus primeras palabras: “Nariño no es nada”. Jairo recién había regresado de unos meses en Medellín con su hermano, y declaró su preferencia por la vida y violencia de la ciudad, en vez de por esta área rural alejada.

Traté de evitar esta conversación incómoda. Así que fui a la huerta, donde Elena y Roberto Antonio me mostraron las plantas y los animales. Los cuyes estaban en un cuarto adjunto a la cocina. De este cuarto me condujeron hacia una huerta sembrada principalmente con repollo. Aunque era pequeña, cultivaban una variedad de plantas, así como hierbas usadas para las aguas aromáticas. Tenían conejeros y gallineros, y también una instalación pequeña de cemento con dos cerdos. Esta variedad de plantas y animales mostraba su participación continua en el campo.⁵

Volví muchas veces a su casa ese verano. Por la noche, los residuos del fuego ofrecían refugio contra el aire frío. Roberto Antonio nos divirtió a todos con los cuentos de duendes, los seres pequeños que viven cerca de las quebradas y encantan a las mujeres jóvenes, o con los cuentos de los grandes paperos que habían tratado con el diablo para tener riqueza. Desde el puesto de las hermanas donde atendían los baños del mercado municipal, o desde el trabajo de Roberto Antonio como agricultor, la casa y cocina de los Cisneros ofrecían una perspectiva diferente de los asuntos oficiales de la Casa de la Cultura.

Cuando regresé a Túquerres en 1996, mi propuesta de investigación se concentró en la intersección de los asuntos oficiales y las reformas políticas con la perspectiva de la casa, la cocina, la agricultura y la plaza del mercado. En estos dos cortos años que habían pasado, el pueblo de Túquerres ya parecía diferente. Donde existía una estación del teléfono, había cuatro en 1996. Los tres bancos de 1994 se duplicaron a seis en 1996, con nuevas máquinas para sacar el dinero

Foto 1a
Cuarto de un adolescente



Foto 1b
Cuyes comiendo hojas de repollo



“a toda hora”. La plaza del mercado central se transformó en la plaza “vieja” luego de la inauguración de una nueva plaza al borde del centro.

Sin querer pasar la noche en el primer hotel “de lujo” en Túquerres, entré en la plaza vieja del mercado donde encontré a Elena y María Cisneros. Al contrario de las expectativas de que el Municipio les transferiría a la plaza nueva, las hermanas se habían quedado como custodios de los baños del mercado viejo, cobrando por la entrada y por el papel higiénico. Ellas me enviaron a su casa, donde Roberto Antonio estaba descargando dos bultos de papas, luego de su día de trabajo en un campo cercano. El abrazo afectuoso de la familia me dio consuelo contra el frío nocturno que inevitablemente sigue a los rayos finales del sol. En contraste con los cambios de Túquerres, los Cisneros describieron la vida con frases proverbiales: “todo sigue igual; aquí no cambia nada”.

Estas frases tenían su verdad. La familia todavía vivía en la frontera entre la ciudad y el campo, fuera del pavimento y a lo largo del callejón tallado en la tierra y flanqueado por siembras. Roberto Antonio todavía trabajaba como obrero agrícola, y cultivaba repollo, papas y acelga en la huerta detrás de la casa. Las hermanas todavía trabajaban en el mercado, y en la casa cuidaban los cuyes, cerdos, conejos y pollos. El nuevo Alcalde despidió del trabajo a Oscar y a sus compañeros de la Casa de la Cultura, pero Oscar encontró empleo en otras organizaciones privadas y gubernamentales. Jairo se había graduado del colegio y estaba planeando un traslado a Medellín para continuar trabajando y estudiando.

Sin embargo, permanecer más tiempo con la familia develó que esta semejanza de continuidad no era la totalidad de su historia. Dos compras grandes habían alterado la rutina diaria. Primero, ellos habían reemplazado su cocina de leña por una estufa de gas. Segundo, habían comprado un nuevo equipo de sonido para poner la música de moda por todo el barrio. Lejos de ser el fundamento inalterable de subsistencia, la casa estaba en un estado de transformación profunda.

Al confrontar estos cambios, recordé los eventos precursores de 1994. En una ocasión acompañé a Daniela y a su hermano para visitar

Foto 2a
Estufa de gas



Foto 2b
Equipo de sonido



la casa de una amiga, quien vendía papas en el mercado. Aunque esta amiga vivía aun más lejos del centro que los Cisneros, ella poseía una estufa de gas. Mirando la llama azul controlable y estable, que brotaba solo al encender el fósforo, también se encendieron los ojos de Daniela, que preguntó con algo de melancolía: “¿cuándo tendremos la nuestra?”. El tono de esperanza y anhelo aclaraba que éste no era ningún antojo pasajero, sino un deseo profundo para obtener un tipo diferente de vida. La propaganda no era de una firma capitalista o entidad gubernamental, sino su amiga, no obstante sus propias quejas, porque ella siempre tuvo miedo de que un cilindro de gas pudiera explotar, y de lo peligroso que era cocinar con gas.

Conseguir la estufa fue parte de un plan cuidadosamente coordinado y dirigido por Elena, la hermana mayor de la casa. La primera prioridad en 1994 para Elena era el nicho de su madre en el cementerio. Cuando ella murió, la familia no podía hallar un sitio adecuado y tuvo que enterrarla en una tumba transitoria. Sin señales y amenazado por el barro, el sitio temporal parecía poco mejor que los enterramientos de los pobres. Sólo después de encontrar un buen sitio y transferir el sepulcro, Elena podía comprar la estufa. Tras encomendar a un vecino que ya había traído estufas ecuatorianas para dos parientes, Elena le pagó 60.000 pesos en tres plazos: uno para comisionar la compra, otro a mitad de mes y un último pago a fin de mes.⁶

La compra de la estufa se enlazaba así al respeto de un miembro muy querido de la familia. Elena primero se aseguró de que su madre recibiera la honra y respeto correctos. Un sepulcro sin señales y sumergido simboliza la pobreza absoluta o la falta de cuidado de los parientes. Esto era poco adecuado para una mujer como la madre, tan llena de caridad y generosidad. Roberto Antonio comentó:

Ella quitó el saco de la espalda para dar a un pobre. En veces pregunté: “¿dónde están la camisa y zapatos que me compró?” y ella dijo que los había regalado. Donde había gente enferma o un velorio, ella estaba primera, con sacos grandes de mercado. Movía la gente para ayudar. Por eso tenemos tantos amigos. Cuando se murió, la casa era así con gente, no acaba en el patio, salió hasta la esquina.

Los Cisneros no se consideran que son ricos, sino que son parte de la clase de “pobres”. No obstante, las contribuciones de su madre a la comunidad y a su familia le otorgaron un lugar de respeto eterno.

Los detalles íntimos de esta compra son evidentemente peculiares de la situación, pero los actos de comprar una estufa de gas y respetar a la madre están muchas veces conectados. Comprar una estufa de gas es una manera de mostrar cuidado y respeto, en un lugar donde el Día de la Madre parece ser celebrado durante todo el mes de mayo, en el que se asegura que las herramientas de la madre sean corrientes como una medida de respeto y de reputación en la comunidad. Algunos hombres comentaron que compraron una estufa “para aliviar un poco el trabajo de la mujer”, indicando un deseo de retribuir a una esposa o madre. Para las hermanas Cisneros, se relaciona con el trabajo de cocinar que ellas tenían que asumir sin su madre, quien gastó mucho tiempo alrededor del fuego, cocinando para su familia y para otros.

El acceso a tales detalles íntimos de las historias y los sentimientos sobre las estufas de gas es evidentemente imposible. En mis encuestas, cuando les preguntaba a las personas por qué compraron una estufa de gas, normalmente respondieron con declaraciones breves; las tres respuestas más comunes eran que una estufa de gas es más económica, más rápida y más limpia. Mientras estas frases son explicaciones técnicas aparentemente sinceras, también son refutaciones a los estigmas más típicos sobre las cocinas rurales. La cocina ha sido un lugar en el cual los dominantes pretenden ser modernos mientras condenan a los dominados con el estereotipo del indio-campesino atrasado. Comprar una estufa de gas, por consiguiente, nunca puede ser visto meramente como una acción para resolver problemas económicos o técnicos. Siempre involucra cuestiones de respeto. Cuando examino estas respuestas comunes en las secciones siguientes, la explicación aparentemente técnica muchas veces asume significados y matices inesperados.

Gastar para ser “económico”

Cuando les pregunté a los habitantes por qué compraron una estufa, la respuesta más común indicó que la estufa de gas era más económica. Al principio, esta explicación parece intuitiva y razonable, dado que las estufas de gas pueden ser más baratas que todos los otros métodos de cocinar. Esta razón también conecta con nociones de frugalidad campesina y su supuesta mentalidad de subsistencia (Wolf, 1955:454). De hecho, Gudeman y Rivera interpretan la frase campesina colombiana “hacer economía” o “economizar” como un enfoque referido al ahorro, a ser ahorrativo, en contraste a simplemente ganar dinero (1990:47, 160).

Sin embargo, esta explicación también esconde ciertos elementos. En esta sección expongo que las acciones de comprar y usar una estufa de gas pueden ser más actos de gastar el dinero que de ahorrarlo: declaraciones de “más económico” realmente dicen más sobre la participación en la economía y sobre una apropiación de un lenguaje económico para justificar las acciones. Estas declaraciones indican una separación entre la cocina y el mundo rural y primitivo, para situar la cocina fijamente en el mundo económico; entonces es un desafío a los estigmas atados a las prácticas de cocinar del indio-campesino rural.

Para clarificar este argumento, se deben desenredar las tres maneras diferentes en que los habitantes usaban el término “económico”, y entonces se requiere una descripción más detallada de la configuración socio-espacial de Túquerres y la disponibilidad de electricidad dentro de esta configuración. En el centro urbano, decir que una estufa de gas era más económica implicaba que la persona vivía en un lugar donde la electricidad estaba cara, y ya separado de los pobres y el campo. En los barrios intermedios entre el centro y el campo, la frase sugiere una vida también demasiado alejada del área rural para conseguir leña, y no tan pobre para tener que pedir limosnas de leña. En el campo, el acceso a la lógica de lo económico significa tener acceso constante al trabajo pagado.

Los habitantes del centro urbano eran los que más declaraban que la estufa era más económica. Como es obvio de su diseño (figu-

ra 9), el centro es más o menos regular, cruzado por calles y carreteras, representantes del sistema típico de la mayoría de las ciudades colombianas.

En el corazón está el Parque Bolívar, rodeado por las estructuras más antiguas y prestigiosas: la oficina principal del Municipio, el correo y las cortes civiles, los notarios, la iglesia principal, el Banco de Colombia y Telecom. Este plano está de acuerdo con el diseño “modernizado” de Túquerres desde la reconstrucción del pueblo que discutimos en el capítulo 1. Desde el parque hasta la plaza vieja del mercado hay tiendas, restaurantes y otros negocios, que se suceden hasta el hospital en el sur. Al este está el Estadio Alberto León Mantilla, nombre que es el recordatorio de un viejo hacendado que ayudó a la reconstrucción (Cifuentes López, 1993:237). Otro testimonio es el Barrio de la Reconstrucción donde fueron construidas las primeras casas resistentes a los terremotos. Otros barrios y urbanizaciones rodeaban el centro; sus residentes normalmente tenían trabajos en el centro, como profesores o empleados del gobierno. Ellos a sí mismos se consideraban parte de la “clase media”, pero para la mayoría de las personas en el campo, ellos fueron los “ricos”.⁷

Las personas que vivían en el centro han tenido acceso a electricidad ya hace mucho tiempo, desde los días del servicio privado instalado por la vieja elite. Los residentes del centro decían a menudo que “siempre” han tenido electricidad. Esto también significa que ellos podían usar las estufas eléctricas para cocinar. De hecho, más del 40% de los habitantes del centro poseían una estufa eléctrica; entonces, cuando dicen que las estufas de gas son más económicas, hacen una comparación de los precios de gas con la factura eléctrica. Por consiguiente, el uso de la frase “económico” es una afirmación implícita de que tiene acceso a la electricidad y a este tipo de cálculo. Además, la tarifa eléctrica se calculó según cuatro niveles diferentes, basados en el ingreso y tipo de alojamiento. El gas es más barato según cuánto se paga por la electricidad. Entonces, hasta cierto punto, la declaración de “más económico” es también una declaración de que uno no vive en un barrio pobre, sino en un lugar donde la electricidad es cara. Ellos así declararon su proximidad a las ventajas y cambios del centro (figura 10).

Figura 9
Centro urbano, 1994
Modifiqué este mapa del Instituto Geográfico “Agustín Codazzi” para ilustrar algunos de los rasgos mayores del centro urbano y los barrios y urbanizaciones que lo rodean.

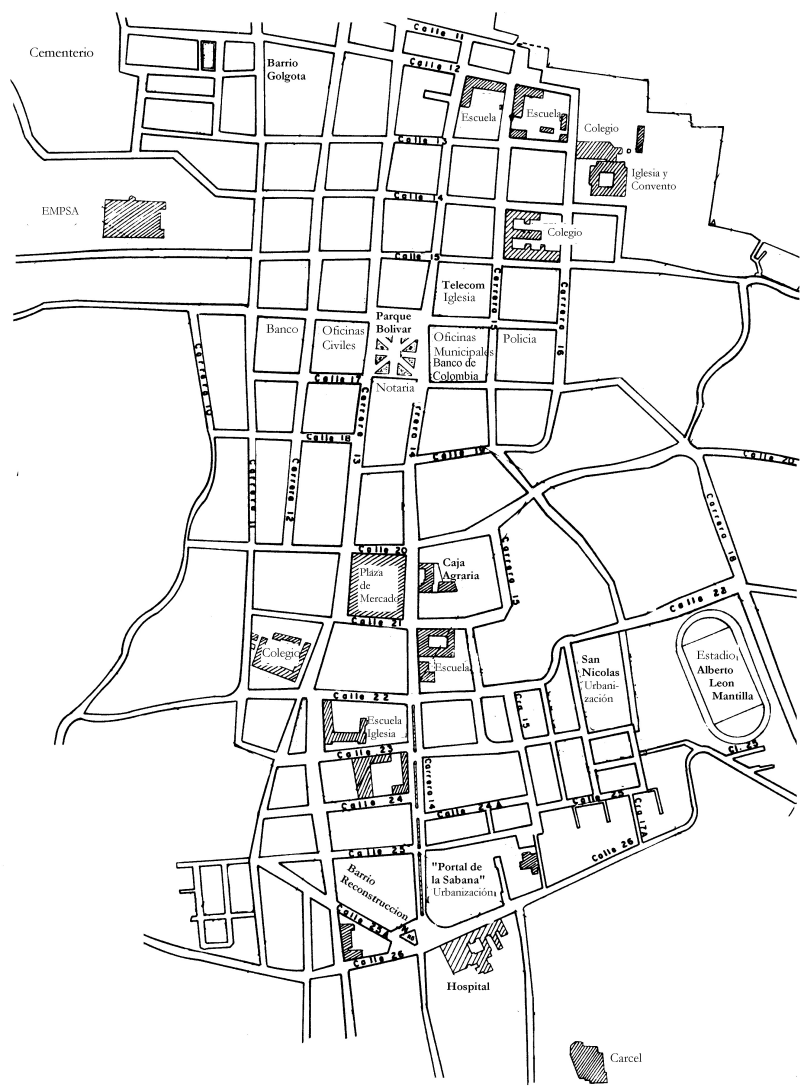
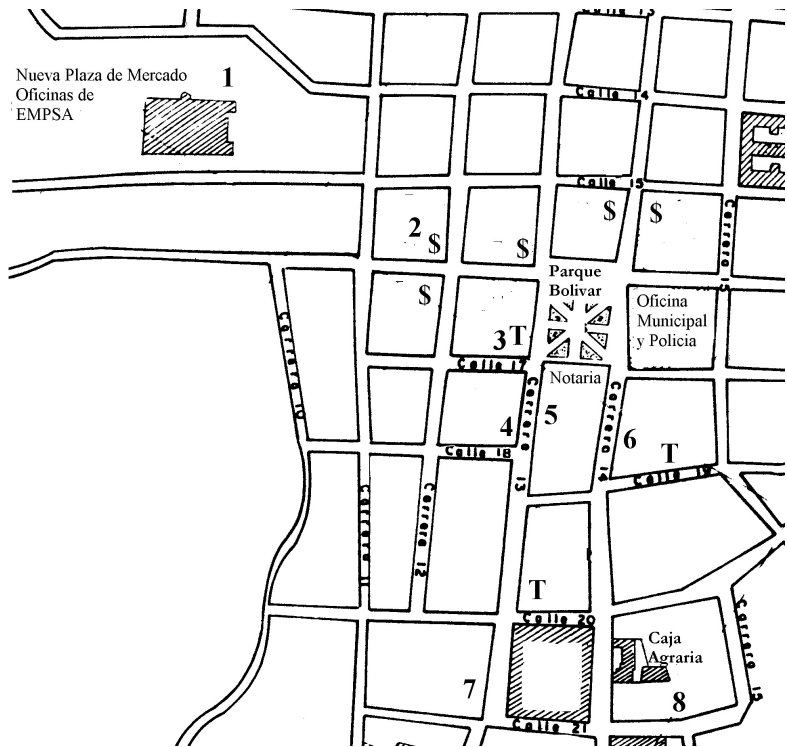


Figura 10



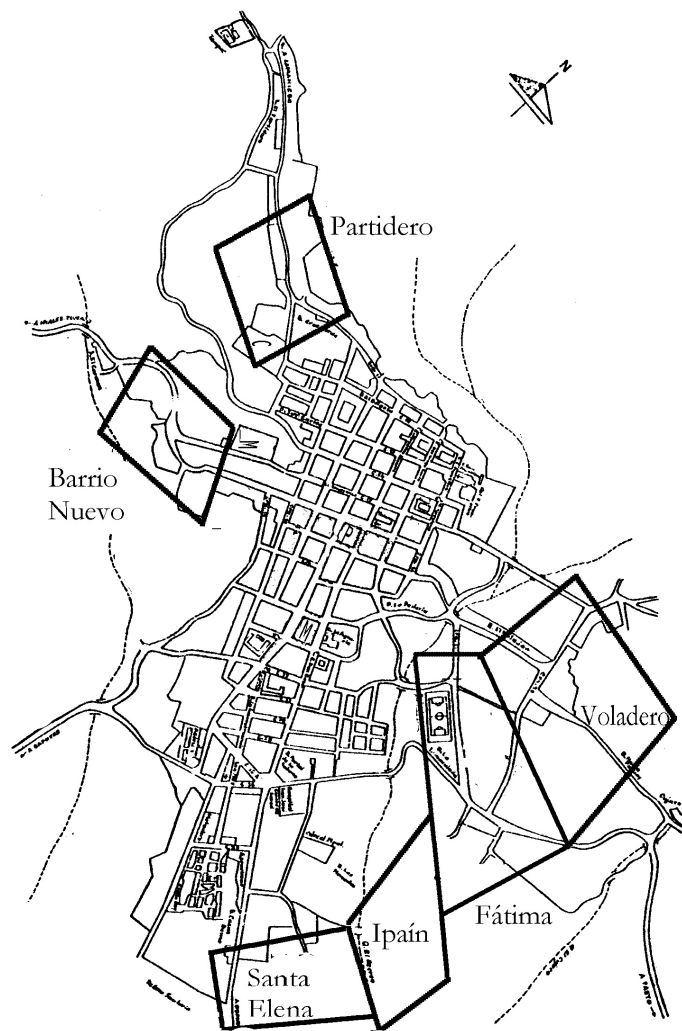
1. Inauguración de la nueva plaza de mercado (1994).
2. Cuatro bancos nuevos (\$). Además, el Banco de Colombia se trasladó a nuevas oficinas y añade una máquina ATH (1994-96).
3. Tres oficinas nuevas de Telecom (T).
4. Adición de “Mi Cocina, la solución a tu cocina” como parte de una tienda musical (1996).
5. Tiendas nuevas: Laser Express, entrega de correo, Nevados, Cable TV.
6. Tienda nueva: La Casa del Computador trae computadores y cursos de computación (1997).
7. Hotel nuevo: IntiAnde, el primer hotel de “lujo” en Túquerres (1995).
8. Restaurante nuevo: VIPS Pizzeria, el primer lugar para pizza y videos (1997).

La segunda manera de hablar sobre la estufa de gas como más económica se encontraba en los barrios intermedios que rodeaban las urbanizaciones del centro. Mis crudos esfuerzos por delinearlos (figura 11), testifican su estado intermedio entre el centro y el área rural. Los residentes del centro consideraban a las personas de estos barrios como indios o campesinos rurales. Incluso cuando se camina por las márgenes de estos barrios, los residentes advertían graciosamente que eran indios que tiran lanzas. Muchas personas en estos barrios trabajaban en la agricultura, pero sus hijos u otros familiares eran vendedores en el mercado, dueños de una tienda pequeña, o trabajadores municipales. En los años recientes, estos barrios han sido más incorporados al centro. Se pavimentó un porcentaje mayor de las calles, y un servicio de bus empezó, en 1997, a unir los barrios con el centro. Más servicios como agua, electricidad y teléfonos provenían del centro.⁸

La mayoría de estos barrios intermedios adquirieron la electricidad en las últimas dos décadas. Los Cisneros no tenían electricidad cuando ellos se trasladaron a este barrio, instalándola por primera vez en 1981. Los habitantes de estos barrios generalmente no hablaban de obtener la electricidad simplemente como una extensión de servicio del centro. Más bien, ellos la describieron como una lucha política. Roberto Antonio dijo: “trabajamos duro por un candidato, le sacamos de una. En estos días costaba doscientos cincuenta, trescientos mil para poner la luz, una transformadora treinta mil, y esto cuando valía la plata. Pero con nuestro candidato, dijo ‘tenga’ y era todo gratis”. En esta historia, Roberto Antonio describe su lucha para conseguir la electricidad como un “trabajo duro” que lograron hacer para elegir un político.

Aunque han tenido electricidad durante varios años, eran las familias de estos barrios las que estaban más propensas a hacer un cambio directo de la leña al gas. La declaración de que una estufa era más económica entonces, puede ser en referencia al precio de la leña. Antes de comprar una estufa, la familia Cisneros usaba dos cargas de leña cada semana que valían 10.000 pesos en 1996, en comparación con un cilindro de gas cada dos semanas que valía 6.000 pesos.

Figura 11
Barrios intermedios



Apenas afuera del centro urbano y sus urbanizaciones están los barrios intermedios entre ciudad y campo.
Fuente: Delgado Velasco 1997:60

El precio elevado de la leña sugiere la escasez, resultado de la tala de bosques y amplificado por las prohibiciones de Corponariño contra la deforestación (ver Heyman, 1994a:138). De hecho, la razón más citada por aquellos que compraron una estufa para reemplazar la leña es que “no hay montes, leña es poco”. Esto puede ser verdad, pero la deforestación no explica completamente la diseminación sorprendente de estufas. Cualquiera que sea la destrucción actual, la deforestación estaba bien avanzada en los años sesenta, cuando Túquerres tenía sólo 6.7% de bosque, y el estudio municipal declaró que “el problema de mayor trascendencia que se presenta es el de la carencia de bosques debido a la tala pareja y destructiva que ha sido practicada desde hace mucho tiempo” (1971:13). La deforestación tal vez se detuvo un poco debido a las acciones de Corponariño, pero las medidas de ejecución de esta empresa eran limitadas. Es difícil creer que los habitantes de los barrios intermedios recientemente vieron su acceso a la leña tan drástica y absolutamente cortado. Por cada residente rural que dijo “no hay leña”, otro señaló que todavía podía encontrarla. Tales declaraciones de los residentes de los barrios intermedios son declaraciones de proximidad al centro urbano más que rechazos absolutos del acceso a la leña.

Además, los residentes de los barrios intermedios tenían otras posibilidades de continuar usando la leña. En lugar de buscarla en el campo, la otra opción era usar los trozos de leña de un taller de carpintería o de la fábrica de madera. Mientras esta opción no estuvo disponible para todos, era una posibilidad para los Cisneros, quienes tenían un cuñado y primo involucrados en tales negocios. Sin embargo, estos parientes comentaron que dieron los trozos de leña “a los pobres que todavía tienen que cocinar con leña”. Esta declaración, efectivamente eliminó aquella opción para los Cisneros desde que una demanda de leña desecha pondría a la familia en una categoría de pobreza y humillación.

La tercera manera del uso que tiene la frase “más económico” como una razón para comprar una estufa de gas estaba en el campo, la inmensa área rural que las personas en el centro consideraban el verdadero mundo de indios y campesinos. Sin embargo, el campo no se compone de una agricultura uniforme; se puntúa por núcleos pobla-

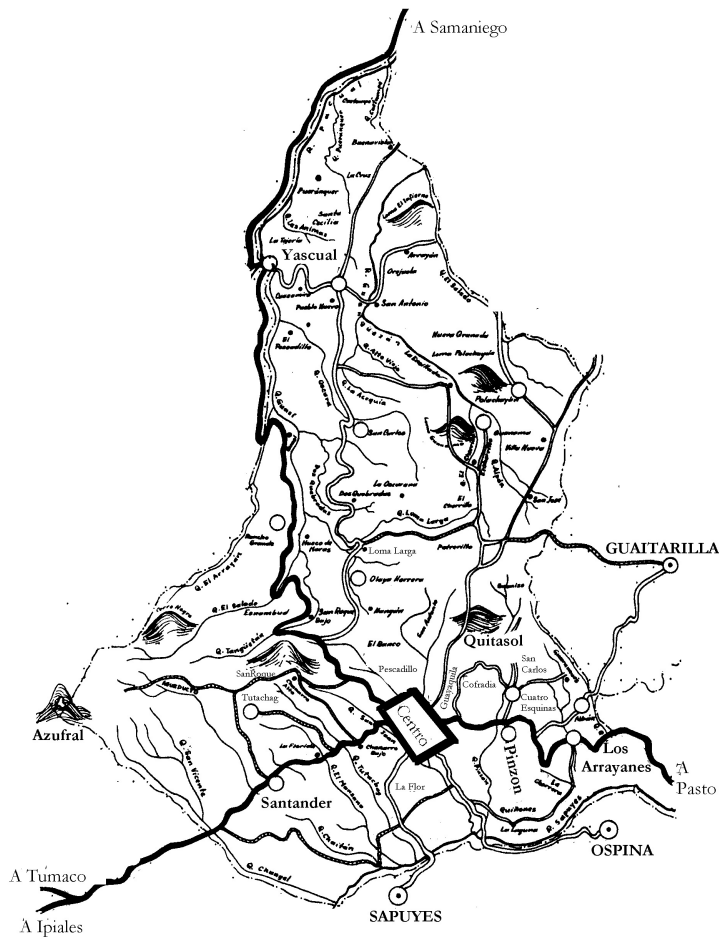
dos, llamados “veredas” (figura 12). Varias veredas, como Pinzón y Santander, eran bastante grandes y tenían su propia iglesia, plaza y calles. Ellas funcionaban como pueblos pequeños vinculados al centro de Túquerres a través del transporte frecuente. Pero incluso en las veredas más grandes predominaba la agricultura.

Mientras las veredas más grandes recibieron la electricidad al mismo tiempo que los barrios intermedios, la extensión de ésta al campo remoto sólo ocurrió luego de 1986. Con la elección popular de alcaldes, una de las reformas más destacadas en la descentralización administrativa empezada en 1986, la electrificación llegó a ser un proyecto populista. Los residentes en el campo también describieron la electricidad como parte de una lucha política. Uno de los alcaldes más populares sacó préstamos extensos para financiar la electricidad y el pavimento. Su administración se identificó explícitamente con las iniciativas independientes de los habitantes y la extensión de electricidad a las zonas rurales se acercó al 90% en 1997 (ver capítulo 5).

Por consiguiente, las áreas rurales recibieron la electricidad al mismo tiempo que las estufas de gas estaban llegando como una opción para cocinar. Con las estufas de gas, los residentes rurales han cerrado la brecha: el 78% de las casas urbanas tenían acceso a una estufa, en comparación con el 55% de las rurales. La diferencia del porcentaje todavía es significativa, pero la proporción es más reducida. Mientras los residentes urbanos tenían cuatro veces más estufas eléctricas que los residentes rurales, había sólo 1.4 estufas de gas en el centro urbano por cada estufa de gas en el campo.

Hay razones técnicas para preferir cocinar con una estufa de gas, pero la habilidad de hacerse independiente de la empresa eléctrica es importante. Con la estufa de gas, uno tiene el control directo sobre la cantidad comprada, y puede suspender la compra si es necesario. La regularidad de la factura eléctrica no permite tal flexibilidad. Pagar la factura eléctrica también pudo involucrar dificultades, como un viaje al centro y estar de pie en una fila por una hora o más. Por mucho tiempo la electricidad ha sido parte del centro urbano y un capricho político; de hecho, la Empresa Eléctrica fue escenario de una de las protestas más violentas y destructivas en Túquerres, cuando casi destruyeron su edificio.

Figura 12
Campo



Los barrios intermedios solo empiezan en el campo enorme que Túquerres oficialmente circunscribe. Las veredas más grandes de Pinzón, Santander, Los Arrayanes y Yascual están indicadas, como también los municipios vecinos de Guaitarilla, Sapuyes y Ospina.

Fuente: Delgado Velasco 1997:34

Era mucho más raro en las áreas rurales para cualquier persona decir que una estufa de gas era más económica. Fue un funcionario de Corponariño quien explicó por qué pensaba que la estufa de gas era más económica en las áreas rurales. Según su lógica, aun cuando una casa tenía acceso a la leña, gastaba por lo menos cuatro días cada mes para cortar y recogerla. Si esos cuatro días fueran en cambio gastados en jornales de trabajo agrícola, el pago sumaría por lo menos 12.000 pesos, que era más que el precio del gas (y no incluía la cantidad de papas dada en la cosecha).

Sin embargo, los habitantes del campo normalmente no mencionaron la lógica del funcionario de Corponariño y en la mayoría de los casos ellos la rechazaron explícitamente. La mayoría de los residentes rurales no vieron en el jornal asalariado una opción segura, y muchos lo vieron como algo que podrían hacer sólo unos días en cada semana. Si ellos tuvieran acceso a la leña, podrían recogerla durante el tiempo sin trabajo. Más personas en las áreas rurales consideraban los costos o factores económicos como razones para continuar cocinando con leña.

Es más, el cálculo del funcionario de Corponariño sobre el tiempo para buscar la leña debe ser comparado con el tiempo gastado en el hallazgo y transporte de los cilindros de gas. Mientras las tiendas consiguieron el gas y Ecopetrol lo transportó en camiones con el lema “Gas para el Campo”, en el área rural eso pudo involucrar todavía llevar un cilindro durante distancias largas. En tiempos buenos, conseguir el gas podía ser difícil, pero también había épocas, cuando las huelgas bloquearon la frontera, o los oficiales gubernamentales decidieron bloquear el gas de contrabando. Durante estos períodos, encontrar un cilindro llegó a ser casi imposible. Para la familia Cisneros, involucraba caminar a varias tiendas para preguntar por cilindros, todo el tiempo preocupándose acerca de la posibilidad de cocinar solo un almuerzo sin gas.

La explicación de que las estufas de gas se diseminaron porque son más baratas y de algún modo estaban relacionadas con la frugalidad campesina o la maximización de ganancia, también se contradijo por lo que las personas hicieron con ellas. Un día, Elena y María entraron al patio con una bolsa grande de menudo de cerdo. Elena dijo que

había comprado la bolsa entera de menudo por 5.000 pesos, cuando normalmente compraban un pedazo pequeño, lavado y sancochado, por 1.000 pesos. Ahora ellas tenían suficiente para la semana entera. Sus comentarios indicaron que la compra era una gran rebaja, pero requirió dos horas lavar el menudo con agua fría en el patio. Daniela estuvo particularmente desanimada por la compra y no respondió a las llamadas de sus hermanas para ayudar a lavar; a cambio gritó que estaba ocupada en barrer las alcobas.

En ese momento yo estaba seguro de que la compra representaba un hecho: que usaban la estufa para ahorrar tiempo e intensificar el trabajo femenino, gastando menos plata de la casa. Esto sería un ejemplo de trabajo sin pago que llegó a ser “una obligación más exclusiva de mujeres adultas como ‘amas de casa’” (Heyman, 1994b:181). Es más, lavar el menudo es frío, un trabajo individual, a diferencia del calor y carácter comunal del fuego. Pero, desgraciadamente, para tales especulaciones, ellas nunca lo hicieron de nuevo.⁹ Pensé que podría rescatar esta teoría a través de la descripción de cómo las hermanas lavaban su propia ropa con agua fría en vez de contratar ayuda, pero esta idea fracasó cuando Elena declaró que las hermanas estaban lavando su propia ropa sólo porque no habían podido encontrar una lavandera fiable; tan pronto como Elena encontró a alguien, ellas le contrataron.

Abreviando, las hermanas parecían decir que no habían comprado la estufa de gas para transformarse en seres más frugales y campesinos; más bien, comprar una estufa de gas indicaba la habilidad de gastar más plata en comidas rápidas. Esta habilidad de comprar comida preparada contribuye a dar una segunda razón prevaleciente para comprar una estufa: que es más rápida.

Rapidez para la comida y la familia

Utilizada con el complemento de una olla de presión y comidas preparadas (“empacadas”), hay una cierta verdad en las declaraciones de que la estufa de gas es más rápida. Ser “rápido”, sin embargo, también significa una manera entera de vivir, de vivir a un paso más rápido y ejecutar papeles más variados. Esto contrasta con los estereotipos comunes de la vida rural de antes, sin diferencias en los papeles: en pa-

labras de una joven encuestada “antes las mujeres sólo cocinar y no salir de la casa y los hombres a trabajar”. Ser rápido puede significar la habilidad y simultaneidad de hacer más cosas inmediatamente. En los tiempos pasados, cada miembro de una familia grande cumplía un papel diferente, mientras que con familias pequeñas, cada uno tiene que ejecutar varios papeles.

Para examinar estas declaraciones, es esencial empezar a considerar cómo se cocinan y se sirven las comidas. En la casa de los Cisneros, Roberto Antonio normalmente era quien salía primero a su trabajo agrícola. Una hermana debía levantarse para preparar el café, servido con pan, arepas o galletas. Las cuatro hermanas compartían esta tarea de un horario coordinado con el de cuidar los baños del mercado.

Con la estufa de gas es posible levantarse, calentar el café y luego apagar la estufa y volver a la cama, en contraste con el fuego de leña que requiere una tarea más colectiva y significa la inauguración de los quehaceres cotidianos. Por ser más rápida, la estufa de gas permite dormir más y tener más tiempo para mirar la televisión. La estufa de gas permitía que las hermanas se levantaran una a la vez; una puede empezar a barrer la cocina, mientras sirve el café a otros hermanos que también tenían horarios variados. Oscar, el hermano mayor de la casa, dependía de la política municipal por su empleo, y a veces salía de la casa temprano o en otras ocasiones se levantaba tarde después de una noche de bebida. Los dos hermanos más jóvenes trabajaban en el taller de carpintería de su cuñado en un barrio vecino, pero uno se levantaba temprano y el otro dormía más, entonces ellos normalmente no salían juntos de la casa. El hijo de Elena asistía a la escuela y tenía un horario todavía diferente (ver Heyman, 1994b:181).

El desayuno era un evento somero pues generalmente tomaban sólo una taza de café con un poco de pan o arepas. A veces, un hermano freía un huevo. La estufa de gas ayudaba a suministrar un nutrimento caluroso y ligero antes de ir al trabajo o a la escuela. En contraste con las estufas eléctricas lentas o el problema de prender (y apagar) un fuego de leña, la estufa de gas hacía más fácil el acomodarse a un horario de acuerdo a la demanda. Las hermanas Cisneros hablaban de la estufa como un “alivio” de las mañanas trabajosas.

La mayoría de los días, las personas rápidamente dejan la casa a dos hermanas que barren los cuartos, lavan los platos y limpian la ropa. Cuando los hombres salían, una de las hermanas más jóvenes encendía el equipo y la música acompañaba los quehaceres. Podía haber un café servido a media mañana y luego llegaba la hora de preparar el almuerzo.

Por tradición, el almuerzo era una comida grande, familiar, con “sopa y seco” y para terminar un jugo de fruta. En 1997, con más personas comiendo fuera que dentro de la casa, Elena y sus hermanas habían reducido el almuerzo. Roberto Antonio lo recibía en su trabajo. A los dos hermanos jóvenes les daban el almuerzo en el taller de su hermana y cuñado. Las hermanas que trabajaban en el mercado comían con una de las vendedoras; el hijo de Elena comía en la casa después de volver de la escuela, pero llegaba normalmente más tarde que la hora normal de almuerzo. Oscar a veces regresaba a la casa para almorzar, pero tenía un horario irregular, y normalmente comía en la alcoba mientras miraba las noticias de la televisión. Dada esta variabilidad y ausencia, la “sopa y seco” se reducía a ser sólo una sopa o un seco para el almuerzo, con un “jugo” hecho de un paquete con el sabor empolvado.¹⁰

Más personas estaban en casa para la cena, pero la falta de un fuego y su calor transformaba la cocina en un lugar menos acogedor para cenar. La mayoría de las noches, al menos algunos miembros de la familia llevaban sus platos a la alcoba para comer frente a la televisión. Esta práctica a veces puede ser vista como algo inculto y si demasiadas personas iban a la alcoba, podía ocasionar una censura: “también a aprender de comer en la mesa”. No obstante, la mayoría de las noches sólo comieron en la mesa los mayores y los niños más jóvenes (probablemente hasta que ellos dejaran de ser malcriados).¹¹

La estufa de gas ayudó a transformar la cocina de una congregación de la colectividad familiar, a ser un lugar de ir y venir individual, de entrada y salida rápida. Cuando la familia compró la estufa, también consiguió una nueva mesa para la cocina y sillas individuales, y se quitaron los bancos bajos donde las personas se habían agrupado. Este cambio aparentemente inocuo en los niveles de los asientos y la mesa,

los elevó de la tierra tan despreciada en el estudio municipal (ver Guha, 1983:59).

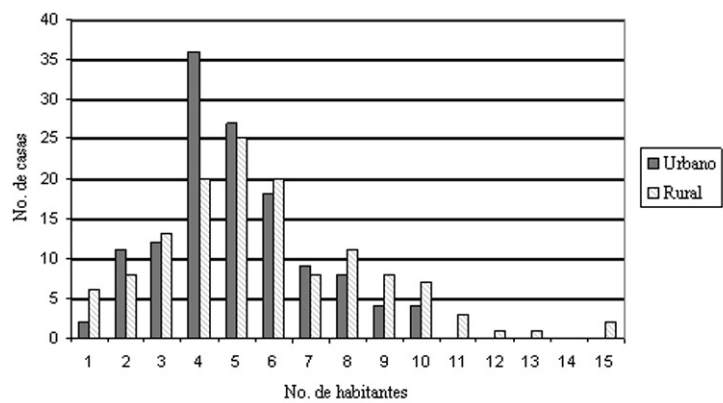
Los habitantes de Túquerres también han complementado la estufa de gas con otros aparatos de cocina. Después de comprar la estufa, los Cisneros compraron su primera olla de presión, vendida por los hombres que pasaban por los barrios intermedios y parte del campo con su carreta llena de artículos y gritando, “¡a crédito!”. Los hombres ofrecían ollas de presión, electrodomésticos, cuchillos y otras herramientas, o como describió María, “de todo”. Los Cisneros compraron la olla de presión a 75.000 pesos, un precio inflado, pero no tenían que pagar el dinero al principio, lo que dijeron era “lo bueno de ellos”. Pagaban 2.000 pesos cada viernes a un hombre que venía en motocicleta para cobrar.¹²

Una olla de presión disminuye el tiempo de cocinar y hace posible cocinar los ingredientes como frijoles en sólo cinco o diez minutos cuando anteriormente tenían que cocinar una hora. Esto permite que la persona responsable de la comida puede estar fuera de la casa u ocupada en otras cosas. Mientras las sopas enlatadas y otras conservas ya preparadas promocionadas por la televisión no fueron usadas normalmente, los cubos “Maggi” para los caldos de pollo y de carne eran de uso generalizado. Las mezclas de jugos en polvo venían en variedades de fruta colombiana como el lulo, maracuyá y guayaba, así como sabores de mora, mandarina, limón y naranja, siendo más comunes que el jugo de la propia fruta. Elena dijo que los sabores incluían “todos menos papa y repollo”.

Con los aparatos añadidos para ahorrar tiempo y trabajo y las comidas ya preparadas, la estufa de gas puede ser un método más rápido de cocinar. Y por ser rápida, la estufa de gas permite disponer de más tiempo para dormir o mirar la televisión; significa un modo entero de vivir como una persona individual que ejecuta papeles y tareas variadas.

Otro aspecto de ser rápido, relacionado con el desempeño de varios papeles y tareas, es el número de personas en la familia. Los habitantes generalmente contaban que las familias grandes eran un elemento del pasado, y que la familia más pequeña era la condición de la actualidad. Los Cisneros, con nueve personas que vivían en casa, tenía

Figura 13
Habitantes/Casa



Esta figura, derivado de mis encuestas, muestra una curva muy regular de habitantes-/casa, con un promedio de cuatro habitantes en las casas urbanas y cinco en casas rurales. En otras áreas rurales campesinas, los investigadores han informado de un número considerable de casas ocupadas por una persona sola (por ejemplo Trouillot 1988:206-7; Lewis 1951:59), pero no se ve esta tendencia en Túquerres.

una casa relativamente grande para Túquerres. El promedio de personas que vivían en la misma casa en Túquerres era un poco mayor que cinco personas en el centro, y el promedio en el campo estaba más cerca a las seis personas (figura 13). Al contrario del estereotipo normalmente sostenido en el centro, las casas grandes realmente no eran la norma del sector rural.¹³ Algunas viviendas grandes ayudaban a mantener el estereotipo, pero la curva general es notablemente similar a la observada en el centro.

Los habitantes hablaban de familias grandes como un residuo del pasado y presumían que las personas hoy planeaban el nacimiento de sus niños más cuidadosamente. Como dijo un carpintero en el centro, “ahorita necesita un bien estado económico por soportar un hijo. Antes, conocí señoras con quince hijos sin pensar. Ahora es cada vez más difícil, y si no ha estudiado, no tiene posibilidades de progreso económico”.

Efectivamente, la mayoría de las casas en Túquerres tenían familias pequeñas, cada una con una mujer responsable de cocinar. Aproximadamente, la mitad de las casas en Túquerres consistía en una pareja casada con sus niños. La mayoría de los otros casos tenían variaciones mínimas, como incluir el niño de una hija soltera, un sobrino o sobrina, o un nieto. No más del 15% de las casas tenían abuelos, padres y niños que vivían juntos, aunque estas casas prevalecían dos veces más en el campo que en las áreas urbanas.¹⁴

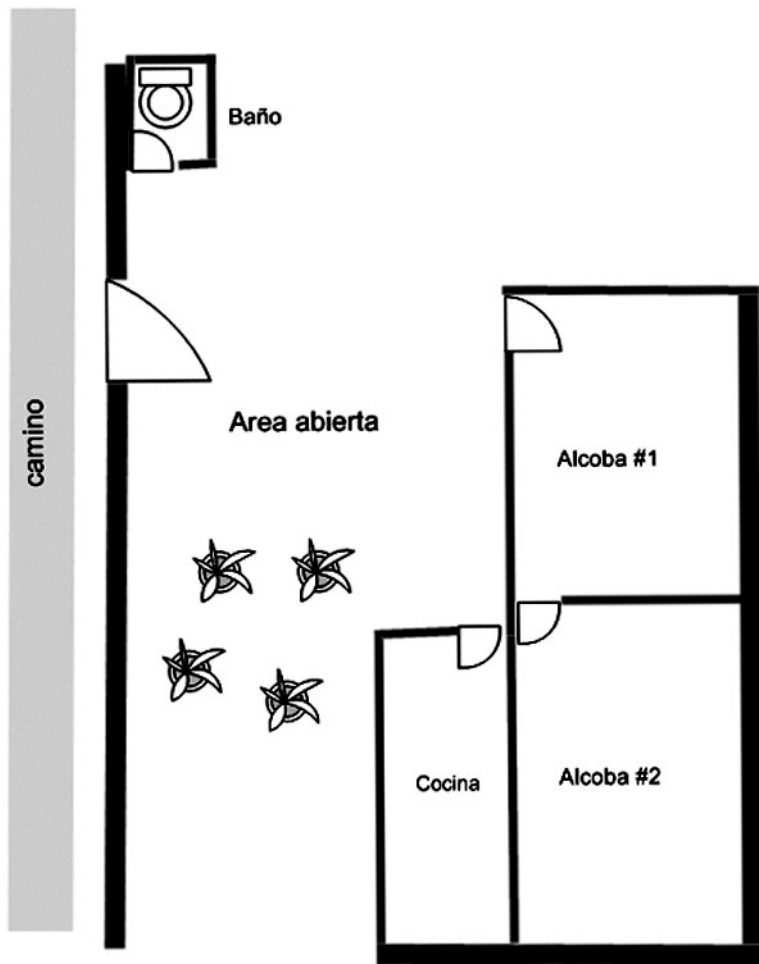
Mientras una estufa de gas no determina este tipo de estructura familiar, puede ayudar a hacerlo posible. Con una estufa de gas era más fácil para la pareja recién casada establecer su propio hogar. En algunas de las viviendas con muchas personas enfatizaron que cocinaban en dos grupos y eran “independientes”. Una estufa de gas fue a menudo la primera cosa comprada cuando se casan, o un regalo ideal de los padres a los hijos recién casados.¹⁵

El número de personas que vivían en la casa Cisneros decreció en 1997-1998; casi todos en alguna ocasión consideraron salir para casarse o trabajar. Sin embargo, al mismo tiempo que las personas estaban saliendo, la familia aumentó los cuartos y amplió la casa.

Los Cisneros han estado ampliando la vivienda activamente desde que ellos se trasladaron al barrio. Empezaron con dos cuartos, un espacio sin diferenciación que concordaba con los estereotipos de las casas rurales (figura 14). Ellos lentamente añadieron cuartos: primero una sala, luego otra alcoba, después una nueva cocina. Cuando Roberto Antonio contó la historia, dijo que a cada paso “y Dios nos ayudó” para edificar otra parte (figura 15).

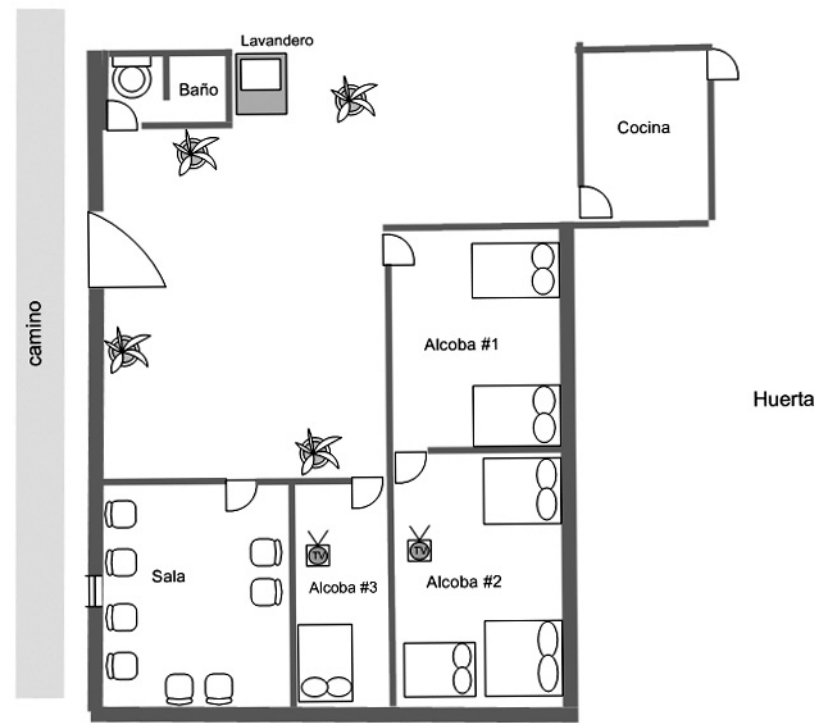
En 1997, la estructura se parecía más a una casa típica del centro (figura 16). La puerta daba entrada a un patio de cemento, un lugar de quehaceres colectivos y un lavadero de cemento para lavar la ropa. Como otras casas en Túquerres, la habitación abarcaba espacios abiertos al aire libre y otros cerrados: pasar de un cuarto a otro involucra atravesar este espacio abierto central, aunque todavía está dentro de las paredes de la casa (ver Pader, 1993:121). Los cuartos son más públicos y masculinos cerca de la entrada y más privados y femeninos en el interior (ver Robben, 1989:170). La sala es el cuarto

Figura 14
Casa Cisneros años setenta



Los Cisneros dijeron que empezaron con una cocina junto a dos alcobas, con un baño aparte. Había un área abierta cerca de la casa, con plantas y flores, y una huerta para animales domésticos y cultivos.

Figura 15
Casa Cisneros años ochenta



Los Cisneros primero añadieron una sala, luego una cocina aparte, y entonces una tercera alcoba. También ampliaron el baño y lavadero. Con la electrificación, Roberto Antonio compró su primera televisión en blanco y negro.

más cercano a la calle, con una ventana hacia ella, y se usa para dar la bienvenida a los invitados, para presentaciones y fiestas. Al lado de la sala está la alcoba de un hombre joven. Los hombres maduros guardan la entrada a la alcoba interior, el lugar más privado de mujeres y niños.

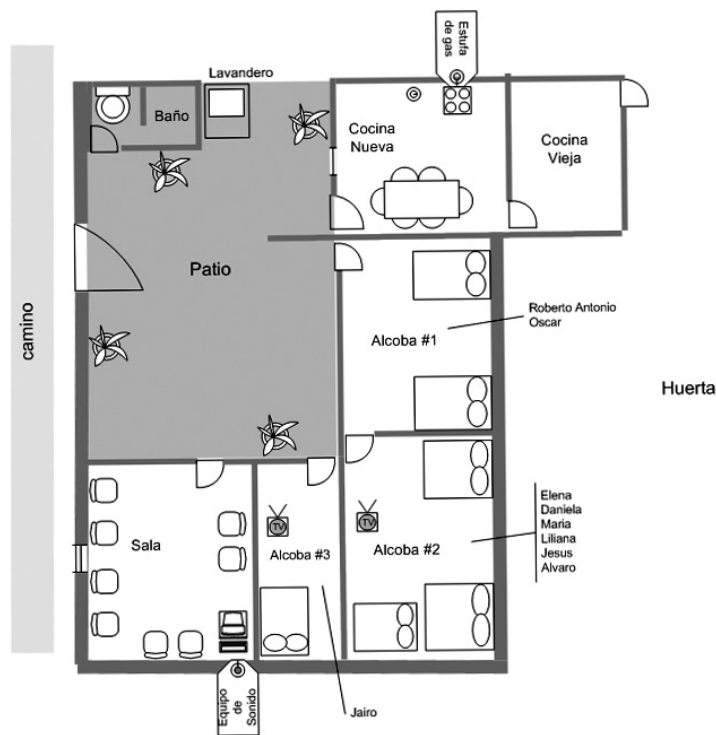
Con este diseño de la casa, un fuego de leña crea una ambigüedad obvia cuando atrae personas a la cocina. Las casas en Túquerres casi universalmente no tenían calefacción interior; puede ser tan intensamente fría como al aire de afuera, y entonces el calor adquiriría importancia. Durante el curso de las actividades cotidianas, el calor puede detener la retirada de los miembros de la familia al santuario privado de la alcoba, que también es donde miran las noticias y telenovelas nocturnas. Cuando los invitados los visitan o durante las ocasiones festivas, el calor impulsa a las personas a salir de la sala donde deben permanecer para oír música, bailar, comer y beber.

Para el antropólogo, el fuego de la cocina es un espacio intermedio ideal. No es tan íntimo y privado como la alcoba familiar, un lugar de información impropia para el conocimiento público. Tampoco es tan formal, regulado y público como la sala donde la información es accesible, pero sólo consiste en la representación oficial de cómo deben ser las cosas (ver Pader, 1993:118-9; Bourdieu, 1977:36-7). El uso de una estufa de gas disminuye este espacio intermedio, mientras reserva la cocina para las tareas de cocinar y limpiar y define el papel de la sala y la alcoba; la cocina se transforma y ya no es un lugar para “la reunión familiar” del estudio municipal de la década del sesenta.

Las alcobas y camas son esencialmente compartidas; a la gente no le gusta estar sola en la casa y se lamenta por dormir sola en la noche fría (Pader, 1993). Sin embargo, el valor de compartir y de la unidad no merecían demasiada importancia. De hecho, hubo muchas veces en las cuales las personas de la familia tenían poca idea de lo que las otras estaban haciendo. Mientras las personas valoran una familia que esté “bien unida”, ellos también quieren “cosas personales”. Cuando Daniela y Elena imaginaron lo que ellas harían si se encontraran con una bolsa llena “de plata”, dijeron que añadirían un segundo piso a la casa para que todos pudieran tener su alcoba individual.

No se encontraron tal bolsa, pero la familia Cisneros se acercó al ideal de alcobas individuales en 1998, cuando Daniela se casó, y construyeron otra alcoba para el hijo de Elena (figura 17). Había todavía ocho personas en la casa, pero a veces algunos habían salido para con-

Figura 16
Casa Cisneros, 1997

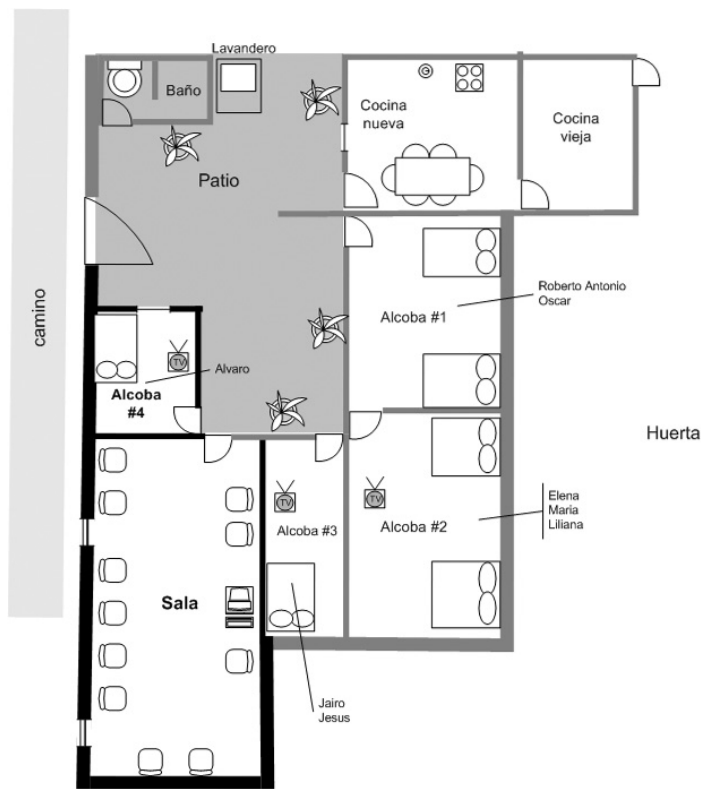


Desde sus principios humildes, la casa Cisneros en 1997 ha transformado en algo más similar a las viviendas en el centro urbano. La nueva cocina y la estufa de gas transformaron el cuarto de atrás en la “cocina vieja.” Se pavimentó el patio. Tenían dos televisores y un equipo de sonido en la sala.

seguir empleo. La construcción había reducido el espacio abierto compartido mientras se ampliaba la alcoba y el área de la sala.

Sería ridículo sugerir que la estufa de gas determinó estos cambios, pero sí actuaba para facilitar un proyecto que combate los estereo-

Figura 17
Casa Cisneros, 1998



He destacado las áreas ampliadas en 1997, que son una sala y una alcoba nueva. Además, remodelaron el baño, instalaron un teléfono en la tercera alcoba y obtuvieron otro televisor.

tipos de la casa y la cocina rural. La estufa de gas también les permite a las personas cambiar lo que ellos hacen en casa para que puedan tener mayor limpieza.

Limpieza y vergüenza

Otra razón popular para comprar una estufa es que es limpia o aseada. Hablar de la estufa de gas como un objeto que permite una vida “limpia” puede ser, por consiguiente, un ataque directo a la percepción de la higiene, un 98% negativa advertida por el “Centro de Salud”. Sin embargo, a los habitantes muchas veces les importaba la vergüenza de estar sucios tanto como la higiene.¹⁶

Cuando los Cisneros compraron su estufa, regalaron las ollas que usaban anteriormente. Elena las describió con palabras vivaces y viscerales diciendo que eran todas negras “como tierra”. Las hermanas también recordaban que antes de la estufa de gas sus manos estaban “todo tizne” por la mañana. La estufa de gas facilita organizar la cocina, la casa y el cuerpo. En mis encuestas, las personas se quejaron del humo y ceniza que ennegrecían las paredes: “se daña la casa”.

Al mismo tiempo, las mujeres rara vez hablaban de los problemas respiratorios y de visión que son el resultado del humo interior, las preocupaciones principales de los funcionarios de salud y de Corponariño. Anoté solo un caso de una mujer que se quejaba del humo picándole los ojos en su cocina, a lo que su amigo le reprendió: “ya es tarde para comprar una estufa”. Esta insistencia verbal parece ser un castigo para que la amiga se conformara con las nuevas normas de la comunidad, en lugar de ser una advertencia sobre los riesgos potenciales para la salud. De hecho, oí hablar más a menudo del miedo de que los cilindros de gas explotaran o de los peligros de encender la estufa, antes que de los beneficios higiénicos o de los peligros de cocinar con leña.

Las hermanas Cisneros barrían la casa todos los días. Sin embargo, en una casa unida por callejones de tierra y caminos a la huerta, el acto de barrer no puede ser una lucha para eliminar la suciedad por razones higiénicas. Más bien, es para guardar y organizar las cosas, similar a las personas que barren el camino de tierra delante de su casa o tienda, o el puesto de ventas después de día de mercado. Una mujer se avergonzó de barrer su puesto cuando oyó por casualidad otro comentario diciendo que “los de campo dejan todo en mugre”.

Las ideas de limpieza también pueden ser ilustradas con la historia de la transformación del baño de los Cisneros. Ellos enfatizaban que

se bañaban “pasando un día”, y si alguien estuvo sucio, se le criticaba y fastidiaba, llamándole con los nombres de un borracho del pueblo, una persona pobre o un idiota. La idea era avergonzar a la otra persona para que se bañara, en lugar de asustarla con las consecuencias higiénicas de no hacerlo.

A pesar de sus mejores esfuerzos, el racionamiento incierto de agua frustraba a veces el horario de bañarse: la familia recibía el agua de su barrio, que venía del volcán Quitasol, a diferencia de los residentes del centro, quienes recibían el agua del Azufra. El agua del barrio era mucho más barata, pero sólo “baja” pasando un día o aún con menos frecuencia. El agua en el centro se medía en cantidades precisas y más caras, pero normalmente era constante. Los Cisneros conservaban el agua en un tanque, pero bañarse con balde es el estereotipo de “hacer como el indio”, y entonces era algo que evitar.

Durante las festividades de Navidad en 1997, el agua no bajó durante varios días y tuvieron que pedirle permiso a un vecino que la recibía del centro para bañarse allí. Esto también era trabajoso para cocinar, limpiar los platos y lavar la ropa. Cuando el agua no bajaba, una de las hermanas tenía que lavar los platos en el patio, una tarea desagradable, especialmente por la noche.

Luego de esta experiencia, Elena compró un tanque de 250 litros para que pudieran conservar agua en el techo del baño y usarla a través de la tubería, incluso cuando no estaba “bajando” el agua del barrio. Esta compra implicaba poner un nuevo tejado en el baño, conseguir un nuevo baño con toda la silla (una rareza en Túquerres), baldosas para el suelo, e incluso una ducha eléctrica para calentar el agua. Durante mucho tiempo, Elena había insistido que el agua helada era más saludable y que todos disfrutaban con las duchas frías. En 1998, ella dijo que no podía tomar una ducha con agua fría y se calentaba agua en la estufa de gas si no había electricidad. Los Cisneros completaron esta transformación en 1998 con un tubo para recibir agua del centro, además de lo que recibían del barrio, y entonces se aseguraron un suministro constante.

En suma, sostengo que se deben considerar las razones comunes de lo “económico”, “rápido” y “limpio” en un contexto global, más allá

de su significado técnico o económico. Es el contexto en que las elites han despreciado la cocina rural como no económica, atrasada, primitiva, lenta, sucia, enferma y próxima al suelo. Las estufas de gas refutan estos estereotipos punto por punto, mientras ofrecen una visión de apropiación independiente de los artículos modernos, en lugar de esperarlos del gobierno o de la beneficencia privada.

Al mismo tiempo, debe percibirse que la mayoría de las personas en Túquerres se resistía a una intervención gubernamental más completa. Un ejemplo pertinente al caso es la urbanización Vista Hermosa, en la sección noroeste de Túquerres, cerca de la nueva plaza del mercado y el cementerio. En 1994, los empleados municipales describieron Vista Hermosa como “las nuevas calles de la nueva ciudad” y recibió la financiación de la Fundación Progresar. Los ingenieros dividieron el área en 262 lotes iguales. Antes de construir las casas, pusieron un camino pavimentado, vías peatonales, electricidad y agua. Todos los servicios por los que los habitantes de los barrios intermedios tenían que luchar para obtener, a menudo sin éxito, se suministraron a la Urbanización. Es más, había un edificio para una escuela, una cancha para baloncesto y micro-fútbol y un patio de recreo. Los ingenieros también construyeron la “casa modelo”, con dos alcobas, una cocina, una sala y un baño con tanque de agua caliente; todos los cuartos formaban un espacio adjunto con el lavado de atrás.

Al principio, Elena Cisneros había estado entusiasmada con Vista Hermosa. Con la ayuda de su hermano Oscar, varios parientes y amigos, entraron en el sorteo que determinó el orden de selección de lotes. La urbanización se unió a su trabajo en la campaña de un senador, para que pudiera financiarse la casa a una cuota baja. Pero al mismo tiempo que Elena especulaba sobre la posibilidad de construir una casa, le disgustó la casa modelo, y dijo que era demasiado pequeña y que quería una sala más grande.

En 1997, Vista Hermosa apenas se transformó en “las nuevas calles de la nueva ciudad”. Había tal vez unas 10-15 casas, pero muchas personas trataban de vender sus lotes a la primera oportunidad. La hierba había crecido rápidamente encima de las vías peatonales y el edificio escolar estaba vacío. La casa modelo también estaba vacía, las

paredes pintadas con mensajes personales y de amor eterno; ninguna de las casas construidas siguió su estilo.

Por consiguiente, aunque los Cisneros habían hecho bastante para dejar los estereotipos de existencia rural y abrazar elementos modernos, ellos se refrenaron ante la vida planificada y prefirieron su callejón caliente al pavimento y viento de Vista Hermosa. Integraban la estufa de gas entonces a la casa construida por ellos mismos, una compra realizada por la necesidad de cocinar. El equipo de sonido, en contraste, era el producto del antojo exuberante de un joven.

El equipo de sonido: sorpresa de juventud

Generalmente, la familia Cisneros no discutía las ventajas y desventajas de la estufa de gas. Elena sólo contó la historia de la compra cuando yo le pregunté directamente. Se integró rápidamente como algo necesario a la casa y nadie disputó su presencia o uso. En contraste, varios miembros de la familia hablaban espontáneamente sobre la compra del equipo de sonido y su presencia y uso apropiado estaban sujetos al debate y discusión.

La historia de la estufa de gas era de planificación, economía y necesidad. Elena, la mujer de mayor edad en la casa, fue la persona que manejó las finanzas, en conformidad con los otros. Ella sólo compró la estufa después de que la tumba de su madre estaba en orden y pagada. Para comprar la estufa, Elena confió en un vecino que ya había traído estufas para sus parientes. El pago de tres cuotas dentro de un mes también es un acuerdo común entre individuos. Finalmente, trayéndola del Ecuador mostró su esfuerzo de economizar.

La historia del equipo de sonido fue bastante diferente, una sorpresa en lugar de un plan. Elena contó, y volvía a contarle, que estaba caminando por el callejón hacia la casa y oyó una cacofonía horrible. Preguntándose cuál de sus vecinos sería tan tosco, llegó para encontrar el ruido en su propia sala. Su hermano Jairo, recién graduado del colegio, había comprado un equipo de sonido y lo disfrutaba a todo volumen.

Jairo no tenía ningún sueldo. Él había comprado el equipo por 770.000 pesos, con un pago al contado de 50.000 pesos y una factura

mensual de 60.000 por un año. Él alistó a sus compañeros de estudios como consignatarios y referencias y pudo obtener el préstamo porque tenía amigos que trabajaban en la tienda. Jairo aseguró a Elena que su hermano Oscar ayudaría con las cuotas mensuales.

En contraste con la estufa, esta historia es la de la compra contraria de economizar, es la del lujo frívolo y pródigo. No hubo ninguna consulta o aprobación familiar y fue realizada por un solo varón que no tenía trabajo, con el apoyo supuesto de otro hombre que no estaba involucrado en el sostenimiento cotidiano de la casa. Él usó el crédito oficial, a largo plazo y movilizó los papeles que representarían un obstáculo para otros miembros de la familia. El equipo de sonido es un producto colombiano caro, no conectado con los intercambios fronterizos que ayudan a economizar en Túquerres.

Al mes siguiente, cuando tuvo que pagar la primera cuota, Jairo estaba sin trabajo y sin la ayuda de su hermano y le pidió a Elena que asumiera los pagos. Elena le dijo que no quería el equipo y que la tienda debía recobrarlo. Pero al mes siguiente ella cedió y pagó 120.000 pesos por los dos meses, aunque la tienda ya había impuesto una multa de 20.000 pesos por el pago atrasado.

La cantidad exacta de esta multa y las razones para exigirla eran fuentes de debate dentro de la familia y con la tienda. Un mes, dos hombres jóvenes de la tienda llegaron a la casa buscando a Jairo y diciendo que si Jairo no pagaba la multa en ese mes, la tienda no aceptaría el pago regular y podría imponer otra multa. Yo estaba enojado por lo que pensaba era el poder abusivo del acreedor.¹⁷ Sin embargo, Elena tenía su propio plan. Ella fue a la tienda y fingió no saber nada sobre la visita de los acreedores, mientras insistió que iba a pagar sólo por el mes que debía. Cuando el próximo pago llegó, Elena dijo que los contadores de la tienda le dijeron que ella podría pagar la multa al final, sin ningún recargo.

En sus declaraciones de sorpresa y oposición a la compra del equipo, Elena omitió mencionar por qué ella había acordado pagar las cuotas, que sumaban aproximadamente el 25% de gastos de la casa. Nunca pude conseguir sus razones detalladas, pero parece que su acuerdo de pagar el resto significó que las hermanas se apropiaban de

este objeto tan deseado por los varones jóvenes. Para Jairo, el equipo de sonido era la quintaesencia de la diversión, usado en los fines de semana y en las fiestas. En contraste, las hermanas usaban el equipo como un instrumento de trabajo diario. Durante algunos días, cuando Jairo sacó el equipo de la casa, Daniela especuló: “si tuviéramos el equipo, colocaría un buen disco y arreglar la casa”.¹⁸ También era fuente del horóscopo, aun cuando sus predicciones de viaje y negocio no correspondieron a sus quehaceres de lavar y cocinar y Daniela tenía que decir “no me sale, no fue mi semana”. Traía también las noticias de cumpleaños y entierros del pueblo.

Con tantas personas ocupadas fuera de la casa, el trabajo de una mujer puede ser aburrido o “trabajoso”, porque lo realizaba sola. Si se trabajaba acompañada había más “diversión” y así el equipo de sonido devolvía alguna diversión a lo “trabajoso”, inyectando un poco de los nuevos entretenimientos a la rutina de la casa.¹⁹ De hecho, las hermanas más jóvenes usaban el teléfono para charlar con las personalidades de la radio local y participar en los concursos y peticiones de canciones.²⁰

Con el equipo de sonido, Elena también parecía pensar en la familia y en su hijo, comprendiendo que Jairo y el equipo les ayudaban a organizar las fiestas y conexiones que los unirían al centro urbano. Devolver el equipo ocasionaría el rechazo del joven recién educado, cuyo éxito era necesario para obviar la distancia entre el campo atrasado y el centro moderno.

El equipo de sonido es la esencia de la compra poco economizadora, un acto de consumo irracional que no debe ser parte de la casa campesina frugal. Mientras una estufa de gas es a menudo parte de una estrategia familiar cuidadosamente planeada, el equipo de sonido representa la exuberancia de la espontaneidad. Es la expresión de la juventud, de música moderna, de recreo moderno, de educación moderna y de trabajo moderno. Como tal, puede dividir a los jóvenes de los mayores. Sin embargo, los mayores de Túquerres parecían poner mucha fe en la juventud como los líderes de un movimiento que dejaría el atraso rural. Los jóvenes eran recíprocos al coordinar actividades que posicionan a la familia para participar en la vida moderna.

La juventud: cambiando las modas, comida y diversión

Los habitantes muchas veces veían los deseos de los jóvenes como la vanguardia del cambio y en algunos casos como la fuerza motora que exige los artículos modernos (ver Weismantel, 1988:77, 82-3). Como un hombre comentó, “es exigente hasta los hijos, quieren todo moderno”, o como una mujer dijo, “los niños no quieren ser indígenas”.

La educación a veces se veía también como manejada por la iniciativa del niño. En épocas anteriores, los maestros obligaban a los estudiantes a aprender o los castigaban (“les daban fuate”), pero el director de la escuela del barrio caracterizó la actualidad diciendo: “ahora trabajamos con la iniciativa del niño”. También los habitantes enfatizaban las necesidades de los niños para empujar y adelantar otros elementos modernos. En una vereda sin electricidad, los líderes de la comunidad usaron una reunión colectiva y política para decir que el camino bueno se debía a la escuela y si ellos recibieran la electricidad, sería por la escuela.

Los mayores veían a sus hijos orientados por la televisión, la radio y la educación formal. Durante una de mis encuestas, dos hermanos adolescentes del campo, expresaron su opinión de esta orientación, que “antes eran más tímidos, más católicos... salvajes... No era civilizado, ni luz, ahora más civilizados. Por la televisión se orienta más... Antes no educación, antes caminar harta a la escuela y solo hasta tercera, ni iban, ni saben escribir”,²¹

Los padres veían demandas de los hijos en muchos aspectos de la vida: la comida y las modas, así como en las relaciones sociales y la diversión. Por lo que se refiere a la comida, los hijos a veces rechazaban las papas, pidiendo a cambio el pan (ver Weismantel, 1988:156-7). A pesar de los mandatos de Elena de “comer todo”, su hijo Álvaro era especialmente melindroso. Los niños querían los dulces y lo que veían en la televisión. Las cajas de cereales de Kellogg y botellas de Gatorade colocadas en la cocina testifican los antojos de los hijos. Por otro lado, muchas de las cajas todavía estaban medio llenas, porque los hijos a menudo decidían que no les gustaba el producto. Álvaro detestó Gatorade después de probarlo por primera vez.

Los hijos también estaban menos dispuestos a llevar “la ruana y sombrero”, que marcan a los habitantes como indios y campesinos. Mucha de su ropa derivaba de los estilos norteamericanos, desde los logotipos de NBA a las imitaciones de Levis. La importación de ropa y de zapatos de Ecuador ha aumentado el acceso a estas modas. Es más, había una industria pequeña de mujeres que producían sacos, guantes, calcetines y gorras en las máquinas de tejer. Éstos podrían hacerse para la venta en el mercado, pero también se comisionó al comprador que pudo llevar el hilo del color deseado y especificar su estilo de una revista de modas. Esta práctica ha aumentado la percepción de estilos y modas variables. Dijo que ahora uno tiene que “vestir a la moda; si no, no es gente”. En palabras de una mujer en el área rural, vestir antes era “más autóctono, ruanas, lana de oveja, cobijas de lana” y ahora “sintético, moderno, ya le gusta estar a la moda”. En enero de 1999, el gobierno quitó la ruana de la “canasta familiar”, la lista de cosas necesarias para calcular el costo de la vida, mientras añadió el precio de una conexión con el Internet (Correa, 1999). No obstante, ponerse una ruana en el frío de Túquerres todavía se veía como una práctica buena; en algunos círculos, las ruanas estaban de moda e incluso se llevaban encima de los trajes formales. Todavía parece seguro decir que los que llevan ruanas excederán el número de los usuarios de Internet en el futuro próximo (ver Weismantel, 1988:76).

Por lo que se refiere a las relaciones familiares y amistades, los hijos tendían a rechazar las formulas más formales de hablar. Jairo usaba más el pronombre *tú* informal en lugar del *usted* (ver Guha, 1983:48-9). Los hijos muchas veces aprendían a decir simplemente “gracias” en vez de “Dios le pague”. Por otro lado, la familia Cisneros ha continuado con la costumbre de pedir “la bendición” de sus parientes mayores, y reciben la respuesta “que Dios te bendice mi hijo” (ver Rappaport, 1994:92).

Los habitantes dijeron que los avances en la educación y los programas de radio o televisión transmitían una mayor franqueza y entendimiento sobre el amor y la sexualidad. Las personas indicaron que sus mayores eran ignorantes de estos temas: ellos eran “simples” o “inocentes” (ver Frykman y Löfgren, 1999:209). Un hombre joven comentó, “an-

tes era la gente bien sencilla; ahora ¿dónde se va a ver esta gente?”. Roberto Antonio dijo que cuando él estaba saliendo por primera vez con su esposa eventual, ellos hicieron todo “contrabando”, una palabra que se refiere al contrabando de productos y también a las aventuras amorosas clandestinas. En contraste, Roberto Antonio pensó que era bueno conocer a los novios de sus hijas, especialmente porque en la escuela todos aprendían sobre “sexo y sensualidad”. Para él, en la época contemporánea era bueno conocer; y atribuyó el matrimonio fracasado de Elena al hecho de que todo se hizo “callado”, cuando debería haber sido algo más abierto. Esto es similar a las declaraciones de un carpintero en una encuesta que dijo que había cambiado “la moralidad de la gente, antes la gente más jodida y tal, dándoles fuele a las hijas por haber salido. Ahora explica el riesgo y peligro de tener relaciones con un hombre”.²²

Sentimientos similares pertenecen a las nuevas diversiones y pasatiempos de la juventud. Una adolescente dijo en otra encuesta que había cambios en “la forma de pensar, antes pensaba en forma más diferente, estricta. Ahora a los jóvenes, la diversión es como común”. Las transmisiones de radio amplificaban la asistencia a varias celebraciones, como el Día de la Mujer, Día de la Familia, Día de la Secretaria, Día del Campesino, Día del Trabajador, Día del Estudiante, Día del Idioma y Halloween. Había también aumentado los conciertos y bailes. Antes se hacía pocos eventos, pero en 1997 había una presentación casi cada mes, a algunas de las cuales asistían por encima de las dos mil personas.

Los observadores muchas veces han lamentado estos tipos de cambios en la comida, moda, idioma y diversión, diciendo que representan la muerte de la sociedad tradicional. Estos relatos recriminan a un capitalismo brutal por aprovecharse de los deseos de los hijos en el interés de vender productos.²³ Alternativamente, se ven estos cambios dentro del contexto de la expansión del Estado en la vida cotidiana, una manera de burocratizar y formalizar las prácticas diarias.

Mientras hay una parte de verdad en estas ideas los elementos que están marcados para el cambio son las características que han definido la jerarquía de moderno/atrasado desde por lo menos el siglo diecinueve. Los mismos problemas que los jóvenes enfrentan con sus

exigencias son los estereotipos que rodean al indio-campesino: una dieta monótona y no nutritiva de papas y maíz, con más atención a la cantidad que a la calidad; los vestidos de lana tradicionales; la sumisión verbal instintiva a los mayores; la ignorancia sexual; ninguna diversión fuera de las fiestas eclesiásticas, y en general, “la melancolía indígena” (ver Triana y Antorveza y Pacheco Hernández, 1971:47-8, 75; Fals Borda, 1961:241-304).

Al mismo tiempo, muchos padres que dijeron que sus hijos exigían “todo moderno” habían creado esas expectativas a través de una serie de eventos y gastos. Los padres y mayores invierten tiempo, dinero y recursos, para que los jóvenes pudieran superar el estigma y jerarquía tradicional. Una mujer rural explicó que “nadie somos como los de antes... brutos, tontos, ni han sabido vivir”. Ella deploró que sus padres fueran incapaces de enseñarle de la manera que ella esperaba enseñarles a sus propios hijos: “hoy todo distinto. Se da cuenta que tiene que educar a los hijos. Para nosotros no ha habido; para ellos tiene que haber”.

Un ejemplo de esta inversión en los hijos, antes de que puedan hablar o formular demandas, es el aumento dramático en el tamaño y alcance de las fiestas del primer cumpleaños. El bautizo de un hijo ha sido en algunos casos sobrepasado por esta fiesta del primer cumpleaños, que se ha transformado de una celebración familiar en una fiesta grande de invitados. El primer cumpleaños es una ocasión para invitar a los niños del barrio, comprar una torta adornada, cantar “Happy Birthday” en inglés, concursar y premiar a los niños que pueden bailar mejor en varios estilos musicales, y romper una piñata.²⁴ Algunas familias continúan con fiestas similares durante el segundo y tercer año.²⁵

El hijo y la nuera de Roberto Antonio, recién trasladados de un barrio intermedio al centro, celebraron el cumpleaños de su hijo de esta manera pródiga. Jairo ofreció el equipo de sonido para la fiesta y solicitó la ayuda de Oscar para llevarlo de la casa a la de su hermano. Actuaba en contra de los deseos de Elena, pero Jairo dio énfasis a que la familia debe ser “unida”. Sobre todo para los hombres, las fiestas demostraban la unidad familiar; los hombres particularmente invitaban

Foto 3a
Padre y torta

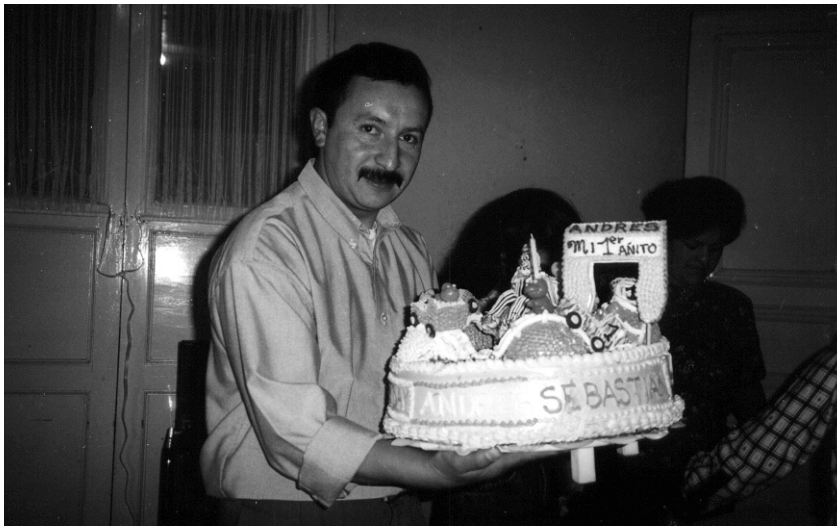


Foto 3b
Hombres y bebé

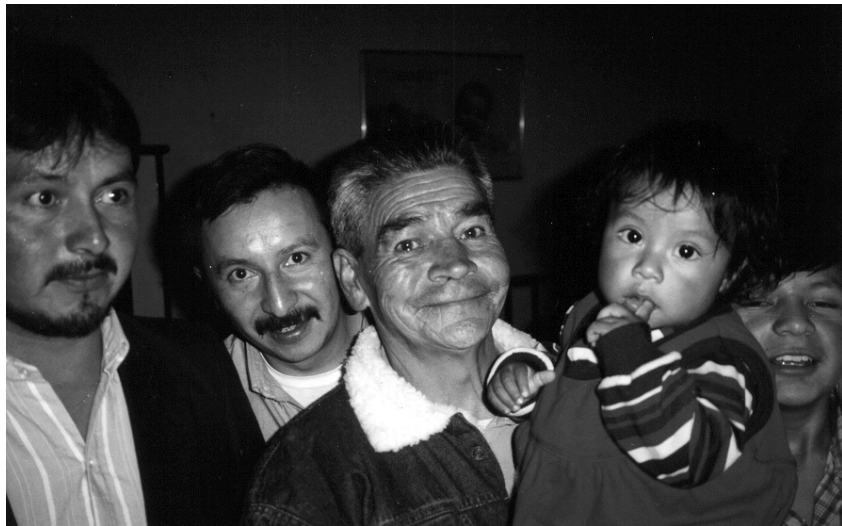


Foto 4a
Primera comunión con la abuela



Foto 4b
Con los parientes



a los parientes y amigos para “colaborar” y “acompañar” en estas ocasiones especiales.²⁶ Durante la fiesta, Jairo tenía que asegurarse que los niños bailaran y entretenerlos con varios juegos.

La celebración del primer cumpleaños era, por consiguiente, una introducción a las varias festividades del ciclo de la vida, que eran cada vez más elaboradas.

Fiestas y trabajo modernos

Mientras las fiestas grandes del primer cumpleaños eran relativamente nuevas en los años noventa, se aumentaron varias de las celebraciones del ciclo de la vida. Algunas de éstas son católicas, como el bautismo, la primera comunión y la confirmación; otras celebran eventos como el grado escolar o los quince años (“la quinceañera”) de una muchacha. Lejos de abreviar tales celebraciones, los habitantes estaban gastando más dinero para festejarlas (ver Frykman y Löfgren, 1999:32). Las fiestas mostraban lo “elegante” y la participación en los estilos modernos. Los jóvenes jugaban un papel vital organizando las fiestas: en comparación con lo que es normal, los muchachos realizaban muchos más quehaceres domésticos en la preparación para el evento, cuando la casa llegaba a ser una exhibición de la elegancia.

Ideas de prestigio predominaban en estas fiestas que muchas veces se relacionaban con los esfuerzos por encontrar un empleo no agrícola. Encontrar un empleo estable en una oficina o en las obras públicas era visto como un asunto de tener los contactos políticos correctos. “Aquí, todo es político”, insistía la gente. Las fiestas eran una manera de lograr conexión política. Si no llegaba a asistir el “contacto político”, la familia entonces podría visitarlo y hablar sobre la diversión que se perdió, salvando el evento y llevando la familia a la propia oficina.

Una fiesta que parecía crecer en importancia era la de la “quinceañera”. Las celebraciones anteriores habían sido reuniones familiares, pero en los años noventa más familias optaban por hacer una fiesta más grande, implicando un nuevo vestido, una torta, un brindis con champaña, una cena, un vals con los familiares, y una noche larga para bailar y beber. La fiesta de “la quinceañera” presenta a la mujer joven al

mundo; además de los vecinos, amigos y familia, se puede invitar a un patrón potencial o a un contacto político.

Liliana Cisneros, la hermana más joven, fue la primera en la familia en tener una fiesta de “quinceañera” de este estilo. La ocasión coincidió con su graduación de un curso de enfermería patrocinado por el Municipio y Elena esperaba ganar un puesto para Liliana en un hospital regional.²⁷ Liliana y Jairo organizaron a la familia; cada uno tenía algo que suministrar: la tela para el traje, varios tipos de licor, una torta, un cerdo y perfume. Jairo estaba al frente de casi cada cosa necesaria: escribió las invitaciones, ayudó a limpiar y a transportar el cerdo a un asador, aseguró la música, encendió la sala, pidió prestadas las sillas a una vecina y los platos a un pariente y quemó la hierba al lado del callejón para aclarar el camino a la casa.²⁸ Él también informó a la estación de radio local para anunciar el cumpleaños de Liliana en la transmisión.

Las preparaciones y compras se enfocaban en lo elegante. Cuando Roberto Antonio compró un alcohol destilado en casa para preparar “los hervidos”, Oscar y Jairo se burlaron, diciendo que esto no era elegante y que iban a usar ron ecuatoriano. La familia instruyó a Liliana para hacer un brindis elegante, no mostrar nerviosismo ni hablar demasiado. Elena pensó que su discurso debía enfatizar la memoria de su madre. El día de la fiesta, el baile empezó con un vals entre Roberto Antonio y Liliana, y ella bailó con todos los hombres de la familia antes de abrir el baile a los demás.

Los Cisneros esperaban que de esta fiesta y del curso de enfermería se consiguiera un trabajo para Liliana. Aunque hubo varias ocasiones, cuando los parientes le dijeron que enviara su hoja de vida para un puesto particular, fracasaron en sus esfuerzos. En varios momentos, casi todos los jóvenes de la familia salieron de la casa para trabajar, pero siempre volvieron. Noté en estos esfuerzos inciertos el indicio de la necesidad general de dinero y la incorporación de las mujeres en el mercado de trabajo, debido a los aparatos de la casa que ahorran tiempo, como la estufa de gas. Los tuquerreños han emigrado a varias ciudades colombianas: dos tercios de las casas encuestadas tenían un pariente en Pasto u otra ciudad colombiana o ecuatoriana.

Sin embargo, estos trabajos breves parecen mostrar que la búsqueda del empleo para los Cisneros no significaba una necesidad absoluta de ingreso. Muchas veces los mayores se opusieron a estos trabajos, aunque estaban muy conscientes de las finanzas familiares y de que tendrían una boca menos para alimentar. Aunque los hijos ayudaban con los quehaceres de la casa, los Cisneros no tenían una finca para trabajar y entonces los mayores no intentaban detenerlos en casa por razones productivas. Es más, si el ingreso fuese el único problema, entonces el sueldo del trabajo agrícola estaba disponible, pero esto apenas estaba de acuerdo con las ideas de los jóvenes de un trabajo bueno. Si una de las hermanas, al lavar la ropa se vistió desordenadamente, otros miembros de la familia podrían fastidiarle diciendo que se parecía a una obrera agrícola de un finquero papero y, eso obviamente, no era algo que ellos querían hacer todos los días. Cuando el precio de la papa subió en 1996, Elena comentó que estaría dispuesta a cosechar papas cuando visitó a sus amigos en el municipio vecino de Guachucal. Ella explicó que “allá no nos conocen” y, entonces, apanar o cosechar papas sería aceptable.

A pesar de buscar trabajo fuera de la agricultura y evitar los trabajos agrícolas disponibles, era el trabajo de Roberto Antonio en la agricultura y la ganancia de las hermanas en el mercado agrícola lo que aseguraba la comida en la mesa. Las actividades continuas de la familia en el cultivo del minifundio y en los mercados regionales sostenían los gastos diarios. De hecho, los jóvenes que tenían más éxito en sus empleos eran las hermanas que encontraron trabajos en tiendas pequeñas del centro, una actividad semejante a sus actividades en el mercado.

Las historias de Jairo, María y Daniela son ilustrativas. Después de la fiesta de quinceañera de su hermana Liliana, Jairo se fue a Medellín para vivir con su hermano que había estado trabajando allí durante casi diez años. A nadie le sorprendió esta acción, aunque actuaba en contra de los deseos de Elena y Roberto Antonio, quienes creyeron que Jairo habría podido encontrar empleo en el Municipio. De hecho, después de un año trabajando y estudiando en Medellín, él volvió en 1998 para vivir con su familia. Desde su regreso, Jairo ha trabajado temporalmente para el Municipio, pero en general no ha tenido empleo.

María asustó a la familia cuando anunció que se iría a Cali; era la primera mujer en salir de la casa para algo diferente que el matrimonio. Una amiga que había estado trabajando en un supermercado de Cali la convenció de acompañarla. De nuevo Elena y Roberto Antonio lo desaprobaban, pero sentían que era mejor permitir que se fuese. Ella salió la mañana después del anuncio sorprendente, pero regresó ese mismo fin de semana, diciendo que necesitaba unos documentos de identificación para continuar trabajando. A pesar de los informes de María de los esplendores en Cali, Elena y Roberto Antonio la convencieron de quedarse. “Nada le falta aquí”, explicó Elena. “Puede ayudar en la casa, pero si quiere acostar y mirar televisión, nadie detiene”.

Daniela encontró el único puesto permanente, trabajando en una licorería en el centro. Su horario de 24 horas en la tienda, seguidas por otras 24 horas en la casa, preocupaba a la familia, pero ella comía en el trabajo y estaba en la tienda de un pariente de un vecino. Contenta al principio, ella renunció después de ocho meses en el trabajo.

En suma, los hijos, con su educación y equipos de sonido, “exigen” todo lo moderno de una manera que da esperanzas de un alejamiento final y verdadero de la jerarquía rural-atrasado/urbano-moderno. Al mismo tiempo, esto podía ocasionar la ansiedad familiar, porque sus ideas de lo que constituía un trabajo bueno estaban fuera de las actividades agrícolas que los apoyaban.²⁹

Nostalgia y ambivalencia

El intento de obviar las estructuras de jerarquía y estigma por la apropiación de artículos y actitudes modernos podía llegar a ser una forma peligrosa de auto-antipatía (ver Weismantel, 1988:162-3). Las personas más activas en esta apropiación estaban preocupadas por el valor de sus actividades en una mezcla de nostalgia y ambivalencia. Los habitantes expresaban esta nostalgia cuando describían “los tiempos de antes” como tiempos mejores, en un rechazo del valor de los tiempos modernos (ver Heyman, 1994b:231). Ellos complementaban la nostalgia con una actitud ambivalente hacia los artículos y actitudes modernas que no mantenían el potencial prometido. No obstante, las críticas más comunes a los tiempos modernos desde la perspectiva de la nos-

talga rural también hicieron que el hablante se sitúe firmemente en el mundo del “todo moderno”.

Las visitas de Elena a sus amigos en casas rurales ilustran el papel continuo del fuego de leña. La mayoría de estas casas tenía estufas de gas y entonces Elena comentó primero: “cocina con gas, qué bueno”. Al usar “que bueno” para describir la estufa, ella lo ubica en la esfera de lo bueno, deseable y necesario. Aunque muchas casas rurales tenían estufas, la mayoría no había destruido el fogón, sino que usaban la estufa de gas y el fuego de leña conjuntamente. Si su amiga encendía el fuego, Elena lo describía diciendo “qué rico cocinar con leña”, usando un sentido estético como el gusto por la comida u otra actividad agradable. Elena no clasificó el fuego como “bueno”, sino como “rico”, una evaluación estética más que del uso práctico. De hecho, si tuvieran que usar el fuego todos los días, las hermanas dirían sería “qué feo”. La palabra “feo” clasifica una categoría ancha de lo repulsivo, repugnante e inaceptable (ver Frykman y Löfgren, 1999:162).

Para los Cisneros, la estética del fuego de leña persistía en lo que llamaban “la cocina vieja”, que también era para tener los cuyes y las herramientas agrícolas. En el cuarto adjunto a “la cocina nueva”, las hermanas han hecho un hogar pequeño. A diferencia del hogar de cemento que destruyeron para la estufa de gas, este vuelve a un fuego abierto y piedras en el suelo. Las hermanas prefirieron la leña para hacer ciertas comidas, como los platos grandes y sopas. El fuego de leña también era preferible para preparar pollos, conejos y cuyes, las tres delicias primarias de Nariño. Las hermanas Cisneros también usaban leña para freír las arepas y hacer dulces especiales. Las mujeres decían que los dulces son “celosos” y no se preparan bien (“no salen bien”, dicen) si hay demasiada gente, mucho ruido o alguien con “sangre pesada” en la cocina. La cocina vieja era así ideal para encerrarse y aislarse de todas estas personas durante la preparación de los dulces.

Foto 5a
La quinceañera: con torta y parientes



Foto 5b
Con la diplomada

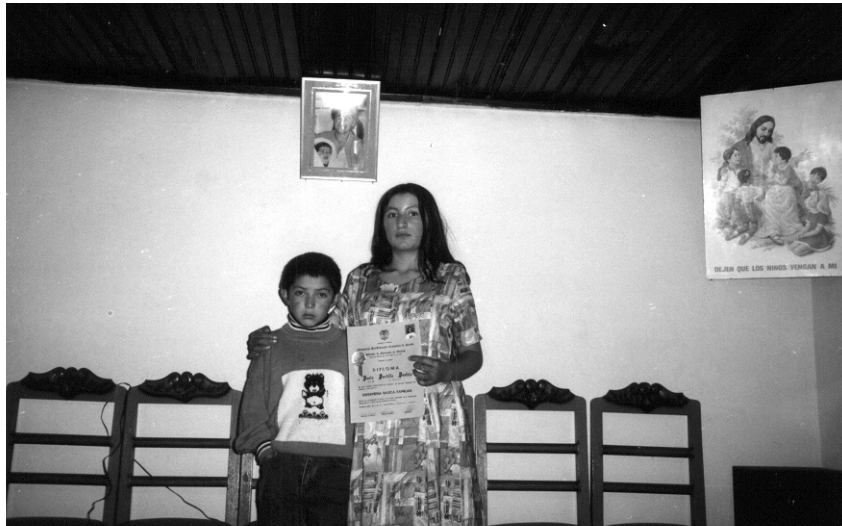


Foto 6a
Apagar soplando la vela



Foto 6b
Primer vals con papá

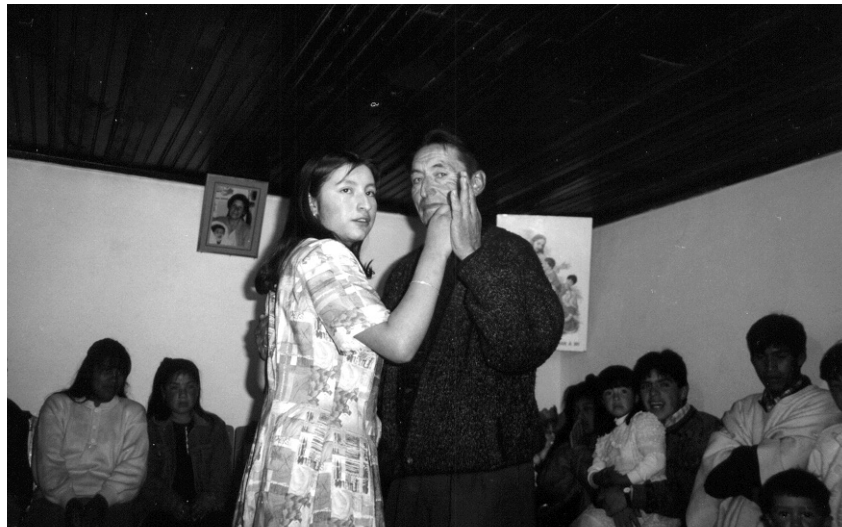


Foto 7
Cocina vieja, el fogón



En general, el fuego de leña era para los eventos especiales en que cocinar involucra compartir con la familia, amigos y vecinos. De la misma manera que la estufa de gas representa la olla fracturada de casas individuales, el fuego de leña se empleó para una olla común y de compartir generalizado.³⁰

Los habitantes de Túquerres a veces defendieron el uso prolongado del fuego de leña como “nuestra costumbre”. Esta evaluación supuestamente niega las frases de lo económico, rápido y limpio que otros incluyeron como parte de ser modernos. Sin embargo, este uso del término “costumbre” para referirse al fuego de leña, otra vez tiende a la idea de aprecio estético y sirve para la reflexión nostálgica de los tiempos pasados, en una manera paralela al uso de los términos *económico, rápido y limpio*.

Primero, muchas veces hay una nostalgia por los tiempos de antes al decir que sí eran más económicos o aún sin dinero. Los habitan-

tes normalmente se quejaban de que todo ahora era más caro, y que los artículos antes regalados, actualmente estaban dentro de la economía del dinero. Cuando Roberto Antonio citó los precios de varios artículos, Elena dijo: “mi papá vive en los tiempos de antes”, en que las cosas eran más baratas. La gente habló de la historia como una sucesión de monedas y billetes, y que había vivido desde los tiempos cuando la moneda era de un peso dividido en centavos y a través de tiempos en que las monedas y billetes pequeños fueron paulatinamente eliminados. Un hombre viejo comentó, “ahorita, los billetes de veinte, diez, cinco, han salido, pero la plata es más escasa que ningún tiempo; ahora no alcanza el veinte para nada. Veinte mil en mis días, significó que era rico y abundante, ahora es faltando”.³¹ La gente también habla sobre las cosas que no tenían que comprar en los tiempos de antes. Recordaban el pasado rural, cuando las personas regalaban huevos y leche, no como en la actualidad, cuando la leche valía 300 pesos por cada litro. Las personas también hablaban de tiempos en que los intercambios no se basaban en el dinero y vivían fuera de transacciones monetarias. Contrataban esta época con la actualidad, cuando “todo es plata” y las personas hacen “todo por la plata”. Es interesante notar que esta crítica nostálgica del presente parece en su mayor parte basada en la idea de la inflación, y coloca también al entrevistado en el mundo del presente desarrollado. Las cosas pueden ser más caras ahora, pero el encuestado se ha vuelto económico, en el sentido de estar atrapado completamente en una red dentro de la economía monetaria.

Igualmente, muchos se quejaban de la rapidez de ahora. En mis encuestas, muchas personas comentaban sobre la falta de tiempo (a veces como una manera de terminar la entrevista). Otros consideraban que eran incapaces de hacer cosas agradables. Una mujer indicó, “más antes no era tan exigente como hoy; es el tiempo, menos tiempo”. Otra mujer dijo: “ahora soy madre, maestra, trabajadora, estudiante, miles de roles. Mi mamá sólo dedicaba a la casa. Ahora muy poca calidad de vida y mucho trabajo. Antes reunido, alrededor de fogón, cocinaba con leña”. Aquí hay la recurrencia a un tiempo mítico de la unidad familiar, y una crítica de los tiempos modernos, pero otra vez esta crítica nostálgica localiza firmemente al encuestado como un profesional moderno.

En cuanto a las frases de que la estufa de gas es más limpia y más saludable, las personas se disputaban la idea de que las prácticas de cocinar y las comidas actuales son más saludables que las de antes. Las personas hablaban sobre la comida abundante, producida sin químicos y que sus antepasados eran más saludables y más fuertes comiendo “todo lo natural”. Roberto Antonio sintetizó esta ambivalencia el día anterior a mi salida de Túquerres, diciendo que ahora ellos tenían “ciencia” pero el pasado era “súper-mejor” porque había abundancia de lo natural. Este discurso evoca una noción de que en los tiempos anteriores la tierra no necesitaba fertilizantes químicos para ser fértil. Sin embargo, como la mayoría de los agricultores, Roberto Antonio usaba fertilizantes y pesticidas químicos en su propia huerta, y el testimonio nostálgico lo ubicó como alguien que usa la ciencia (ver capítulo 3).

Esta nostalgia era muchas veces mezclada con la ambivalencia sobre la situación actual. Las oportunidades para trabajar fuera de la agricultura eran limitadas e inciertas, dejando a los jóvenes en una situación de desempleo en la cuál se sienten demasiado educados para trabajar en la agricultura, pero sin un puesto que corresponda a sus habilidades. Los habitantes vinculaban este desempleo con la subida general de precios, como causa de violencia e inseguridad. Una mujer dijo explícitamente: “[los] tiempos modernos generan tanta violencia, desempleo, no se puede andar en la calle”. En contraste, la gente caracterizaba a los tiempos pasados como tranquilos y pacíficos.

Los habitantes expresaban esta ambivalencia en un campo semántico de palabras con significados dobles. Como en otros lugares latinoamericanos, el término “educado” tenía este doble filo. “Educado” puede representar el cambio positivo de la educación formal, el conocimiento más profundo y el poder tomar decisiones, pero otros dijeron que las personas de hoy eran menos “educadas” en el sentido de respeto y conducta, producían la inestabilidad familiar y la falta de obediencia. Una mujer dijo que antes las personas “siempre pensaban en los hijos, en dejar. Ahora la gente piensa sólo en ellos. Tiempo de ahora es más malo, dan todo a los niños, antes enseñaba a trabajar. La gente dañada, nadie respeta a nadie; manda el niño, la libertad”. Decir que hay más “libertad” puede tener connotaciones ventajosas para algunos jó-

venes, pero para la mayoría de los habitantes es un valor negativo que significa una falta actual de orden, autoridad y obediencia.

La nostalgia por el pasado o la ambivalencia sobre la actualidad era causa para que varias personas caracterizaran sus acciones como un esfuerzo para revivir ciertos valores. La organización de padres de familia en un barrio prometió “revivir las costumbres de antes”. Los organizadores también describieron los días de fiesta como un rescate de valores y costumbres, aun cuando eran eventos recién creados. A veces las personas aún hablaban sobre las costumbres del pasado que eran “mejoradas” por la utilización de elementos modernos.³²

No obstante, en su mayor parte la nostalgia y el rechazo de los artículos y actitudes modernos era un tema latente, en lugar de definir la actitud en general. Cuando Roberto Antonio habló sobre las cucharas de madera, casas hechas de barro y la comida abundante, sus hijos se rieron como si él estuviera hablando de un mundo totalmente diferente. En 1997, era mucho más raro oírlo contar las historias de fantasmas, duendes y tratos con el diablo, que en 1994. Él dijo que estas cosas eran de los tiempos, cuando no había tantas casas, personas, cultivos e imágenes católicas para proteger del mal (ver Frykman y Löfgren, 1999:50). Roberto Antonio a veces decía “sí creo, porque he vivido esto”, pero su nieto Álvaro se opuso diciendo “así miente”. Álvaro indicó que Jairo, quien “sabe más que todos en esta casa”, le contó que tal historia “no es de creer”. Una vez, cuando yo le solicité a Roberto Antonio que hablara sobre un evento pasado, él eludió la pregunta: “lo de antes, ya no hay”.

Era igualmente difícil hablar sobre la historia del pueblo y la dominación de una elite europea. Antes de que un historiador local me informara de la elite en la época del siglo diecinueve hasta 1936, yo apenas podía sacar tales cosas de la memoria popular. Cuando le conté a Elena de los negocios suizos e ingleses establecidos en Túquerres, ella añadió “y los españoles”. Mencionar a los españoles es referirse al tiempo mítico de la conquista y eso significa salir del tiempo histórico relevante. Cuando intenté hablar sobre los pagos de oro de Barbacoas, ella lo asoció con una época de intercambios antes de que hubiera dinero. Elena confesó que nunca había oído de la familia Garzón, aunque vivió toda su vida en la franja de la vieja hacienda La Cofradía. En suma, la

apropiación contemporánea de artículos y actitudes modernos ha sido tan eficaz en borrar las señales de la desigualdad que es difícil para el investigador obtener una perspectiva histórica (ver Heyman, 1994a:139).³³

Una apropiación de las estufas de gas y equipos de sonido puede obviar, entonces, la jerarquía tradicional fundada en estereotipos de progreso y atraso. Las razones técnicas de economía, los tiempos de cocinar y los problemas medioambientales pueden explicar la diseminación de las estufas de gas, pero no capta la sublevación contra la estructura del estigma asociado con las cocinas rurales. Mientras la lógica capitalista de ganancia o la lógica del poder del Estado-nación nunca puede ser descartada, los artículos y actitudes modernos se han difundido porque ellos oponen el pacto de poder y subordinación, combinado con las ideas elitistas de modernización.

Pero de esta apropiación también puede resultar una situación peligrosa, un autorepudio del sostén de la agricultura. Discutiré sobre esta fuente de la subsistencia en el próximo capítulo. Para concluir este, regreso al epígrafe inicial y a la odisea del teléfono.

Comparado con la estufa de gas, el equipo de sonido y el baño remodelado, conseguir un teléfono era un asunto largo que involucraba a varias oficinas gubernamentales. Sin embargo, todavía dependía de la iniciativa familiar y de las palancas personales movilizadas en las oficinas burocráticas. Mientras había un poco de entusiasmo en 1996 cuando se instalaron los postes del teléfono en el barrio intermedio, en un período más largo los Cisneros negaban que quisieran un teléfono. Ignoraban o se reían de los esfuerzos de Oscar para solicitar una línea telefónica y no mostraban interés en preguntas: “¿has pensado en cuándo hace falta una línea telefónica?”. Sólo cuando Roberto Antonio comprendió que varios vecinos intentaban conseguir líneas telefónicas, él sugirió entonces que trataran de conseguirla.³⁴ Tanto que, cuando Roberto Antonio le propuso esto a Elena, su indiferencia y burla se transformaron en deseo y entusiasmo. Ella razonó que sería más fácil llamar a sus hermanos en Medellín y que podrían usarlo para “cualquier cosita”.

Roberto Antonio y Elena se fueron juntos a Telecom en la primera visita. Roberto Antonio se puso unos pantalones de color canela con zapatos negros brillantes, una camisa y chaqueta, y se cubrió todo con una ruana en el hombro. Liliana le gritó cuando salieron, preguntándole si él no quería una “ruana más gruesa”, burlándose por llevar la ruana para visitar las oficinas municipales. Uno de los primeros requisitos era obtener una dirección registrada. Aunque el callejón de los Cisneros estaba lejos de las calles regulares y enumeradas del centro, tuvo que ser vinculado a ellas. Elena y Roberto Antonio tenían así que visitar primero el departamento de planificación municipal. Los funcionarios allí les dijeron que era normalmente necesario ir al lugar y medir las distancias precisas, pero después de una conversación y estimación, los funcionarios les asignaron una dirección. Elena y Roberto Antonio llevaron después este número a Telecom, y llenaron su solicitud para el teléfono. Luego se separaron, Elena regresó a la plaza del mercado y Roberto Antonio se fue a una tienda agrícola para ver una semilla de repollo. Pero cuando Elena ponderó la dirección que había sido asignada, decidió que no era correcta y que los funcionarios en planificación le habían puesto en una carretera, cuando el callejón era evidentemente paralelo a una calle.³⁵ Ella regresó a la oficina de Telecom con su hermana María y les hizo ubicar la casa en un mapa. Ella consiguió cambiar la dirección y entonces la registró otra vez en la oficina de planificación. Lejos de ser la extensión burocrática de un sistema numérico del centro al barrio intermedio, la historia ilustra la iniciativa independiente que Elena tomó para registrar su casa adecuadamente en estas oficinas.

Conseguir el teléfono les exigiría visitas repetidas, urgiendo a Telecom y a los funcionarios municipales que aceleraran el proceso e incluso llenando otra solicitud. Por fin el teléfono llegó, casi un año después de que Telecom había puesto los primeros postes en el callejón y varios meses después de su primera solicitud. Desde una perspectiva, era una expansión tremenda de servicios suministrada por firmas privadas y empresas gubernamentales; pero desde la casa de los Cisneros, requería una lucha enorme para traer el servicio.

Para la primera llamada telefónica, María llamó a su hermano en Medellín y le informó del nuevo teléfono: “cada día vamos progresan-

do más”. Dijo entonces que ellas tenían que ir a ordeñar la vaca y la familia reunida empezó a reírse. Pero el teléfono no estaba tan lejos de la huerta; Roberto Antonio recibió llamadas que pidieron sus plantas de repollo y Elena recibió llamadas sobre los precios de los cerdos. Como la mayoría de los tuquerreños, el sustento de los Cisneros estaba en el minifundio, la agricultura manual y los mercados regionales.

Notas:

- 1 Debido a la importancia de las “estufas” en este capítulo, repito aquí una nota de la introducción: en Túquerres, es común la expresión “estufa de gas” o “estufa” para denotar una cocineta de dos o cuatro quemadores. No tiene horno. En Ecuador, el mismo aparato es conocido como “cocineta de gas”. Gracias a Pilar Cruz por esta información.
- 2 Behar anota que “la morada humana generalmente se redujo a la mínima cocina necesaria, el fogón, alrededor del cual la familia comió y durmió” (1986:46).
- 3 Se come cuy en Perú y Ecuador, pero en Colombia sólo se come en el departamento de Nariño, el departamento más cercano a Ecuador (Morales, 1995; ver Archetti, 1997). El cuy es, por consiguiente, una señal de la diferenciación regional. Los residentes de Nariño generalmente lo aprecian como algo “riquísimo”, pero otros colombianos han considerado el cuy como un símbolo del indio bárbaro, a pesar de una investigación que revela que la carne de cuy tiene mucha proteína al mismo tiempo que poca grasa, contribuyendo a su valor nutritivo (Morales, 1995:xvii).
- 4 Varios investigadores reiteran la descripción del fogón de tres piedras, que aparece en Fals Borda: “sobre esta plataforma se colocan tres piedras, llamadas ‘fogones’, como soportes para las ollas de cocinar” (1961:172-3).
- 5 Debo agradecer al Dr. Sidney Mintz, quien enfatizó la importancia de las huertas, plantas y animales. En ciertos aspectos, este capítulo y el próximo son un prolongado argumento para ver la casa y la huerta como una base interrelacionada, tal como Mintz describió en su artículo “Houses and Yards among Caribbean Peasantries” (1974).
- 6 Durante mi estudio, el peso colombiano se devaluó lentamente contra el dólar estadounidense. En 1994, el peso colombiano estaba 800 al dólar. En 1996-1997, el peso estaba aproximadamente 1.000 al dólar. Esto hace las conversiones fáciles para la mayoría de los precios dados en pesos: 1.000 pesos = un dólar estadounidense; 10.000 pesos = diez dólares, etc.

- 7 Aunque algunos residentes tenían una noción de la clase media, la idea de sólo tener dos clases sociales (altos y bajos, ricos y pobres) predominaba, como es evidente en el estudio municipal de la década del sesenta (1971:102; ver Richardson, 1970:48-9, y discusión en el capítulo 6).
- 8 Con la descentralización política, se supuso que el método entero de planificación centralizado cambiará. Los funcionarios gubernamentales esperaban que los barrios tomaran la iniciativa, después de lo cual ellos guiarían sus demandas con cursos de capacitación patrocinados por el gobierno. Un representante gubernamental explicó a las personas que buscaron instalar un sistema de agua, que el servicio “se convierta en unas pequeñas empresas; tiene que modernizarse, tiene que cambiar esta forma tradicional de prestar los servicios”. Ahora el servicio se hace “comercializando un producto determinado, con costos que tiene que asumir la comunidad”.
- 9 Pensaba que la estufa de gas y otras tecnologías de la vivienda contribuían a una diferenciación más marcada entre el trabajo de la mujer en la casa y el trabajo pagado de los hombres en los empleos formales. Sin embargo, como Colloredo-Mansfeld indica, “las estufas de gas, molinos, y otros aparatos nuevos facilitan la cruzada del género en las tareas. En ocasiones, un muchacho adolescente molería la cebada en un molino manual para ayudar a su madre... Sin embargo, en casas dependientes de tecnología vieja: piedras de moler, fogones abiertos, o telares antiguos, no vi ni hombres cocinando ni mujeres tejiendo. Estas cosas pueden ser de tecnología rudimentaria, pero requieren manos expertas e invitan menos la intervención del otro género” (1999:106). De hecho, parece que los hombres jóvenes están más afanosos en el uso y más adeptos a arreglar las nuevas tecnologías. Los muchachos pudieron freír un huevo en una estufa de gas, pero tal vez no en un fuego de leña.
- 10 La explicación de Weismantel de la sopa y seco en Ecuador es bastante similar y mucho más completa que lo que describo aquí (1988:127-133).
- 11 Con una obsesión quizás desencaminada a cuantificar, puedo informar que de agosto a octubre de 1996, un promedio de 8.3 personas cenaron en la casa de los Cisneros, mientras un promedio de 5.2 personas almorzaron en casa durante el mismo período. Casi el 20% de los miembros de la familia llevaron sus platos a la alcoba para cenar, mientras miraban la televisión.
- 12 La extensión del crédito comercial a los callejones del campo tiende a borrar la línea entre el campo como lugar productivo agrícola y el centro co-

- mo lugar de compras. Elena comentó una vez que las personas que viven lejos en el campo eran “pobres”, no necesariamente porque no tenían plata, sino porque “no hay ni donde comprar, no hay tiendas”. Los residentes sabían que un vendedor ambulante trajo consigo precios y tasas de interés más altos, pero hacía accesibles los productos del centro.
- 13 Aún el estudio municipal de la década del sesenta encontró un promedio de 5.28 personas por familia que resultó cercano a los promedios nacionales. También notaba que el tamaño de la familia en el sector rural era un poco más *pequeño* que el tamaño en el centro (1971:39-40).
 - 14 El tamaño de la familia relativamente pequeño de cuatro o cinco personas a veces se conformaba así a través de la adopción informal y de arreglos de residencia. Con los Cisneros, por ejemplo, los dos hijos mayores de Roberto Antonio se criaron con su cuñada y cuñado, hermanos solteros que vivían juntos en uno de los barrios intermedios. No pregunté sistemáticamente sobre estas cosas en mis encuestas, pero sospecho que hay complejidades escondidas en casas que aparecen como marido, esposa y dos niños para los propósitos de la encuesta (ver Weismantel 1995).
 - 15 Colloredo-Mansfeld nota que entre los otavaleños en Ecuador, tales aparatos domésticos han llegado a ser los artículos primeros y más básicos que compran, a pesar de “una creencia ampliamente compartida que los indígenas deben trabajar mucho tiempo y aguantar dificultades antes de obtener las comodidades materiales del mundo blanco-mestizo. En realidad, las parejas jóvenes han considerado tales aparatos como necesidades básicas” (1999:109).
 - 16 Esta sección usa las investigaciones de Frykman y Löfgren sobre las ideas de limpieza e higiene en la Suecia del siglo diecinueve. “La diferencia definitiva entre las ideas campesinas y burguesas sobre limpieza en este momento se concentró en el concepto de higiene. Para el campesino, la suciedad daba vergüenza, y sospechaba de las personas sucias. Pero la suciedad no era peligrosa” (1999:211).
 - 17 “Se determina un campo de fuerza dentro del cual un polo está representado por el libro de cuentas del jefe más adinerado y el otro por las necesidades físicas diversas y las obligaciones familiares de su pobre vasallo. Una pluma, alzando un número de renta en un polo, puede causar el dolor físico en el estómago y en las manos callosas del otro polo” (Reddy, 1987:68).
 - 18 Esta relación simbiótica entre las tareas de la casa y los nuevos tipos de diversión recuerdan las observaciones de Colloredo-Mansfeld sobre los

tejedores de Otavalo, Ecuador: “lejos de ser una yuxtaposición torpe, una incongruencia entre lo tradicional y lo moderno, el telar y la televisión existen en una relación simbiótica. Cada cosa hace posible al otro en este sector de tejidos y agricultura. Las ganancias de intensificar el trabajo en tejidos han permitido la compra de una televisión; la diversión prestada por la televisión distrae al tejedor de su trabajo pesado y les permite intensificar la producción” (1999:xi).

- 19 En general, encontré poca evidencia de que los habitantes vincularan los artículos y actitudes modernos con las declaraciones explícitas de una nueva igualdad entre hombres y mujeres. Este tema surgió en el movimiento incipiente de mujeres politizadas (ver capítulo 4), pero fuera de este movimiento no parecía ser un punto de referencia práctico. Aunque la literatura de desarrollo regional usa imágenes de un padre dictatorial y autoritario para describir la casa campesina, los autores normalmente no elaboran estos temas ni singularizan para cambiar (ver capítulo 3). Cuando yo estaba en Túquerres, la mayoría de las personas parecía aceptar una división de trabajo según el género, en la cual los hombres trabajan principalmente en la agricultura y el transporte mientras las mujeres cuidan la casa y venden en el mercado. Se oían las quejas de mujeres normalmente cuando los hombres no dedicaban tiempo y dinero a la casa, o cuando los hombres intentaban proscribir a las mujeres por divertirse.
- 20 Una tienda local percibió la conexión entre los nuevos aparatos de la casa y el mundo musical: expandió su venta de casetes y discos para ofrecer una sección llamada “Mi Cocina: la solución a tu cocina”.
- 21 Especialmente cuando hablaba de educación, la gente usaba el término “civilización” para describir la actualidad. Los habitantes también describieron los cambios de ahora como ser “más despierto” y que sus antepasados estaban “dormidos”.
- 22 El estudio municipal de la década del sesenta describió la situación como “separación absoluta de los sexos en público. En general los padres de familia no permiten entrevistas entre los novios en las casas. Los contactos se realizan en forma clandestina, fuera del hogar, y dentro de una atmósfera ‘forzada’” (1971:38).
- 23 Richard Wilk evalúa la literatura sobre consumidores en términos similares: “los investigadores de ciencias sociales que estudian los consumidores han sido actores, y a veces guionistas, en este teatro. Nosotros usualmente forzamos el debate en dos perspectivas: hegemonía y resistencia. Por un lado está la necesidad del capitalismo de expandir mercados, la

destrucción de la comunidad y de las economías locales, y la capacidad de propaganda de crear envidia, competición social, y nuevas necesidades. Bienes de consumo son componentes esenciales de nuevos sistemas de clasificación y jerarquía orientados al mercado... Por otro lado, podemos enfatizar las maneras en que se usan los objetos para resistir el capitalismo, mantener sistemas locales, forjar los vínculos con un pasado auténtico y para construir identidades definidas por sistemas locales de significados y relaciones sociales no-mercantiles” (1999:248; ver Wilk, 1990:81). Esto es parte de una tendencia general por considerar que las comunidades campesinas son completamente subyugadas por las fuerzas del mercado y del Estado (por ejemplo Scott, 1976:7).

- 24 La magnitud de la fiesta del primer cumpleaños sugiere la celebración especial de la supervivencia del infante. La mayoría de los residentes no le cortó el pelo a su niño hasta después del primer cumpleaños, diciendo que creían que cortarlo antes dañaría al infante. Los habitantes dijeron que la escala de estas fiestas era nueva, pero “siempre” ha tenido alguna conmemoración el primer cumpleaños. El estudio municipal de la década del sesenta observó proporciones altas de mortalidad infantil en el primer año, pero que la tasa de mortalidad estaba decreciendo en Túquerres (1971:25). Quizás exageraría el caso sugerir que los habitantes han intensificado las fiestas del primer cumpleaños en parte debido a la importancia que los funcionarios de salud y expertos de desarrollo dieron a la mortalidad infantil del primer año.
- 25 Para los adolescentes y adultos jóvenes, los amigos conmemoraron los cumpleaños quebrando huevos en la cabeza y mezclándolos con harina.
- 26 En su investigación de las fiestas indígenas ecuatorianas, Colloredo-Mansfeld hace un recordatorio de que tales eventos pueden cumplir varios propósitos. “El significado del evento no puede reducirse a ‘consumo conspicuo’ ni a los intercambios estratégicos que sostienen las redes de distribuidores discutidos en la sección anterior. A pesar de todo el prestigio acumulado y los lazos sociales cumplidos, estas fiestas tienen un lado que es más visceral y más comunal. Las preocupaciones privadas de una fiesta contribuyen a un proyecto colectivo perpetuo: reparar los ideales asaltados que supuestamente unen familia y comunidad” (1999:151-2).
- 27 Tales cursos de capacitación eran populares en Túquerres. El curso de Lilliana tenía casi treinta participantes y había cursos simultáneos en peluquería, modistería y electrónica. La nueva tienda de computadoras, La Casa del Computador, también ofreció cursos con la promesa de nuevos puestos de empleo formal.

- 28 Como Frykman y Löfgren dicen sobre Suecia, “limpiar era parte de un programa más grande que intentaba transformar [la casa] de su apariencia cotidiana a su apariencia festiva”.
- 29 Esta evaluación de la agricultura es en ciertos aspectos paralelo a las actitudes de los jóvenes en el caso dominicano de Trouillot: “muchos jóvenes sugieren ahora que su padre ‘perdió su tiempo en plátanos’ o trabajó en vano. Algunos aún sugieren a sus parientes ocupaciones alternativas o la emigración. Claro que la gente sintió que el trabajo agrícola era menos recompensado que casi cualquier otra ocupación, pero ellos también asumieron que el éxito del individuo dentro de cualquier categoría profesional era una indicación y resultado de su trabajo. Implícita en la crítica de los jóvenes que sus padres trabajaron en vano es la insinuación más fundamental que el trabajo duro en la agricultura no vale la pena” (1988:278).
- 30 El análisis de Weismantel en Ecuador de que el “arroz es el objeto de deseo, pero la máchica [una comida de cebada] es el sitio de satisfacción” (1988:166) es una condensación pertinente de los temas de esta sección. “Las mujeres pueden antojársele de arroz blanco o pan como regalitos, pero no como suplementos enteros de comidas conocidas y familiares: la cebada y papas, sopa caliente y granos tostados” (1988:166).
- 31 Estas percepciones del dinero se relacionan con la tendencia global de la moneda colombiana. En contraste con otros países latinoamericanos que han vivido ratos de hiperinflación e incertidumbre del dinero, Colombia ha mantenido un curso de la tasa de inflación constante entre el 15% y el 25%, acompañada por desvalorizaciones regulares. La tasa de cambio al dólar estadounidense durante mi trabajo de campo, de 800 pesos en 1994 a 1.000 en 1996-1997, a 1.300 cerca de final de 1997 ilustra estas políticas. Para los residentes de Túquerres, sus reflexiones nostálgicas incluyeron a menudo recuerdos de precios e ideas de que los valores estaban lentamente deteriorándose.
- 32 La ambivalencia y nostalgia no eran sólo pensamientos de los mayores. Muchas veces los jóvenes eran los que empezaron los esfuerzos de volver a captar el pasado. Un ejemplo más personal de esta tendencia fue cuando Jairo insistió en obtener “hojas del monte” para preparar un plato de tamales tradicionales. Esto implicó una expedición de una hora a una parte todavía arbolada del campo para contribuir a un plato que las hermanas distribuyeron a la familia extensa. Otros ejemplos más generales son en la música, el baile y las exhibiciones de poesía que los jóvenes en-

- cabezan. Aunque éstas son actuaciones culturales, sus temas normalmente representan la vida andina rural.
- 33 En el estudio municipal de la década del sesenta, los investigadores encontraron todavía que “en casas de gran prestigio, urbano o rural, se encuentran muebles finos, cuadros, pianos, vitrolas, candelabros, etc., importados en otras épocas” (1971:45). Yo nunca encontré ni oí hablar de casas así. Tampoco localicé evidencia para sustentar la aserción del historiador Cerón Solarte de que el conocimiento de esta época “existe en la memoria colectiva”.
 - 34 El análisis de Robben de las preocupaciones de los pescadores brasileños sobre su estándar de vida es similar: “tal información puede ser mencionada como casualidad, pero está bien dirigida al orgullo del marido y a su responsabilidad de conseguir el estatus más alto que su ingreso permite” (1989:176).
 - 35 Como es evidente, en los mapas del centro de Túquerres hay un sistema regular de calles paralelas que cruzan con carreteras. Las calles y carreteras están enumeradas. Se usa el mismo sistema en casi todos los centros urbanos colombianos.

3

Agricultura: tradición, ciencia, y experiencia

—Soy científico. Es científicamente comprobada que las papas producen más así. Mi papá tiene tradición.

—Es la experiencia. La experiencia no equivoca.

*Discusión entre Jairo y Roberto Antonio Cisneros
mientras sembraban papas (Octubre de 1996)*

Roberto Antonio parecía sorprendido de ver a su hijo Jairo en la huerta. Jairo ya tenía trabajo ese día escribiendo papeles a máquina por su tío y Roberto Antonio recién dijo que a Jairo no le interesaba sembrar papas. Después de confirmar que Jairo quería sembrar, Roberto Antonio le dio una canasta de papas, aconsejándole que siguiera la fila ya sembrada como guía para determinar el espacio adecuado entre las plantas. Jairo, a cambio, sembró sin mirar la guía. Dijo que era “científico” y que estaba “científicamente comprobada” que las papas producirían más así separadas, en contraste con la “tradición” de su padre. Roberto Antonio contestó que él no representaba la tradición, sino la “experiencia”. “Los grandes productores tienen agrónomos”, comentó. “Pero la experiencia vale más”.

La declaración de Jairo, quizás bromeando, de una polaridad entre la ciencia y la tradición aplicó un predominante discurso a la agricultura de Túquerres. Es un discurso que tiene una larga historia en Colombia. Esta polaridad podría ser directamente tomado del estudio famoso de Orlando Fals Borda en los años cincuenta, de productores de papas cerca de Bogotá que distingue “la transición entre el labrador tradicional y el agricultor ‘científico’” (1961:100). O podría ser tomado de los estudios de T. Lynn Smith en los años cuarenta, de la Misión del Banco Mundial de 1950, del estudio de Nariño por Milciades Chaves de 1959 o del estudio municipal de Túquerres, Guachucal y Sapuyes de la década del sesenta. Incluso en los años noventa, la gente describió la agricultura en Túquerres con las imágenes y palabras como *tradicional*, *rudimentaria* y *de subsistencia* que contrastaban con la potencialidad de la agricultura de ser *científica*, *racional*, *capitalista*, *comercial*, y tal vez, lo que consideran más importante, *mecanizada*. Esta caracterización se extendió también al mercado que se describió como caótico y desorganizado en comparación con el mercado capitalista ideal que es *estable*.

En lugar de estas dos opciones, sin embargo, Roberto Antonio escogió un término fuera de la polaridad de tradición/ciencia: la experiencia. Señalar la experiencia es enfatizar su propia gestión. Roberto Antonio estaba diciendo que ni seguía ciegamente la tradición hereditaria ni aplicaba ciegamente un paquete científico, sino que determinó independientemente, lo que estuvo mejor para la situación, con base en su conocimiento particular.

Un discurso de experiencia es vital para entender la producción agrícola y el mercado en Túquerres. En general, los agricultores no llamaban “modernas” a sus actividades, porque se pensaba que la modernización agrícola consiste en las máquinas y la mecanización. Esta actitud es a pesar del uso casi universal de fertilizantes químicos, pesticidas y cultivos híbridos de semilla, el riesgo constante y cálculo monetario del mercado, el predominio de trabajo asalariado con negociaciones precisas de horas y sueldo y la orientación de las ganancias hacia los artículos modernos, modas y fiestas. Los agricultores podían sembrar la semilla de una zanahoria de California, fertilizarla con Bayer-Colombia, fumigarla con DuPont, calcular los contratos de producción, con-

tratar los obreros asalariados por un período de tiempo estrictamente específico, vender su cosecha a un intermediario de Cali y usar las ganancias para comprar un par de zapatos Reebok, pero por que fue la agricultura del minifundio hecha con cuto y labor manual, ellos no lo consideraban moderno.

La experiencia de los agricultores y vendedores, es decir, el conocimiento específico de sus cultivos y mercados, así como sus apropiaciones de tecnología, mantenía la viabilidad de la agricultura del minifundio en Túquerres. Era su experiencia lo que les permitía incorporar ciertas tecnologías, mientras resistían un paquete técnico de mecanización que severamente afectaría su subsistencia. Debido a esta experiencia, la gran parte de la producción agrícola era similar al proceso de labor campesino definido por Michel-Rolph Trouillot: los miembros de una casa familiar realizan labor agrícola “en una unidad donde ejercen una forma de autoridad que excluye grupos similares, con herramientas de trabajo que también controlan de una manera exclusiva y que generalmente son menos importantes como factores de la producción que la propia labor humana” (1988:4).

Empiezo este capítulo con una discusión del discurso predominante sobre la modernización y la mecanización agrícola. Examinó las prácticas agrícolas, entonces en varios escenarios: la huerta al lado de la casa, los acuerdos de “a medias” e intercambios asalariados de obreros, la relación duradera del patrón y peón y la producción inmensa de los paperos más grandes. Cada uno de estos escenarios era un campo de contestación para las ideas de la ciencia, la tradición y la experiencia. Cada una se involucraba en una batalla sobre nociones de autonomía, independencia y la viabilidad continuada de la agricultura del minifundio.

Modernización y mecanización de la agricultura

Los viajeros y visitantes en el siglo diecinueve describieron la agricultura de la región a través de cuentas pintorescas de campos multicolores, cereales alternando con jardines y pastos frescos para el ganado. Los botánicos y los ingenieros visitaron la región y clasificaron la flora y la fauna. Se enfocaron principalmente en el comercio extranje-

ro, asumiendo que el comercio y los caminos naturalmente estimularían la laboriosidad de los habitantes (Cháves, 1959:71).

En los estudios del desarrollo del siglo XX, los investigadores de Ciencias Sociales y funcionarios gubernamentales, usualmente omitieron tales descripciones pintorescas. Las praderas de ganado y jardines multicolores de la vertiente llegaban a ser un elemento peligroso de las relaciones sociales de la producción, una polaridad de latifundios y minifundios. Los latifundios son las propiedades grandes, las inmensas fincas en las praderas fértiles de la sabana, mientras los minifundios son los agricultores campesinos de pequeña escala, empujados hacia las cuestas del páramo. Los expertos de desarrollo criticaban tales maneras del uso de la tierra en Colombia. En palabras de la primera misión del Banco Mundial, “el ganado engorda en las planicies mientras que la gente lucha en las montañas para lograr una subsistencia apenas suficiente” (1951:72). T. Lynn Smith, uno de los primeros sociólogos estadounidenses que estudió Colombia, dijo que la estructura agraria fue “una inversión ilógica y perniciosa de usos de la tierra” (1967:193).

Los expertos del desarrollo creyeron que esta polaridad de latifundios y minifundios se atrasó en una estructura tradicional. Para describir este atraso, los expertos de desarrollo usaban metáforas teleológicas. Smith comparaba la agricultura colombiana con los egipcios e incluso con prácticas “anteriores a la Biblia”: “el colombiano común que depende de la tierra por su subsistencia confía en un sistema agrícola que es menos eficiente, más pródigo en el uso de trabajo y en general menos ‘avanzado’ que los egipcios estaban usando al principio de la historia humana” (1967:171).

Los expertos de desarrollo en esta época no eran entonces ciegos a las desigualdades rurales y creyeron que éstas estaban relacionadas con el estancamiento de Colombia. Sin embargo, ellos no vieron otra opción que guiar su programa de mecanización hacia los latifundios grandes, aún cuando simultáneamente admitieron que las desigualdades rurales aumentarían. En la visión de Smith, “es probable que la mecanización de la agricultura traería consecuencias más favorables para los hacendados grandes que a la masa de la sociedad rural colombiana; en otras palabras ayudaría a mantener la diferencia so-

cial y económica que siempre ha sido el rasgo principal de la sociedad colombiana” (1967:226). El Banco Mundial sacó una conclusión similar:

El gobierno colombiano ha tenido como política el fomento de la mecanización agrícola, pero a pesar de que ésta soluciona algunos problemas, también crea otros en algunos casos; parece, por ejemplo, que está aumentando el desequilibrio entre pequeños y grandes agricultores, pues al reducir los costos de los últimos agudiza la competencia para los primeros. (Currie 1951:82)

No obstante estas advertencias, los expertos no tenían otra cosa que ofrecer que la mecanización y un aumento de tecnología. Smith prescribió su plan para la agricultura colombiana:

Abreviando, tan rápido como posible, Colombia debe cambiar hacia un sistema de la agricultura en que cada persona haciendo trabajo agrícola usa cantidades considerables de fuerza-motor, muchas herramientas bien diseñadas y máquinas y vehículos eficientes cuando hace su trabajo de producir, procesar y transportar los productos de la tierra. (1967:172)

La misión del Banco Mundial vio el desarrollo agrícola en términos similares, por la mirada de un aumento de la productividad que se obtendría principalmente a través de la aplicación de más tecnología:

Falta de maquinaria y herramientas modernas, el empleo de semillas, abonos y pesticidas malos y las prácticas agrícolas deficientes son factores de acentuada influencia en la reducida producción agrícola, a los cuales se suman las inadecuadas facilidades de crédito, la falta de educación general y preparación especial, las enfermedades y las dietas deficientes. El hecho de que una proporción tan grande de los cultivos se realice en pendientes montañosas, donde generalmente no se puede utilizar maquinaria agrícola u otros implementos distintos a las herramientas manuales, también contribuye a reducir la producción. (Currie, 1951:83)

Este párrafo da un resumen de la situación: en las áreas rurales, especialmente, faltaban los beneficios de la modernización, pero la

aplicación de maquinaria agrícola, el indicador más seguro de la agricultura moderna, favorecería sabanas fértiles en lugar de las lomas.¹

En Túquerres, la impresión de una economía agrícola predominaba en los años noventa. El mismo educador, quien expuso sobre la modernización de las casas y servicios de Túquerres, escribió sobre la economía que “más del 70% de población se dedica a la labor agrícola; el tuquerreño es productor por excelencia” (Delgado Velasco, 1997:32).

Verifiqué esta impresión en mis encuestas de 1997, aunque el porcentaje que el educador indicaba, estuvo un poco bajo. Aproximadamente el 53% de las familias dijeron que tenía alguna actividad agrícola como ocupación primaria (figura 18a). Dada esta categorización por familia y el promedio un poco más alto de personas por cada familia en las áreas rurales, se supondría que los porcentajes absolutos serían más altos. También es importante considerar que la mayoría de las otras ocupaciones alistadas dependía de las actividades de los agricultores: dueños de tiendas, prestadores de servicios y la industria de pequeña escala son todos apoyados por los ingresos de la agricultura; no hay ninguna exportación industrial ni plantas industriales. La mayoría de las ocupaciones no agrícolas eran de artesanos o de dueños de su propio pequeño negocio y ellos también podían estar parcialmente o esporádicamente involucrados en la agricultura. Incluso la gente que trabajaba en las escuelas y los servicios gubernamentales no tendría razón de estar allí trabajando sino por la población grande dedicada a la agricultura. En suma, el dato del 70% dedicada a la labor agrícola fue una buena declaración sumaria de subsistencia local.

La categoría ancha de la agricultura puede ser especificada más detalladamente (figura 18b). Los números de las encuestas se conforman en mi impresión general, de la ocupación agrícola: aproximadamente el 40% de la gente que trabajaba en la agricultura tenía alguna clase de siembras independientes o a medias, mientras el otro 40% trabajó principalmente como obrero jornalero asalariado. Hubo mucho movimiento dentro y entre estas categorías, pero estos datos exactamente expresan la coexistencia de propietarios independientes con una mano de obra agrícola más “proletarizada”.² Vendedores y transportistas aproximaban el 15% de la categoría agrícola y pienso que esta cifra es más o menos in-

Figura 18a
Empleo (por casa)

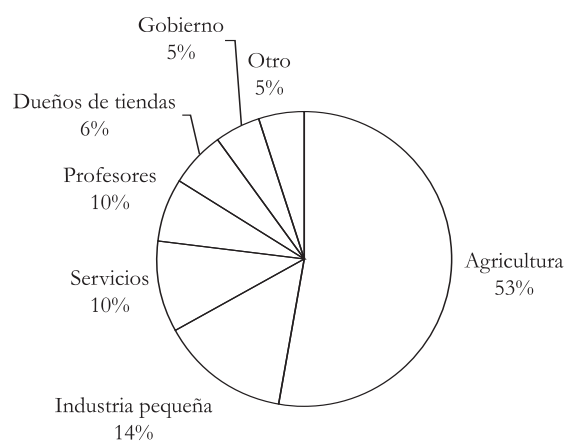
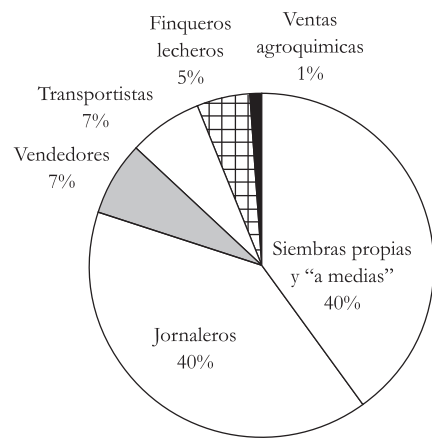


Figura 18b
Empleo agrícola, subdivisiones



Estos diagramas, derivados de mis encuestas de 1997, proveen un sentido de la estructura global del empleo, también como la subdivisión en el sector agropecuario.

dicativa del número de las personas vendiendo y transportando los productos agrícolas a los mercados regionales y urbanos. Los agricultores hacen posible a varios vendedores químicos que incluyo en esta categoría, porque sus productos se usan directamente en el cultivo y ellos muchas veces también tenían sus propios cultivos.

La inclusión del fragmento de finqueros lecheros testifica la división durable entre latifundios de la sabana y minifundios de las cuestras y páramos. Una mirada desde los campos multicolores parcelados en las cuestras del Azufral y del Quitasol hacia la extensión verde aplana de fincas lecheras, inmediatamente aclara que la estructura de latifundio-minifundio persiste intacta. La polaridad de tenencias del latifundio-minifundio continúa siendo un discurso del gobierno local (ver Peñuela Viveros, 1971:18, Municipio de Túquerres, 1994:111). Un estudio municipal de 1994 observa, “el panorama general del sector agropecuario está marcado por una amplia disparidad en cuanto al tamaño, nivel tecnológico y forma de tenencia de las explotaciones; coexisten grandes, medianas y pequeñas explotaciones que producen para el mercado interregional o simplemente para satisfacer las necesidades del productor y su familia” (Municipio de Túquerres, 1994:27).

La configuración global de desigualdad de las propiedades no ha cambiado desde los años cincuenta. Las cifras catastrales de 1997 revelan que casi la mitad de las propiedades rurales registradas eran menos de una hectárea y que el número de propiedades menores de tres hectáreas representaba más del 80% del número total de propiedades (figura 19). Al mismo tiempo, el 10% de los hacendados controlaban el 50% del total declarado en valor de la tierra. Las curvas de distribución de 1997 y de 1954 son indistinguibles (figura 20). Luego de cuarenta años de programas de desarrollo gubernamentales, incluso el establecimiento del INCORA (Instituto Colombiano de la Reforma Agraria) y de la ANUC (Asociación Nacional de Usuarios Campesinos), no resultó ninguna des-aglomeración apreciable de propiedades en Túquerres. Esto contrasta a los veinte años, de 1934 a 1954, cuando parece haber sido por lo menos algún movimiento en la dirección de una distribución de la tierra más equitativa, sin cualquier presunción gubernamental (ver Feder, 1971:249).

Figura 19
Tenencia de la tierra agregada

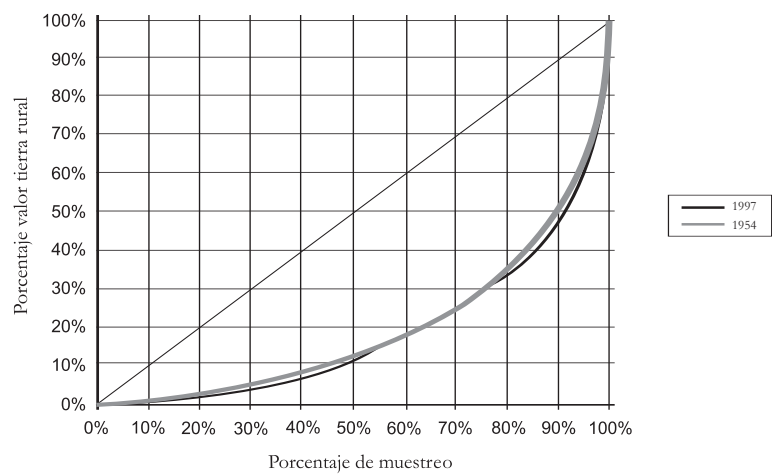
Hectáreas	No. de Propiedades	No. de Tenientes	Hectáreas totales
<1	3885	4839	1329
1-3	2478	3284	4095
3-5	728	991	2716
5-10	566	816	3842
10-15	177	262	2154
15-20	67	86	1132
20-50	101	157	2796
50-100	20	37	1376
100-200	4	6	469
200-500			
500-1000	1	1	557
Suma	8027	10479	20466

Fuente: Instituto Geográfico “Agustín Codazzi”, 1997

Parece creíble a partir de estas cifras que los expertos de desarrollo fueron correctos en su estimación, que las más grandes unidades recibirían los beneficios de la mecanización y de la tecnología. Las fincas lecheras de la sabana tienden a usar la mayoría de la tecnología y son generalmente más mecanizadas. Mientras las desigualdades en la tenencia de la tierra no parecen peores que en los años cincuenta, la tendencia de la redistribución observada de los años treinta a los años cincuenta estaba detenida.

Sin embargo, por los años noventa, los minifundios incorporaron también varias tecnologías agrícolas. Cultivos híbridos de alto rendimiento para las papas y otras verduras predominaban y casi cada cosecha fue fertilizada químicamente y fumigada con los pesticidas químicos. Para la mayoría de los agricultores, este aspecto de la tecnología de la modernización llegó a ser una regular, sino ineludible parte, de la rutina agrícola. La venta de químicos a productores pequeños tiene una historia más larga y una estructura capitalista más fortalecida, que los bienes de consumo como estufas de gas o equipos de sonido que discutimos en el capítulo anterior. En Túque-

Figura 20
Distribución del valor de las tierras rurales, 1954 y 1997



Esta figura compara el valor rural del catastro de 1954 con los valores contemporáneos del Instituto Geográfico “Agustín Codazzi”. Modifiqué las cifras del archivo de 1954 para incluir sólo las tierras rurales, de acuerdo con la división de 1997. A pesar de la fanfarria gubernamental de las instituciones de ANUC e INCORA, las curvas son indistinguibles.

rres los químicos agrícolas, elementos vitales de la producción, estaban más cercanas de “una cultura consumista”, promovida por la propaganda en la radio y por vendedores de cada firma con su marca particular de matar moscas. Estos productos una vez dieron nueva vida a las parcelas pequeñas, pero muchos habitantes en los años noventa los usaban con nostalgia y ambivalencia: nostalgia por una época dorada de “abundancia” sin químicos, y ambivalencia del uso necesario del “veneno” para la producción.³

A pesar de la plenitud de estas tecnologías, las elites vieron en la agricultura del minifundio una actividad atrasada y tradicional, practicada por indios y campesinos. De hecho, varias personas comprometidas en la agricultura del minifundio expresaban opiniones similares.

Para la mayoría de los agricultores, la mecanización es lo que vale como verdadero moderno. El uso continuo de labor manual en el minifundio encerraba estas tecnologías dentro de los estereotipos de lo tradicional y atrasado. En términos de estos estereotipos, el sitio más atrasado y tradicional es la huerta.

Tradición y tecnología en la huerta

Muchos tuquerreños tenían una pequeña parcela junto a la casa para verduras y animales: la huerta. La mayoría de las familias tenían algunos cultivos y animales que eran esenciales en las ideas de una subsistencia buena y una fuente ocasional de dinero. La historia detallada de la familia Cisneros revela que las actividades, inclusive en una huerta pequeña, estaban completamente ligadas a las tecnologías de la modernización, cálculos monetizados, negocios del mercado y apropiaciones de artículos modernos. Al mismo tiempo, éste fue el lugar en el cual la gente tenía mayor control y autonomía sobre su trabajo.

Para los Cisneros, la división se evidenció entre los dos cuartos contiguos llamados “la cocina nueva” y “la cocina vieja”. En la cocina nueva prevalecía la estufa de gas y sus virtudes de ser económico, rápido y limpio. Al ir hacia la cocina vieja se acercaba a las plantas y animales de la huerta. El suelo cambia del cemento hacia la madera y tierra. El cuarto a la vez se oscurece, iluminado sólo por la luz del día que entra a través de la puerta trasera o a veces por una bombilla irregular atada al techo. Los cutes, palas y picos adornan las paredes y el sobrado. En la esquina hay ladrillos para un fuego con una olla grande y bancos bajos. Los cuyes corren por el suelo, buscando residuos de comida o de zanahoria.

La puerta trasera de la cocina vieja se abre hacia el resto de la propiedad, sembrada de repollo, lechuga, acelga y papas, con unas plantas dispersas de maíz. Las flores multicolores y los ajíes rojos contrastan con los colores sutiles de hierbas para las aguas aromáticas. Los pollos cloquean en un gallinero cerca de los conejos en los conejeros, y un cerdo gruñe de vez en cuando en su cuarto encerrado de cemento (figura 21).

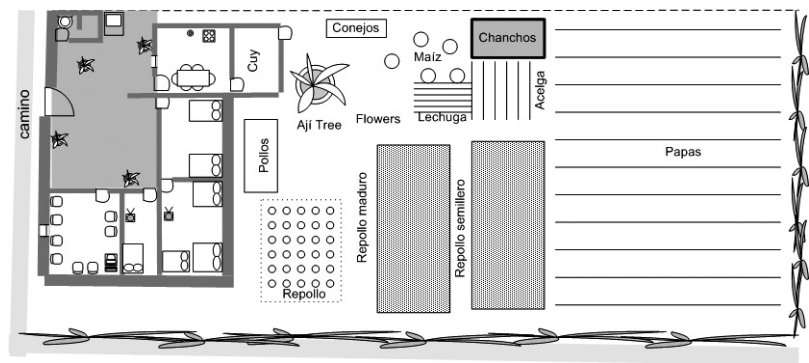
Foto 8a
Huerta: repollo madurándose



Foto 8b
Luego de la cosecha de repollo, antes de sembrar papas



Figura 21
Casa y Huerta (Octubre de 1996)



Las hermanas hablaban en broma que esto era “la finca”; la huerta apenas podría dar subsistencia a la familia. No obstante, daba verduras, hierbas, flores, y carne, así como ingreso ocasional de plantas y animales (ver Golte, 1980:48). Aunque la huerta no era la fuente primaria de subsistencia, su importancia no debe ser ignorada.⁴

Roberto Antonio cuidaba las plantas. Cuando él me mostró el maíz tierno o la acelga, dijo que estas cosas a veces son escasas o caras en el mercado, pero afirmó: “en la casa nunca nos falta”. Dijo que tenía que “sembrar y sembrar” porque él era uno de los “pobres” quienes no tenían bastante tierra para permitirle descansar.

El repollo era uno de sus cultivos favoritos. Él extrajo cuidadosamente las semillas de las plantas maduras; sabía comprar un paquete importado de los EE.UU. cuando buscaba una variedad diferente. Durante épocas de precios favorables, quizás en un período de tres meses que ocurrió una o dos veces por año, otros productores de repollo buscaban sus plantas pequeñas para tras-sembrar a las parcelas más grandes. Cuando los precios estaban favorables, Roberto Antonio recibía más ofertas que lo que tenía sembrado y rápidamente se recompensó la inversión inicial. Él también vendió las plantas pequeñas a su pa-

trón y vecino, David Díaz, quien sembraba repollo, zanahoria y papas a medias en parcelas mucho más grandes.

Roberto Antonio cuidaba las plantas después de los días laborales y el domingo. Él enfatizó que llegó a la casa listo para trabajar, “llego aquí para trabajar”, incluso cuando estaba agotado del jornal. Mientras hizo una tarea dijo “a mi me gusta hartísimo trabajar” y a veces regañaba a sus hijos para que ellos ayuden a desyerbar o a regar: “lo que no me gusta es la pereza, soy enemigo de la pereza”.

Roberto Antonio decía “estos trabajitos son divertidos, no se aburre. El trabajo de agricultura, o mejor, de legumbres, es bien divertido y nunca se aburre en el trabajo”. En varios momentos él confiaba sus planes para reducir su trabajo asalariado y dedicar más tiempo a la huerta, pero incluso en 1998, él todavía no había cumplido con estos planes. Cuando el trabajo agrícola cesaba por una temporada, se aburría y buscaba trabajo con su patrón anterior. “No me aguanto. Dos o tres días en la casa y tengo que ir a buscar trabajo”. En tiempos como éstos, cuidar la huerta llegaba a ser sólo una manera de “matar tiempo” haciendo un “trabajito” que podría ser “divertido”. La huerta era, por consiguiente, simultáneamente una parte de trabajo y refugio de las tareas y de la inconsistencia de los jornales agrícolas asalariados.

Roberto Antonio no expresó ninguna aprensión por fumigar la huerta. Muchas veces pedía prestado un fumigador de un vecino o de David. Dijo que fumigar era un “remedio” para curar una enfermedad o matar una peste, sobre todo contra las moscas que “comen” las hojas y el corazón de la planta. “Voy a fumigar mis papas, mi repollo; voy a fumigar por el mosco, el mosco molesta mucho; es para que se críe sana, bonita”. Roberto Antonio se preocupaba por el costo de fumigación, pero rara vez decía algo sobre los riesgos a la salud. Percibía más peligro en permitir que las plantas crezcan sin fumigación. Elena fue más circunspecta, observando cuándo y dónde Roberto Antonio y sus vecinos fumigaban. Ella recogió las hojas exteriores de repollo para dar a los animales de comer y no quiso alimentarles con las hojas recién fumigadas. Ella comentó a menudo “¡qué fuerte este remedio!”, cuando los olores flotaban en el aire libre del patio.⁵

En 1996, Roberto Antonio pudo vender repollo maduro de una parte pequeña de la huerta por la suma de 130.000 pesos. Tuvo una

suerte inesperada por una siembra pequeña y Roberto Antonio dividió la mayoría de las ganancias entre los hijos más jóvenes: Liliana consiguió 30.000 para su traje de los quince años; 20.000 para Daniela, quien compró zapatos de tacones altos; 20.000 para el hijo Jesús y sus zapatos tenis; 20.000 a María, quien compró los jeans y 10.000 al hijo de Elena, quien lo guardó en su cuenta bancaria. Las ganancias de la huer-ta así se transformaban inmediatamente en las modas y fiestas modernas de la juventud.⁶

Poco después que Roberto Antonio vendió repollo, el precio cayó drásticamente. Precios más altos estimulan a la gente a sembrar cierto cultivo y ésto puede llegar a una sobreoferta. A finales del año, el repollo se pudría detrás de la casa. Mientras tanto, los precios de las papas subieron el doble de antes.

Tales cambios bruscos de precios son maldiciones para los planificadores y aquéllos que desean una agricultura mecanizada en base de precios estables. Un periódico nacional se lamentó durante una subida del precio de papa, “resulta, por lo menos paradójico, que las proyecciones más sofisticadas de los técnicos del Emisor se desbaraten por el precio de un tubérculo” (*El Tiempo*, 1998). Elena era menos pesimista. “Aquí *todo* es así”, dijo ella sobre los cambios de precios, y recontó muchos productos agrícolas que variaban en precio, subiendo y bajando “por tiempos”. Cuando el precio de las papas subió y una mujer se quejó que las papas estaban tan escasas que fue necesario “saca del almuerzo para la merienda”, Elena le contestó “más caro, más come en la casa”.

Como digo en la parte siguiente, es esta incertidumbre que permite a los propietarios del minifundio controlar la producción y comercializar el repollo. Al mismo tiempo, la subida de precios de las papas a niveles anteriormente no imaginados, causó a la gente responder con un sentido de injusticia. Oscar Cisneros se describió comprando doce papas por el precio que una vez pagó por un bulto y su hermana Liliana se unió “no es justo”. Aun Elena se tornó más mesurada cuando los precios subieron. “Es bueno que esté caro, pero no *tan* caro”, dijo. Ella recontó que anteriormente compraba un bulto de papas, con la “gruesa para nosotros” y las pequeñas para los puercos, pero “ahora las pequeñas para nosotros, los puercos”.⁷

Con el precio de las papas en la mente de todos, la subida de precios de 1996 era precisamente el tiempo en que Roberto Antonio dijo que quiso sembrar papas en la huerta. Esto no era tan normal y divergió del repollo que Roberto Antonio usualmente sembraba. Aunque las papas era la cosecha más importante en Túquerres, no los encontré cultivadas muchas veces en la huerta.⁸

Unos días antes de sembrar, Jairo le preguntó a su padre si estaba sembrando las papas para hacer dinero. Roberto Antonio lo negó y dijo “la plata no interesa, que haya en la casa”, pero mencionó cuánto ellos tendrían que gastar para comprar papas si él no los sembrara. Las relaciones de mercado y decisiones de precios se entrelazaban así incluso con la huerta y una cosecha destinada “para la casa”. Roberto Antonio estaba muy consciente del costo de oportunidad por sembrar las papas, sobre todo después de su reciente suerte inesperada con el repollo. También consideraba cuánto tendrían que gastar en la plaza del mercado si no sembraba papas.

Al mismo tiempo, esta conversación no puede reducirse simplemente a valores monetarios y cultivos que “tienen un valor de intercambio sin ser intercambiados” (Chevalier, 1982:118; Bernal, 1994:801). Las papas de la huerta pueden ser una manera de evitar los precios altos del mercado, pero Roberto Antonio gozó con decir que no podrían encontrar en el mercado las tres variedades que pensaba sembrar; relacionó la historia de cada variedad, incluso una que un amigo “robó” de Venezuela. Roberto Antonio dijo que las papas eran todas “mejor que la Parda”, la variedad predominante del mercado (ver Mayer y Glave, 1999:355-6). Roberto Antonio enfatizó cómo eran, “qué lindas”, “qué rica, más sabrosa” que la variedad parda.

Cuando Roberto Antonio empezó a sembrar las papas un domingo, él casi insistió demasiado en sus cálculos y cuantificación de tiempo y espacio. Sabiendo que su propia mano tenía una medida de 22 centímetros, él pidió mi esfero para marcar una vara en 100 y 140 centímetros, la medida para separar los “huachos” de las papas. También declaró que su tierra no tenía 36 metros al largo, como me informó, sino “cuarenta y tres metros con setenta centímetros”. Nosotros medimos una anchura de 18 metros entonces, con la vara recién hecha.

Un radio ruidoso de la casa vecina anunció la hora, “ocho y tres minutos” y Roberto Antonio repitió esta observación.

Luego Roberto Antonio empezó a calcular el dinero que gastaría en la huerta y como eliminar los “microbios”. Sugirió inicialmente “alcanza veinticinco mil pesos que gasta” para la dolomita, dos fumigaciones y dos fertilizaciones. Estimando entonces que gastaría 15.000 sólo en la segunda fumigación, revisó el precio a 38.000 pesos. Después de abrir el primer huacho, Roberto Antonio declaró “cuarenta mil pesos gasto aquí. En el repollo gasté 12.000 y gané 130.000”. Desenterró un insecto y lo tiró al perro y dijo que después sería necesario fumigar contra este tipo de insecto. Explicó las ventajas de la dolomita que estaba echando en la tierra recién picada y explicó que dio “calcio a la tierra”, era un “abono”, y “mata todo microbio, la dolomita”. Él recién empezó a usarla; entonces la dolomita era “nueva” para la huerta.

Jairo estaba durmiendo y Roberto Antonio me dijo “no debe pensar que Jairo es mala persona. Es buena persona. No le interesa trabajar aquí. El no más era de hacer las cosas aquí, es para él”. Jairo estaría yendo para Medellín al mes siguiente y Roberto Antonio parecía decir que aunque Jairo debe estar involucrado en los cultivos, su preferencia personal de no sembrar no significaba que fuera una persona mala. Cuando Liliana llegó para decir que venga a tomar el café de la mañana, Roberto Antonio dijo: “levanta a Jairo para trabajar”. Su tío le había contratado para hacer los papeles a máquina para el Sindicato de Pequeños Comerciantes, prometiéndole 5.000 pesos, que sumaba más de lo que Roberto Antonio ganaba en un día de trabajo agrícola. Elena contradijo que el trabajo era “para mañana, deja que duerma”. Pero en este momento, Jairo entró a la cocina.

Jairo entonces sorprendió a Roberto Antonio cuando en vez de hacer los papeles, salió para sembrar. “¿Vas a sembrar?” Roberto Antonio lo preguntó. Dando a Jairo una canasta de papa-semilla, aconsejó ponerlas “todito de dos”. Jairo empezó a sembrar, pero inmediatamente cuestionó las acciones de su padre. “¿No es de más profundo?” preguntó a su padre, y otra vez indagó “¿mayor?”, pero Roberto Antonio no le contestó.

Luego Roberto Antonio le dijo a Jairo que debía juntar un poco más el espacio entre la semilla. “Esta medida, cerrarla”, él dijo, mostrando el huacho que ya sembró. Jairo continuó sembrando a espaldas de la guía, sin mirar las papas que su padre sembró. Como en el epígrafe, Jairo dijo que era *científico* y que él hizo lo que estaba “científicamente comprobado” en contraste con la *tradición* de Roberto Antonio.

Roberto Antonio podía aceptar la clasificación de Jairo de ser tradicional. Roberto Antonio ya declaró que no estaba sembrando papas para hacer dinero, sino para su familia y para la casa; él muchas veces favoreció la preservación de valores tradicionales. Él habría podido defender la tradición, avocando un tiempo nostálgico de salud natural y abundancia antes de la influencia corrosiva del dinero y de los químicos. Por otro lado, Roberto Antonio también habría podido insistir que fuera efectivamente científico. Usaba muchos cálculos y medidas, utilizaba fertilizantes y fumigaciones químicas y recién empezó a usar el nuevo ingrediente de dolomita. Sin embargo, escogió un término fuera de esta polaridad que enfatizó a su propia gestión, conocimiento y selección.⁹

La afirmación de Jairo, por supuesto exagerada, de ser científico, dependía en su educación. Pero en realidad, en Túquerres, una aplicación específica de ciencia a la agricultura fue casi imposible: la mayoría de las instituciones escolares no tenía componentes agrícolas. Había sólo un “Colegio Agrícola”, que era más agrícola por su nombre que en las clases actuales. Además, los maestros en este colegio también usaban los mismos polos de la ciencia y la tradición, descartando el conocimiento y experiencia locales. En una clase, la agrónoma les preguntó retóricamente a los estudiantes, “Ustedes, ¿por qué están aquí? ¿Para continuar con la misma agricultura tradicional?”. Los estudiantes dijeron que no, y que querían “avanzar”. Ella daba clases sobre el cultivo de rosas, una industria de exportación importante alrededor de Bogotá y de Quito, pero no pertinente a Nariño. Cuando le pregunté a uno de los estudiantes sobre la utilidad de la clase, él lo descartó y dijo “¿a quién compra?”. Le pregunté entonces si sería mejor tener una clase sobre el cultivo de papas, pero el estudiante contestó “todo el mundo sabe”.

En la agricultura, Jairo no tenía ni ciencia ni experiencia y mucho menos tenía la tradición. Mostró esta inexperiencia cuando preguntó si las papas estarían listas para cosechar en tres meses, cuando es de conocimiento común en Túquerres que las papas requieren seis meses. A pesar de su conocimiento limitado, sin embargo, Jairo dirigió la última parte del trabajo. Cuando a Roberto Antonio se le acabó la semilla de papas, Jairo le dijo que comprara un poco más a un vecino. Roberto Antonio se fue y volvió con una canasta de semilla de papas pardas, la variedad más común del mercado, pero se resistió a sembrarlas. “Poca me gusta esta papa”, dijo, mencionando que podría conservar la tierra para un “semillero” de repollo. Jairo insistió, que sembrara las papas parda y dijo a su padre que “no come pues”.

En esta y otras discusiones, Roberto Antonio mostró que no conformó al estereotipo del patriarca dominante quien es el rey del minifundio y de la familia.¹⁰ Dio varias órdenes y comentarios, pero sus hijos las disputaban o las ignoraban. En lugar de insistir, Roberto Antonio dejaba que los hijos siguieran su curso. En lugar de crear un ambiente donde los hijos deben salir de la casa para ser independientes, Roberto Antonio quería que ellos se quedaran, aún cuando no ayudaban en su trabajo agrícola.

En su resistencia a sembrar la variedad común del mercado, Roberto Antonio también declaró sobre la manera que mantenía su huerta. El vecino sembró su tierra entera con un cultivo vendible a la vez, como repollo, zanahoria o papas, y lo cosechó, y entonces sembró otro cultivo vendible. Por mantener la simultaneidad variada de usos, Roberto Antonio no quiso que se usara la huerta sólo para el ingreso o para sustituir los productos comprados.

Para tener una huerta variada, debía también mantener una variedad de animales. Elena y sus hermanas tenían la responsabilidad principal por el puerco, los conejos, pollos y cuy. Aquí también, las tecnologías de la modernización se usan sin hesitar, como los químicos que matan parásitos y la práctica del cálculo e intercambios monetarios. Las ganancias de ventas de animales van directamente a los jóvenes y las apropiaciones de lo moderno como elemento esencial de las fiestas. Sin embargo, Elena también se resistió a una incorpora-

ción más completa de la ciencia en la huerta, escogiendo seguir su experiencia práctica.

Elena se preocupaba de los cerdos en la instalación de cemento. Aunque todas las hermanas contribuían a cuidarlos, ellos no los poseían en forma colectiva. El hijo de Elena era el dueño oficial del cerdo, que compró originalmente con las monedas guardadas en una hucha en forma de cerdito que rompieron para comprar su primer puerco. Elena trataba de comprar puercos pequeños, engordarlos con los residuos de la comida durante unos meses y entonces venderlos. Ella usó las ganancias para comprar cuadernos, libros, zapatos y uniformes para la escuela de su hijo y el resto para otro cerdo que empieza el ciclo de nuevo. En 1996, Elena también compró un cerdo “a medias” con su hermana María. Ellas lo donaron a la fiesta de los quince años de Lilianna. También compró un cerdo a medias en 1997, pero no tuvo la misma suerte con puercos que tuvo el hijo de Elena.

Elena a veces compraba los cerdos de sus vecinos o en el mercado de animales en Túquerres, pero en 1996 empezó a viajar a Cumbal, un pueblo pequeño en la frontera ecuatoriana, para conseguirlos menos caros. Elena estimaba que comprando un cerdo en Cumbal podía ahorrar 10.000 pesos. Este viaje era difícil; se levantaba antes del amanecer para esperar un amigo comerciante de cerdos. Tenía que aguantar el viento frío del viaje de una hora atrás en el camión. El comerciante no le cobraba transporte, pero el viaje involucraba muchas cosas “feas”: levantarse a la medianoche, aguantar el frío, los huecos en el camino y además el olor, ruido y suciedad de los cerdos en el viaje del regreso. En 1997, Elena tuvo dificultades en convencer a otros familiares de acompañarla.

El comerciante compraba cerdos para venderlos en Pasto la próxima mañana, una transacción rápida para el sacrificio y la comida. Elena tuvo criterios diferentes, tratando de seleccionar un puerco que habría “desarrollar”. Ella le pidió al comerciante que la ayudara a escoger y vinculaba su juicio con su propio criterio: el puerco no debe tener orejas caídas ni demasiado pelo. Otros miraban el posterior o cómo camina. Roberto Antonio dijo que un cerdo con pelo largo y pelo corto se llama un “chancho de dos pelos” y “nunca se desarrolla”. Éstos son los indicadores que usaban para escoger un cerdo que crecerá. Sin embargo, nunca es

cierto. Una vez Elena compró un par de cerdos “hermanos”, nacidos juntos. Ellos se cuidaban en la misma instalación, les dieron la misma comida, pero uno creció y el otro quedó pequeño.¹¹

Cuando los cerdos crecían y necesitaban más comida, Elena compraba los residuos de comida de dos vecinos y una mujer en un barrio vecino. Dos hermanas iban todas las semanas para llevar “agua de chanco”. Elena a veces compraba un bulto de zanahoria o papas pequeñas. También compraba baños químicos para desinfectarlos y medicinas digestivas contra los parásitos. Si todo iba bien, un cerdo podría doblar su valor en cuatro meses, un rendimiento más alto que el banco.

La búsqueda de cerdos buenos aun causó que Elena considerara abandonar los “chanchos criollos” blanco y negro, para conseguir “puercos monos”. Elena los llamó “puercos monos” porque los colombianos usan el término “mono” para alguien con piel blanca o pelo rubio y estos puercos tenían el color blanco-rosado. Ella quiso comprarlos del Colegio Agrícola, suponiendo que “los puercos monos, qué rápido que desarrollan”. El profesor que los vendió llamó a los cerdos “una raza mejorada”, listos para el mercado en la mitad del tiempo de “la raza criolla”.

Luego de una discusión, Elena decidió que el precio inicial estaba demasiado alto y que los puercos podrían enfermarse. Aunque ella estaba dispuesta comprar desinfectantes químicos y comprometer los cálculos monetarios detallados de los chanchos, no trajo los cerdos científicos a la huerta, confiando en su experiencia de escoger y alimentar a los animales conocidos en lugar de experimentar con los puercos monos.

Mientras el chanco normalmente era algo para hacer dinero, relacionado con compras de ropa o gastos de la escuela, los animales más pequeños usualmente formaban parte de las ocasiones especiales como un cumpleaños o el Día del Padre. Para las fiestas, la gente planifica durante meses para obtener los animales correctos. Compra pollos pequeños y los alimenta con concentrado, adquiere una puerca de asar, y especialmente cuida sus conejos y cuyes. Los animales de la casa pueden rebajar los gastos de una fiesta y las personas decían que los animales caseros son más sabrosos que los comprados.

Foto 9a
Cuidando los conejos



Foto 9b
Un baño contra los parásitos



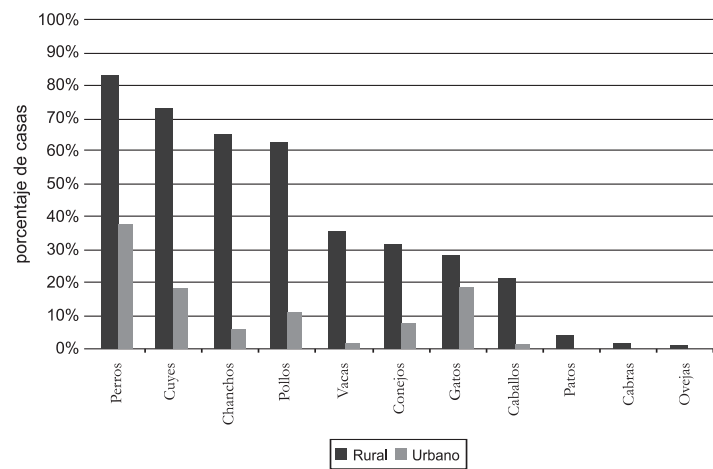
Mis encuestas muestran que tener una variedad de animales, especialmente los animales grandes, prevalecía mucho más en el área rural que en el centro urbano (figura 22). Cuidar una huerta con plantas y animales era una señal de vivir en el campo, de ser un campesino. La huerta es la esfera de control y mando de la casa. Las elites urbanas declaraban que tales parcelas eran lugares de la tradición y la subsistencia. En contraste con este estereotipo, esta discusión muestra que la huerta se enredaba profundamente con las tecnologías agrícolas de fumigación y los baños contra los parásitos, el cálculo monetario, el mercado y la apropiación de artículos modernos de modas y fiestas. Sin embargo, las personas no hablaban de las actividades en la huerta en términos de ciencia o tradición, sino por una categoría de experiencia. La huerta también daba la idea de refugio de los aspectos modernos indeseados, como el trabajo asalariado incierto o el anonimato blando y falibilidad de cosas compradas en las tiendas.

Íntimo trabajo asalariado para aparceros capitalistas

En gran parte, la producción agrícola en Túquerres se hacía a través de acuerdos “a medias” o el íntimo trabajo asalariado de “ayudar” a un pariente o vecino. Aunque estos arreglos pueden sugerir relaciones de aparcería arrendataria o la proletarización del trabajo agrícola, tales glosas realmente no son muy útiles para describir estas actividades que se semejaban más a los procesos de labor campesino. Como en la huerta, los agricultores usaban las tecnologías de fertilizantes y fumigantes químicos, así como el cálculo monetario sofisticado. Las ganancias eran igualmente atadas a los artículos modernos de la casa, y a las plazas del mercado regional. La incertidumbre y las fluctuaciones de precios, tan condenadas por los finqueros grandes y planificadores de desarrollo, permitían el control del minifundista sobre estos productos y mercados.

El acuerdo “a medias” era un contrato de aparcería muy común. Los elementos básicos de un contrato a medias son la semilla y la tierra: una persona aporta la semilla y el otro aporta la tierra. Otros elementos, como los costos de labor, fertilizantes y fumigaciones pueden ser divididos de diferentes maneras. En algunos contratos, los costos monetarios

Figura 22
Animales por casa



Esta figura, compilada en mis encuestas, muestra los animales favorecidos y su concentración relativa en áreas rurales. Mientras la estructura de la casa de los Cisneros es típica del centro urbano, su cría de perros, cuyes, chanchos, pollos, conejos y gatos es más típica del área rural.

son completamente compartidos, mientras en otros contratos una persona provee de los trabajadores y el compañero contribuye con los fertilizantes. En la cosecha, los individuos o el grupo negocia con intermediarios para vender la cosecha y las ganancias son igualmente divididas.

Las relaciones “a medias” se encontraban en varios niveles productivos y se extendían a muchos aspectos de la vida. Algunas personas podían estar a medias dentro de un grupo de parientes o amistades y entonces el grupo entero podía estar a medias con un hacendado. Algunos obreros estaban a medias con un patrón para parte de la cosecha. Los habitantes también tenían relaciones a medias para criar animales, sobre todo los cerdos y vacas (ver Hirschkind, 1988:337).

Para el minifundista, un acuerdo a medias amplificaba la producción independiente. Sembrar a medias era una manera de ser “pa-

trón”. Cuando le pregunté a Roberto Antonio si hubiera sido alguna vez patrón, su respuesta inicial fue negativa, pero luego él especificó que sí era un patrón porque sembró a medias. Las personas que están a medias son los “dueños del trabajo”.

Así una relación a medias que quizás originalmente sugería el arrendamiento subordinado del término “aparcería” [*share-cropping*] ha llegado a ser un sistema sofisticado de contratos a corto plazo. Los compañeros a medias podrían ser parientes o amigos, pero los contratos cambiaron a menudo y también la tierra y los cultivos varían. Claro que hay casos en que estar a medias significa un arreglo entre el propietario poderoso y el arrendatario servil, pero en general los contratos a medias eran similares a lo que David Lehmann describe en la provincia ecuatoriana vecina de Carchi: contratos a corto plazo que diversifican el riesgo climático en el espacio y el riesgo del precio en el tiempo (1986a:338).

La idea de que la aparcería es un contrato entre un compañero más rico que posee la tierra y uno más pobre que no posee la tierra no es consistente con nuestros datos... Los contratos nos han obligado a escribir de aparcería en este contexto como asociación capitalista en lugar de una forma de arriendo. (1986a:342, 351)

El patrón de Roberto Antonio, David Díaz, sembraba en la tierra de su familia y a través de contratos a medias para producir repollo, coliflor, zanahoria y de vez en cuando papas. David vivía en el callejón más abajo, más hacia el campo que los Cisneros y en la frontera extrema del barrio intermedio. Roberto Antonio dijo que en lo que se refiere a posesión de tierras, David sería clasificado como “pequeño” productor, pero a través de sus contratos a medias él llegaba a ser “grande” o por lo menos “mediano”.

Cuando comenté a David que su trabajo como patrón no parecía tan diferente de lo que Roberto Antonio hizo como “peón”, David lo afirmó y dijo que lo prefirió así; no quiso ser un patrón que simplemente se sentaba a leer “el Miami Post y Telégrafo”. En esta declaración David indicó que había hacendados que podrían usar sus tenencias para disfrutar de una vida fácil, sin preocuparse por la pro-

blemática local. David, sin embargo, se describió como un hombre activo e involucrado.

La producción de repollo a medias en muchos casos no era tan diferente que la huerta. Incluso podía tener una extensión de la huerta a la parcela más grande, cuando Roberto Antonio guardaba sus semilleros para que David pudiera comprarlos y sembrar un lote grande de repollo (ver Edelman, 1992:158). Después de que se transplantó el repollo, el riego y la fumigación también eran similares a lo que hacían con las plantas en la huerta. Cuando Roberto Antonio preparó una de las parcelas de David para sembrar, me avisó para mirar “nuestro modo de trabajar”, usando el cuto ágilmente para quitar la hierba sin afectar la tierra humus. Roberto Antonio describió sus acciones con las mismas palabras que usó en su propia huerta, llamándolo un “trabajito” o “divertido”.

Cuando acompañé a David para cortar repollo, él ofreció su opinión sobre la agricultura respecto a otros lugares. Dijo que la agricultura en los Estados Unidos es “toda maquina, maquinaria, más produce pero menos trabajo”, en contraste con los países como Colombia, Ecuador, Perú y “todos los países latinoamericanos” que estaban recién empezando a desarrollarse, con “poca industria”. David comparó sus actividades con las fincas mecanizadas del norte de Colombia, considerando sus propias prácticas atrasadas en comparación con estos lugares, pero más avanzadas que la gente amazónica, “más atrasados que nosotros, los últimos nómadas de Colombia”. David vio un programa en la televisión sobre ellos y describió que vivieron de “la cacería” y tenía “plumas” en la nariz.

Él estaba listo y dispuesto a aplicar la tecnología a sus cultivos, como un motor para el riego, que compró en Pasto. David y Roberto Antonio también fumigaban pronto contra la maleza y su manejo de los químicos burlaba las instrucciones del paquete. Ellos no llevaban guantes, ni los pantalones especiales de trabajo ni botas, recomendados por el paquete químico. Desatendieron las advertencias contra comer y fumar, ni seguían la recomendación de bañarse con jabón luego de fumar. Mientras se pueden atribuir tales acciones, en parte, a la pobreza, había también un elemento de aceptación de la fumigación quími-

ca como buen “remedio”, que no conllevaba los peligros que me preocupaba mientras observaba el día laborable.

En 1997, Roberto Antonio trabajaba para David siempre cuando tuviera trabajo. Aunque David contrató a otros obreros, de vez en cuando, Roberto Antonio en general trabajaba sólo, porque David en la mañana cortaba repollo para el mercado. Roberto Antonio dijo que la gente todavía le pedía que sembrara a medias en sus cultivos, pero él usualmente no lo aceptaba. Dijo que alguien puede “perder” en los cultivos a medias y dio el ejemplo de las papas sembradas en la huerta que fueron entonces arruinadas por una helada nocturna. Roberto Antonio lo llamó “trabajo en vano, veinte mil pesos como nada”, y una demostración de lo que podría pasar en escala más grande.

Este trabajo asalariado íntimo le dio un ingreso relativamente seguro a Roberto Antonio, así como mucho control de las rutinas de trabajo. Roberto Antonio trabajaba cerca de la casa y dijo que pudo “enseñar” a David a empezar el trabajo más por la mañana que en otros trabajos. Roberto Antonio también tenía la responsabilidad de dirigir a cualquier obrero adicional y sus sugerencias fueron consideradas como parte de la unidad. La gente muchas veces dijo que este tipo de trabajo es “ayudar” a un vecino o pariente. Aunque recibió un sueldo, Roberto Antonio compartió los altibajos de un negocio familiar; comió el almuerzo con la familia cuando tuvo trabajo, pero se despidió cuando no había nada que hacer.

Roberto Antonio trabajaba hacía siete años para un hacendado más grande. Él describió el cambio así: “es mejor para las hijas. No tienen que ir a dejar el almuerzo; está lejos, por este hueco y peligroso porque hay muchos marihuaneros. Aquí es café a las nueve, almuerzo, y café a los dos y no hay peligro por las chiquillas”. En esta declaración, Roberto Antonio sintetiza cómo trabajar lejos, en un ambiente no familiar, es peligroso para las hijas. La amenaza de “marihuaneros”, es propio del deterioro social y la violencia generada por los tiempos modernos.¹² Quedándose más cerca de la casa y de la huerta, las muchachas podrían disfrutar de una casa moderna sin los peligros sociales.

Tal trabajo asalariado íntimo, normalmente se pagaba menos que el trabajo para un patrón terrateniente. Roberto Antonio dijo que

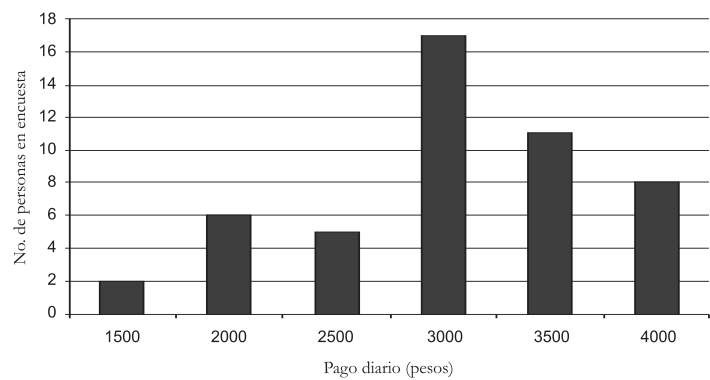
rechazó un trato especial de su patrón viejo para obtener más dinero que recibía de David. Otra mujer que trabajó para un grupo de hermanos y hermanas, algunos de sus parientes, entendió que pudiera ganar más en otra parte, pero allí podía reírse con las primas. Trabajar en un ambiente donde las personas están “ayudando” era parte de un día laborable más amable, con menos conflictos y quejas. Estas consideraciones influyen en la variación relativamente alta de tasas de pago en Túquerres, en mis encuestas de 1997 (figura 23). Mientras la mayoría de las personas indicó un sueldo diario de 3.000 pesos, que estaba cerca del promedio, había variación pronunciada de la norma. Tres mil pesos funcionaban más como la línea límite: sería extraño para aquéllos que hacían un trabajo asalariado íntimo, ganar más de tres mil pesos, y nadie trabajaría para un patrón terrateniente por menos de tres mil.

Los acuerdos a medias y el trabajo asalariado íntimo no eran, por consiguiente, tan diferentes de un proceso de labor campesino. Al mismo tiempo, apenas había un “intercambio” de labor y los ritos de este intercambio famosos de la antropología andina estaban ausentes de Túquerres. El parentesco y la amistad, no obstante la relación, fue marcada por el cálculo sofisticado en valores monetarios. Como David Lehmann informa de la provincia vecina ecuatoriana,

Carchi exhibe lo que podría ser llamado la comercialización de relaciones familiares. Contra el ejercicio autoritario y arbitrario de autoridad paternal que parece prevalecer en el modelo de Chayanov de economía campesina, el escenario ofrecido aquí es de una finca familiar en la cuál ciertos mecanismos existen para nivelar los ingresos de los miembros individuales con sus aportes... Cuando los hijos salgan de la escuela, ellos no trabajan gratis en la tierra de su padre; más bien, los hijos trabajan a medias con él. (1986b:621)

Así los contratos a medias y el trabajo asalariado íntimo, mientras se semejan a procesos de labor campesino, eran muy invertidos en la tecnología y el cálculo. Había un uso increíble de fertilizantes y fumigantes químicos, así como cualquier otra tecnología disponible, junto con el cálculo monetario sofisticado de contratos y relaciones. Finalmente, debe percibirse que las ganancias de estas actividades, si no son

Figura 23
Sueldo diario agrícola, 1997



reinvertidas, normalmente se iban directas al hogar “moderno”, era porque Roberto Antonio recibió un sueldo regular para que él pudiera hacer los pagos regulares del gas y la electricidad y pagar el costo de la instalación del teléfono. A pesar de estos vínculos claros con la modernización, Roberto Antonio y David describieron lo que ellos hicieron, como su modo particular de trabajar, un conjunto de prácticas entre los nómadas bárbaros amazónicas y las fincas mecanizadas del interior colombiano o de los Estados Unidos.

Normalmente, los agricultores con contratos a medias tenían vínculos estrechos con los mercados regionales. Esta conexión era muy evidente con David Díaz, cuya madre vendía repollo en el mercado regional del por mayor en Ipiales. David no producía repollo suficiente para los tres días semanales del mercado y entonces compró repollo de otros agricultores para el mercado. “Directamente, no vivo de la agricultura”, dijo David, sí pero del “negocio” que rindió ganancias más regulares y fondos para invertir. De hecho, el trabajo agrícola de David derivó más de sus actividades familiares en el mercado, que viceversa.¹³

Las negociaciones entre productores y vendedores a veces duraban varios días. Los productores empiezan con precios ridículamente

altos y los vendedores empiezan igualmente con los bajos, como si cada uno pensara que el otro fuera ignorante del precio actual. Aunque David era un productor, dijo que otros agricultores se portan como “locos” o “borrachos” cuando citan altos precios iniciales. David empezó ofreciendo 100.000 pesos por una parcela de repollo mientras los dos productores con un arreglo a medias quisieron 350.000. Él subió entonces a 120, 140, 150, y se detuvo en los 160.000. Los productores dijeron que no aceptarían menos de 200.000 y cesaron las negociaciones, pero al día siguiente ellos cedieron. David dijo que cuando los precios son altos, la cosecha podría estar en 700.000. El precio se fijó “según el mercado”.

Al principio estas negociaciones me dejaban perplejo, porque parecían contradecir el estudio convincente de Jennifer Alexander sobre los mercados javaneses rurales que detalla la negociación como una manera de averiguar información (1987:190). En un campo de repollo en Túquerres, ambos participantes parecen informados sobre los precios del mercado y el producto. Sobre todo cuando se compara con la negociación abreviada en el mercado, entre una vendedora bien informada y el comprador potencialmente mal informado, la negociación prolongada en el campo parece curiosa. Pero al acercarse la situación, es claro que ningún negociador pudiera informarse completamente sobre la simultaneidad de plantas cultivadas y cosechas en la región. Era un lugar de incertidumbre y volatilidad, incluso para la gente enlazada con el mercado.

La incertidumbre y fluctuación de precios son maldiciones para los finqueros grandes y los planificadores de desarrollo, quienes pintan el mercado como caótico y desorganizado. Smith habla de “la falta de pesos y medidas estandarizados y el sistema caótico de mercado que sigue, como la noche sigue el día, tales defectos en la organización de la economía” (1967:168). La familia Díaz tenía historias horribles de tirar repollo por una quebrada después de sus esfuerzos repetidos por venderlo. Éstas eran las situaciones cuando en esta cosecha esencial del minifundio “no hay mercado”. En el escenario global de la agricultura en Túquerres, el repollo y la coliflor fueron insignificantes: si un hacendado grande decidió dedicar sus tenencias a repollo, destruiría el mercado para todos. Sin embargo, era esta insignificancia e incertidumbre la

que garantizaba que permaneciesen en la influencia de las huertas y contratos a medias en pequeña escala.

Las demandas físicas de vender en los mercados regionales eran inversas al horario laboral agrícola. La mayoría de los camiones con productos y vendedores se iban un poco después de la medianoche. Una vez que llegaron los camiones, todavía en horas antes del amanecer, los vendedores tuvieron que asegurarse de que los hombres cargueiros habían puesto su carga en el lugar correcto. Había un rato de calma para agruparse alrededor del fogón de un vendedor de comida, pero el tiempo de vender repollo era en la madrugada. Las observaciones de Roberto Antonio, que antes de las siete el repollo es “vendido y revendido hasta dos veces”, sólo son un poco exageradas, porque el repollo pudo pasar por uno o dos vendedores antes de alcanzar al comprador final. Los vendedores reunían una variedad de productos de la región montañosa-fría y viajaban a un mercado de la tierra baja-caliente para venderlos, regresando entonces con productos de la tierra baja a los mercados de la región montañosa. El sistema del mercado regional integraba los nichos ecológicos de la producción agrícola, según la variación de altitudes y el clima correspondiente.

En el mercado regional, el repollo y otros productos fueron vendidos primero por lote, luego por el bulto y al final por cabeza. No usaban los pesos estandarizados y hubo una abundancia de números y términos de medida. Los vendedores sabían que esto era particular de su región: “en Cali, vende repollo por libra”, comentó David. Él cortó un pedazo de repollo y dijo “allá vende así esto. Aquí regala”. Allí una mujer llegó y le pidió un repollo y David le regaló dos cabezas. Aunque David era uno de los calculadores y negociadores más agudos en el negocio de repollo, también mostró que no iba a pesar cada libra de repollo para extraer ganancia; las medidas y prácticas particulares de mercados regionales ofrecía refugio del peligro urbano de morir de hambre.

La gente hablaba de sus actividades en los mercados regionales como su “negocio”, y algunos habían estado haciéndolo durante más de cincuenta años. Estas actividades requieren mucha previsión e inteligencia y alabar estas habilidades repetirían una amplia literatura

de mercados campesinos (ver Bromley, 1976:112). Sin embargo, en general los vendedores pensaban que su negocio era simplemente su práctica particular y no indicativo de las ventas comerciales modernas. En un viaje con vendedores al mercado de Ancuya, en la tierra baja, un hombre bullicioso empezó a decir que la inteligencia norteamericana era equivalente a “cincuenta o cien cabezas de nosotros” y que los colombianos eran “burros”. Refuté a este comediante, evidentemente inteligente, que sus prácticas del mercado requirieron mucha habilidad e inteligencia. Los vendedores estaban de acuerdo, pero la llamó “nuestra propia inteligencia” y un hombre aun la llamó “malicia indígena”.

Estos términos para describir el mercado son similares a los esfuerzos de describir una perspectiva entre los polos de intercambios tradicionales y el capitalismo comercial. Su discurso enfatizó su propia experiencia y gestión. Un punto similar es evidente en la historia de un hombre joven que intentó vender en el circuito del mercado regional pero después de unos meses lo dejó para trabajar en un camión de Coca-Cola. Él se quejó que el mercado estaba principalmente basado en la “suerte” y que los comerciantes usaban “brujería” para mejorar sus ventas. En el camión de Coca-Cola, disfrutaba de un sueldo fijo surtiendo este producto que representaba la quintaesencia de lo moderno. Sin embargo, él enfrentó a dueños de tiendas que esperaban precios negociables y no aceptaban sus afirmaciones de que él les dio “precios de empresa, ni más ni menos”. Después de un rato, describió este trabajo como “barato y muy forzado”, y lo resintió que la gente lo viera como trabajo lucrativo.

Así el mercado de cultivos de la huerta, de los arreglos a medias en pequeña escala y del íntimo trabajo asalariado, era principalmente a través de las personas que estaban involucradas en la producción o que tenían lazos del parentesco y amistad. Para muchas de las elites, el mercado era un símbolo de atraso desorganización (ver capítulo 6). Pero para los vendedores, era un trabajo de su propia gestión, experiencia e inteligencia. Los negocios son un ejemplo de cómo los vendedores valorizaban los procesos de labor agrícola en el mercado campesino.

Peón y patrón

Además de las huertas, los arreglos a medias y el trabajo asalariado íntimo, había el terrateniente más grande: el patrón que produce a través del trabajo de los peones. Estos términos de “patrón” y “peón” sugieren una relación duradera que no es igual a la definición de un proceso de labor campesina. De hecho, muchos patrones terratenientes empleaban a peones para producir papas que se iban directas en los camiones para los mercados colombianos urbanos, desviándose de los mercados regionales.

Al mismo tiempo, muchos patrones subieron a su posición desde los arreglos a medias exitosos y trabajando en los mercados regionales. Mientras ellos han llegado a ser los patrones, no han mantenido su posición desde siempre; normalmente lograron su estado a través de aplicar las mismas tecnologías y cálculos observados en la huerta.¹⁴

Como mencioné en el capítulo 1, el estudio de Nariño de 1959 glorificó a los finqueros medianos por su capacidad de lograr la agricultura capitalista (Cháves, 1959:15). Sin embargo, en los años noventa, los patrones medianos en Túquerres parecían confinados por su incapacidad de lograr la mecanización y su dependencia continuada de los obreros con acceso a los procesos de labor campesina. Más que otros agricultores, ellos confesaban un deseo para conseguir más ciencia y tecnología, mientras denigraban el atraso de sus obreros. Pero a pesar de sus declaraciones ostentosas, ellos también dependieron en su propia experiencia y de la de sus obreros para producir.

Los peones mismos definieron el carácter moderno del jornal, un contrato delimitado en tiempo y sueldo, como su triunfo, como su manera de insistir en su propia independencia y “derechos”. Por otro lado, ellos también tenían la recurrencia de las imágenes del “buen patrón” como alguien que ayuda al obrero a producir independientemente. En los años noventa, los obreros disfrutaron de una subida en los sueldos promedios mientras continuaban con los arreglos a medias y la producción en pequeña escala.

Los patrones tenían bastante tierra para una rotación de cultivos y ganado, pero no bastante tierra contigua para convertir su operación a una finca lechera. Estos agricultores no se metieron con el re-

pollo, la coliflor, los frijoles o fava. Sus decisiones eran si debían sembrar zanahoria, trigo o papas, y calcular cómo estas siembras afectarían su pasto y su ganado.

Para estos productores medianos y la economía de Túquerres en general, la papa seguía siendo la cosecha más importante. Vale la pena explorar los cultivos de papas en Túquerres, esta cosecha “tradicional” que llegó a ser la fuente de esperanza y riqueza, pero también de la desilusión y la desigualdad. El ciclo de papas se ilustrará con la narración de las actividades de Miguel Benavides, el patrón anterior de Roberto Antonio, y Arturo Arciniegas, un patrón con aún más tierra y recursos.

Antes de sembrar las papas era necesario pensar en la calidad de la tierra. Miguel y Arturo tenían tierra suficiente para descansar algunos lotes y para dejar algunos con pasto. Tierra sin siembras por dos años es “tierra descansada”, listo para sembrar, que “solo los ricos tienen”. La gente llamaba la tierra descansada por cuatro años “terreno nuevo”, que era una rareza en Túquerres, “casi no hay”. Era un dicho común que “terreno nuevo” debía sembrarse con papas, porque las papas servían para “aflojar tierra” y hacerlo adecuado para cultivos subsecuentes de maíz, trigo o pasto mejorado. Uno de los obreros de Miguel dijo que Arturo era “bruto” por no sembrar una parcela de terreno nuevo con papas, ignorando la experiencia práctica.

Arturo escogió sembrar esa tierra con trigo. Él bien supo el dicho, pero no tenía las papas de semilla en ese momento. Arturo puso valor especial en controlar cada fase de la producción y del mercado y, entonces, no tener su propia semilla fue razón bastante para sembrar “terreno nuevo” con trigo. En contraste, Miguel informó que gastó la suma formidable de 500.000 pesos para sembrar una parcela de dos hectáreas.

En su decisión de sembrar papas, Miguel debía tener en cuenta a sus compañeros a medias que aportaban el capital vital a la operación. Casi no había agricultores medianos en la zona rural que recibieron créditos bancarios, aunque algunos mencionaban que antes tenían los préstamos de la Caja Agraria. En 1997, los agricultores descartaban la Caja Agraria: “rato que no presta”. Los patrones no podían confiar en los préstamos oficiales de las instituciones y debían movilizar el capital

a través de parientes y arreglos a medias; no era raro para un patrón y peón estar a medias en parte de una parcela sembrada.

Arturo, con su prioridad en el control sobre sus operaciones, no sembró a medias. Arturo era dueño de catorce lotes distribuidos en un área grande del campo. Muchos antropólogos, sobre todo en los Andes montañosos, han descrito como ventaja las parcelas esparcidas sembradas con cultivos diferentes, como manera de limitar los riesgos a cualquier parcela a través de la diversificación del microclima. Sin embargo, Arturo lo vio como desventaja, una consecuencia de empezar como comerciante humilde del mercado regional, quien gradualmente adquirió terrenos. Dijo que su intención era consolidar sus tenencias, pero siempre se bloqueó por derechos de herencia o por no tener el dinero en el momento propicio. Arturo indicaba varios lugares y dijo que “hace veinte años, un solo dueño”, pero ahora dividido en “tratazos” por los minifundistas, haciéndolo difícil unir las propiedades.

Miguel y Arturo usualmente usaban dos o tres variedades de semilla en secciones diferentes de la misma parcela. No obstante, Túquerres apenas era un depósito de variedad genética; tal vez el 90% de la producción era “Parda Pastusa”, una papa grande destinada al consumo inmediato. Desarrollado por el ICA, el Instituto Colombiano Agropecuario, en los años setenta, Parda es una “variedad mejorada”, perfeccionada para las alturas y de rendimientos altos. Requiere mucho fertilizante y pesticidas y no se puede conservar mucho tiempo.

Con el uso de semillas del ICA, el horario anual de siembras cambió. Los habitantes dijeron que antes sembraban y cosechaban las papas dos veces cada año, en junio y diciembre. Luego de estas semillas, se podía sembrar y cosechar las papas todo el año. Mientras los agricultores siempre intentaban pensar en el clima y en las fases de la luna, la mayoría de las personas admitió que esto era difícil de adivinar, sin garantía de éxito. Uno de los miedos más grandes para los agricultores era una helada nocturna que podría destruir una cosecha entera. Anhelando estaciones más definidas, un hacendado se quejó “aquí llueve cuando quiere y hace verano cuando quiere. Y hiela cuando quiere también. Nos acaba de helar aquí y nos dejó sin nada”.

Miguel buscó a Roberto Antonio cuando quiso sembrar papas. Roberto Antonio dijo que tenía “tino”, una habilidad especial de paciencia y experiencia, para trabajar con los bueyes y arar huachos largos y rectos. La siembra se llevó a cabo por mano, similar a lo que hizo Roberto Antonio en su propia huerta. Arturo tenía un tractor viejo, pero es difícil usarlo en las parcelas variadas, algunas de las cuales eran demasiado inclinadas para la maquinaria. Casi no había nuevos tractores; la mayoría de la maquinaria se compró en los años sesenta cuando la Caja Agraria prestaba con tasas bajas de interés.

La semilla mejorada requiere fumigación química para producir. Las papas exigen fumigación contra las moscas, gusanos y ataques de fungosidad. Los agricultores comentaban que tenían que fumigar “cada semana”. No exageraban mucho; la mayoría de los cultivos de papas requerían ocho o hasta dieciséis fumigaciones para llevarlo a la cosecha. Los obreros de Miguel y Arturo usaban fumigadores manuales de mochila para hacer este trabajo.

Este régimen pesado de químicos era un gran gasto para los productores de papas y Arturo a veces sospechaba sobre la necesidad de fumigar. Durante una fumigación, Arturo comentó que “ellos [los trabajadores] dicen que está goteando”, atacado por un hongo que tiñe de negro la hoja y detiene el crecimiento. Arturo no se convenció: “ellos quieren que gaste. Si no gasto, me culpan por cosechar papas pequeñas”. Ésta parecía una justificación extraña por mandar a los obreros a realizar una tarea, pero los obreros le aseguraron que vieron el hongo malévolo. Una vez terminada la fumigación, ellos le preguntaron a Arturo, “sabemos fumigar bien, ¿no?”.

Los obreros me comentaron después que Arturo se había desilusionado al saber que yo no era un “agronomo” que podría darles “instrucciones”. Una vez más, se bloqueaban los pensamientos de Arturo de aplicar la ciencia y tenía que confiar en el juicio y la experiencia de sus obreros para fumigar.

A fines de los años noventa, casi no había consejo técnico independiente en Túquerres. Cualquiera que fuera el alcance de los técnicos del ICA y de la Caja Agraria anteriormente, ellos se redujeron a un personal mínimo. Un artículo del periódico regional lamentó que “el ICA

tiene científicos extraordinarios que, por la afamada descentralización, se encuentran asumiendo labores administrativas” (Mejía A., 1997:10). La solución descentralizada propuesta para la ayuda técnica a los agricultores fue las UMATAs, las Unidades Municipales de Asistencia Técnica Agropecuaria, enfocadas en los agricultores que tenían menos de cinco hectáreas. En la práctica, las UMATAs han sido accesorios financiados por la política municipal, vulnerables al clientelismo y la corrupción. Una mirada a la oficina de las UMATAs en Túquerres mostró una falta de actividad. La funcionaria habló de suministrar “parcelas demostrativas” donde sembraban papas e invitó “a conocer aspectos tecnológicos”, una señal que ellos no estaban dando ayuda significativa. Su panfleto dijo “así que amigo agricultor, no se olvide, nosotros estamos trabajando para su bienestar, en esto estamos comprometidos; pero sin su colaboración y apoyo no podemos lograr nuestros objetivos”, otra perogrullada que apenas enmascaró el sentido prevaleciente entre los obreros gubernamentales de que los indios y campesinos son incurablemente sordos a los consejos técnicos.

Las sustituciones reales a los técnicos del ICA eran los vendedores químicos, algunos, técnicos desempleados del ICA. Uno de estos técnicos anteriores, transformado en vendedor, dijo que “el agricultor está en manos de empresas”. En el uso continuado de las ideas de ser “neutral” y proveer “servicio”, él fomentó el ideal de responsabilidad gubernamental para la modernización agrícola. Pero a pesar de su alabanza del ICA y de la época de la intervención gubernamental (ver capítulo 4), es dudoso que este servicio efectivamente existió para los agricultores de papas de Nariño. Mientras que en algunas partes sí funcionaba, otros agricultores dijeron que el problema no era tanto la falta en general del Estado de ayudar al agricultor, como la falta particular de ayudar a la gente en su región. Un hacendado lamentó:

Asistencias técnicas, nada. Cada quién sabe a su modo aquí. Aquí no hay asistencia técnica, el gobierno no ayuda nada. Eso ni bolas no le paran. Por eso también la producción está malita. Cuando haya asistencia técnica es buena, allá en el Ecuador ya es bien tecnificada. Allá tiene. Allá ayuda, pues, el gobierno, aquí le quitan. Los cafeteros no más. Nosotros jodidos. Esa tecnología, era buena por estas tierras.

Con vendedores, carteleros y propaganda de radio, las compañías químicas agrícolas estaban más cercas a una cultura consumista en Túquerres. Según un vendedor químico, la variedad desconcertante de compañías y productos químicos ubicaba al productor de papas en una “guerra entre casas comerciales”. La lógica de la apertura económica indica que esta competición serviría para rebajar los precios, pero los precios de químicos estaban más vinculados a la tasa de cambio con moneda extranjera y a la dominación del mercado por unas ramas colombianas de corporaciones multinacionales como Rohm y Haas, DuPont, Bayer y Hoechst. Aparte de las pequeñas muestras que los vendedores regalaban como estrategia de vender, la apertura económica neoliberal no redujo los precios de los fumigantes. Es más, los vendedores planificaban sus visitas a sus mejores clientes agricultores para llegar en “la hora de la olla”, cuando una comida estaría ya preparada y ellos recibirían la comida más buena como invitado honrado. Los agricultores entonces subsidiaban las visitas del vendedor de químicos (ver Hirschkind, 1988:344).

Si todo va bien con la fertilización, la fumigación y el clima, las papas están listas para cosechar en aproximadamente seis meses. La cosecha era un evento muy laborioso, trayendo muchos más trabajadores que las tareas de mantenimiento como fumigar o riego. Las cosechas atraían un aumento en obreros, así como mujeres y niños que buscaban las papas dejadas en el suelo. Es cortesía común el aconsejar a un amigo o vecino de los lugares en tiempos de una cosecha, para ir a trabajar o recoger los sobrantes, una práctica conocida como “apañar”.

En la mayoría de las cosechas, cada obrero se responsabilizaba de su propio huacho, pero trabajaban juntos, formando una línea. Los obreros separaban las papas en pequeñas y grandes, “delgada y gruesa”, que ellos vaciaban entonces en bultos de aproximadamente 60 kilogramos. Los bultos para las papas gruesas eran nuevos y blancos, destinados a la ciudad y los para la papa delgada eran usados y sucios. El patrón se paraba detrás de los obreros, guiando el trabajo y la conversación. Se inclinaba por su propio corte y excavaba detrás de los trabajadores para verificar que ellos no dejaban papas. Si él patrón encontraba papas, las tiraba al obrero como advertencia para que tenga más cuida-

do. Miguel permitió a las mujeres y niños apañar detrás de los obreros, pero a veces parecía molesto, preocupado que ellos lo atacarían y robarían lo que él ya estaba cosechando a pérdida.

Roberto Antonio dijo que los métodos de cosecha estaban inalterados respecto de los métodos de antes, siempre que se asignaran dos obreros a cada huacho. Él describió esta práctica como más “feo” que la actual, cuando cada individuo se responsabiliza por su propio huacho. Incluso en el evento de cosecha colectiva, los obreros enfatizaban sus habilidades y responsabilidades individuales. Los órdenes del patrón de que un grupo de obreros acaben juntos un huacho ocasionaron la desaprobarción y quejas de los obreros. Ellos parecían considerar el trabajo de cosechar como su responsabilidad individual en un huacho de papas y estaban resentidos de funcionar como equipo de trabajo.

Además, aunque la cosecha puede tener un ambiente más colectivo y festivo que otras tareas, había poco del ritual andino descrito por los antropólogos. El patrón normalmente sólo daba un descanso de pan y gaseosa por quince minutos en la tarde. El día laborable estaba fijado de ocho de la mañana hasta las cuatro de la tarde, con una hora para el almuerzo. Si el trabajo estaba cerca de la casa, los obreros iban a la casa para almorzar; en otros lugares, las mujeres traían la comida y los obreros comían al margen de la parcela. Se comía principalmente en grupos pequeños, a menudo escondidos o a espaldas a los otros. Cuando Elena trajo la comida a Roberto Antonio y a su vecino, el amigo comió separado, viniendo sólo para agradecer a Elena: “Dios le pague”. El día laborable fue un evento precisamente medido; Miguel reprendió a aquellos trabajadores que llegaron a las 8:10 y si ellos tomaban tiempo extra por el almuerzo, intentó forzarlos a trabajar hasta las 4:10.

Aunque los patrones dependían de su propia experiencia y la de sus obreros, ellos denigraban a menudo las habilidades de sus obreros. En la cosecha, los patrones no esperaban mucha inteligencia de sus obreros y la cosecha procedía mecánicamente.¹⁵ Los patrones especialmente expresaban su deseo de tener la tecnificación y la mecanización. Este anhelo especial de la mecanización parecía deberse a tres razones. Primero, ellos estaban cerca de tener bastante tierra y recursos para transformarse en finqueros lecheros, pero todavía estaban atrancados

con las papas, trigo y zanahoria. Segundo, ellos tenían más contacto con el costo de labor y otros gastos del proceso productivo. Finalmente, la amenaza implícita de la mecanización era una manera para denigrar a los obreros y subrayar su subordinación.

Un ejemplo de esta amenaza implícita era el discurso (en voz alta) de Miguel sobre la política ecuatoriana, el fútbol y una huelga obrera, después que charló conmigo. “En su país, debe ser todo mecanizado”, dijo. “Aquí es como vivir en la Edad de Piedra. Trabajamos como animales, doblados como brutos”. Miguel usaba la imagen de una tendencia inevitable hacia más tecnología que haría obsoletos a los obreros.

La respuesta de un obrero fue reírse y decir “no habla así de don Luis”. Este comentario individualizó la crítica, transformándola de algo sobre un bruto particular en una caracterización general. Cuando el patrón no estaba presente, los obreros a veces me preguntaron si había “gente de pala” en los Estados Unidos, en contraste con “gente de oficina”. Dentro del contexto de las imágenes sobre la agricultura en los Estados Unidos, esta pregunta involucró describir las características de la mecanización y si realmente era inevitable.¹⁶

En general, los obreros descartaban la fanfarria del patrón. Ellos presentaban otra perspectiva de la relación entre patrón y peón. En palabras de un hombre que trabajó para Arturo:

Antes trabajamos por obligado... ahora todo es al contrario, nosotros mandamos a los patrones. La gente se da más cuenta, por ejemplo hace veinticinco años atrás pongámosle... Ahora ya no es así, ahora ya entra a las ocho, a las cuatro se va, así queda lo que sea. Antes no, pues, antes era obligado... Más tiempo y más fuerte todavía. Ya nadie trabaja ‘la bulta’ ya... La bulta es coger y todo mierda, trabajar y sudar como caballos. Ya no. Ahora de acuerdo a la plata. Es al acuerdo al jornal. Ya no.

Los comentarios de este obrero muestran la manera en que el día laboral limitado y contractual estaba visto como avance y triunfo (ver Hirschkind, 1988:336). Cuando su reloj digital lució las 4:00, el obrero declaró, “yo tengo derecho a descansar”. De hecho, los obreros me preguntaban sobre mi reloj y el precio de los relojes; mantener el día laboral a un tiempo delimitado estaba visto como innovación positiva, y

nunca oí a ningún trabajador decir que trabajaba días más cortos en el pasado (ver Frykman y Löfgren, 1999:39-40).

Intenté proseguir estos comentarios con los obreros, preguntándoles cómo y por qué las cosas cambiaron. Ellos fueron intensos en denunciar un patrón que ganara de la labor de los obreros y entonces estuve seguro de que estas preguntas ocasionarían las historias de protesta y de lucha agraria. Sin embargo, los obreros contestaron que “eso se cambia uno mismo pues, uno mismo”. No quise oír esto. Esta declaración no enfatizaba una lucha colectiva, transformándola en un acto de iniciativa individual y de comprensión personal.

Claro que no todos dijeron que el pasado era un tiempo de “obligación” mientras la actualidad es cuando “mandamos a los patrones”, ni que las condiciones de trabajo actuales representaban un avance. Roberto Antonio dijo que en los tiempos anteriores el horario de trabajo puede haber sido más largo, pero los patrones dieron comida a los obreros cuando llegaron, al mediodía, por la tarde y antes de que regresaran a la casa. Roberto Antonio evocó el ideal del “buen patrón”, quién mantiene al obrero dentro de una red de reciprocidad. Otro de los obreros de Arturo habló de este ideal: “si el patrón maneja bien, le ayuda. Un buen patrón da comida, terreno por siembras propias, ayuda con el abono”. Sin embargo, el obrero también dijo que Arturo no hacía estas cosas y que él trabajaba por Arturo tantos años por “la costumbre”.¹⁷

Indudablemente, el sueldo era sólo una parte de las consideraciones que los obreros tenían en cuenta, pero era un enfoque importante. El promedio del sueldo de 3.000 pesos por día de 1996, todavía era mínimo, pero es un aumento grande de los 1.200 pesos de 1994. Representa una subida de \$1.50 a \$3.00 dólares norteamericanos, indicando que los sueldos agrícolas subieron más rápidamente que la tasa de inflación y la desvalorización del peso. Más importante al nivel local, la cantidad también representaba una ganancia en términos de dinero ecuatoriano y así un aumento importante en el poder de compras en la plaza de mercado.

Efectivamente, había escasez de obreros agrícolas en los años noventa. Era más común que Miguel, el patrón, viniera a la casa de Roberto Antonio para buscar su ayuda, que Roberto Antonio visitara a

Miguel. Roberto Antonio incluso les pidió a sus hijos que le dijeran a Miguel que él no estaba en la casa para evitar informar a Miguel que estaba trabajando en otra parte. Igualmente, cuando Arturo tenía una cosecha, él visitaba la vereda donde antes vivía, intentando recoger a los obreros jóvenes.

Esta escasez contrasta con las historias de Arturo que para cuando era joven, rogaba trabajo para cortar trigo. Arturo parecía tener nostalgia por esa época y decía que si los patrones tenían cualquier queja, podía despedir el obrero fácilmente y reemplazarlo por otro peón. Otros agricultores hablaban de cosechas de trigo cuando cientos de obreros se presentaban sin cualquier anuncio del patrón. En esos días, las papas no tenían importancia como una cosecha vendible y entonces no podrían explotar las regiones montañosas de la misma manera, ni podían esperar un rendimiento monetario de huertas pequeñas.

Está así claro que el patrón ha tenido su éxito usando las mismas tecnologías que se empleaban en las huertas y contratos a medias. La relación específica del patrón al peón no ha existido desde el tiempo inmemorial, pero se estableció en la historia reciente. Cuando le pregunté a la gente, para explicar la riqueza o cantidad de terreno de ciertos patrones, la respuesta más común era que lo consiguió “trabajando”.¹⁸

El patrón, no obstante, seguía siendo una persona más poderosa. Aunque hasta cierto punto sus ambiciones podrían estar limitadas por sus obreros y el refugio que los obreros tenían en las huertas y contratos a medias, el patrón también ganaba con los salarios agrícolas bajos. Aunque muchas personas producían papas independientemente, los gastos substanciales del capital, del tiempo de labor y de la tierra significaban que no se producían tantas papas por los procesos de labor campesino.

Así como la producción de papas quedó parcialmente dentro de y fuera de los procesos de labor campesino, también el mercadeo, transporte y ventas estaban parcialmente dentro de los mercados regionales y parcialmente afuera. La papa delgada, en sus bolsas sucias, usadas, en general persistía en las casas locales y los mercados regionales. La papa gruesa, empacada en las bolsas blancas claras, iba directamen-

te a los intermediarios de papa en su trayectoria a los mercados de ciudades del interior colombiano.

Las papas pequeñas fueron divididas antes de que salieran de la parcela. Era costumbre para el patrón al final del día darle una canasta llena de papas a cada cosechador; el agricultor normalmente regaló algunos a los parientes o amigos que les piden y guardó las papas más pequeñas para semilla (ver Hirschkind, 1988:337). Los vendedores de los mercados regionales también negociaban principalmente la papa delgada. Los obreros también vendían su ración de canasta de papas cuando ellos llegaron al centro urbano. Un obrero que bajó de un camión en el Parque Bolívar podría recibir dos o tres ofertas por sus papas en el camino de tres cuadras hasta la vieja plaza del mercado.

Por otro lado, la mayor parte de la papa gruesa no se veía en cualquier plaza del mercado local. Se encuentran algunos bultos de papas grandes en la plaza del por mayor junto a la nueva plaza del mercado y a veces un camión pasa por este mercado para completar su carga. Sin embargo, las papas grandes generalmente se van cargadas directo del campo al camión.

Un grupo muy pequeño de intermediarios con contactos en las ciudades grandes controlaba este negocio. Los intermediarios aseguraron un precio por un camión de papas, y entonces iban al campo para comprar una cosecha, empleando sus habilidades de negocio para garantizar su ganancia en cada carga. Cuando ellos no estaban en las cosechas, podía encontrarse con los intermediarios, vestidos con chaquetas de cuero y sentados en carros nuevos, en la esquina externa de la vieja plaza del mercado. Las papas en Túquerres eran una cosecha básicamente exportada, desviándose de los mercados locales para ir directo a ciudades distantes (ver Mintz, 1960:25).

Una vez fijo el precio, los intermediarios dar un adelanto del dinero al agricultor para pagar el costo del empaque y pagar a los obreros. El resto del dinero se pagaba luego, a veces meses después del primer adelanto. El intermediario incluso podía usar este tiempo para pasar cualquier pérdida real o ficticia al productor, renegociando el contrato original.

Arturo, siempre atento a controlar el proceso productivo desde la siembra a la venta, vendía las papas a través de su hijo que trabajaba como intermediario en Túquerres y Guachucal. Miguel también vendió sus papas a través del hijo de Arturo. En una cosecha de dos hectáreas, Miguel dijo que estaba perdiendo 1'500.000 pesos. Cuando el intermediario vino a llevarse la papa gruesa, ellos gritaron que sólo había 86 bultos en el camión, en vez de los 89 que Miguel contó. Miguel trataba de ponerse la cara dura en el campo, diciendo que él entregó 89 bultos y si ellos no lo creyeran, "es asunto de ustedes". En fin, sin embargo, Miguel no pudo sostener esta bravata y tuvo que correr del campo para verificar la carga.

Con razón los intermediarios de papas tenían una mala reputación. Ellos usaban su posición de poder y de autoridad para dominar a los productores pequeños e incluso a un patrón como Miguel, exigiendo dinero de los productores, y empleando trucos múltiples para aumentar su ganancia (ver Amin, 1984:166). El riesgo de los intermediarios en cada transacción es poco, comparado al riesgo que el agricultor ha corrido durante seis meses; mientras el intermediario puede ser relativamente indiferente a cada transacción, el agricultor depende de esta transacción por su subsistencia, una condición de intercambio asimétrico (Reddy, 1987:64).

Encontré que los intermediarios también eran las personas más difíciles de entrevistar en Túquerres. Ellos parecían encerrados en una pared de secretos y sospechas de su información. La única manera que tuve para hablar con uno de ellos de su negocio fue con la ayuda de un vendedor químico, quien atrajo a un intermediario que él conoció a un restaurante con las palabras, "tengo papa". El intermediario preguntó inmediatamente qué tipo y cuántas papas tenía, después de lo cual el vendedor químico imploró hablar brevemente sobre su negocio.

Sin embargo, los ataques de los intermediarios suenan muchas veces como los estereotipos típicos que las elites tenían de los minifundistas. Las elites usaban una crítica de intermediarios como parte de su crítica de la producción rural atrasada, describiendo a los intermediarios como vampiros que atacan al campesino inocente e ignorante. En palabras de un periódico regional, "la diversificación productiva necesi-

ta entonces de actividades agrícolas exentas de intermediarios. Los intermediarios (con plata o sin plata) son, en la economía rural, tan perjudiciales como los vendedores ambulantes de la economía urbana que, de hecho, tienen invadida a esta ciudad” (Mejía A., 1997:10). La posición inicial de preocupación por la economía rural se transforma en un horror paternalista de todas las actividades de vendedores de los pobres.

Aunque la red exclusiva de contactos y la información celosamente protegida hicieron difícil de entender los negocios de los intermediarios de papa, algunas cosas deben ser mencionadas. Aunque los intermediarios podían observar la información de precios con más cuidado que los productores y entonces usar sus habilidades de negociación en el campo, los productores también tenían una buena noción de los precios en las ciudades y podían ser duros en negociar. Además, los productores pequeños tenían la opción de vender sus productos en los mercados regionales. Aunque los agricultores se quejaban que hay “fluctuaciones muy grandes y los intermediarios manejan esta información”, los intermediarios muchas veces trabajaban con un precio fijo de Bogotá y también podían perder, durante fluctuaciones rápidas de precio. El comprador también tardó a menudo el pago al intermediario, parte de la razón por el retraso muy publicitado del pago del intermediario al productor. Adicionalmente, los intermediarios llevaban el riesgo de que no paguen de vez en cuando. Finalmente, debe percibirse que aunque en la esquina de la plaza ostentaban señales de poder como las chaquetas de cuero y camiones de lujo, algunos habían subido a esa posición desde su trabajo en los mercados regionales y su conocimiento de la producción en pequeña escala.

En suma, aunque los intermediarios estaban en la cumbre de la labor campesina y del mercado, la mayoría de ellos habían subido de una manera consistente con la experiencia local. Mientras el productor pequeño tenía una desventaja definida cuando trataba con el intermediario, los vínculos con mercados urbanos hacían posible la extendida producción de papas. Una parcela de media hectárea puede llenar un camión destinado a los mercados urbanos; aún cuando los rendimientos son más bajos por un aumento de la aplicación de fer-

tilizantes y pesticidas y se notan los afectos de sembrar un solo cultivo, el minifundista todavía tenía un interés importante en la producción de papas.

Industria en el campo

Aunque la mayoría de la producción de papas estaba en el dominio del minifundio, con los latifundios dedicados al ganado y lechería, había varios productores que sembraban papas en gran escala. Un agricultor particular empleó a 300-400 obreros y controló el transporte y mercadeo a las ciudades colombianas. Este tipo de operación, sobre todo en su importación de obreros de los pueblos vecinos, pudiera verse como una manera de romper la fuerza de minifundistas locales, pero la investigación más detallada sugiere que éste no es el caso. La mayoría de la gente pudo ignorar las operaciones más grandes y no expresó ningún deseo de trabajar en ellas. De las personas que trabajaban para las operaciones grandes, algunos usaban los sueldos relativamente altos para allanar los periodos de bajo ingreso en su producción independiente del minifundio.

Incluso estos granjeros grandes de papas han subido a su posición relativamente recién, aplicando las mismas tecnologías que los minifundistas usaban en la huerta. Mientras su posición era evidentemente inaccesible a la mayoría de la población, ellos estaban sujetos a la evaluación del ideal del “buen patrón”. De hecho, el productor más grande contaba con el apoyo popular porque era conocido por su generosidad con sus obreros y con la comunidad.

Mientras había miles de personas con huertas como los Cisneros, cientos de personas involucradas en contratos a medias y en el trabajo asalariado íntimo como David Díaz y docenas de patrones como Miguel y Arturo, sólo había un grupo pequeñísimo de productores paperos de gran potencia en Túquerres. Efectivamente, un productor se singularizó como incomparable: Alfredo Moreno, el productor más grande de papas en Nariño y uno de los más grandes en Colombia, formaba clase aparte. En 1997, Alfredo sembró 250-300 hectáreas cada año y fue responsable de casi el 10% de la producción total de papas en Túquerres.¹⁹ Alfredo empleó a 300-400 obreros, usando su propia se-

milla y red de transporte. Con varias secretarias y un agrónomo, Alfredo administró una industria en el campo.

La mayoría de los granjeros con tales tenencias extendidas ya hace tiempo cambiaron su enfoque hacia el ganado lechero. Algunos de estos granjeros grandes se quejaban que sembrar las papas era demasiado riesgoso. Alfredo tenía vacas de leche, así como otros negocios, pero aunque algunos granjeros especulaban que estaba reduciendo su producción de papas, seguía siendo el productor primario en Túquerres.

Además de Alfredo, había varios productores que contrataban a 20-40 obreros diarios. Un ejemplo interesante, debido a su entrada reciente en la producción y su ascendencia rápida a ser un productor de gran potencia, es Pedro Cárdenas. A pesar de la preocupación de riesgo excesivo que algunos expresaban de sembrar papas, Pedro empezó a sembrar papas en los años noventa, mucho tiempo después de que otros hacendados grandes las abandonaron. Pedro subió desde orígenes humildes en una vereda rural para transformarse en dueño de varios camiones e intermediario de papas. Empezó a invertir ese capital en la producción de papas, complementando su red de transporte y actividades intermediarias. Él poseía poca tierra y estaba trabajando a medias con algunos de los hacendados viejos que ya dejaron de sembrar. En uno de estos contratos, el hacendado dio la tierra y la semilla, Pedro trajo los obreros y o pesticidas, y los dos dividieron los costos de fertilizantes. Pedro empleó aproximadamente cuarenta obreros diarios, transportándolos desde una vereda en Túquerres a la tierra que trabajaba a medias. Aunque estuvo incierto por qué Pedro invertía en la producción, parecía que tuvo más contactos en la industria de papa procesada, sembrando variedades que podrían ser convertidas en papas fritas. En contraste, Alfredo producía papas para el consumo inmediato.

Después de observar el cuidado de una huerta o incluso la producción relativamente familiar de un patrón como Miguel o Arturo, la escala gigantesca de la operación de Alfredo era asombrosa. Tenía varios terrenos de más de cincuenta hectáreas continuas. En una parte del terreno, más de veinte obreros, principalmente mujeres, estaban senta-

dos delante de una loma de papas, escogiéndolas para la semilla. En otra propiedad, un equipo de obreros usaba fumigadores motorizados que eran tan eficaces como cinco hombres con modelos manuales. El uso del fumigador motorizado estaba extendiéndose y tenía la ventaja adicional de permitir una aplicación más calculada de químicos. Un agricultor dijo que con los fumigadores motorizados, se usan sólo 200 litros de químicos en una hectárea, en contraste con los 600-1000 litros aplicados por los fumigadores manuales. No obstante, Alfredo tenía la reputación de usar más químicos que otros productores en la región e incluso había chismes de que algunas de sus papas se devolvieron por fumigar demasiado. Pedro y Alfredo también experimentaban con fumigadores fijos y autosuficientes que sólo pueden ser aplicados en áreas grandes de cultivo continuo.

Las operaciones de Alfredo consistieron en seis meses de sembrar papas seguidos por seis meses de cosecha continua. Organizaba la cosecha con un par de obreros para cada huacho. No había espacio para las quejas individuales ni atención individual; los tres o cuatro jefes vigilaban a cien obreros al mismo tiempo y gritaban órdenes generales como “hágale, hágale” o “más ligero, afánale, pero ligero”. Había también un equipo de obreros que excavaba detrás de la línea larga de cosechadores, pero esto parecía ser más un esfuerzo para conseguir todas las papas, que algo para disciplinar a los obreros individuales. Detrás de los obreros un grupo grande de mujeres y niños vinieron a apañar.

En las operaciones grandes, los obreros pesaban los bultos de papas a exactamente 62.5 kilogramos antes de que las cargaran en camiones destinados para los mercados urbanos. Alfredo y Pedro controlaban su propio transporte y ventas. Ellos entonces podían ganar más de los aumentos del precio y podían aguantar un punto de precio más bajo antes de perder.

Con un sueldo de 4.000-4.200 diarios, trabajar para Alfredo fue el mejor sueldo agrícola en Túquerres. Es más, con seis meses de cosecha, el trabajo garantizó más canastas de raciones de papas que cualquier otro trabajo. Entonces fui sorprendido al descubrir que los tantos obreros de Alfredo no vivían en Túquerres. Aproximadamente

100 obreros vinieron de Cumbal, que puede ser un viaje de dos horas en un camión; otros 70 obreros vinieron de Ospina, un pueblo poco más cercano. En una jornada diaria increíble, estos obreros abordaban uno de los camiones de Alfredo en su pueblo originario en las horas antes del amanecer, se llevaban a la casa de Alfredo en el centro urbano de Túquerres y de allí se distribuyeron a los varios sitios de trabajo. Por la tarde el proceso se invirtió, con todos llegando a la casa de Alfredo antes de ser redistribuidos para regresar a casa. El día era aún más largo cuando no había camiones suficientes, cuando mandar las papas obviamente era más importante que devolver a los obreros a sus casas y éstos no llegaban a la casa del Alfredo hasta después de las seis de la tarde. La situación se agravó en los días de pago semanales, cuando los obreros esperaban fuera de la casa de Alfredo hasta que fueran llamados individualmente, un evento alargado mucho tiempo en la tarde.

En parte, debido a la logística de esta empresa, Alfredo dio alimentación a los obreros durante el día. En cada lugar donde trabajaban, había también tres o cuatro mujeres que cocinaban para ellos. tamaño gigantesco de las ollas y el servicio de comida presentaba un aspecto algo ridículo. Por la mañana, dos hombres llevaron un recipiente grande colgado por una vara en los hombros. El líquido se regó en la tierra durante su trayectoria hacia los obreros, llevando el agua de panela servido con pan. Al mediodía, los obreros sacaron los platos, cucharas y tazas que trajeron e hicieron cola para conseguir una sopa básica, seguida por un plato de arroz, frijoles y, por supuesto, papas. Por la tarde, trajeron un recipiente igualmente inmenso de café a los trabajadores.

No fui el único sorprendido por descubrir que los obreros de Alfredo vinieron de tales largas distancias. Los Cisneros, así como mucha otra gente, no tenía idea que Alfredo trajo a sus obreros de Cumbal u Ospina. Ellos supieron que los obreros vinieron de las veredas rurales, pero no de otros municipios. De hecho, aunque las actividades de Alfredo siempre formaban chismes buenos, los Cisneros no conocieron a nadie que trabajaba para Alfredo, ni donde estaba cosechando en cualquier momento dado.

Que tantas personas estaban relativamente indiferentes a las actividades del productor de papas más grande en Nariño y no los atraía sin el prospecto de los mejores sueldos agrícolas disponibles, mencionar la comida garantizada y las raciones de papas, testifica la fuerza de los productores en pequeña escala. La importación de Alfredo de obreros distantes es otra señal de esta fuerza. La mayoría de los tuquerreños expresaba un disgusto extremo al pensar en correr detrás de los camiones de Alfredo y no tener el control sobre su trabajo. Ellos se burlaban de los obreros como “fideos”, un término denigratorio que podría referirse a la manera que ellos tenían que apretarse en los camiones o a la comida de tallarines que recibieron a menudo.

Durante el curso de mis encuestas, me encontré con varias personas que trabajaban para Alfredo y después salieron para trabajar en sus propios cultivos. Pienso que era un modelo común usar los sueldos y raciones de papas para allanar las dificultades de la producción independiente. Una vez que juntaban dinero, ellos regresaban a sus lotes y huertas; trabajar para Alfredo semejaba una migración estacional.

Dado las incertidumbres de la producción de papas, muchas personas se negaban a creer que los productores grandes ganaban dinero de las papas. Ellos dijeron que era un disfraz para la coca u otros narcóticos, o por lo menos para el lavado de dinero. Aunque no puedo evaluar la veracidad de estos chismes, parece que el cultivo integrado con el transporte podía garantizar ganancias más grandes que los productores pequeños imaginaban posibles. Estos rumores indican que llegar al nivel de Alfredo o de Pedro ya no era posible. Sin embargo, estos granjeros aumentaban su riqueza a través de las mismas tecnologías de los productores más pequeños, sembrando cultivos híbridos de papa de alto rendimiento, combinadas con los fertilizantes químicos y pesticidas y vendiéndolas en mercados urbanos.

Es más, aunque Alfredo ha estado en la vanguardia del uso de la tecnología, los químicos y las nuevas variedades de semilla, él no parecía tan obstaculizado por sus obreros como patrones más pequeños. De hecho, era porque empleó a tantas personas, que su agrónomo no se preocupó de que las tierras se transformarían en objetivo para la reforma agraria: “dando trabajo a mucha gente, no se convertiría en una zo-

na de invasión”. El agrónomo se quejó que “esta gente pierde mucho tiempo”, pero no expresó un deseo para la mecanización. Sólo dijo “la topografía no nos permite, eso es el limitante, es topografía de páramo, quebrada, difícil de organizar”.

En cuanto a Alfredo ha subido a esta altura imponente, se ha abrazado por el ideal del buen patrón. Roberto Antonio habló con elocuencia cuando contó de la comida que los obreros de Alfredo reciben tantas veces al día, de una manera similar de cómo habló de patronos dando comida a sus obreros en los días de antes. Era raro para los residentes decir cosas malas sobre Alfredo; a cambio, los habitantes hablaban de sus donaciones de dinero para la iglesia, las ayudas a sus obreros para comprar la medicina y los regalos de la leche el viernes santo. Cuando Roberto Antonio habló una vez de ciertos paperos y sus pactos con el diablo, le pregunté si Alfredo había hecho un pacto. Roberto Antonio contestó “no, él siempre ayuda”, una indicación que esta largueza era buena. Otros dijeron que la razón por qué Dios le ayudó era porque Alfredo ayudaba a los pobres.

Por otro lado, Pedro parecía más determinado a ignorar el papel del buen patrón. Sus vecinos criticaban su falta de generosidad, sobre todo en comparación con Alfredo. La casa de Pedro, diseñada como un castillo de cemento, parecía un símbolo de su alejamiento del barrio. Trayendo un equipo móvil de obreros a un hacendado grande con quien tenía un contrato a medias, Pedro no daba el empleo a las personas que vivían en la vecindad y que dependían tradicionalmente de un hacendado grande, por los sueldos ocasionales. Esta falta de las tierras le permitió evitar las obligaciones de reciprocidad en las cuales el hacendado grande fue tradicionalmente enredado. Finalmente, los residentes se quejaban de que él ni les permitió apañar en la cosecha.²⁰

La ilusión campesina

Como en la casa, los cambios en la agricultura no ocurrieron sin la nostalgia y la ambivalencia. Mientras había un sentimiento de que la tecnología les ha dado la habilidad de sembrar las papas dondequiera que quisieron, usando la ciencia para dominar la naturaleza, los residentes se quejaban de que tenían menos control que antes. La gente di-

jo que las estaciones húmedas y secas eran más difíciles de pronosticar, y que en general estaba demasiado seco. Ellos también hablaban sobre cómo en los tiempos anteriores usaban fertilizantes naturales y una “escoba” hecha de hojas de una planta, para matar cualquier mosca. Ellos caracterizaban el pasado como el tiempo de “abundancia”, cuando comieron los productos mejores en vez de enviarlos a la ciudad. Es más, las papas tuvieron más sabor y pudieron conservarlas por más tiempo. Roberto Antonio incluso dijo que más largo guardarán, más bueno el sabor.²¹

Para algunos agricultores, el uso de químicos se transformó en una señal de su falta de desarrollo. En palabras de un patrón:

Todos los químicos y es porque... no hay asistencia técnica, aquí no hay nada, nuestro estado, todavía estamos como... de la conquista... subdesarrollados... De pronto estamos perdiendo plata en eso porque no se hace unos análisis de suelos, para ver lo que es que falta... aquí recomiendan lo que ellos [las empresas de químicas] producen, puro negocio. Aquí andamos muy mal, sobre todo, hace unos cuatro años pa' acá, debe estar enterado de la famosa apertura económica, no es que estemos en desacuerdo, debe ser bueno, pero pues, pero nuestro país no estaba preparado para eso, está des-estimulando toda la agricultura.

Es difícil pronosticar el futuro de los agricultores en Túquerres. Por un lado, hay varios factores que llevarían a uno a predecir el fallecimiento de la producción en pequeña escala y los procesos de labor campesina. Éstos incluyen los anhelos de los jóvenes para empleos fuera de la agricultura y los esfuerzos de los agricultores capitalizados como Pedro para producir papas en una manera más industrializada. Hay también los peligros del crecimiento de la población que aún más fragmenta las tenencias, mientras los rendimientos continúan bajando debido a los abusos de químicos y consecuencias funestas de sembrar un sólo cultivo.

Otra posibilidad que veo como probable, es que las firmas multinacionales se meten más en el proceso productivo. El director de la planificación regional en Nariño habló de firmas franceses y holandesas que introducirían un “paquete tecnológico” para la producción de

papa. En este esquema, ellos entregarían la semilla, el fertilizante, el pesticida y la ayuda técnica, así como los embolsos y un precio garantizado. Esta intervención sería dirigida a los agricultores pequeños y medianos y enlazaría la huerta y la producción de pequeña escala a los capitalistas internacionales. Este podría ser resultado de un plan coordinado de una firma multinacional, o también podría ocurrir a través de una evolución lenta de los distribuidores químicos existentes y sus vendedores. Este tipo de cultivo por contrato, ya evidente en muchas partes del mundo, completaría el nexo aparentemente paradójico de la tecnología de la modernización con la producción campesina.²²

Mientras es imposible adivinar el curso de tales transformaciones, parece que los temas de tradición, ciencia y experiencia continuarán siendo un terreno de contestación sobre la autonomía. He defendido en este capítulo que un discurso de experiencia es una de las maneras críticas en que los agricultores regionales enfatizan su gestión y mantienen la viabilidad de la producción minifundista.

Aunque varios investigadores de la producción campesina han observado esta importancia puesta en la gestión individual, ellos lo han descrito a menudo como “ilusión”. Trouillot, por ejemplo, escribe de la “ilusión de control local”, la “ilusión del precio” y la “ilusión de propiedad campesina” (1988:149-153), cuando su investigación mostró que los agricultores bananeros pudieran ser considerados como “trabajando en sus propias parcelas para una firma transnacional basada en Inglaterra” (1988:157). Más reciente, Mayer y Glave han hablado sobre la ilusión inherente en la contabilidad campesina que “conduce a los agricultores a tomar decisiones erróneas sobre la realidad de pérdidas en sus negocios de cultivos vendibles” (1999:355).

Al nivel regional, Cháves mostró fuertemente su perspectiva de ilusión en el estudio de Nariño de 1959:

El minifundista se cree dueño y señor en su parcela, porque no encuentra los límites de su vida personificados en un patrón. Como permanece solitario y no trabaja en colaboración, no concibe su comportamiento económico como el resultado de una necesidad social, sino como el producto de una decisión personal de la cual él es el único responsable. La propiedad quiere decir para él independencia. Así, la pequeña parcela, cau-

sa de su pobreza y origen de sus dificultades, se le presenta como su única riqueza; no como una forma de relación con los otros, sino como una manera de protegerse de los otros, permanecer aislado, existir y trabajar para sí. La contradicción entre esta ilusión de independencia y su dependencia real, conforma la ideología del minifundista. (1959:107)

En contraste, he defendido aquí que el discurso de gestión no es importante sólo en la pequeña parcela, sino como una manera de trabajar juntos y de extender las relaciones de independencia y autonomía. Esta autonomía, sin embargo, no se iguala al aislamiento y vida solitaria que Cháves describe. Más bien, espero que haya mostrado cómo las personas forman las relaciones sociales a través de sus huertas y arreglos a medias. Finalmente, la mayoría de los agricultores en Túquerres no tienen más ilusiones sobre su nivel de poder y control que cualquier otro grupo; de hecho, su habilidad de mantener su independencia y la viabilidad de la producción minifundista testifica que poseen una fuerza mayor que ellos incluso reconocen.

Notas:

- 1 Mientras expertos de desarrollo insistían en la mecanización y tecnología para la agricultura, su solución para los problemas de desigualdades rurales se enfocaban en las leyes de impuestos. Smith sugiere “un impuesto fuerte y graduado en la tierra”, para que la tierra no pudiera ser un “asilo para capital” (1967:256). El Banco Mundial recomienda medidas similares e incluso propone estudiar una ley suiza que los hacendados deben residir en sus propiedades (Currie, 1951:443). “Colombia mal puede soportar la subutilización de sus limitadas tierras arables. Esta es, por lo tanto, cuestión de interés de toda la comunidad y no del propietario particular solamente... Por lo tanto, lo que se requiere más urgentemente es algún medio de inducir a los propietarios de las tierras de valle, a que las laboren en la forma más económica o a que las cedan a otros que sí lo harán” (Currie, 1951:444). Sin embargo, el gobierno colombiano nunca ha llevado a cabo medidas eficaces para prevenir los latifundistas ausentes y la tierra desocupada. Como Ernest Feder observa, la recomendación de impuestos es “esperanza deseosa” de los burócratas norteamericanos, dado que “la elite terrateniente que domina los

- parlamentos no se impondrá impuestos que le quitarán su negocio” (1970:216).
- 2 Las observaciones de Sara Berry sobre los agricultores cacaoteros en Nigeria son pertinentes: “descubrí que varios de aquellos que se describieron simplemente como ‘agricultores’ en su respuesta al censo, trabajaban también como jornaleros, o lo trabajaron así en el pasado. Recíprocamente, dos-terceras partes o más de los jornaleros que entrevisté eran también dueños de fincas propias... parece probable que los agricultores han intercambiado trabajo durante mucho tiempo” (1975:131).
 - 3 Al mismo tiempo, varios agricultores no expresaban nostalgia por la edad dorada antes de los químicos, sino por la edad dorada en que los fertilizantes eran buenos. En sus historias, el problema no era una sobredosis de químicos, sino que los químicos actuales eran inferiores a los introducidos en los años sesenta.
 - 4 En la novela local, *La Ciudad Mártir*, uno de los protagonistas siembra maíz, frijoles, fava, papas, ocas y ollocos. “En efecto, en una pequeña cuadra, había sembrado Ignacio una parcela de cada uno de los frutos que mencionaba. Es ésta la costumbre entre los peones; jamás dejan de cultivar hasta las más ínfimas parcelas” (Cifuentes López, 1991:22). En esta historia, cultivar las cuadras diminutas se transforma en un “costumbre” pintoresca en lugar de una necesidad esforzada por las relaciones del latifundio-minifundio.
 - 5 El uso abundante y sin hesitación de fertilizantes y pesticidas químicos, incluso en las parcelas más pequeñas, es también evidente en la provincia ecuatoriana vecina de Carchi (Llovet, Barsky y Murmis, 1986:60, Lehmann, 1986), pero no entre los otavaleños indígenas cercanos, donde “con excepción de unas pocas familias (aproximadamente diez de 135) con un cuadro sembrado completamente con papas, la mayoría no usó ningún insecticida o fertilizante químico” (Collaredo-Mansfeld, 1999:100).
 - 6 Al relatar la cantidad que sus parientes recibieron y lo que compraron, Elena notó que nunca tenía la cantidad suficiente. Ella dijo que los talones de Daniela costaron 23.000, los zapatos del tenis estaban en 22.000, y que el 30.000 no alcanzaba los gastos del vestido de Liliana. Elena dijo que ella tenía que ayudar para permitirles comprar lo que ellos querían, quizás para indicar que aun una suerte inesperada de la huerta no daba suficiente para un conjunto de compras, o tal vez una manera de recordarme que el dinero del trabajo de las hermanas cuidando los baños del mercado sostenía la familia.

- 7 Al principio, pensé que podría hacer mucha interpretación de tales comentarios de que los humanos fueron reducidos a la dieta de animales. Estuve convencido de que los precios altos de las papas ocasionarían cambios fundamentales en la vida. Sin embargo, después de un período de consternación, los precios de la papa se cayeron otra vez; los precios más altos parecían aumentar las ganas de los agricultores para sembrarlas y, por consiguiente, aumentaba el empleo y los niveles de ingreso.
- 8 Mayer y Glave encontraron que en Perú sólo los campesinos adinerados podían permitirse el lujo de las papas caseras (1999).
- 9 Comparé las palabras de Reinhardt sobre otros minifundistas colombianos: “en general, los agricultores de El Palmar estaban integrando elementos de innovaciones tecnológicas selectivamente en sus sistemas agrícolas existentes. Además de los nuevos cultivos y variedades y sus factores de la producción asociados, los agricultores estaban experimentando con el uso de fertilizantes en los cultivos tradicionales (maíz / frijoles, café). Con la adopción selectiva, ellos lograban tener algo de las ganancias del ingreso con riesgo mínimo; así perdieron las ganancias mayores que se podrían haber logrado con una estrategia más arriesgada de innovación tecnológica extensa” (1988:205).
- 10 El estudio municipal de Túquerres en la década del sesenta indicó “el dominio absoluto del hombre sobre el resto de la familia” (1971:39; ver Chaves, 1959:107). Reinhardt (1988) también enfatiza los rasgos dictatoriales de familias patriarcales campesinas.
- 11 Era más común usar la palabra “criar” cuando hablaban de las plantas y los animales. “Desarrollar”, aunque posee una gama grande de significado, no se asocia tradicionalmente con el engorde de animales y normalmente se oye en las expresiones como los “países desarrollados”. Esto sugiere que las personas pueden traer las ideas de la suerte e incertidumbre inherentes en la crianza de animales, a la idea del desarrollo de países y economías diferentes (ver Frykman y Löfgren 1999:76).
- 12 Es útil aquí relacionar estos comentarios con la distinción de Antonius Robben de casa, calle y trabajo en Brasil. La casa y el trabajo son mundos organizados, mientras la calle, o en este caso la ruta al trabajo, “es un universo social volátil donde las divisiones sociales de la comunidad se ponen visibles y los individuos compiten por el prestigio, poder, recursos y relaciones que indirectamente afectan su dominio doméstico y económico” (1989:159-60).

- 13 Esta historia es relativamente común en Túquerres, donde muchos agricultores tenían actividades de mercadeo o de comercio antes de iniciar la producción. Esto es similar a los resultados de Sara Berry de los agricultores cacaoteros de Nigeria: “la diversificación relativa de actividades económicas en Araromi-Aperin... no refleja una tendencia uniforme de los agricultores a usar sus ganancias agrícolas para pasar a ocupaciones no agrícolas. Al contrario, la ocupación anterior más común entre los agricultores que entrevisté en Araromi-Aperin era comercio, no cultivos” (1975:186).
- 14 En ciertos aspectos los patrones aquí se parecen a las personas que Trouillot describe como “granjeros grandes” en Dominica. “En contraste con la falta absoluta de compromiso personal en el proceso de labor campesino por parte de los ‘forasteros’, los granjeros grandes crecieron en familias campesinas y siempre son una generación alejada del trabajo agrícola a tiempo completo en la propiedad campesina. Muchos campesinos recuerdan claramente cuando algunos de aquellos que ahora son hombres importantes estaban en situaciones no demasiado diferentes de su propia situación” (1988:235).
- 15 Dado el entrenamiento correcto y la confianza, las cosechas manuales podrían traer más beneficios. Un técnico desempleado del ICA mostró que ciertas enfermedades podrían discernirse examinando la hoja de papa. Estas plantas podrían singularizarse fuera y ser cosechadas por separado para que no se mezclen entonces con la semilla donde es imposible discernir la enfermedad.
- 16 Para las papas, el evento de cosecha es el más intenso de trabajar, así como el que parecía menos sujeto a la mecanización. Sin embargo, en el pueblo donde Fals Borda trabajó en los años cincuenta, la producción de papa era casi idéntica, sino que la cosecharon con la ayuda de bueyes. “Al llegar la cosecha, el arado y los bueyes trabajan en una y otra dirección a lo largo de los surcos, pasando tres veces: la primera para remover la tierra a un lado, la segunda para voltearla en el otro y la tercera para arar los propios surcos en cuyo centro están las plantas, desarraigando los tubérculos y dejándolos visibles para que los trabajadores los recojan a mano” (1961:143). Esta técnica, no conocida en Túquerres, transformaría la cosecha, haciéndola mucho menos que un evento de habilidad masculina.
- 17 En las mañanas, cuando acompañé a sus trabajadores, Arturo trajo café y pan para todos. Después del almuerzo, uno de los obreros contó esto a

su esposa en tono algo sorprendido. Era así interesante que ante mí Arturo escogió enfatizar su papel como buen patrón, en lugar de un jefe eficaz que disciplinó a los obreros.

- 18 Comparé a Colloredo-Mansfeld: “no me encontré con ningún otavaleño quien creyó que el éxito material, si ganado por trabajar, amenazaría el medio de vida de la comunidad” (1999:93) o Trouillot: “salvo una o dos casos, sin embargo, las personas de Wesley no piensan que la conducta del granjero grande es explotadora, en parte debido a su ética de trabajo: mucha gente cree que la situación económica de un individuo es resultado de su propio trabajo y que trabajo duro y consistente trae un estado económico mejorado en el futuro. Más importante, ellos observaban la subida de los granjeros grandes, su ascensión lenta desde el campesinado” (1988:236-7).
- 19 Con 250-300 hectáreas sembradas de papas, Alfredo era el productor más grande de Nariño, pero el área total sembrada en papas para Nariño en los años noventa se estimó en 45.769 hectáreas (Dueñas Narváez, 1997:30). De esta cifra puede deducirse que la influencia de los productores más grandes en el mercado era mínima. Esta situación puede contrastarse con los productores comerciales y campesinos en Perú, donde los productores pequeños competían directamente con las empresas grandes (Mayer y Glave, 1999:363).
- 20 Este testimonio es fruto de mi interacción con Alfredo y Pedro. Después de todo que oí de Alfredo, lo acerqué con trepidación extrema, pero él alivió mis miedos, enviándome directamente a la cosecha y nunca interfirió con el acceso a obreros o al agrónomo. En contraste, no tuve miedo de Pedro porque lo acerqué a través de los parientes y vecinos, pero él exigió identificación y cartas de recomendación inmediatamente y sólo renuientemente, me permitió observar sus operaciones. Esto puede ser debido a su papel como intermediario de papas y su ambiente de secretos y sospechas.
- 21 Claro que este tipo de nostalgia es probablemente bastante vieja. Por los años cincuenta, Fals Borda reportó comentarios similares. “Según los campesinos, en tiempos pasados no era necesario aplicar fungicidas a las plantas de papa para obtener buenos rendimientos. Pero en la actualidad una grave amenaza de gota, así como otras enfermedades o insectos obligan a los agricultores a fumigar por lo menos tres veces en la temporada de crecimiento. Algunos agricultores fumigan hasta ocho veces” (1961:142). Aunque es posible que la situación de esta área cerca de Bogotá resultó de una difusión más rápida de pesticidas químicos, el hecho

de que ellos estaban sembrando una variedad llamada “*tuquerreña*” es una indicación de que la semilla de papa y las tecnologías ya estaban ampliamente diseminadas.

- 22 Reinhardt predijo una implicación similar de granjas familiares con los cultivos de exportación: “cada vez más, sin embargo, la división sectorial tradicional de labor en la agricultura colombiana no será transformada tanto por la incursión de haciendas modernas en la producción de los artículos básicos tradicionales sino por la modernización de las granjas familiares y su movimiento fuera de artículos básicos tradicionales a los cultivos de exportación y los comestibles no tradicionales. Este movimiento se ha facilitado por la introducción de nueva tecnología en la propia economía de la granja familiar. El problema importante con respecto al papel de la producción continuada del sector de granja familiar es de transformarse en una posición de competencia relativa, no de la granja familiar tradicional con respecto a la hacienda tradicional o moderna (las dos comparaciones más frecuentes encontradas en la literatura), sino de la granja familiar moderna versus la hacienda moderna” (1988:228).

4

La modernización estatal

En los tres capítulos anteriores, he delineado las condiciones necesarias para un modo campesino de la modernización. Primero hay el uso de la terminología de la modernización, para justificar los proyectos de los dominantes. En Túquerres, mostré cómo esto se expresó a base de las nociones de un “camino del progreso” con una categoría inversa de estancamiento y atraso, personificada en las nociones de un indio-campesino ignorante. Segundo, hay la iniciativa independiente para apropiarse de los artículos y las actitudes de la modernización, en una manera que no necesariamente coincide con estas nociones dominantes. Así describí el mundo de *lo moderno*, donde los habitantes, independientemente, incorporaron artículos como las estufas de gas y equipos estereofónicos en la casa y las actitudes de la juventud enfrentando los estigmas dominantes del indio-campesino. Tercero, hay una apropiación de la modernización que conserva o extiende la agricultura y el mercado campesino. Mostré que esto formaba parte de un discurso sobre la experiencia local, una perspectiva fuera de la polaridad de la tradición versus la ciencia, que enfatiza la voluntad local como manera de mantener la viabilidad de la agricultura y del mercado campesino.

Estos procesos no formaron una ideología totalmente articulada, ni fueron adoptados de una manera uniforme. Intenté mostrar las

contradicciones, las diferencias de opinión, la nostalgia y la ambivalencia profunda que acompañaba a estas actividades. Ahora, usar la frase breve de la “modernización campesina”, no es para eludir estas diferencias, sino como referencia de los contextos generales de estos procesos observados.

Los procesos de la modernización campesina pueden partir del guión de la modernización normal, pero son todavía contingentes en un proyecto de la modernización estatal. Usar la frase “modernización estatal”, es referirse a los planes y proyectos que intentan una transformación totalizadora. Parafrasear la expresión famosa de Max Weber, tales planes buscan monopolizar los programas legítimos de la modernización dentro de un territorio dado (1968:908; ver Corrigan y Sayer, 1985:10). Funcionarios gubernamentales o instituciones intentan a menudo llevar a cabo estos planes con el objetivo de transformar la sociedad. Alternativamente, los grupos particulares proponen tales planes y entonces movilizan la intervención gubernamental. En la historia hubo muchos vínculos y alianzas entre los funcionarios gubernamentales y los sectores sociales diferentes. El elemento común es que la modernización estatal presenta un diseño comprensivo que pretende organizar todos los discursos y prácticas de la modernización.

Desde los años noventa, hubo unos cambios importantes en el significado predominante de la modernización estatal. Los planes y proyectos anteriores de la modernización estatal en Colombia, como en otras partes, enfatizaban la intervención directa. Los funcionarios e instituciones gubernamentales concibieron su papel como de estímulo y de transformación directa. Esto era aplicable a la economía, que instigaban para “acelerar el desarrollo”, y también a la población que sería empujada a transformarse en ciudadanos colombianos homogéneos. En los años noventa, la idea empezaba a cambiar hacia una de neutralidad estatal. La modernización estatal ahora generalmente se refiere a una política sin la intervención: la economía se acordona como sitio de eficiencia capitalista que se supone sea el mejor ímpetu para el desarrollo; entretanto, la población es celebrada como fuente de diversidad. Se supone que la intervención gubernamental sea dirigida hacia las necesidades y derechos de “grupos más vulnerables”.

En este capítulo examino el paradigma cambiado de la modernización estatal en Túquerres y sus afinidades y diferencias de los procesos de la modernización campesina. El paradigma de la modernización estatal culminó en el programa para modernizar la finca lechera. Éste era la culminación de esfuerzos de la modernización estatal temprana, pero se transformó en ser parte de la finalidad de la intervención directa y el cambio al estado neoliberal neutral de los años noventa. Los programas gubernamentales actualmente tienen como objetivo mejorar la situación de grupos vulnerables, de las personas indígenas, mujeres y campesinos.

Defiendo en este capítulo que la atención gubernamental a los grupos vulnerables, mientras parece un tanto benévola, indicativo de un cambio importante en el paradigma de la modernización estatal, en la práctica muchas veces sirve perpetuar desigualdades y jerarquías existentes. Primero, enfocar la atención retórica en los tradicionalmente perjudicados, aporta una excusa y justificación de los dominantes para atacarlos. Dado que el gobierno apenas ha dedicado recursos a los grupos vulnerables y ha sido incapaz o maldispuesto a proteger sus derechos en realidad, estos grupos llegan a ser aún más vulnerables al ataque privado. Segundo, las instituciones gubernamentales tienden a crear una ficción idealizada de las virtudes de grupos vulnerables. Desde que estas ficciones muchas veces no ceden a la complejidad local, esto ayuda al discurso de los dominantes de que las personas que exigen los beneficios no son auténticamente vulnerables y que no merecen la atención gubernamental. Estas normas idealizadas también limitan la definición de grupos vulnerables y entonces mucha gente, que en realidad está en una posición de vulnerabilidad, se siente que no corresponde a la categoría idealizada. Es más, las normas idealizadas tienden a transformar las divisiones dentro de un grupo, en batallas de quien legítimamente pertenece al propio grupo. Tercero, este enfoque en los grupos vulnerables dentro de una situación de recursos escasos, anima a la disensión entre tales grupos, y así los funcionarios gubernamentales emergen como los mediadores neutrales y árbitros de un campo polarizado.

La modernización campesina obviamente toma las señales y es contingente con estos programas de la modernización estatal. Sin em-

bargo, las personas involucradas en la modernización campesina no han estado esperando la ayuda de un gobierno benéfico. Ellos eran en general sospechosos de la nueva retórica gubernamental de ayudar a los grupos vulnerables, desde que tenían una experiencia larga de beneficios gubernamentales que van a las elites y a los dominantes. Esto no significa que necesariamente se oponían a la gente que se organizaba alrededor de estas categorías para el propósito de obtener los beneficios. Para estos propósitos, ellos podían asumir aspectos de una identidad idealizada cuando se trataba con los funcionarios e instituciones gubernamentales; incluso ellos podían pintarse como en conflicto con otros grupos. Sin embargo, también sabían que las realidades locales eran más complejas que estas ficciones estatales y que la tarea práctica de vivir juntos subsumía las polaridades y oposiciones declaradas por los funcionarios gubernamentales.

La finca lechera como culminación de la modernización estatal

En Túquerres, la modernización estatal culminó en el programa de la mecanización de las fincas lecheras, llevado a cabo en los años setenta. Este programa intentó modernizar la producción agrícola a través de un programa sofisticado de crías, alimentación y tecnología de ordeño mecánico. La ciencia e ingeniería ayudarían al proceso productivo, al modernizar relaciones laborales y propiedades, así como suministrar un mercado estable. Se procesaban los productos lácteos en la región y los enviaban a las ciudades en el interior colombiano, con precios fijos por una cooperativa.

Desde los tiempos coloniales, la sabana de Túquerres fue el dominio de los latifundios, de los hacendados grandes que desplazaron a los propietarios minifundistas a las pendientes y al páramo. Como discutimos en el capítulo 1, la sabana en el siglo XIX estaba dominada por haciendas que surtían las minas de oro en la tierra baja de Barbaças; las haciendas fueron símbolos elites del progreso a través del comercio y la industria. Los expertos de desarrollo del siglo XX condenaban a estas grandes unidades como reliquias obsoletas, pero ofrecieron la promesa de modernizar las haciendas, convirtiéndolas en fincas lecheras. El estudio de Chaves de Nariño concluyó en 1959:

Según la CEPAL en su estudio del desarrollo económico de Colombia, las perspectivas de la sabana de Túquerres, son muy amplias y favorables para encauzar la explotación de razas lecheras en grado considerable. Pero en la actualidad, la sabana está dedicada a una ganadería extensiva, con una producción que se efectúa en condiciones precarias, dando por resultado rendimientos muy bajos. Por otra parte, los ganaderos desconocen casi completamente, la aplicación de la técnica a la agricultura. (Cháves, 1959:52-3)

Más de veinte años después, un estudio de 1971 por el instituto agrario, ICA, repitió esta descripción casi palabra por palabra (Peñuela Viveros, 1971:23). Funcionarios de la ICA usaban estos estudios para empujar un acuerdo entre Colombia y Holanda que mejoraría la producción de leche en la sabana. Usando los temas de políticas a favor de campesinos, que estaban de moda en los años setenta, el programa se advirtió como ayuda a los productores pequeños y medianos. Los técnicos holandeses llegaron a importar ganado Holsteins estadounidenses, la inseminación artificial y a organizar una cooperativa de productores. Dado que la clasificación de un productor mediano, por lo menos en el estudio de Cháves, se extendió a las tenencias de 75 hectáreas, muchos de los latifundios de la sabana calificaban por la ayuda del programa. Por consiguiente, el programa no corrigió la desigualdad rural; a cambio, se apropió por completo dentro del paradigma produccionista de poner la tierra al mejor uso posible, sin tener en cuenta a los dueños y la mala distribución de la tierra.

Los técnicos holandeses empezaron un programa de inseminación artificial, usando ganado Holsteins norteamericano para mejorar el rendimiento del ganado criollo existente. Ellos también organizaron una cooperativa para procesar leche y queso. La Caja Agraria contribuyó con préstamos a largo plazo con tasas bajas de interés para comprar ganado y fincas. Según uno de los miembros principales del equipo del ICA, el programa disfrutó de un éxito fenomenal, con la producción de leche aumentando casi el 10% cada año. El rendimiento total de leche en Nariño creció de 120.000 litros diarios en los años setenta, a más de 600.000 litros diarios en los años noventa.

Incluso durante mi estudio etnográfico de campo, los finqueros lecheros en general favorecieron a un paradigma produccionista. Ellos insistieron en que la agricultura rural estaba “generando miseria, hace años dejó de ser rentable”, y que la solución de los problemas rurales dependía de aumentar la productividad e industrializar el producto. Su propuesta para el campo siempre involucró la adición del “valor agregado” y “metiendo a la cadena industrial” a través de la agroindustria y las fábricas, transformar los productos antes de enviarlos a la ciudad. “Ni siquiera lavamos la papa”, se quejó un hombre de negocios. Ellos se insultaban por la llegada de papas fritas producidas en el interior colombiano, creyendo que ellos deberían tener las fábricas. Dijeron que los paperos tenían que seguir la guía de las fincas lecheras, porque “la leche se va transformada” y obtiene “valor agregado”.¹

Dentro de un paradigma produccionista, el proyecto para las fincas lecheras en realidad llegó a ser una manera de consolidación y profesionalización para los latifundios y los finqueros paperos ricos.² Como en muchas partes de América Latina, los dueños del latifundio pudieron modernizar las partes más buenas de sus propiedades, mientras vendieron otras porciones, a veces al INCORA (ver Edelman, 1992:172). Esto puede compararse con un programa de las fincas lecheras ecuatorianas que ocurrió en Ecuador en la misma época:

Desde el lado de los productores les ha permitido reconvertir sus unidades, haciéndolas viables económicamente y confiriéndoles legitimidad social al eliminar relaciones sociales atrasadas que los convertían en el centro del ataque de distintas fuerzas sociales nacionales e incluso, los hacían aparecer en ciertos análisis de origen externo como los responsables del atraso en el agro serrano y como consecuencia en un freno al desarrollo global. (Barsky y Cosse, 1981:152)

La producción de las fincas lecheras, con sus fincas mecanizadas, procesamiento industrializado, cooperativas de productores, precios estables, e inclusión en la regulación gubernamental y el discurso nutricional, se entrelazó con políticas estatales en una manera que la papa campesina nunca pudo.

La división entre fincas lecheras latifundistas en las sabanas y los agricultores minifundistas en las cuestas y páramos estaba muy intacta en los años noventa. Al suroeste de Túquerres, la carretera principal dividía, bifurcaba las veredas rurales en “alto” y “bajo”. Arriba de la carretera, los caminos subían la cuesta, al Chanarro Alto, Tutachag Alto, Manzano Alto, todos lugares del minifundio. Había caminos a lo largo de las parcelas minifundistas que uno podía atravesar desde Chanarro Alto al Tutachag Alto, al Manzano Alto, sin descender a la carretera. Al otro lado, la tierra se inclinaba suavemente al empezar la sabana, en Chanarro Bajo, Tutachag Bajo, Manzano Bajo, del dominio de latifundios. Aquí los caminos eran muy delineados y caminar de una finca a la próxima era imposible sin regresar a la carretera. Éstas eran las propiedades de los hacendados más grandes de Túquerres, los finqueros paperos ascendentes, mezclados con los herederos de las haciendas antiguas.³

Cercas y perros protegían estas propiedades. Los dueños gastaban más tiempo en el centro urbano de Túquerres o en Pasto, que en su propia finca. Simplemente hablar con un finquero lechero era difícil y tuve la fortuna de conocer a una profesora que organizó entrevistas con varios miembros de este club élite. De hecho, habría sido aún más difícil si los Cisneros no hubieran instalado un teléfono para que ella pudiera llamar y avisarme. Un día, ella me aconsejó ir a la finca de Olivia Schmidt por la mañana porque ella se iría para Pasto en la tarde.

Una mujer me detuvo en el portón con la pregunta “¿Usted de dónde es?”. Dije que estaba allí para conversar con Olivia, pero pensaba que mencionar el nombre de la profesora sería la credencial más importante. La mujer desapareció un rato y luego me llevó a la puerta de una casa de madera exquisitamente amueblada, decorada como chalet alpino. Primero Olivia me preguntó si yo era “¿antropólogo o sociólogo?”. Empezó entonces un monólogo ostensible sobre su finca, pero también repleto de sus opiniones sobre la política gubernamental. Su narrativa ofrece una historia del ascenso de los finqueros lecheros.

Foto 10a
Finca lechera, Guachucal: pradera para las vacas



Foto 10b
Equipo de ordeño mecánico



Olivia dijo que la familia tenía la finca por “muchas generaciones”. Su padre “compró de sus tíos” para mantenerla unida. Si hubieran seguidos los modelos de herencia tradicionales, Olivia y su hermana habrían dividido la propiedad de 52 hectáreas, pero Olivia sentía que tal división los pondría en la clase “media baja”, impidiéndoles lograr el estilo de vida que quisieron y entonces acordaron preservar la propiedad intacta. Su decisión es un ejemplo pequeño de cómo la posibilidad de una finca lechera mecanizada funcionó para frenar cualquier redistribución en los años 1930-1950. La herencia tradicional dividió la propiedad, pero la posibilidad de ingreso de las fincas más grandes y el deseo de evitar el gasto de erigir múltiples instalaciones de ordeño mecánico, hicieron más probable que, o se manejarían las fincas intactas o se venderían a un solo comprador.

La hermana de Olivia no se casó y permaneció en la finca. Olivia se casó con Franz Schmidt, un alemán que llegó a Colombia en los años cincuenta. Ellos la administraban, y luego compraron otra finca lechera en Guachucal y una “finquita para recreo” en la tierra baja alrededor de Ricaurte.

Ayudado por los préstamos del gobierno a través de la Caja Agraria y la ayuda técnica holandesa para mejorar el rendimiento, los Schmidts transformaron la finca en un ejemplo de la modernización lechera; Olivia dijo que ellos fueron “pioneros de la inseminación artificial”. Sus vacas fueron todas concebidas por inseminación artificial, ordeñadas por máquinas y la leche se lleva a una fábrica de procesamiento antes de enviarla al norte. Ellos fueron miembros fundadores de la cooperativa de productores lecheros que los holandeses empezaron en los años setenta. Olivia se enorgulleció de su finca y dijo que amaba el trabajo en el campo. En un momento extraño, ella incluso dijo que era “campesina”, un uso curioso del nombre del que tantas personas querían escapar.⁴ Para Olivia, su finca en el área rural, estaba lejos de los estigmas y estereotipos del indio-campesino; en contraste, fue una luz del progreso y la modernización, un símbolo de lo que la vida buena en el campo podía implicar.

Los Schmidts tenían una contadora de media jornada y una computadora en Pasto. Olivia dijo que su finca en Guachucal estaba

“toda computerizada”, pero mientras estuvo en la finca de Túquerres, tenía que llevar su propio cuaderno de contabilidad. Olivia me mostró las cuentas para la finca de Túquerres en abril de 1997. Las 55 vacas producían el ingreso de la finca. Ellos también sembraron papas “cuatro veces al año”, pero estas siembras eran principalmente para preparar la tierra para los pastos mejorados. Olivia descartó cualquiera preocupación sobre si esto producía una ganancia o pérdida y confesó de estar ignorante de la fluctuación del precio de papa.⁵ Las vacas produjeron 700-800 litros diarios de leche que devengó 270 pesos por litro. Las ganancias totales para la finca estaban, por consiguiente, entre 5’500.000 y 6’500.000 pesos cada mes.

De esta suma ellos pagaban a dos personas para ordeñar y cuidar las vacas. Cada empleado recibió el salario mínimo, 184.000 pesos por mes, así como alojamiento, vacaciones y seguro social: “tienen todo la de ley”. También gastaban los salarios de la secretaria en Pasto, para los servicios veterinarios y de jornaleros del día, cuando se cultivaba la papa. Otros factores necesarios, comprados, incluyeron la concentrada para las vacas, sal, minerales y drogas. El beneficio neto se aproximaba a dos millones de pesos, dividido entre las hermanas y entonces los Schmidts recibieron un poco menos de un millón de pesos durante el mes.

Aparte de mostrar las operaciones de una finca lechera, Olivia abrió los libros como manera de indicar por lo menos dos puntos. Primero, ella ávidamente apuntó que los obreros permanentes en las fincas lecheras fueron muy beneficiados con su operación; con el salario, alojamiento y todos los derechos legales, ellos tenían mucho más que un obrero agrícola. Para Olivia, éstos son ejemplos de trabajos buenos que la zona rural podía aportar si se manejaban y se organizaban de la manera correcta. Estos trabajos son semejantes a los del sector formal, protegidos por las regulaciones gubernamentales y los patrones legales.

Segundo, Olivia quiso enfatizar que las ganancias no eran tan grandes. Ella dijo “no es nada” y mencionó que el alcalde de Túquerres tuvo un sueldo de un millón de pesos cada mes. Esta suma era mucho menos que la bonanza del dinero que la mayoría de las personas asumió en una finca lechera que aportaba.⁶ Olivia dijo que si ellos podían

sólo conseguir la cantidad pequeña de 52 hectáreas, imaginaba cuánto menos se haría y que estúpido sería parcelar la tierra en lotes más pequeños.

Mientras hay algo de verdad en esta lógica, vale recordar que un millón de pesos mensuales todavía era una suma grande en Túquerres. Un millón de pesos era cinco veces el salario mínimo, que muy pocas personas ganaban y diez veces lo que un obrero agrícola ganó a trabajo completo.⁷ Es más, la ganancia neta aproximaba la tercera parte de la totalidad, un margen considerable para cualquier empresa comercial. Finalmente, la creación de dos trabajos buenos debe ser contrastado con la potencialidad de dar dos hectáreas fértiles a veintiséis familias, un sueño fantástico para muchas familias rurales.

Muchos patrones paperos hablaban de sus libros y “datos”, pero Olivia fue la única que me los mostró. Sospecho que los datos de los finqueros paperos son principalmente ofuscaciones, un esfuerzo de exigir un conocimiento y cálculo especial, separado y encima del propietario minifundista que siembra papa.⁸ Si ellos usan datos, los números no siempre son conmensurables y hay una mezcla de valores absolutos y porcentajes combinada con las múltiples unidades de medida garrapateadas en un cuaderno o calendario. Mientras los finqueros paperos deben tener en cuenta una variedad impresionante de información en sus actividades productivas y comerciales, su nivel de cálculo no es tan distante de lo que la gente hace en su huerta o en los acuerdos “a medias”.

Aunque también los finqueros lecheros pudieron usar datos para la ofuscación, pretendiendo un reino de conocimiento aparte de otros productores agrícolas, sus cuentas fueron de un orden muy diferente que aquéllos del patrón papero. Las fincas lecheras requieren una gama más grande de factores producidos de manera industrial, consejos técnicos y asociación con la cooperativa de productores. Este conocimiento no es imposible para la capacidad del agricultor minifundista, pero no tiene las mismas analogías intuitivas de las actividades de un patrón. Por ejemplo, el curso que dura un año en el Colegio Agrícola sobre fincas lecheras estaba lleno de números con respecto a la dieta y los nutrientes, la inseminación artificial y la

producción de leche. Incluso esos estudiantes en la clase que tenía experiencia con el ganado, parecieron confundidos por las explicaciones técnicas.

Por consiguiente, por lo que se refiere a la propiedad de la tierra, las prácticas laborales, los factores técnicos y la comercialización, la finca lechera es cualitativamente diferente de las actividades agrícolas descritas en el capítulo anterior. Representa los efectos totalizadores de una modernización estatal planificada, un monopolio de las aplicaciones de la modernización.

La modernización estatal se desenreda: protesta y las reformas neoliberales

La mayoría de los propietarios minifundistas que conocí en Túquerres parecía ser relativamente apática al tema de las fincas lecheras de la sabana; con tal de que los finqueros lecheros no constituyeran una amenaza o intrusión directa, los minifundistas no se preocupaban por su fracaso o su éxito. Ellos hablaban más de las actividades de patrones locales o del granjero papero más grande en Túquerres. Sin embargo, para muchos grupos, los planes de la modernización estatal sí representaban una amenaza directa, parte de una política continuada de exclusión. Los años setenta eran tiempos de profunda protesta en Colombia, con la protesta de un movimiento campesino, luchas indígenas sobre la tierra y conflictos guerrilleros. Esta época es así una culminación de los planes de la modernización estatal pero también cuando se desenredó, una muestra de los límites de la modernización estatal, como intervención directa. En los años noventa, el gobierno promocionó una serie de reformas neoliberales que intentaban modernizar el estado, haciéndolo una entidad más neutral y también incorporando los grupos de protesta en el proceso político.

Los propietarios minifundistas en Túquerres no hablaron de la llegada de los técnicos holandeses como parte de un programa de la modernización para las fincas lecheras. La llegada de los holandeses o algunos “gringos” se transformó en casi un elemento de leyenda local o folklore. Los habitantes dijeron que esos extranjeros vinieron a introducir nuevos cultivos y métodos de cultivo e incluso a enseñar a las per-

sonas cómo cocinar y comer las nuevas variedades. En su forma actual, la leyenda parecía justificar las técnicas de cultivo contemporáneas. Por ejemplo, Roberto Antonio habló de cómo “anduve harto con los holandeses”.

Es más, la mayoría de los propietarios minifundistas no conocen a los dueños de las fincas lecheras de la sabana. Algunas personas supieron de un granjero alemán que dijeron era inmensamente rico. Sin embargo, los nombres y leyendas de los finqueros lecheros nunca se discutieron con la misma frecuencia como los chismes sobre los patrones paperos, o sobre Alfredo Moreno, el productor más grande de papa en Túquerres.

Al mismo tiempo, la consolidación élite de autoridad, a través de tales programas de la modernización, ha inspirado protestas fuertes en Colombia. Tanto como la emergencia de la agricultura tecnificada cumplió un sueño de desarrollo elite, también sembró un descontento importante. Nariño puede haber sido más pacífico que otras áreas, pero la protesta se extendió en el campo, inspirando un movimiento campesino importante en los años setenta (Zamosc, 1986). Un movimiento indígena para la autonomía y los derechos comunales de la tierra también participó y emergió de estas luchas (Rappaport, 1994:172). La intensificación de resistencia de la guerrilla armada complicaba aún más esta protesta.

Otras fuerzas también estaban trabajando para descomponer la llegada de un modelo económico-político construido por la integración nacional. Desde 1967, y mucho tiempo antes de que los demás países latinoamericanos llevaran a cabo políticas neoliberales, “los colombianos han experimentado con varios esquemas para promover nuevas exportaciones y reorientar su estrategia de desarrollo fuera de la dependencia completa en la industrialización de importación-sustituida” (Juárez, 1993:67). Por consiguiente, aún cuando los programas de la modernización estatal enfatizaban las metas nacionales, Colombia partió antes que otros países latinoamericanos del modelo de industrialización de importación-sustituida.

Por un nivel menos político, la gente estaba también comprometida en actividades de contrabando que desenredó los planes de la mo-

dernización estatal y deterioró las restricciones y aranceles de importación. Un economista colombiano estimó en 1982, que por lo menos el 61% de los televisores importados al país eran ilegales. Mientras es entendible pasar los artículos de lujo por contrabando, la llegada de otros productos indicó un deterioro más sistémico: “en un momento, parecía que había contrabando de materiales, aceras de construcción venezolana, un producto que sólo puede transportarse en los camiones remolcadores más grandes” (Urrutia, 1994:293). Los habitantes en Túquerres mencionaban un tiempo en el cual “todo” lo que consumieron vino de Ecuador, pero con marcas quitadas o enmascaradas para que los productos pudieran entrar por contrabando.

Esta época marcó una culminación y una contradicción, un logro de la modernización estatal, al mismo tiempo que varios movimientos diferentes cuestionaban los mismos objetivos y métodos de desarrollo. El conflicto era endémico en Colombia en los años ochenta. El gobierno adoptó a menudo tácticas represivas hacia la protesta, pero a fines de los años ochenta, un consenso más inclusivo empezó a surgir. La administración de César Gaviria, de los años 1990-1994, cristalizó los varios elementos del orden emergente. Éstos incluyeron una “apertura” económica, qué legitimaría y aumentaría la conexión de Colombia con las importaciones y exportaciones. Así Gaviria buscó acordonar la economía como el dominio de eficiencia capitalista. Estas reformas también involucraban una descentralización política, glorificada por aumentar el mando y autonomía local. Mientras el gobierno se retiraba de la intervención directa en la economía, Gaviria empujó un nuevo enfoque de ayudar a los “grupos más vulnerables”. Se codificaron en la constitución de 1991 las obligaciones gubernamentales para proteger los derechos de los tradicionalmente perjudicados.

Los planificadores de Gaviria resumieron su filosofía en el libro gubernamental, *La Revolución Pacífica*. Gaviria escribió en el prólogo, “no hay otro país del continente que haya cambiado tanto, tan rápido, como Colombia. Si hace sesenta años se contaba entre los más atrasados de la región, hoy se le señala entre aquellos que ostentan las mejores posibilidades de crecimiento y desarrollo” (1991:10). Él no descartó el modelo de desarrollo anterior, describiendo los últimos sesenta años como un tiempo de crecimiento y desarrollo, pero justificó las

reformas actuales con la idea de que los modelos anteriores alcanzaron sus límites y llegaron a ser las barreras de la modernización. La nueva fórmula para el crecimiento económico era la apertura, que estaba “eliminando los controles administrativos, reduciendo y simplificando los aranceles, creando las condiciones para que nuestros productos sean realmente competitivos en los mercados internacionales” (1991:23).

Con menos intervención estatal directa en la economía, sobre todo en la agricultura e industria, los planificadores prometieron que el Estado podría concentrar voluntad y recursos para las “obligaciones sociales básicas” de ayudar a “los grupos más vulnerables” (1991:20, 22). Estas declaraciones no sólo pusieron *La Revolución Pacífica* de acuerdo con la política neoliberal, sino también con las preocupaciones de grupos transnacionales de abogacía que estaban emergiendo cada vez más fuertes en los años ochenta (Keck y Sikkink, 1998). Los planificadores gubernamentales requirieron programas principalmente en educación y la salud, así como en el transporte e inversiones de tecnología, elogiado por su “efecto multiplicador” para ayudar a los grupos vulnerables. Además, las reformas prometieron convertir al ciudadano en el sitio primario de cambio y “promover un ambiente institucional para que el sector privado, y en general todos los ciudadanos, sean los actores centrales del proceso de cambio y crecimiento” (1991:20).

Respuesta de los finqueros lecheros, la crítica de los dominantes acosados

En consonancia con las políticas neoliberales, la política gubernamental en los años noventa evitaba la intervención directa para finqueros lecheros. Aunque ellos todavía estaban firmemente en la cima de la estructura social y económica, los finqueros lecheros expresaban incertidumbre, crítica y una resignación acosada. Desde su perspectiva social elitista, normalmente estaban de acuerdo con los principios de la filosofía neoliberal y la privatización. Al mismo tiempo, ellos estaban disgustados por lo que sentían era una competición injusta y la implicación de que sus fincas, una vez el modelo de eficiencia tecnológica acabó, llegaron a ser los dinosaurios pasados de moda. Note el discurso torcido en las palabras de un finquero:

Sí estoy de acuerdo [con la privatización], sí, claro porque nadie más que el dueño se pone cuidado a las cosas y trabaja, porque si es del gobierno, los trabajadores se echan las patas arriba y no le rinde el trabajo, en cambio si es de un particular usted pues paga y exige, no, que le hagan bien las cosas y que trabajan, en cambio el gobierno no haga trabajar a nadie. Claro, acabaron con el ICA que era una gran entidad, no. Que se preocupaba por producir por ejemplo semillas mejoradas. Inclusive vigilar a la calidad de los insumos... Ahora pequeñas entidades municipales, se llaman las UMATAs, esas sin plata y sin nada... hace unos seis, diez años, era bueno, el agricultor, el estado se preocupaba, tenía el mercadeo IDEMA, Caja Agraria, entidades de estado, impulsando directamente la agricultura.

También los finqueros lecheros se asustaron de la apertura económica. Ellos dijeron que la leche empolvada de Holanda, Argentina o Uruguay podía entrar en el país a precios “risibles”. Las fábricas de procesamiento prefirieron tales productos importados, porque podían añadir el agua y hacer ganancias mayores. Los finqueros lecheros se quejaban de una competición “desleal” con la producción de leche subsidiada en otros países. Los finqueros lecheros se sintieron traicionados por el gobierno nacional.

La amenaza de leche en polvo importada era una consternación muy visible pero quizás todavía improbable. Una preocupación más inmediata era la competición de otras fincas lecheras colombianas. Según un ex-director de la ICA, uno de los arquitectos del acuerdo original colombiano-holandés, la apertura económica estimuló importaciones de arroz, sorgo, maíz y trigo, mientras los finqueros de la tierra baja cambiaron hacia pastos y ganado. Comparado con las fincas de la tierra baja, las lecheras de la región montañosa de Túquerres eran menos rentables. Para los finqueros lecheros de la sabana fue un golpe particularmente triste; ellos importaron las vacas más buenas y los componentes técnicamente avanzados. En contraste, en la tierra baja el ganado daba menos rendimiento y practicaban técnicas de pastoreo extenso. Ellos no usaban técnicas avanzadas, pero sus costes eran bajos y, por eso, eran más “eficientes”. Hasta cierto punto, las fincas lecheras podían ser consideradas con el camino a Barbacoas y

el ferrocarril a Tumaco, como ejemplos de proyectos de la modernización estatal descartados.

“Fue el primer error importar ganado especializado, genética americana”, meditó el ex-director del ICA. Él sentía que ellos deberían haber usado el ganado holandés más pequeño, o los de Nueva Zelanda, que eran “más criollas, más rústicas”. En los años noventa, algunos finqueros estaban intentando usar ganado más pequeño, cruzándolos con variedades criollas para fortalecerlos. Otros experimentaban con el cultivo de maíz para alimentar el ganado; pensaban que era más barato que la papa y tenía los mismos efectos en preparar la tierra y no era tan susceptible de las heladas. Varios finqueros lecheros, incluso los Schmidts, construyeron instalaciones para cerdos. Ellos compraban los tipos que crecen rápido (“los puercos monos” del capítulo anterior) y les dieron la comida concentrada. Mientras los cerdos podrían mantener su ingreso, no vieron en los cerdos un reemplazo factible de la lechería.

El ex-director de ICA expresó su propuesta, supuestamente basada en la mayor eficiencia, porque “la única manera, la alternativa para enfrentar esto es la eficiencia”:

Creo que es necesario incentivar un poco más el consumo, una gran campaña de consumo de leche. Luego regular un poco más el ingreso de otras partes porque es una competencia desigual, no es leal. También aumentar el procesamiento de la leche, más quesos y buscar más mercados, porque hay muchos países suramericanos que son importadores de queso como Perú, Brasil y Venezuela, se necesita ser más agresiva la política. En general creo, es necesario poner más valor agregado a los productos agrícolas. Nosotros en la región somos muy buenos productores, artesanos, pero pésimos comerciantes.

Es interesante observar que aunque él ubica esta propuesta en un discurso de eficiencia capitalista, ninguna de las sugerencias aumentaría la eficiencia de la finca. Más bien, ellas son medidas políticas para regular mercados existentes y abrir nuevos mercados. Sin el apoyo del gobierno en varias fases, los logros de la finca lechera serían inciertos.

COCELCO

Le tiene la solución inmediata en comunicación para controlar su finca a distancia.

MOVIFIJO

unidad celular fija que conectada a un aparato telefónico convencional, lo comunica inmediatamente con aquellas regiones donde la telefonía convencional no llega.

Conéctese a todas sus ventajas:

- Tarifas más económicas que las de un celular convencional.
- Fácil e inmediata instalación (Solo tiene que conectar el equipo a un teléfono convencional y a un tomacorriente normal, sin necesidad de línea telefónica de red fija).
- Mayor cobertura debido a que tiene mayor potencia que un celular convencional.
- Mejor calidad de comunicación.
- Equipo altamente eficiente (En caso de que falle la energía, su batería le dura hasta 8 horas).

Equipo de 3 vatios de potencia (5 veces más potente que el celular convencional).

Foto 11

Esta cartelera de 1997, distribuida en Túquerres, propaga un teléfono celular como “la solución inmediata de comunicación para controlar su finca a distancia” y pone yuxtapuestos los edificios urbanos con las vacas de la finca.

Finqueros lecheros también expresaron su amargura sobre las políticas gubernamentales y las entidades internacionales de abogacía que ayudan a los grupos vulnerables, sobre todo cuando ellos apoyan a los indígenas y campesinos. Ellos vieron en estos programas una contra-modernización, un paso hacia atrás a la ineficiencia y la baja productividad. Creyeron típicamente que el gobierno llegó a ser un instrumento de los grupos que buscaban la reforma agraria y algunos aún declararon que su política de parcelar la tierra semejaba a los fines subversivos de la guerrilla. Un grupo de la guerrilla secuestró a Franz Schmidt, quien estuvo durante un mes en la selva antes de que un rescate pudiera ser organizado. Olivia se ha obsesionado sucesivamente con el movimiento indígena y la lucha de la tierra y vio a la guerrilla, a los indígenas y al gobierno colombiano como nudo horrible.⁹ Ella dijo que ellos tenían un “gobierno demagogo, populista, cretino” y lo culpó por estar “levantando banderas indigenistas”. En su opinión, ésta era en parte culpa de los “antropólogos, sociólogos, abogados” quienes usaban los postes gubernamentales para cumplir sus objetivos malévolos. Los Schmidts se resintieron de que ellos no podían disfrutar ahora los frutos de su trabajo: “es un castigo trabajar honestamente”. Olivia no vio ninguna solución a la situación y sentía que la única opción que tenía era “salir como un delincuente, no puede vivir en su finca”, dejar el manejo productivo de la finca y construir una casa en Pasto.

La mayoría de los finqueros lecheros tuvo miedo del secuestro, el robo de ganado y el activismo indígena. Algunos tenían guardaespaldas personales, mientras otros vivían en Pasto y sólo visitaban sus fincas de vez en cuando, sin nunca pasar la noche en ella. Algunos fueron determinados a preservar sus tenencias. “No voy a permitir que mete esta gente; toda la vida, un trabajo sano, no va a quitar. Tenemos una asociación de agricultores y ganaderos”. Olivia dijo que América Latina necesitaba “gobiernos duros”. “La democracia es para los países civilizados”, ella declaró, expresando la admiración por Fujimori en Perú y Pinochet en Chile, gobernadores “que me encanta, pone la gente a marchar. La individualidad y la persona humana son para los Estados Unidos, no en Colombia, somos diferentes”.¹⁰

La atención gubernamental a los temas indígenas enfurecía a los hacendados que pensaron que los indígenas locales no eran auténticamente indígenas (ver Rappaport 1994:5).¹¹ Los hacendados declaraban que los indígenas simplemente “buscan beneficios” y eran liderados por los intelectuales urbanos. Ellos acusaban que ciertos indígenas estaban adquiriendo los beneficios de las invasiones de la tierra, adquiriendo parcelas en secreto, y luego empujando a los otros a más activismo en lucha por la tierra. El director de Corponariño habló de cómo “los indígenas más fuertes quedan con la tierra”, dando el ejemplo de Cumbal donde el activismo indígena ha tenido algunos éxitos. Él creyó que la “gente más rica” fueron los gobernadores indígenas anteriores, y dijo que esto podría ser confirmado yendo a Cumbal y buscar la casa del gobernador anterior: “¡cuidado que no se confunde con el teatro municipal!”.¹²

Sin embargo, la acusación que sólo quería beneficios no es justificada. A fin de cuentas, en el paradigma neoliberal dominante, todos los seres humanos buscan su propio beneficio, que el mecanismo del mercado se convierta en beneficio de todos. La imputación proviene, por consiguiente, de la percepción de que los verdaderos indígenas deben estar fuera del mecanismo del mercado, como un salvaje noble. El salvaje noble puede merecer los beneficios, pero buscándolos activamente daña esta nobleza (Rappaport, 1994:169).

Algunos finqueros buscaban una salida a esa situación. Quizás venderían más propiedades al INCORA, pero se quejaban de los “precios ridículos”. Desde su perspectiva, el INCORA daba como mejor sólo el 30-40% del valor de la finca. No obstante, algunos vendieron su tierra al INCORA. Una transferencia tal en 1996, específicamente de un finquero lechero a los indígenas, se filmó por la Casa de la Cultura, la oficina cultural municipal y los representantes del INCORA y el alcalde de Túquerres. El granjero dijo que “fue una oferta voluntaria”, basado en su realización de que los indígenas eran “también humanos como nosotros”. Él expresó su deseo de “diálogo, de convivencia y de paz”, y dijo que “los ganaderos de este sector quieren poner sus propiedades al bien de la comunidad... el objetivo nuestro es el mejoramiento de la comunidad”.

En los años setenta, instituciones gubernamentales celebraron

las fincas lecheras mecanizadas como beneficio para “la comunidad”. En 1996, el Municipio elogió la desintegración de una finca lechera, resaltando la importancia de los indígenas, una vez despreciados. Este cambio demostró la permutación en el programa de la modernización estatal, desde la intervención directa hacia una política de neutralidad, adoptando estipulaciones para beneficiar a los grupos vulnerables.

Los grupos vulnerables, la prioridad del homenaje verbal

El otro lado de prescripciones de la política neoliberal es un discurso de ayuda gubernamental para los grupos tradicionalmente perjudicados, los “grupos más vulnerables”. Por consiguiente, las reformas gubernamentales no sólo adoptaron medidas neoliberales orientadas al mercado capitalista, sino que buscaron el favor de grupos transnacionales de abogacía, expresando “preocupación de proteger las partes más vulnerables de la población” (Keck y Sikkink, 1998:205). Los grupos vulnerables son los tradicionalmente perjudicados por lo que se refiere a la raza, etnia, clase, género y edad.

En cambio, la atención a los grupos vulnerables trae la visibilidad a un nuevo conjunto de gente y de activistas. En Túquerres, de aquéllos que cuentan como vulnerables se incluyen a los indígenas, tradicionalmente perjudicados desde una perspectiva étnica; los campesinos, perjudicados desde la perspectiva de clase; las mujeres, perjudicadas en el aspecto del género y los niños, perjudicados por su edad. Estos grupos eran los ejes primarios de la movilización gubernamental para los programas de “participación ciudadana”, protección y ayuda. Sin embargo, a pesar de la prioridad retórica otorgada a estos programas, los recursos reales dedicados a estos grupos fueron pocos.

En la nueva constitución, el gobierno colombiano abrazó particularmente la problemática indígena. La constitución de 1991, presidida por un ex-guerrillero e incluyendo la participación de representantes indígenas, oficialmente invirtió la política estatal que quería des-indianizar la población hacia los blancos. La nueva constitución venera los derechos de comunidades indígenas, dándoles privilegios territoriales y judiciales especiales, y estipula dos representantes indígenas en

el senado colombiano (Triana Antorveza, 1993; Rappaport, 1994:169). Las instituciones gubernamentales como el INCORA, aumentaron la proporción de sus funcionarios y los recursos asignados para diagnosticar y tratar los temas indígenas. Tales políticas cambiaron el campo de los programas de la modernización estatal y abrieron la posibilidad de autonomía para la gente indígena.¹³

Al mismo tiempo, el gobierno colombiano pudiera permitirse el lujo de tal magnanimidad en cuanto a los temas indígenas por el tamaño relativamente reducido de esa población, que es mucho menor que en otros países andinos y centroamericanos. A finales del período colonial, la gente indígena constituyó sólo el 25% de la población (Bushnell, 1993:14), y la población indígena contemporánea se estima en sólo un 2% (Rappaport, 1994:13). Dado que la gente indígena no constituye la masa de la población, o incluso una minoría considerable, el gobierno colombiano ha podido conceder privilegios sin excesivamente estorbar la estructura general de gobernación y poder. Los representantes gubernamentales han podido entonces exaltar los logros maravillosos de Colombia en el escenario internacional e impulsar a otros países de seguir su ejemplo.

Al grado que los asuntos indígenas constituyen un desafío al orden dominante, sea nacional o local, el gobierno colombiano tiene antecedentes menos ejemplares. Por ejemplo, una gran parte de la legislación sobre la autonomía territorial indígena no se ha llevado a cabo, porque los legisladores temieron una pérdida de mando sobre partes grandes del territorio nacional, mayor de lo que inicialmente imaginaron en los decretos.

En Túquerres también, la asignación de recursos y autonomía al Cabildo indígena, la unidad gobernante local para la comunidad indígena, estaba cargada de dificultades, de oposición de los hacendados y de la intransigencia municipal. A pesar de los argumentos de hacendados de que los indígenas disfrutaban del apoyo amplio del gobierno, los líderes indígenas peleaban, extensivamente, con las autoridades municipales para simplemente asegurar los recursos financieros, que estaban supuestamente garantizados en los cofres nacionales. Las oficinas municipales han usurpado los fondos y los han inmovilizado en el desorden administrativo y la papelería.

En cuanto al apoyo internacional, mientras había la buena voluntad y la presión internacional favorable aplicada en las autoridades colombianas, ésta apenas era igual al tipo de intervención sostenida que los finqueros lecheros recibieron de los técnicos holandeses. Un ejemplo de esta diferencia fue evidente después del asesinato de un gobernador indígena en noviembre de 1996. El Cabildo indígena recibió copias de aproximadamente veinte cartas enviadas de los Países Bajos, Inglaterra, Alemania, Francia, Japón, los Estados Unidos y Canadá, a autoridades colombianas, que demandaron la investigación completa e imparcial del asesinato y que el gobierno dismantelara los grupos paramilitares. El Gobernador fue activo en la lucha de la tierra y fue un participante visible en el traslado antedicho de la tierra del finquero lechero al resguardo indígena. Había la sospecha de la intervención de hacendados, paramilitares y la guerrilla en el asesinato.

Mientras finqueros lecheros como Olivia Schmidt hablaron de la tremenda ayuda internacional para los grupos indígenas, lo que el Cabildo local en Túquerres en realidad recibió durante el colmo de un conflicto intenso y peligroso fueron unas pocas cartas que ellos no entendieron (y que me pidieron ayuda para traducir al español). Mientras las personas con conexiones al movimiento indígena deben de haber pedido las cartas, la materia salió del contorno de líderes locales. Lo que las entidades internacionales recibieron como “testimonio” local fue presentado a los actores locales como comentario extranjero, requiriendo traducción (ver Keck y Sikkink, 1998:19). Ésto no quiere decir que estas cartas de apoyo no ayudaban, simplemente que ellos apenas representan el mismo nivel de sostenido apoyo internacional que los finqueros lecheros, que todavía podían movilizar para sus fincas y otras actividades.

Como este asesinato muestra, los indígenas en Túquerres continuaban siendo objetivos de violencia y abuso. Los hacendados podían justificar o excusar esta violencia, desde que la retórica pro-indígena constitucional les hizo sentir que la gente indígena tuvo todo las ventajas. Sin embargo, las instituciones gubernamentales han sido históricamente débiles e ineficaces aún cuando han estado dispuestas a dar fuerza a la ley y proteger los derechos de la gente indígena. Por consiguien-

te, la retórica gubernamental en cuanto a asuntos indígenas, en realidad contribuye a aumentar los ataques privados. Para los grupos indígenas, exigir las garantías constitucionales de autonomía parece una esperanza distante cuando simplemente es una lucha constante para obtener los fondos que son directamente debidos al Municipio.

Mientras los indígenas son una minoría en Colombia, mujeres y niños representan un grupo mucho más grande. Mujeres, niños y jóvenes, son mencionados específicamente como representantes de “grupos más vulnerables” en *La Revolución Pacífica* (Presidencia de la República, 1991:22). Esto también está de acuerdo con el enfoque de la abogacía transnacional en los temas de vulnerabilidad física y daño corporal (Keck y Sikkink, 1998:205).

Había algunas personas que intentaban organizarse alrededor de los temas de las mujeres a través de la Casa Campesina municipal, establecida en los años noventa. Una líder, Dolores Martínez, quería organizar a un grupo de mujeres alrededor de la idea de una comunidad de artesanas que produciría productos folklóricos.

Dolores se involucró activamente en actividades de mujeres artesanas y mostró sus productos en exhibiciones regionales e incluso en un viaje a Bogotá, donde ella se conoció con las embajadoras de Italia y Japón, que hicieron pedidos sumamente grandes de los productos artesanales.¹⁴ Animada por estos pedidos, Dolores organizó un curso en 1997 para capacitar a las mujeres en hacer los sombreros y otros objetos artesanales de paja. Lo que la mayoría de la gente fuera de la región andina ha nombrado el “Sombrero Panamá” es en realidad hecho en Ecuador y parte de Nariño; Dolores esperaba que Túquerres llegara a ser un centro de tales productos artesanales.

Dolores también fue promotora de varios programas que promocionaban “participación ciudadana”. En sólo una conversación, ella mencionó una serie prodigiosa de entidades gubernamentales y no gubernamentales (ONGs): Futuro Popular, Fundación La Minga, Bienestar Familiar, CETRAC, el Ministerio del Interior, Digidec (Departamento de Desarrollo de la Comunidad), la Asociación de Mujeres Indígenas, además de oficinas departamentales y municipales. Ella participó en muchas sesiones de capacitación y conferencias, y estimó que te-

nía más de 100 “diplomas” de estos cursos que normalmente duran de uno a tres días.

De esta intervención de tantas entidades diferentes y con lazos de las oficinas internacionales y embajadas, podía deducir que estos temas llegaron a ser una prioridad real. Sin embargo, los cursos artesanales en la Casa Campesina fueron acosados con dificultades. Había confusión de los fondos entre instituciones gubernamentales diferentes y tenían muchos problemas, simplemente en tratar de conseguir que la instructora viniera a los cursos. La instructora vino del pueblo de Sandoná, que es un centro tradicional por tal artesanía comercializada y Dolores dijo que ella había ganado “premios internacionales” por su trabajo de artesana.

Además de los problemas en conseguir que la instructora viniera a los cursos, el tamaño potencial del mercado para estos productos parecía dudoso. Dolores, animada por sus contactos con embajadas y embajadores, insistió en que las mujeres tejerían los sombreros “con el fin de exportar a un mercado grande en España y Brasil”. Ella dijo que las productoras en Sandoná no podían cumplir con la demanda. Sin embargo, el precio actual de sombreros estaba al nivel de 2.000 pesos; después de sumar el costo de materiales, el sueldo por tejer un sombrero era sólo de 1.000 o 1.500 pesos por el trabajo de un día largo, ni la mitad del sueldo agrícola.

Si se incluye la producción potencial de tales productos artesanales, el tamaño del mercado era especialmente dudoso. En el pueblo de la tierra baja de Linares, la mayoría de las mujeres aprendían a tejer los sombreros desde una edad temprana y no necesitaban ninguna clase de capacitación formal para producir más. No obstante, los intermediarios de Sandoná no podían vender todos los sombreros producidos, y si aumentaba la demanda, cientos de mujeres en Linares y otros pueblos podían inmediatamente empezar a tejer muchos más sombreros. La gente en Linares se quejaba de que ellos produjeron los sombreros, pero “aquí no tenemos mercado, favorecido es Sandoná”. Visto desde esta perspectiva, parecía que la instructora de Sandoná estaba vendiendo la reputación y estatus como pueblo artesano a las mujeres en Túquerres y, entonces, por eso, no se presentó para las clases.¹⁵

Cuando conté esto a Dolores, ella simplemente contestó que los

productores independientes no comprendieron el alcance del mercado potencial y “no se organizan para conseguir mercado”. Aunque esta declaración puede ser correcta en su diagnóstico de la parte política de cualquier comercialización, su optimismo no podía descartar la cantidad de comerciantes y productores en Sandoná, rodeados por una abundancia de distribuidores de paja.¹⁶

Los asuntos de mujeres recibieron más atención por parte de las autoridades municipales cuando organizaron celebraciones del Día de la Mujer. Dolores tomó el papel de organizadora para esta celebración en la Casa Campesina. Ella exhortó a las participantes del curso a que tejan y pongan un sombrero de paja en la blusa para mostrar su apoyo al proyecto artesano. La celebración empezó con una misa en la iglesia central, seguida por una marcha de 80-90 personas desde la iglesia a la Casa Campesina, llevando un estandarte: “Apoya la Participación de la Mujer Rural para una Democracia con Futuro”. Sin embargo, entre los espectadores, la marcha causó risa y sarcasmo. Un espectador se burló de los hombres participantes en la marcha de las mujeres y se rió de que ellos eran campesinos. Otro muchacho gritó “¡abajo!”, hasta que su madre le dio una bofetada en la boca. Para muchos habitantes, la marcha no tenía la misma gravedad que la procesión religiosa o la protesta política.

El evento comenzó con el Himno Nacional, seguido por una serie de discursos. Víctor Montenegro, el director de la Casa Campesina, empezó con palabras que hicieron eco, de uno de los panfletos en su oficina: “aunque parezca utopía, sí ha mirado que en otros países las mujeres han llegado a un alto grado de estabilidad y bienestar social”. Procedió a alabar la virtud y la belleza femenina y comentó que las mujeres podían transformar el mundo. La Secretaria de Género Departamental, quien vino de Pasto, dio el discurso feminista más destacado, urgiéndoles a las mujeres a que tomaran tiempo para ellas, aparte de las obligaciones con maridos y niños. Ella fue la única que habló sobre los orígenes del Día de la Mujer, que la historia empezó con un ataque violento a las obreras femeninas en una fábrica de pollos; entonces conectó las actividades con la abogacía alrededor de los temas de violencia contra las mujeres (Keck y Sikkink, 1998:165-198).

Sin embargo, este discurso fue inmediatamente seguido por otros, comentando el papel especial de las mujeres como madres, transformando el evento en uno de los muchos elogios a la maternidad que celebran en mayo con el Día de la Madre.

Una representante del municipio habló de cómo “en el curso de los tres últimos días, nos han celebrado el día de la mujer al nivel de todas las instituciones... He escuchado cantidad de discursos muy bonitos sobre los derechos de la mujer” con pocas personas que consideran en que son esos derechos. Ella dijo que tenían todos los derechos de hombres venerados en la constitución, pero “hay un derecho que nos hace diferente a las mujeres. Es el derecho a la maternidad... Tenemos el derecho a ser madres. Pero ese derecho nos lleva a muchos deberes”. Igualmente, una mujer de la UMATA elogió a las mujeres de Túquerres: “aquí encontramos una herencia que ha perdurado a través de los tiempos... en la mujer tuquerreña, se encierra todas las virtudes: el amor a la patria, la dedicación al hogar, el trabajo de la dignidad y del honor, el sacrificio abnegado por el bien de los hijos”.

Tales eventos demostraban las dificultades con el movimiento de mujeres en Túquerres. Mientras múltiples instituciones gubernamentales aparentemente apoyaban este movimiento, había en realidad pocos recursos disponibles para aportar nuevas oportunidades económicas. Por consiguiente, en general las celebraciones estaban llenas de retórica de apoyo a la mujer y las perogrulladas y elogios sobre las virtudes de la maternidad. No había aumento evidente en la protección de los derechos de mujeres en situaciones de abuso o violencia doméstica.

En contraste a la atención explícita del Gobierno y entes internacionales sobre los grupos más vulnerables de gente indígena, mujeres y niños, los grupos campesinos no han disfrutado la prominencia que tuvieron en los años setenta.¹⁷ No obstante, había legislación gubernamental favorable sobre asuntos de reforma agraria. En Túquerres, la Casa Campesina fue una creación de los años noventa. De alguna manera, el éxito del movimiento indígena en ganar la prominencia nacional entonces renovó el activismo en Túquerres alrededor de una identidad explícitamente campesina.

Víctor Montenegro, el director de la Casa Campesina, relacionó

la creación de la Casa Campesina con el establecimiento del ANUC, la asociación campesina, a nivel nacional durante los años setenta. De hecho, había una rama oficial del ANUC en Túquerres desde 1968 (Delgado Velasco, 1997:26). Sin embargo, la Casa Campesina en realidad fue una creación reciente, y Víctor sólo trabajaba desde hacía un año, con el título oficial de “Secretario del Centro de Educación Comunitaria”.

En cuanto a los papeles, la Casa Campesina parecía estar activa en frentes múltiples. Además de los asuntos de reforma agraria, Víctor habló de la intervención en salud, alojamiento, programas de educación, deporte y parcelas demostrativas para la agricultura, así como los proyectos de mujeres artesanas. Había reuniones casi diarias en la Casa Campesina que involucraba uno de estos grupos, o reuniones de capacitación con representantes del INCORA. Muchos funcionarios gubernamentales y de las ONGs visitaban estas reuniones; no importa si la reunión se preocupaba por sombreros de paja o por la reforma agraria, había siempre las personas que hablaban a los participantes congregados, sobre salud, deportes, sexualidad, educación, bienestar familiar o fondos para jubilación. Esta información se acompañó muchas veces por un esfuerzo de reclutar a los miembros del público como administradores o fiscalizadores de programas rurales, como los centros del Bienestar Familiar. Las paredes de la Casa Campesina estaban repletas de carteles que promovieron la ANUC, la UMATA, la Caja Agraria, la ICA y el CETRAC, el Centro de Obreros Cristianos para el Cambio Social.

Pero a pesar de este apoyo claro del Municipio y del Gobierno, en 1997 la mayoría de los tuquerreños no supo ni siquiera en dónde quedaba la Casa Campesina. Alejado de las oficinas gubernamentales principales y la plaza del mercado central, la mayoría de la gente sólo conoció su ubicación en referencia a un edificio antiguo que una vez funcionó como el centro para la maquinaria municipal. De hecho, en la carta municipal oficial mandada desde “La Oficina de Participación Ciudadana”, el lugar de la reunión se especificó como la “Antigua zona de carreteras (Casa campesina)”. El municipio intentó recuperar este espacio, pero la Casa Campesina no salió de la sombra de viejas máquinas para carreteras. Aunque la oficina tuvo vínculos obvios con las instituciones gubernamentales del Municipio y de la nación, no recibió

fondos suficientes para electricidad. Es más, como discutimos en el capítulo 3, muchas de las entidades en los carteles apenas recibieron fondos del gobierno como el ICA, la UMATA y la Caja Agraria.

En cuanto a ofrecer la redistribución de la tierra, Víctor tenía que conceder que ellos todavía no tuvieron éxito. Víctor culpó la “oposición de la politiquería” de aquellos que quieren que la gente se quede “bajo el yugo” y entonces “nunca las veredas tienen su propio desarrollo”. Como secretario de la educación comunitaria, Víctor debía coordinar un gran número de funciones. Al mismo tiempo, tenía pocos recursos para trabajar en la Casa Campesina y no podía mostrar éxitos concretos. Por consiguiente, mucha de su participación en reuniones consistió en repetir perogrulladas de los panfletos, como la necesidad de ser “protagonista de nuestra historia, no esperar que llegue” y que “reclamamos la nuestra, estamos con la ley”.

Un ejemplo de perogrulladas sin recursos fue una reunión de dos días patrocinada por la ANUC y el INCORA ostensiblemente para “hacer en este municipio la reforma agraria”. Empezó con un tipo de taller en que los líderes dividieron a los participantes en grupos pequeños para que ellos pudieran leer y discutir la “Ley 160 de 1994”. Como podría esperarse, la ley empezó con una declaración de legislación maravillosa y la intención de dar tierra, paz, crédito y servicios a todos (ver Hirschkind, 1988). Mientras los representantes del INCORA dijeron que entregarían el 70% del costo a las familias para comprar la tierra, los funcionarios no participaron en los grupos de discusión ni detallaron los mecanismos a través de los cuales las personas podían empezar en realidad la reforma agraria. No había ninguna discusión sobre el presupuesto del INCORA, que se cortó por casi la mitad en 1997. Mientras algunos agricultores en la reunión hablaron que estaban “luchando” hasta que fueran desilusionados, el representante del INCORA dijo que tuvo que “despertar el sector campesino”, porque si ellos no usaran el presupuesto de reforma agraria, se asignaría a una parte diferente del país. Dolores, que también asistió a la reunión, presentó este enigma: “los campesinos luchando y otros dicen que no están haciendo nada. Los campesinos dicen que están cansados luchando, otros dicen que no hablan; el gobierno no

escucha, ¿son sordos?”.

En contestación a estas dudas, uno de los líderes locales del ANUC se puso de pie para decir que “sí hemos hablado duro, hemos estado allí, pero que ha sucedido, no hemos encontrado eco en ustedes a ser dueños de esta ley, que es la única manera de la cual podemos salir adelante”. Ella continuó que las leyes eran “buenas, los malos somos nosotros que no hemos hecho cumplir”. Ella dijo que después de la reunión, en lugar de invitar a los compadres a tomar tragos de aguardiente, ellos deben “hoy invitemos analizar la ley”. Tal declaración de la líder campesina cambió el reproche a los agricultores, quienes ella representó como más interesados en aguardiente que en sus derechos. Este discurso dio a la reunión el propósito ostensible de ser un foro para enseñar a los campesinos cómo forzar al Gobierno a ser responsable de sus leyes; sin embargo, era una responsabilidad por lo menos en parte inspirada por los funcionarios gubernamentales, que de nuevo confundía la orientación y propósito de esta “capacitación”.¹⁸

Aunque la atención gubernamental a los grupos vulnerables ciertamente destaca un cambio importante en los términos de la modernización estatal, dentro de un contexto local los resultados son a menudo sólo perogrulladas y recursos escasos u obstaculizados, si no una continuación de violencia y abuso, ahora con la justificación adicional de que los grupos vulnerables tienen todas las “ventajas”.

La mayoría de los propietarios minifundistas no condenaba tales programas. Ellos no pensaban que era inmoral buscar ventajas a través de las instituciones. Sin embargo, había también una sospecha justificada sobre la nueva atención gubernamental. Gente como los finqueros lecheros, tradicionalmente monopolizaba los programas gubernamentales y hubo poca evidencia para indicar cambios fundamentales en la estructura de dominación de la elite. Luego de todas sus quejas y críticas, los finqueros lecheros mantenían todavía una posición imponente en la sabana, mientras pocos recursos iban a los vulnerables, aunque retóricamente alabados.

Categorías gubernamentales y complejidad local

El enfoque en los grupos más vulnerables se une también a los esfuerzos gubernamentales de categorizar y definir a las personas y los grupos. Las categorías gubernamentales sobre los grupos vulnerables tienden a llegar a ser ficciones fijas, una manera de transformar lo que fueron tradicionalmente estigmas en virtudes. Sin embargo, tales categorías rara vez reflejan la complejidad de la realidad local. Como resultado, los grupos dominantes crecen indignados por lo que ellos ven como las personas impropias buscando beneficios. Es más, estas categorías idealizadas restringen la clase de grupos vulnerables.

Para la gente indígena, los funcionarios gubernamentales esperaban un nivel de integridad cultural para dar autonomía territorial y apoyar las leyes tradicionales indígenas (Jackson, 1995:17). Los funcionarios esperaban que los indígenas produzcan para la subsistencia comunal, y que la comunidad indígena funcione como una totalidad étnica.¹⁹

Un líder indígena en Túquerres trató de enfatizar las diferencias entre la comunidad indígena y los campesinos capitalistas. Dijo que los indígenas tenían “alimentos sanos” como los cuyes y que ellos cultivaban sus parcelas para la subsistencia. “Nuestro pensamiento no es sacarlo de la tierra, sino cultivarla”. El líder indígena mantuvo que ellos no usaban la tierra en forma capitalista. Ellos protegían los recursos naturales, cultivaban para la subsistencia y manejaban una relación sagrada con la flora, la fauna y la tierra. Habló de su conocimiento de las plantas como “una manera diferente de conocer el mundo”.

Sin embargo, también es verdad que en las regiones montañosas las personas que se identificaban como indígenas y también aquellos que se identificaban como campesinos tenían una historia larga de transacciones en el mercado. Los campesinos también criaban cuyes y cultivos saludables de subsistencia en sus huertas. Pero las instituciones gubernamentales como el INCORA buscan regulación y claridad sobre estos asuntos. Los funcionarios del INCORA han intentado a menudo dibujar un límite afilado entre el resguardo indígena y la propiedad privada. Un representante del INCORA, quien estudió la comunidad indígena en Túquerres en 1995, lamentó que los indígenas no mostra-

ban los atributos culturales y la organización que él esperaba. El investigador declaró:

Por la ubicación de la comunidad en casi todo el municipio de Túquerres, dentro de áreas urbanas y rurales, mezclados con campesinos, comerciantes y transportadores, las tradiciones se han ido perdiendo en especial las de matrimonio, este se hace por el rito católico y de acuerdo a las costumbres del campo habitado por campesinos. (Guerrero Davila, 1995:42)

El investigador, a pesar de trabajar para una institución gubernamental, quería que “el Gobierno” resuelva los procedimientos pertinentes para cosas así. “Por esto nos parece bien que el gobierno Colombiano establezca una política clara para los pueblos indígenas en cuanto a componentes y objetivos y en especial para las instituciones y funcionarios que trabajan con las Comunidades indígenas” (Guerrero Davila, 1995:35).

A veces, incluso aquéllos que explícitamente colaboraron con el movimiento indígena han buscado una agenda cultural más activa. Un estudiante universitario quiso trabajar con la comunidad indígena en Túquerres, dando cursos para explicar la historia de los grupos indígenas antes de la conquista, y enseñarles la “verdadera relación de la tierra”. Él quiso movilizar a las personas indígenas del pueblo ecuatoriano de Otavalo, de la Amazonía y los Guambianos y Paeces al norte, aquéllos que eran “culturalmente más desarrollados” y pudieran “refrescar la memoria” de los indígenas locales. Eventualmente, el estudiante se desilusionó con su trabajo; sintió que el Cabildo no estaba dirigiéndose adecuadamente a las contradicciones potenciales de sus esfuerzos del “modernizar”, mientras intentaban rescatar la tradición, la cultura y el pasado.

Los finqueros lecheros y algunos mestizos estaban especialmente dispuestos en acusar el movimiento indígena de no ser indios auténticos. Sin embargo, el problema no es un fracaso de gente indígena de ser propiamente indígena. Es más bien un caso de una categoría idealizada de la comunidad indígena como ente étnico puro y premoderno, que falla ante la complejidad y la historia de realidades locales.²⁰ Esta ficción gubernamental, que es simplificada, reducida y fijada, sirve en-

tonces como argumento adicional de los hacendados de que las personas en las protestas no son verdaderamente indígenas.

Esta categoría idealizada también funciona como una limitación a seleccionarse. Por ejemplo, una mujer en una área rural que claramente no era de la clase dominante, pensó que “todos somos indios”, pero aquéllos que dijeron que eran indígenas, en realidad no eran “propiamente los indígenas”. Muchas personas a quienes los dominantes han designado y se han burlado como “indios”, no pensaban entonces que formaban parte de esta categoría ideal de indígenas.

Finalmente, esta categoría idealizada de indígena tiende a convertir el conflicto interior en una batalla para la legitimidad sobre quién en realidad lo es. Por ejemplo, varios gobernadores indígenas condenaron un programa de educación étnica que proponía promover y capacitar a los profesores indígenas; algunos gobernadores insistieron en que el programa fue corrupto y mal manejado. Sin tener en cuenta el mérito de estas imputaciones, el campo de conflicto se volvió sobre sí o no los profesores que recibieron capacitación eran en realidad indígenas. Los dos grupos intentaron que “hablan en el nombre de toda la etnia”. En otros términos, la expectativa de que la comunidad indígena siempre es unitaria y habla con voz unida puede animar batallas interiores de legitimidad.

En contraste con la categoría indígena idealizada, la noción gubernamental de mujeres es quizás más inclusiva. Sin embargo, el nivel de apoyo para el movimiento de mujeres, las líderes se enfocaban principalmente alrededor de “la mujer rural”, quién se convertiría en una artesana folklórica. Al mismo tiempo, muchas más mujeres en Túqueres se matricularon en cursos de enfermería, peluquería, decorando pasteles, mecanografía y computadoras. Estas mujeres no parecían pensar en sí mismas como vulnerables y, sobre todo, no pensaron en convertirse en artesanas folklóricas.

El punto también puede ilustrarse con referencia a los grupos campesinos. Para estar en el movimiento campesino, las instituciones gubernamentales no esperaban en general un muestro cultural ni una totalidad étnica. Sin embargo, ellos esperaban que todos los campesinos tuvieran la meta de una finca familiar independiente; pensaban

que la aparcería y el trabajo asalariado son incompatibles con el verdadero campesino. Es más, los funcionarios gubernamentales imaginaban su papel en cómo ayudar a estos agricultores independientes en ejecutar negocios eficientes y crear cooperativas del mercadeo que eliminarán a los intermediarios rurales.

Un representante del INCORA presentó un ejemplo de esta actitud en una reunión de la Casa Campesina, cuando habló de la necesidad de tener su propia tierra: “¿Qué es el trabajo? ¿Qué es una propiedad? Es algo natural, un derecho natural, una satisfacción, compañeros... Una hectárea de terreno, le da seguridad. Dos hectáreas, una seguridad, más tranquilidad”. Él explicó que cuando ellos trabajaban “jornal, esta papa no es suya” y uno no se “siente realizado”.²¹

Otro episodio de la reunión fue la lectura de un folleto del ANUC titulado: “Como hacer de la parcela una empresa rural”. Un líder explicó que esto era “para que la producción agraria sea rentable”, porque si no fuera, “¿para qué seguir peleando en la reforma agraria?”. El punto de su discusión fue que el manejo campesino en realidad podría ser más eficiente y productivo que en manos de un hacendado. El folleto también habló de organizar cooperativas comerciales, para que los productores pudieran vender directamente al comprador final.

Además de estos ideales de la producción y el mercadeo, el líder del ANUC quiso que los campesinos rehagan las ideologías consumistas. Dijo a los participantes que “a nadie es oculto que el Alcalde ha gastado plata trayendo las mejores orquestas del mundo a Túquerres” y que los “estúpidos” que fueron allí “quedar como perros borrachos en la calle”.²² El líder quiso “cambiar esta cultura”, que comparaba entonces con la cerveza y la propaganda de Coca-Cola. Dijo que ellos dieron zanahoria a los caballos pero “no somos capaces de hacer un jugo de zanahoria, sino ‘deme otra coca-cola’”.

No obstante, todas estas declaraciones suman idealizaciones de las realidades agrícolas. El énfasis puesto a la producción propia, a través de la intervención gubernamental, es raro en un contexto local que discutimos en el capítulo anterior, donde los arreglos a medias garantizaban que el “dueño del trabajo” no era necesariamente el dueño de la tierra (ver Hirschkind, 1988:337). El discurso de no sentirse realiza-

do en el trabajo también parece extraño en un contexto donde trabajo asalariado íntimo de “ayudar” permitía un grado de control sobre el proceso laboral, así como el sueldo garantizado.

Adicionalmente, los participantes mostraron poco interés en el folleto sobre empresas rurales. En parte esto fue porque la reunión estaba a punto de terminar, pero también fue consecuencia del hecho de que los participantes pensaban que estas reflexiones formaban parte de lo que todos ya sabían. Como dijo un participante, “por la idiosincrasia conocemos épocas de siembra y cosecha”. La intervención de funcionarios gubernamentales para transformar las parcelas rurales en empresas fue ignorada, por consiguiente, con preferencia por la experiencia local.

Es en parte debido a estos tipos de categorías idealizadas que las reuniones en la Casa Campesina para mujeres y campesinos atrajeron sólo un porcentaje pequeño de las personas que podían ser clasificadas como tal. Aunque la participación potencial del campesinado en Túquerres era por lo menos de 10.000 personas, nunca vi una reunión en la Casa Campesina con más de 40 participantes y no todos de aquéllos eran agricultores.

Por ejemplo, Roberto Antonio era ciertamente agricultor y trabajaba como peón asalariado y se consideraba uno de los pobres. Sin embargo, él no estaba presente en las reuniones campesinas y había pensado que el discurso de estar “bajo el yugo” o “esclavizado” fue bastante extraño para describir su vida y su trabajo. Lo interesante es que la vez que Roberto Antonio discutió sobre la reforma agraria fue cuando le pedí directamente que especulara sobre cuánta tierra necesita una familia para subsistir. Roberto Antonio estimó que “con una hectárea, puede defenderse”. Elena preguntó entonces cuánta tierra era en términos prácticos y Roberto Antonio dijo que pudiera ser sembrado con treinta bultos de papas y ella se maravilló ante cuánta tierra sería. Su parcela podría sembrarse con dos bultos de papas, mientras los representantes del ANUC estaban hablando de conseguir por lo menos dos hectáreas.

Cuando le pregunté por qué ellos no intentaron obtener más tierra, Roberto Antonio contestó con una risa “¿por dónde nos sali-

mos?”. Estaban rodeados por los vecinos y sus parcelas. Pero entonces Roberto Antonio relató la historia de la oportunidad que tenían para acumular más tierra. Hace casi veinte años, él trabajó con un grupo que estaba a punto de adquirir una finca grande con la ayuda del INCORA. Ellos querían que él los uniera al grupo, lo que habría significado que después de un tiempo de trabajar la finca colectivamente, cada uno recibiría una parcela de dos hectáreas. Su esposa “no quiso ir, para nada; pero estuviéramos mejor. Ellos salieron riquísimos con carros, tractores, casas”.

Elena lo contradijo vehementemente y dijo que nadie quería ir. Ella dijo que la vida allí era “dura”. Esto parecía ser un asunto penoso entre ellos; Roberto Antonio dijo que ellos habrían podido lograr tener un estilo de vida buena y riqueza a través de la agricultura, mientras Elena lo vio como regresar a algo que dejaron atrás cuando se trasladaron al barrio intermedio. No obstante, Roberto Antonio describió su situación y ocupación actual como una opción, que podría remediarse. Una vez más, ellos enfatizaban el papel de voluntad familiar. Desde su perspectiva, no habría mucha razón de participar en la política de la Casa Campesina.

En la presentación de visiones idealizadas de grupos vulnerables, como indios comunales y contra-modernos, mujeres artesanas folklóricas o campesinos con fincas familiares independientes, las categorías gubernamentales pueden ser factores contribuidores al ataque privado. Estas definiciones eluden complejidades locales en que los grupos dominantes han clasificado a los dominados como indios o campesinos ignorantes. Categorías estrechas e idealizadas se transforman en una parodia para las personas que continúan siendo vulnerables y perjudicadas.

Neutralidad estatal y polarización

Mientras los documentos gubernamentales enfatizaban la nueva atención a las necesidades y derechos de grupos más vulnerables, hubo poco mención que estas necesidades y derechos pueden chocar entre sí. Sin embargo, en una situación de recursos escasos, parecía que cuando los activistas locales hablaban de necesidades y derechos, estaban en un

contexto de conflicto entre grupos polarizados (ver Bourdieu, 1985:738). Los funcionarios gubernamentales a su vez añadían a este conflicto; éste reforzaba su posición como negociadores neutrales entre grupos polarizados de la sociedad civil, y convertía al funcionario gubernamental en un mediador legitimado por el conflicto. Este punto se ilustra mejor al examinar las perspectivas supuestamente polarizadas de indígenas y campesinos.

Los funcionarios gubernamentales, municipales y nacionales, no sólo intentaron asumir la neutralidad, pero enfatizaron su papel como de mediación, arbitraje y negociación entre grupos polarizados de la sociedad civil. Durante una reunión en la Casa Campesina, una representante municipal expresó preocupación sobre los conflictos entre los indígenas y campesinos y dijo que era el problema más grave que enfrentaba el Municipio. Ella dijo después: “nosotros siempre nos estado interviniendo en estos conflictos”. Desde su perspectiva, la oficina del Alcalde tenía que “mediar entre las comunidades”.

Representantes del gobierno nacional tomaban una perspectiva similar. Un ministro colombiano, quien vino a Túquerres para buscar una solución a un conflicto de tierras, dijo que “es legítima la lucha de los indígenas por la tierra, reconoce la constitución, reconoce las entidades de Estado; reconocemos igualmente el derecho de campesinos de tener tierra”. Dijo que en Colombia ya no debe tener “primera, segunda y tercera clase de personas”, había ahora “dos derechos iguales” de las comunidades. El estado, a través del INCORA, tenía el “papel de facilitar” acuerdos.

Algunas personas en Túquerres vieron tal manipulación como algo conspirador entre los hacendados y las instituciones gubernamentales, para dividir a la gente y debilitar los esfuerzos de cambiar las desigualdades en la propiedad de la tierra. Dudaría describirlo como algo conspirador; no había ningún propietario que creyera que sus propiedades estaban más seguras debido a estas divisiones. No obstante, es un resultado insidioso del esfuerzo gubernamental para conseguir neutralidad y proteger los grupos vulnerables.

De hecho, los líderes de grupos indígenas y de grupos campesinos a veces expresaban tales antipatías. Un representante indígena dijo

que los indígenas y campesinos “ambos pertenecemos a una clase de necesidades, ambos son los pobres, tenemos derechos”. En este discurso, usó términos de necesidades y derechos e imputó la ventaja de aliarse. Sin embargo, él añadió entonces que “últimamente los campesinos por la debilidad de su organización” se convertían en defensores de los latifundistas y ayudaban a los grupos paramilitares. El líder enfatizó que los campesinos dependían de los hacendados grandes, “ellos viven del jornal”.

Mientras la alcaldía municipal de Túquerres peleaba con los indígenas sobre fondos, la alcaldía promovía la Casa Campesina. La Casa Campesina parecía ser una contestación municipal al movimiento indígena, que alimentaba la discordia. El director de la Casa Campesina imputó una necesidad alianza, y dijo que el movimiento indígena “debería ser unificado” con los campesinos. Sin embargo, los grupos estaban “en pugna” porque “los indígenas quieren tierra para ellos”. “Se reúne entre más, mejor”, él dijo, indicando su resentimiento a los métodos indígenas.

Se expresaron sentimientos similares en la reunión de la ANUC-INCORA, donde los representantes hablaron sobre sus métodos como dentro de la ley, distinguiéndose explícitamente de los indígenas y las guerrillas. El portavoz principal de la ANUC-INCORA señaló que ellos tenían que proceder por la “vía disciplinada” y que él era “enemigo a la desestabilización del país, la violencia”. Entonces, explícitamente rechazó los métodos de la guerrilla, pero también se unió a declaraciones de que separaran el movimiento campesino del movimiento indígena.²³

Sin embargo, las declaraciones públicas de conflicto no necesariamente reflejan perspectivas absolutamente polarizadas, a pesar de las ideas de funcionarios gubernamentales. Para las personas que asistían a reuniones en la Casa Campesina, aceptar estas ideas de neutralidad y de choque entre grupos sociales podía ser parcialmente una táctica basada en este contexto particular. Una mujer que conocí en una reunión de la Casa Campesina fue entusiasta sobre un programa de créditos para mujeres rurales. Ella dijo que en su vereda estaban organizándose como mujeres para sacar los beneficios de los programas gubernamentales. Las mujeres congregadas querían que las ayu-

daran a pensar en un nombre para su grupo, quizás “‘Nuevo Amanecer’ o algo con el ‘progreso’”. Ellos dijeron que “la mujer está olvidada”, hablaron del “hombre machista”, y que ellas intentaban “sacar adelante la familia, fin de que haga progreso en la zona rural”. Cuando les pregunté si ellas se consideraban como campesinos, dijeron que sí, “orgullosamente” y que las mujeres en su vereda “se cría cuyes, cerdos, vaca de leche, y la mujer se va a trabajar a la pala, al jornal”. Cuando les pregunté sobre los indígenas, ellas dijeron que el movimiento indígena en su vereda “no ha tenido en cuenta, no nos tienen en cuenta”, y que vio a los campesinos “con una discriminación” en lugar de buscar el “bien común”.

Cuando visité la vereda después, la líder presentó una imagen diferente. Hasta cierto punto, ella se desilusionó con sus esfuerzos en la Casa Campesina y pensó que no eran muy útiles. Ella dijo que volvió para trabajar con su junta de acción comunal en la vereda. Mientras ella todavía hablaba de ayuda internacional para la construcción escolar y otros proyectos, tenía una perspectiva más en conjunto con las actividades de la vereda, en vez de mujeres contra hombres o campesinos contra indígenas. En contraste con sus comentarios anteriores sobre discriminación, ella dijo que nunca debe haber conflicto entre campesinos e indígenas y que sus relaciones eran completamente amigables; los indígenas deben asistir a sus reuniones y conseguir lo que pudieran, porque en fin, todos trabajaban juntos.

Por consiguiente, los participantes en el Cabildo indígena o en la Casa Campesina podían selectivamente movilizar categorías gubernamentales de grupos vulnerables, para lograr tener recursos. Pero volviendo a la realidad local, las relaciones más prosaicas de trabajar y vivir juntos prevalecían. A pesar de la nueva retórica gubernamental enfocada a los tradicionalmente perjudicados, la mayoría de las personas en Túquerres confiaba todavía en la iniciativa independiente para formar su modernización, en lugar de esperar la beneficencia gubernamental hacia los grupos vulnerables.

La gente que construía una “modernización campesina” no se oponía a las organizaciones que iban formando alrededor de las nuevas categorías gubernamentales. Sin embargo, una modernización

campesina representa una crítica fundamental a la noción de la modernización estatal como neutralidad. Este punto quedó especialmente claro en las campañas municipales de 1997.

Notas:

- 1 La idea de que la pobreza está relacionada con la productividad y eficiencia era dominante en los años cincuenta, repetidamente enfatizada en el estudio del Banco Mundial sobre Colombia: “En países como Colombia, donde algunos sectores de la población han permanecido tecnológicamente en el siglo XVI (como en la agricultura) o en el siglo XIX (como en la industria) puede progresarse tan rápidamente porque la limitada disponibilidad de implementos productivos es en gran parte la causa del bajo nivel de renta. Por lo tanto, la introducción de los tipos más nuevos de equipo de capital en cantidades relativamente pequeñas, puede producir enormes avances de la productividad” (Currie, 1951:32). Los estudios de desarrollo subsecuentes han revisado substancialmente estas metas para economías en vías de desarrollo, donde aumentar la productividad obrera puede crear un sector bien pagado y tecnológicamente avanzado del siglo XX, rodeado por un mar inmenso de personas desempleadas atrapados en el siglo dieciséis, parodiando el interesante discurso de épocas en el documento del Banco Mundial (ver Barsky y Cosse, 1981:153).
- 2 Algunos técnicos holandeses probablemente comprendieron que estaban ayudando a la consolidación del latifundio y no tenían un impacto directo en los productores campesinos. La evidencia de esto es que algunos de ellos empezaron un proyecto independiente para ayudar a las mujeres a criar el cuy. “En 1975, técnicos holandeses comprendieron que la leche no aportaría bastante ingreso para campesinos participantes, y cambiaron su estrategia. Ellos decidieron un proyecto que fortalecería la posición de mujeres en la comunidad. Ellos observaron que las mujeres estaban más metidas en la cría de cuyes. Aunque el Ministerio Nacional de Agricultura no estaba interesado en apoyar el plan revisado porque no se criaron los cuyes en otras partes del país y ellos no tenían ejemplares para seguir, la Universidad Regional y los holandeses trabajaron juntos sin el apoyo nacional. Los holandeses y la UNICEF cada uno ofreció préstamos pequeños a varios grupos de mujeres, e importaron especímenes de cuyes científicamente criados desde Perú” (Morales, 1995:27-8).

- 3 Hay una bifurcación similar hacia el este en la carretera desde Túquerres, cuando ésta pasa por Cofradía Alta y Cofradía Baja. Como discutimos en el capítulo 1, la Cofradía Baja tiene lo que queda de la hacienda Garzón formada de las tierras de la iglesia. Sin embargo, esta división era mucho menos evidente: los pocos finqueros lecheros aquí eran mucho más pequeños y menos continuos que aquéllos en la sabana al sudoeste de Túquerres, que desplaza hacia Sapuyes y Guachucal.
- 4 Su adherencia curiosa a este mote puede ser considerada junto con su declaración de que recién se fue de viaje, “buscando las raíces” en Macchu Picchu de Perú. Es interesante que alguien tan obviamente conectada a las élites, quien se casó con un europeo y usó términos denigratorios cuando habló de los indios locales, podía buscar las raíces indias míticas (ver Bourricaud, 1975:381; Frykman y Löfgren, 1999:59). También exhibe la manera en que aquéllos que transformarían el paisaje inmediato en uno de producción racional, también son los voceros de un paisaje escénico y recreativo (ver Frykman y Löfgren, 1999:50-1).
- 5 Esto es en contraste con la mayoría de los habitantes que discute sobre el precio de papa todos los días. Finqueros lecheros pueden cancelar una pérdida en papas como parte de su gasto comercial necesario para buenos pastos, pero ellos también pueden conseguir grandes ganancias en una cosecha buena. Es más, para ellos es más probable disfrutar buenas cosechas porque su tierra es en general más fecunda, descansada y fertilizada.
- 6 En un curso sobre fincas lecheras dado en el Colegio Agrícola, un maestro envió a los estudiantes a que coleccionaran los datos de la finca lechera principal de la Cofradía. El maestro calculó entonces que llevaría quince años para la ganancia neta, pagar por el costo inicial de la finca. Varios cálculos, como la factura veterinaria, parecían inmoderadamente caras, pero los datos son similares a cuánto tiempo demoraría para la finca de Olivia pagarse por sí misma.
- 7 Liliana Cisneros, inadvertidamente, ilustró la inmensidad de esta suma, cuando dijo que uno de sus parientes estaba mintiendo cuando mencionó que ganó un millón de pesos cada mes. “¿Quién gana esto? Nadie. Ya tuviera mi casa, mi carro”, dijo ella. En contraste, un finquero lechero se quejó de que, aunque la finca le permitió vivir en la clase media, no le permitió una vida verdaderamente buena que involucrara una vacación anual en Europa y un nuevo camión. Estos comentarios también ilustran que en contraste con los fines de gasto relativamente similares de produc-

- tores de papa, sin tener en cuenta la escala, los finqueros lecheros aspiraban a metas de consumo bastante diferentes.
- 8 La profesora que me ayudó a navegar por el mundo de hacendados adinerados quiso introducir los pocos que “analizan las cosas” y dan datos correctos, implicando que había muchos otros que no analizaron sus actividades e incluso mintieron sobre ellas.
 - 9 Amontonar a la guerrilla con los indígenas no es correcto habiendo en realidad muchas pugnas entre la guerrilla y los indígenas. En algunas áreas rurales, la guerrilla coleccionó rentas de los finqueros lecheros y eficazmente vigilaba el área, matando a los ladrones del ganado.
 - 10 En contraste con estas declaraciones que las campañas para los derechos humanos originan en los Estados Unidos, muchos gobiernos y activistas latinoamericanos son los participantes principales en la causa: “apoyo por la idea de proteger los derechos humanos a través de los mecanismos internacionales o regionales tiene una historia larga en la región” (Keck y Sikkink, 1998:85; 86-7)
 - 11 Un artículo en un periódico regional sobre el municipio de Guachucal declaró que los “peones de antes son los indígenas de hoy, tan pobres como siempre, sometidos al trabajo en las fincas, pero con un pedazo de tierra que, de todas maneras, tampoco les sirve para salir de la pobreza” (*Nariño al día* 1997:22).
 - 12 Rappaport notó las luchas por el poder en el movimiento indígena en los años ochenta, cuando un Gobernador era “acusado de coger más que su porción justa de tierra para él y sus socios” (1994:167-8). Sin embargo, es absurdo afirmar que la tierra relativamente pequeña ganada y re-incorporada en el resguardo indígena podía crear latifundios comparables a aquéllos de la sabana de Túquerres.
 - 13 Tales ideas fueron por mucho tiempo un contrapunto latente al tema dominante de civilizar a los indios y destruir formas comunales de tenencia de la tierra del resguardo. El estudio sociológico de Nariño, en 1935, notó que las elites buscaban a menudo destruir el resguardo indígena como “una supervivencia anacrónica de tiempos abolidos y de constituciones bárbaras... Pero acaso conviniera recordar que las constituciones más modernas, las más avanzadas, las más auténticamente liberales, tienden a crear el patrimonio familiar inalienable que, para el caso, no vendría a ser cosa muy diferente” (Comisión de la Cultura Aldeana, 1935:58)
 - 14 Dolores informó que las embajadas pidieron “un millón o cien mil” ár-

boles de Navidad hechos de fieltro, con adornos coloridos cosidos a mano. No pude averiguar la veracidad de este pedido, pero parece que el acto de hacer este pedido en septiembre con una fecha límite de diciembre juega con la incapacidad de la comunidad artesana para en realidad cumplir con el pedido. Dolores lamentó que tenía que enviar “un fax” para decirles a los embajadores que las artesanas todavía no fueron capaces de coser tantos árboles. Sin embargo, estos pedidos le animaron la posible producción artesana.

- 15 Nariño no era el único pueblo en donde las personas sabían hacer sombreros y otros productos artesanales de paja. Había también centros de artesanos en el norte de Nariño, nombrados en las historias de viajeros desde la primera década del siglo veinte: “casi todos los habitantes de San Pablo son, desde la niñez, tejedores especialistas de sombreros. Nosotros sólo teníamos que mirar en una puerta para encontrar a la familia entera, grande y pequeña, así ocupado” (Franck, 1917:106). Esta abundancia de artesanos potenciales en Nariño es, aparte de las artesanas ecuatorianas que hacen los “Sombreros Panamá” de calidad aún más alta.
- 16 Una obrera del UMATA, en Linares, donde producían sombreros, pensó que las mujeres en Túquerres debían concentrarse en los productos artesanales de clima frío como ruanas de lana. Los documentos municipales de los años sesenta indican que había cursos de tejer en lana e incluso un proyecto para enseñar cómo hacer “alfombras persas” (ver Triana y Antorveza y Pacheco Hernández, 1971:72). Sin embargo, los tejedores indígenas famosos de Ecuador dominaban el mercado de artículos étnicos en lana. Cuando le informé a Dolores sobre los cursos de la década del sesenta y los proyectos que fueron desaparecidos y olvidados, Dolores dijo que la persona que empezó el proyecto debe haber muerto. Me aseguró que si ella no se muriera, iba a lograr que el proyecto de sombreros en paja tuviera éxito, para que si alguien como yo volviera en treinta años, la gente recordara el proyecto.
- 17 En general, el activismo sobre asuntos campesinos estaba en la base de un modelo más viejo de “solidaridad” y movilización para la causa de una comunidad, en lugar del enfoque más contemporáneo en los derechos humanos como individuos (Keck y Sikkink, 1998:95).
- 18 Era curioso que Dolores, quien no tenía intereses prácticos en la reforma agraria, no sólo asistió a esta reunión sino que también propuso preguntas sobre su propósito. Parecía que muchas de estas reuniones gubernamentales llegaron a ser dirigidos a un limitado número de per-

sonas y en pocos días fui yo un participante conocido. Sobre todo, en los talleres de grupos pequeños, los participantes empezaron a pedirme que diera una presentación para el grupo y mis esfuerzos de evadir ese papel a veces ocasionó incompreensión o incluso rabia. Un hombre me castigó por presentarme en varias reuniones y no tener nada que decir, indicando que debería ser yo uno de los participantes más capacitados y preparados.

- 19 Compare la política gubernamental ecuatoriana donde “Ecuador se representa como nación de pueblos étnicos pintorescos, cada uno con su propia herencia cultural prístina... Ecuador ya no se representa como la tierra de privilegio oligárquico, pero se representa como campo pluri-étnico. Este discurso no sólo se dirige al público nacional sino al público internacional también” (Crain, 1990:50-1).
- 20 Es interesante comparar la política estatal colombiana reciente de reconocer los derechos indígenas de tener tierra comunal con el esfuerzo antiguo del estado ecuatoriano para colectivizar la tierra indígena de la región montañosa en nombre de la modernización. “A través de la legislación, incentivos financieros y ayuda técnica, el Estado ha impulsado el cultivo cooperativo durante décadas. Todavía sesenta años más tarde, campesinos nativos alrededor de Otavalo aun cultivan al nivel de casas separadas” (Collaredo-Mansfeld, 1999:97).
- 21 Aunque éstas eran reflexiones aparentemente graves de la filosofía de la tierra, el trabajo y la producción, este representante del INCORA pasaba el tiempo en la reunión mirando por la ventana, hablando por teléfono o coqueteando con las mujeres participantes.
- 22 El estudio de Nariño de 1959, también notó que los municipios tendieron a “acudir al alcoholismo como principal fuente de sus ingresos. En esta forma, nos hemos colocado de bruces frente a un Estado cantinero” (Cháves, 1959:126). Sin embargo, la gente contemporánea no consideró que los conciertos fueron del municipio; la mayoría de los patrocinadores eran padres de familia de escolares o grupos de la comunidad que buscaron fondos para proyectos particulares.
- 23 Este portavoz relató una historia de la convención constitucional de 1991, con connotaciones de que los indígenas lograron sus metas fácilmente a través de la asociación con la guerrilla, mientras los campesinos tuvieron que luchar para ser incluidos en el nuevo orden constitucional. Según esta historia, el presidente de la asamblea constitucional, Antonio Navarro Wolff, un líder anterior en el grupo guerrillero M-19, se resistió a que en-

trara cualquier representante del ANUC, quienes entonces tenían que pasar por político liberal para conseguir una parte pequeña de la nueva constitución.

5

P olítica sana

La política es la más cochina que hay.

—Roberto Antonio Cisneros, *haciendo un comentario de las traiciones de la campaña municipal (agosto de 1997)*.

Para los Cisneros, nunca había mejor candidato a Alcalde que Luis Fernando Ascuntar. Criado en el barrio al lado suyo, Luis Fernando era hijo de una lavandera, pero llegó a ser ingeniero. Trabajaba en los proyectos municipales con los barrios y veredas, pero lo más importante era que no se convirtió en político orgulloso. Todavía visitaba la casa de los Cisneros y era amigo de los hijos de Roberto Antonio, Oscar y Sebastián, quienes muchas veces funcionaban como equipo para proyectos de trabajos públicos y reuniones políticas. El acto de apoyar a Luis Fernando era apoyar a alguien quien de verdad entendió los sufrimientos y los triunfos de los Cisneros, a diferencia de muchos jefes políticos elitistas. Sin embargo, cuando Luis Fernando se lanzó a la alcaldía, lo traicionó inmediatamente uno de estos jefes políticos, quien se alió con su enemigo principal para vencer la candidatura de Luis Fernando. Roberto Antonio y Elena Cisneros no parecieron sorprendidos; dijeron que este acto demostró lo que ellos ya dijeron, que la política es la más cochina que hay. Estos jefes políticos eran “sinvergüenzas”. Luis Fernando era diferente, un hombre con “respeto”.

En Colombia, la descentralización política empezó en los años ochenta, advertida como oportunidad de limpiar la suciedad y la co-

rrupción política. La descentralización se unió a la idea de la neutralidad estatal, como manera de quitar el elemento excesivamente político de las instituciones gubernamentales. Los planificadores gubernamentales han descrito las elecciones locales y la administración municipal descentralizada como la manera de lograr tener servicios gubernamentales eficientes y neutrales.

De hecho, en 1997, en las campañas de Túquerres para Alcalde y consejo municipal, casi cada candidato habló de la dicotomía entre la “política sana” o “política limpia”, qué ellos dijeron su candidatura representaba, como opuesto al “sucio” y “corrupción”. Sin embargo, para la mayoría de los habitantes, este discurso de limpiar la política tuvo poco en común con las normas de la neutralidad estatal y la entrega eficiente de los servicios prometida por los planificadores de descentralización. Los habitantes entendieron la esfera del estado político de ser inherentemente y fundamentalmente manipulada contra las personas pobres y los agricultores rurales. La política estaba en algún respecto irremediabilmente sucia.

Al mismo tiempo, esto no necesariamente restringió la participación. Mientras la política era completamente cochina y el estado fundamentalmente manipulado, las campañas ofrecieron la oportunidad más clara de liberarse de los políticos orgullosos. La gente buscaba reemplazar a los políticos orgullosos e irrespetuosos por personas que tenían *respeto*. Tradicionalmente, el respeto fue algo exigido por los adinerados, los poderosos y los superiores. Decir que todos merecen el respeto es afrontar las jerarquías dominantes y estereotipos del indio-campesino deferente. En vez de políticos sinvergüenzas que hicieron tratos políticos sucios, los habitantes buscaban a las personas que podrían ser avergonzadas de tomar acción en su beneficio.

La campaña municipal de 1997 terminó en ser una opción entre dos perspectivas muy opuestas. Por un lado estaba César Oviedo, el director anterior de Corponariño, el departamento medioambiental gubernamental y el dueño de una finca lechera de quince hectáreas. Sería difícil imaginar alguien más representativo de la perspectiva de la modernización estatal que discutimos en el capítulo anterior. Oviedo estaba inicialmente especializado en la tecnología de las fincas lecheras me-

canizadas y fue director de la cooperativa lechera. Con su puesto subsiguiente en Corponariño, él formaba parte del cambio hacia la perspectiva de un Estado neutral; sus temas de campaña fueron de animar la inversión privada y de trompetear los derechos y necesidades de grupos vulnerables. Oviedo fue un maestro retórico para declarar que el gobierno tuvo que servir al ciudadano, no viceversa.

En contraste a la retórica maestra de la modernización estatal movilizadora por Oviedo, Luis Fernando Ascuntar apenas habló. Elena Cisneros comentó después de una de sus reuniones, que Luis Fernando miraba fijamente hacia ella, tan largo y atento, que parecía que él esperaba que ella hablara en lugar de él. De hecho, la credencial principal de Luis Fernando era que la gente lo seleccionó. Como otros candidatos, prometió manejar un Municipio que estaría “abierto” y que tendría una política sana. Sin embargo, su tema principal era de respeto, y de su “voluntad”, que él adquirió como miembro de la comunidad que sufría con los pobres. Su campaña encontró un apoyo ardiente en los barrios intermedios, con gente como los Cisneros, quienes se apropiaban de artículos y modos modernos mientras conservaba la agricultura y el mercado campesino. Más que cualquier candidato anterior, Luis Fernando representó las ideas y métodos de la modernización campesina.

En la sección siguiente, exploro los temas de la modernización estatal y la neutralidad a través de la descentralización. Luego detallo las subidas y bajadas de la campaña municipal de 1997, mostrando cómo Luis Fernando y sus partidarios invirtieron la retórica de neutralidad estatal que surgió con un triunfo electoral absoluto.

Modernización a través de descentralización

En la Colombia de la década noventa, los temas del modernizar el Estado y la esfera política casi llegaron a ser temáticamente tan prevalecientes como la modernización y el desarrollo económico. Este impulso hacia la modernización se debió mucho al discurso de entidades de desarrollo internacional y a la filosofía neoliberal que asoció la modernización estatal con la mayor eficiencia y transparencia. Se vuelve a menudo en un esfuerzo de quitar la politiquería de la política, en el sentido de liberar las funciones gubernamentales de la captura por una

facción particular que sólo beneficia a sus propios partidarios, recorriendo la burocracia para formar una organización de servicio neutral.

Las elecciones municipales fueron muy importantes al programa colombiano de la descentralización política y la modernización estatal. En este modelo, la descentralización llega a ser una manera para que los ciudadanos puedan averiguar que las autoridades locales sean responsables para la entrega de los servicios básicos. Esta importancia dada a la “participación ciudadana”, que observamos en el capítulo anterior, supuestamente reduce la “corrupción”. La descentralización entra junta con la perspectiva del Estado neutral hacia el mercado capitalista; los planificadores asumen que las autoridades locales no pueden intervenir en el mercado capitalista de la misma manera que las instituciones gubernamentales grandes pudieron.

Por consiguiente, los planificadores gubernamentales imaginan en la descentralización una manera de introducir la eficiencia del mercado capitalista en la economía y en el Estado. Primero, se hace una entrega de los servicios básicos más eficiente. “La descentralización, inicialmente un proceso político, se convirtió con el tiempo en un mecanismo de la política social para atender con mayor cercanía y eficiencia las necesidades de la comunidad” (Gaviria en Hommes, Montenegro y Roda, 1994:xv).¹ Segundo, la descentralización es una manera de asegurar que la economía sea dirigida por el mercado capitalista. Según un economista colombiano, el mercado fue “desplazado” de la economía, suplantado por un “‘nuevo mercantilismo’ en el cual lo que cada uno recibe no depende de su capacidad y esfuerzo de trabajo honesto, sino de los subsidios, licencias, derechos adquiridos, conquistas, favores y prebendas que pueda conseguir, gracias al mecanismo de protección y control manejado por el Estado” (de la Vega, 1994:36).

También sentía la necesidad de un cambio político en Túquerres. En una evaluación escrita sobre la política en Túquerres en los años noventa, un grupo de profesores conectó la política corrupta con la falta del “progreso”:

Túquerres, no ha llegado al progreso pleno, tanto material como social y espiritual por el factor negativo de politiquería. En el municipio, cualquier persona carente de los más elementales y gene-

rales principios de la ciencia política de los partidos, como de las normas consagradas en el derecho constituyente general y colombiano, se dedican al ramo político cayendo en error del fanatismo. Los caciques de tiempo completo buscan los votos con promesas a sus seguidores, unas veces prometiendo obras como luz eléctrica, arreglos de caminos, acueductos veredales, programas de arreglos de carreteras, caminos, etc. La mayoría de las veces ofreciendo puestos públicos municipales. ¿Quién aspira a salir de su taller de zapatería, carpintería, herrería y otros para ocupar el cargo de cobrador de impuestos? Los candidatos son los artesanos y los obreros que acompañan al cacique en la campaña, y el día de las elecciones engañando a quien sufraga, cambio de votos y papeletas invirtiendo dinero, transporte de ingenuos que no eligen sino que introducen un papel por dos fulanos, de tal, porque es bueno o cae bien. Los caciques políticos son los mismos hace varios años, ya están añejos, viejos, rancios con las mismas ideas de hace 50 años y con el mismo egoísmo de siempre. Pero todo en aras de un partido al que hay que pertenecer porque el abuelo y el padre fueron así, no que pensarán así, cuando por designación de lo alto llega una persona al poder municipal y pertenece a uno de los nombres de los partidos de Colombia, ya está el otro bando viendo la forma de oponerse sin ninguna razón, sin saber si va a desempeñar bien o mal sus funciones, viene la pelea por los puestos burocráticos, se presentan las amenazas por la participación política, debido a que hay que defender el partido y al jefe de tal o cual grupo, entonces la consecuencia de este problema es el endiosamiento de quien dirige el grupo y ese jefe no suelta las riendas de mando hasta la muerte.²

Esta apreciación fascinante es indudablemente influenciada por las normas elitistas. Este discurso de los males de la politiquería no proviene tanto de una falta de participación popular, sino de la demasiada participación por parte de los zapateros, carpinteros, herreros y otros “ingenuos”. Los profesores consideran que la “ciencia política” y las “normas consagradas en el derecho constituyente” deben demarcar la esfera política. La política se distorsiona por las promesas de obras públicas como de la electricidad, el agua y los caminos y también por la oferta de puestos municipales.

Cuando la narración avanza, los maestros critican a los políticos como “añejos, viejos, rancios” con las ideas de hace cincuenta años. Termina con un ataque al “endiosamiento” de estos líderes. Este ataque lo vincula con la crítica popular de políticos y funcionarios gubernamentales orgullosos y pretenciosos. De hecho, usar el término raro del *endiosamiento* alude a las raíces de la palabra, de convertir a alguien en un dios.

Así, mientras la solución de los profesores puede ser la inculcación de “ciencia política” y “normas consagradas”, el problema real parece ser echar a los políticos viejos y rancios, purgándolos de sus pretensiones de ser dioses. Los habitantes se refirieron a la política como “la más cochina que hay”, y los funcionarios gubernamentales tenían una reputación de ser orgullosos y pretenciosos. Cuando los habitantes hablaban de reemplazar a estos políticos, no necesariamente hablaban de una política sana en el sentido de lograr la neutralidad estatal. De una manera análoga a la discusión en el capítulo 2, sobre las ideas locales de limpieza que estaban más enlazadas con la vergüenza que con la higiene, la gente imaginaba una política limpia, más para reemplazar a los políticos sinvergüenzas y orgullosos por aquéllos que no estarían tan inclinados a la suciedad, aun cuando la esfera política se queda fundamentalmente manipulada e inherentemente sucia.

Éstos fueron los temas principales de los candidatos municipales de 1997, quienes prometieron una política sana. Otro tema de la campaña fue la importancia de la localidad, de estar presente en los asuntos de Túquerres en lugar de llegar de otras partes. La juventud misma también era una credencial, una manera de limpiar a los políticos viejos. Un candidato al concejo municipal resumió esta actitud, llamando a los políticos viejos una “peste incurable”, con un “falso concepto de democracia”, quienes necesitaban ser reemplazados por “jóvenes, hombres y mujeres de Túquerres”.

Fue pertinente entonces que la campaña de 1997 empezara con una protesta por la colección de basura, organizada por profesores y con la participación masiva de estudiantes.

Política de la basura

Un poco antes de la formación de campañas para la alcaldía y el concejo municipal, surgió una protesta por la recolección de basura. Esta protesta mostró las ideas de limpieza unidas a nociones del progreso, contrastado con una condición de suciedad, enfermedad y atraso. Estos temas también se vincularon a nociones de una política sana que podían remediar la corrupción y los políticos sucios. Además, los profesores y la juventud, cuyos letreros describieron la basura como amenaza a la salud, al futuro y al progreso, fomentaron la protesta.

El vínculo entre la condición de estar sucio y nociones de atraso es viejo. Eduardo André, el explorador francés del siglo XIX quien ofreció una descripción bonita de los campos de Túquerres que tenían “un aspecto de lozanía que recuerda las cercanías de las ciudades del mediodía de Europa” (1884:777), inmediatamente siguió esta descripción comentando que la suciedad desmintió la belleza. “Al entrar en Túquerres la impresión se debilita en parte ante la falta de aseo que se observa en las calles” (1884:777).

Por el siglo XX, el discurso de las elites de la modernización enfatizó la limpieza y la salud. Uno de los estigmas prevalecientes del indio-campesino es el de una persona despeinada en una casa sucia. Con la compra y uso de las estufas de gas y las duchas eléctricas, los habitantes afrontaron este estereotipo, aunque su idea de limpieza tal vez tenía más conexión con la vergüenza de estar sucio en vez del peligro higiénico. Es más, la basura se une a las demandas modernas: la casa estereotípica del indio-campesino, con animales para consumir los sobrantes y excremento transformado en fertilizante, no tiene basura. La basura y la colección de basura llegan a ser problemas en el centro urbano.

Por consiguiente, el fracaso del Municipio de 1997 de propiamente coleccionar y disponer la basura producía un efecto doblemente desagradable en la concepción de una modernidad limpia y ordenada; fue enseguida un regreso a la suciedad asociado con el atraso tradicional y un fracaso actual del Municipio en mantener las normas de la vida moderna. Miembros de la familia Cisneros comentaban que éste fue el primer alcalde “cochino” y que Túquerres era

ahora el pueblo más sucio en el departamento. Estos comentarios conectan la vergüenza de la suciedad en la casa, a la vergüenza de vivir en un Municipio sucio.

Al principio de 1997, las personas que vivían cerca del lote usado para descargar basura, no permitieron que entraran más camiones de basura y el Municipio no tuvo otro lote adecuado. La recolección de basura se suspendió en partes de Túquerres y los residentes empezaban a quejarse. Sin embargo, la protesta se levantó de repente en junio de 1997, organizada por profesores, quienes cancelaron los cursos y mandaron la participación de los estudiantes. Empezaron la marcha de protesta cerca del hospital, donde dijeron que varias víctimas de enfermedades relacionadas con la basura estaban enterradas y caminaron al norte hacia el centro urbano. La marcha ganó fuerza en cada escuela, con los estudiantes en sus uniformes uniéndose a la procesión, produciendo una manifestación de colores coordinados. Un grupo de muchachas del jardín de infantes, llevando escobas diminutas y recogedores, encabezó la procesión. Un participante de la escuela primaria explicó: “los niños tenemos derecho de vivir fuerte y sano”, revelando que la gente estaba aprendiendo un discurso de derechos desde una edad joven. Los adultos estaban atrás y llamaron a los espectadores: “esto es para todos, no es para unos, por favor, salgan”. Les explicaron cómo la “manifestación sobre el problema de la basura, está generando graves enfermedades en niños y adultos, una epidemia. El problema es de todos”.

La estructura de la marcha podía ser simbólica de niños que exigen “todo moderno”. Los niños más pequeños estaban a la cabeza, los adultos, atrás. Los letreros de los niños unieron la limpieza a su progreso futuro. Dos ejemplos prominentes fueron “¿Cuál es el futuro de los niños con tanta basura en las calles?” y “Aseo-Salud son sinónimos de la Planeación, Prevención, Educación”.

Los participantes empezaron con gritos colectivos que enfatizaron su presencia en comparación con la ausencia de políticos: “¿los de Corponariño están presentes? ¡NO! ¿los de Medioambiente? ¡NO! ¿los concejales? ¡NO! ¿los políticos? ¡NO! ¿el pueblo? ¡SÍ!”. Después de aumentar su fuerza en la plaza vieja del mercado, la manifestación conti-

nuó al Parque Bolívar y a las oficinas municipales. Los participantes más animados, incluyendo algunos estudiantes, empezaron a descargar la basura delante de las oficinas municipales. La muchedumbre aplaudió y la participación de los niños incluso ocasionó la sonrisa de los policías que protegieron el edificio.

La propuesta declarada de los profesores fue una “manifestación cívica y pacífica” para apoyar un comité organizador que se fue a negociar con el Alcalde. Cuando este comité entró a las oficinas municipales, la protesta externa parecía apagarse y dispersarse. Tuve que ir a un curso escolar, pero cuando volví dentro de una hora, la protesta se transformó en algo inesperadamente destructivo. La cantidad pequeña de basura había aumentado en una loma que se encendió en un fuego lento. Los manifestantes habían quebrado la mayoría de las ventanas y lanzaban piedras y botellas a las pocas ventanas todavía intactas; los muchachos secundarios tomaban esta tarea con entusiasmo especial. Un hombre echó juegos explosivos por las ventanas rotas y las explosiones vibraban por el edificio.

El comité organizador y los profesores obviamente habían perdido el mando de su “manifestación cívica y pacífica”. su megáfono advirtió desde dentro de las oficinas: “ya hay un acuerdo del Alcalde y Corponariño para la resolución definitiva”. La muchedumbre respondió con el grito: “¡Mentira!”. Entonces miembros del comité organizador salieron e intentaron calmar a la muchedumbre, moviéndola fuera de las oficinas. Los manifestantes no obedecieron, llamándolos “enemigos del pueblo” y recogieron basura para tirarle a ellos. Los manifestantes también gritaron a una profesora bien vestida, llamándola “oligarca”.

Muchos miembros de las elites locales y de los profesores sentían que los manifestantes estaban fuera de control, mostrando una falta de la cultura cívica, especialmente porque el Alcalde acordaba resolver el problema. Sin embargo, en general la gente pensaba que la destrucción fue necesaria, una contestación razonable a meses de inacción. Elena comentó que si “el pueblo” quiso romper las ventanas, entonces “el pueblo” tenía que pagar por ellas con impuestos más altos. Otra mujer dijo “culpa del alcalde, tantos niños en el hospital, ahora tiene que

aguantar piedra”. La gente en general dijo que “aquí tiene que luchar por cualquier cosita”.³ Los residentes también dijeron que en comparación con otras protestas, por ejemplo, cuando destruyeron las oficinas de la firma eléctrica, ésta no fue particularmente grande o violenta. Es más, los manifestantes tenían razón cuando dijeron que la promesa de una “resolución definitiva” fue precoz; pasarían varios meses antes de que el Municipio consiguiera un lote adecuado para descargar basura.

Aparte de los temas poderosos representados en esta manifestación, había el asunto de las próximas elecciones municipales. Aunque las campañas oficiales todavía no empezaron, los habitantes especulaban sobre los candidatos posibles, y hubo mucho sentimiento popular a favor de echar al Alcalde actual. Algunos organizadores de la manifestación eran miembros de un grupo unido bajo el alcalde anterior, Gustavo Chalpartar, y fueron quienes se opusieron fanáticamente al Alcalde actual. Miembros de este grupo sugirieron que su mejor candidato fue Luis Fernando Ascuntar, un ingeniero que trabajó en la administración de Chalpartar y un miembro del comité organizador de protesta. Entretanto, César Oviedo, el director local de Corponariño y un antagonista viejo de Chalpartar, actuaba como consejero del Alcalde con respecto a la ubicación de la basura.⁴

Chalpartar venía de una familia de terratenientes en la zona rural de Cofradía Alta, donde la familia Cisneros vivió antes de trasladarse a un barrio intermedio. Elena relató que su madre bailaba en el patio cuando Chalpartar fue elegido. Los chalpartares eran hacendados, pero estaban más aliados a la idea de “buen patrón” que a las fincas lecheras mecanizadas. Chalpartar se portó como buen patrón en el Municipio, empezando muchas obras públicas populares: la electricidad y el riego a las veredas rurales, la pavimentación de calles en el centro urbano y los nuevos caminos en las áreas rurales, la construcción de escuelas y centros comunales y la inauguración de una nueva plaza del mercado. Estos proyectos se asociaron con la modernización, pero la modernización como proyecto populista dirigido principalmente hacia las aspiraciones de la clase pobre urbana y a los agricultores rurales, más de un plan totalizador de las elites. La estrategia de Chalpartar fue empeñar apoyo y acción inmediata para las

personas que lo llamaban, así como buen el patrón debe tomar acción personal para sus obreros.

Estos proyectos también aumentaron la deuda municipal; Chalpartar salió de la oficina municipal bajo acusaciones de corrupción. El nuevo Alcalde descartó a los empleados municipales de Chalpartar. El nuevo parecía sólo hablar de la corrupción de Chalpartar y cómo la administración previa endeudó severamente el Municipio. El nuevo Alcalde insistió que no podía hacer nada bajo esta deuda y su logro eventual fue no más que consolidar los préstamos anteriores para empezar a pagarlos.

Dos hijos de Roberto Antonio trabajaban en la administración de Chalpartar, y ellos seguían defendiéndolo, diciendo que éste fue un alcalde bueno que no mereció las acusaciones de corrupción. En 1997, su grupo circuló un anuncio formateado como artículo de periódico, declarando que Chalpartar fue oficialmente absuelto. El anuncio alabó una fuente juvenil del progreso y desarrollo para Túquerres:

La ciudadanía de Túquerres espera que la actual administración logre cumplir el programa de gobierno propuesto durante la campaña electoral para lograr que esta ciudad supere los problemas que, de tiempo atrás, vienen obstaculizando su progreso. Las nuevas generaciones se han constituido en factor importante en el cambio de mentalidad para lograr el desarrollo que sus habitantes se merecen, como compensación a su tesón y al espíritu progresista que los anima en todos sus emprendimientos. Los tuquerreños esperan que la ciudad cambie de aspecto, sobre todo en el sector céntrico.

El grupo de Chalpartar estaba preparando otro esfuerzo para captar el poder municipal, diciendo que el político corrupto en realidad era el Alcalde actual que dejaría el municipio “quebrado de verdad”, mientras siempre hablaba de “pagando la deuda”. Muchas personas esperaban que Chalpartar se lanzara de nuevo como candidato.

Por largo tiempo, César Oviedo fue enemigo de este grupo. Mientras Chalpartar y sus seguidores apoyaban y beneficiaban las aspiraciones de una modernización campesina, Oviedo fue representante de programas de la modernización estatal. Un ejemplo de estas actitu-

des contrarias fue evidente en sus métodos contrapuestos sobre un problema de la deforestación. Miembros del grupo de Chalpartar motivaban la enemistad popular contra Oviedo y Corponariño cuando ellos lo acusaban de permitir a Alfredo Moreno, el granjero más grande de papa, que desforestó el páramo de Quitasol para sembrar papa y pastar ganado. Un equipo cinematográfico de la Casa de la Cultura hizo una filmación corta para la televisión local sobre el “daño ecológico” y deforestación de la región montañosa que Alfredo estaba llevando a cabo con sus ochenta vacas y la aquiescencia de Corponariño.

La explicación de Oviedo se enfocó en la necesidad de priorizar las actividades de Corponariño para primero proteger el páramo de Azufral y su suministro de agua. Él admitió que esto producía el descuido del páramo de Quitasol, pero explicó esta deforestación como resultado de campesinos talando nueva tierra para la agricultura y no tanto era la culpa de finqueros grandes. Para Oviedo, los problemas de Quitasol originaron en el nuevo camino que abrió, nuevas tierras a propietarios minifundistas.

El método de Oviedo hacia el problema de la basura también mostró las diferencias sustanciales con el grupo de protesta. Dijo que eran “las mal llamadas basuras” porque en realidad eran “recibos sólidos de 85% de tipo orgánico, 10 a 12% reciclables y 3% no utilizables”. Dijo que Corponariño ofreció a la administración de Chalpartar un proyecto que transformaría las basuras en fertilizante orgánico. Oviedo dijo del fertilizante orgánico, que “ancestralmente, nuestros antepasados, los campesinos, se han hecho antes de la revolución verde y mucha gente en las huertas sigue haciendo”. Sin embargo, el municipio no quería ni gastar la cantidad relativamente pequeña de dinero para hacer a éste un programa practicable. Ahora, debido a la falta de la planificación municipal, costaría mucho más para sólo resolver el problema de manera transitoria.

Como un funcionario especializado de una entidad gubernamental, Oviedo criticó rigurosamente la administración municipal y la sucesión de alcaldes elegidos. Desde su perspectiva, les faltó completamente la planificación y no les interesó nada más que el poder a corto plazo. “El espíritu de la constitución de 1991 era descentralizador, para

dejar en manos de los municipios prácticamente todo el quehacer del Estado, una cantidad de funciones, pero sin plata y sin fortalecimiento institucional”. Oviedo mantuvo que Chalpartar fue el peor Alcalde de todos y dejó una “herencia” de deuda. Él explicó que en vez de buscar dinero en préstamos oficiales que daban deudas a largo plazo con tasas bajas de interés, Chalpartar se fue a los bancos comerciales para conseguir préstamos a corto plazo con tasas altas de interés, “una decisión política absurda”. Es más, si él hubiera invertido en la educación o en el agua potable, para los gastos “necesarios, básicos”, habría sido justificado, pero los gastos fueron en “cemento, pavimentación y la nueva plaza de mercado”. La nueva plaza del mercado era un insulto especialmente conspicuo porque costó el doble de lo justificado y no resolvió el problema de vendedores en la calle y el orden público.

Las perspectivas desde la administración municipal de Chalpartar y la oficina de Corponariño de Oviedo fueron así muy diferentes. El grupo de Chalpartar se inclinó a apoyar las aspiraciones de una modernización campesina, dando a la gente la electricidad y el pavimento deseado. El grupo de Chalpartar permitió la experiencia del minifundista en escoger los fertilizantes químicos, en lugar de pregonar las virtudes de antepasados campesinos. La perspectiva de Oviedo no vio a las personas como verdaderamente conscientes de lo que necesitaban; vio crecimiento desorganizado por la falta de la planificación y una falta de necesidades básicas.

Formación de la campaña: significados de “abierto”

Desde el principio de la campaña, había una diferencia claramente delineada entre los protagonistas. El grupo de Chalpartar organizó reuniones relativamente abiertas donde los participantes enfatizaron las virtudes de la juventud y la localidad. Estos valores eran pautas importantes para llevar a cabo un evento de selección, donde por primera vez “el pueblo” escogió el candidato a la alcaldía de un grupo de precandidatos. Aunque Chalpartar era líder del grupo, la importancia de lo “abierto”, la juventud y la localidad causó la derrota del candidato escogido por Chalpartar y la ascendencia de Luis Fernando como representante del grupo. Entretanto, Oviedo hablaba de la necesidad de

un municipio donde “el ciudadano sea rey, no el burócrata”, y criticó el grupo de Chalpartar como políticos corruptos con vicios tradicionales. Sin embargo, sus reuniones cerradas en Pasto no incluyeron ninguna participación popular.

Las reuniones iniciales del grupo de Chalpartar, con la asistencia de unos treinta hombres, se preocuparon por establecer un protocolo para escoger a un candidato para Alcalde. Ellos quisieron que el evento fuera “imparcial”, donde los votantes pudieran escoger entre los precandidatos para determinar quién de ellos merecería el apoyo de todos en las elecciones. El problema era determinar las “reglas del juego”. Los hombres quisieron nivelar la decisión para que no pareciera que fue realizado solo por unas pocas personas, pero ellos también desearon evitar una muchedumbre inmanejable. Esta búsqueda para el “abierto” divergió de prácticas anteriores en que se coronaban sucesores en reuniones privadas. Varios miembros del grupo mencionaron que “la comunidad” anticipaba un papel en seleccionar el candidato.

Otra razón decisiva del debate sobre este evento era que el grupo no estaba unido en apoyar a un solo candidato. Mientras muchos miembros apoyaron a Luis Fernando, un ingeniero que trabajó en la administración de Chalpartar, el propio Chalpartar quería lanzar a su cuñado. Los partidarios de Luis Fernando lo vieron como el verdadero heredero de Chalpartar, un ingeniero involucrado en proyectos de la comunidad. Chalpartar había vivido los últimos tres años en Pasto, y aunque el grupo valoró su apoyo y consejo, muchos miembros sentían que él se distanció de las preocupaciones locales. Un miembro dijo que el candidato de Chalpartar sería “peor que nadie” y significaría “tres años más de atraso para Túquerres”.⁵

En general, los partidarios de Luis Fernando favorecieron un evento que estaría abierto a la “comunidad”, mientras la facción de Chalpartar empujó para limitar la participación popular. La facción de Chalpartar sugirió una votación proporcional, un sistema en que los miembros del grupo que fueron una vez en la vida elegidos al puesto político, recibirían a varios representantes sobre la base del número de votos que ganaron. Pero había la dificultad obvia de decidir la proporcionalidad de votos por puestos diferentes. Es más, los miembros más

jóvenes del grupo preguntaron “¿por qué tenemos que mirar atrás?”. Ellos vieron en esto un esfuerzo de poseedores anteriores de poder para afirmar su autoridad sobre esta “nueva consulta”.

La facción de Chalpartar entonces modificó su sugerencia a un sistema en que cada miembro del grupo recibiera un número fijo de representantes para traer a la reunión. Sin embargo, algunas personas pensaron que esto era absurdo, porque simplemente congregaría a sus amigos para votar por su preseleccionado favorito. Los partidarios de Luis Fernando surgieron de un foro más abierto, y dijeron que “la comunidad” esperaba tener un papel en la selección entre los precandidatos. No obstante, la facción de Chalpartar defendió que el grupo no tenía los recursos para organizar un foro abierto ni tenía una manera de asegurar que todos eran votantes legítimos o aliados con sus intereses. El candidato de Chalpartar mantuvo que ellos quisieron “participación, pero no caemos en el populismo”. Él sugirió que los políticos en Pasto, los “jefes políticos” quienes ayudan a las campañas locales con dinero y recursos, podían rechazar su opción.

La propuesta de cinco delegados por cada miembro prevaleció. Chalpartar estipuló de inmediato que cualquier nuevo miembro que quiso incluirse en el grupo debería ser dentro de la semana y debería estar políticamente activo, alguien que, o buscara un puesto público o poseedor anterior del puesto político. Chalpartar también se resistió a la sugerencia de Luis Fernando de que ellos incluyeran un “representante de organizaciones con cobertura municipal”, mencionando específicamente a la asociación campesina y a las mujeres artesanas. En este gesto, Luis Fernando demostró su táctica hacia los indígenas, campesinos y mujeres: intentó incorporarlos como individuos en la campaña.

En esta reunión, el grupo afirmó su compromiso con las normas de estar abierto y “imparcial”. Mientras no lograron la invitación abierta preferida por algunos de los partidarios de Luis Fernando, ellos todavía organizaron un evento de selección con un grado de participación popular. Durante la próxima reunión, el grupo afirmó su compromiso de que el evento se guiaría por los intereses locales. La muchedumbre creció a más de 120 personas, predominantemente hombres, pero también algunas mujeres. El grupo consiguió un nuevo nombre:

“*Compromiso por Túquerres*”, y el grado de este compromiso fue el criterio para admitir a los nuevos miembros. La controversia empezó cuando Chalpartar intentó incluir a una ex-miembro del consejo municipal, quien vivía en Pasto. Otros miembros del grupo dijeron que ella estuvo en Pasto “desde tanto tiempo que no sabe la problemática de Túquerres”. Otro miembro añadió “¿por qué revivir muertos?”. Estos discursos enfatizaron los temas de juventud y localidad y provocaron el aplauso de los espectadores. El grupo entonces instaló una provisión adicional para nuevos miembros: deben ser los que “viven, residen, participan en la vida política, social, económico de Túquerres... Son los que sufren los engaños de este Alcalde hoy en día”.

La facción de Chalpartar temió que la participación popular en la convención se extendiera a gente como los Cisneros. La familia Cisneros apoyó a Chalpartar y Elena se habría preparado a votar de nuevo por él si fuera el candidato. Ella lo comparó favorablemente con el Alcalde actual, a quien llamó “maleducado”, porque interrumpió a la gente cuando hablaba o porque salió en medio de una reunión. En contraste, Chalpartar estaba “adelante” en las reuniones con vendedores en el mercado. No obstante, la decisión entre el cuñado de Chalpartar y Luis Fernando estaba clara. La familia Cisneros conoció a Luis Fernando toda la vida, porque él creció en el barrio intermedio adyacente al suyo. Cuando le pregunté que por qué ella apoyó a Luis Fernando, Elena contestó que sería bueno debido a su juventud, la primera vez que tendría Túquerres un Alcalde joven. La convención fue una oportunidad para que intervenga en la política municipal y consiga a un candidato que ellos conocían y respetaban.

Mientras los Cisneros se unieron a favor de Luis Fernando, había indicaciones de una división dentro de la familia sobre lo que su candidatura significaba. Para Roberto Antonio, parecía significar que las personas pobres finalmente conseguirían el respeto e influencia en el proceso político. Para Elena, significaba que podrían dejar atrás los atavíos de la pobreza rural. Esta división se esclareció el día de la convención: Roberto Antonio obtuvo las credenciales de la votación de su hijo Oscar, y se fue al centro urbano. Antes de entrar a la convención, se detuvo en la plaza vieja del mercado donde Elena estaba cuidando los

baños. Ella lo reprendió por no ponerse la ropa mejor: “usted es demasiado. Van a decir que las hijas no arreglan”. Elena intentó arreglar su vestido un poco. Roberto Antonio la preguntó si ella tenía más que decir: “¿no llena más?”. Entonces Elena añadió “¿no tenía una ruana más grande?”. Ella implicó que la larga ruana de lana no fue adecuada para el evento. Roberto Antonio movió la cabeza con una reacción negativa mientras se alejó, llamando este último comentario la “yapa”, la porción extra que un vendedor de mercado regala con la venta. Elena, avergonzada del escogimiento de vestido que hizo su padre, pensaba que Roberto Antonio podría estar más de moda para este evento y que su escoger se reflejaría mal en sus hijas. Roberto Antonio permanecía comprometido con las expresiones del mercado campesino y la ruana. De hecho, aunque había varios trajes formales en la convención, las ruanas estaban en evidencia y Luis Fernando necesitaba los votos de cada participante vestido de ruana. Roberto Antonio encontró a los amigos de su barrio intermedio, quienes formaban una sección de aplausos bulliciosos para Luis Fernando.

La convención empezó con el himno nacional. El anunciador habló del “Compromiso con Túquerres, la decisión de una raza... Una cosa histórica para el municipio de Túquerres”. Él leyó la hoja de vida de cada precandidato, y entonces se permitió el discurso de cada uno. Luis Fernando empezó su discurso: “más que exponer un programa de gobierno” deseó expresar “sentimientos generales”. Aquello que quiso “planificar su desarrollo” debía primero “sufrir los problemas” de la comunidad. Él se ubicó con la comunidad, y dijo que trabajó en “servicio de las comunidades en manera desinteresada, solamente pensando en un futuro mejor para ellos”.

Mientras los delegados empezaron a votar, el anunciador dijo “Usted decide” y llamó la votación “amplia democracia”. Luis Fernando recibió más del 60% de los votos, el resto al candidato de Chalpartar y unos pocos para un tercer precandidato. En la derrota, Chalpartar parecía estar a la altura de las circunstancias y dijo por micrófono que la convención fue un “ejemplo por todo el departamento”. Otro representante dijo “no hay ganadores ni vencidos, ganado el pueblo de Túquerres”. Privadamente, algunos de los partidarios de Luis Fernando

expresaron su alivio. Ellos dieron la palabra de apoyar al ganador, pero comprendieron que fue difícil para ellos hacer campaña a favor del candidato de Chalpartar. Ellos estaban ahora seguros de que el grupo marcharía adelante unido.

El olor de aguardiente creció durante la votación y la convención se tornó en libaciones de licor. Aguardiente, tres cerdos asados y la estación de la campaña política empezó con intensidad. Pero a pesar de estos símbolos de la política tradicional, la convención cambió las normas para la selección de candidatos. En su compromiso al escenario “abierto”, a la juventud y a la localidad, los miembros del grupo pudieron quitar el mando de su líder original y promover a Luis Fernando, el candidato alineado más claramente con la modernización campesina.

Entretanto, César Oviedo descartó este grupo por enlodado en la tradición de políticos corruptos. Oviedo dijo que sólo ahora, cuando el Alcalde actual tenía el problema de la deuda parcialmente bajo control, Chalpartar y sus camaradas estaban buscando el poder. Oviedo dijo que sus razones de campaña para Alcalde fueron “llenar la vacía de la planificación” y hacer que “el ciudadano sea rey, no el burócrata”.

A pesar de las proclamaciones de Oviedo a favor de una nueva participación y apertura que quiso traer al Municipio, se tomó su propia decisión de empezar la campaña más o menos en forma oculta. Su decisión dependió de los resultados de reuniones en Pasto, donde estaba hablando con los sucesores supuestos de Antonio Navarro Wolff. Wolff fue un líder del grupo guerrillero M-19, cuando ellos se desarmaron para volverse en un partido político. Wolff presidió el comité constitucional de 1991 y terminó tercero en una campaña presidencial en 1994. Originalmente de Pasto, volvió a captar la alcaldía, y ejecutó lo que muchos habitantes y políticos llamaron una administración ejemplar. En este tiempo de transición, su partido intentó continuar su influencia, mientras Oviedo esperaba extender la experiencia a Túquerres.

Otra razón de las reuniones cerradas de César Oviedo en Pasto fue debido a su puesto gubernamental. Él tenía que ser circunspecto so-

bre su intervención en la política electoral y observar las leyes, sobre cuando tenía que resignar su puesto antes de empezar una campaña. También quiso recursos y el apoyo financiero por la campaña. Uno de los partidarios de Oviedo se quejó que éste “solo vive en Pasto” buscando a alguien para “patrocinar” la campaña. Al parecer, Oviedo encontró su apoyo, porque dejó su oficina de Corponariño para anunciar su propia campaña.

El escenario así se arregló para la batalla dramática entre estos dos partidarios críticos y enemigos. Por un lado, estaba un grupo aliado con las apropiaciones independientes de la modernización campesina, primero guiado por el patrón, Chalpartar, y luego por su ahijado Luis Fernando, quien con un alcance aun mayor, se incorporó a las aspiraciones de los barrios intermedios. Por el otro lado, la modernización estatal, ejemplificada por el doctor César Oviedo, dueño de una finca lechera y funcionario gubernamental. Aunque se especializó en las técnicas de la revolución verde mecanizada, Oviedo se unió al movimiento medioambiental, la reforma agraria y una resurrección de técnicas ancestrales de los indígenas y campesinos.

Mientras las candidaturas a la alcaldía estaban más claras, el problema de candidatos al concejo municipal se complicaba. No había ninguna convención para escoger entre precandidatos y entonces 34 candidatos se alistaron en la competencia para 13 puestos en el concejo municipal. Para volverlo más complicado aún, cada candidato también tenía una lista de sub-candidatos que podrían ser elegidos con el candidato primario en un procedimiento complicado de contar votos; sin embargo, la competición para ganar votos del concejo municipal era tan intensa que esto casi nunca ocurrió.

No había ningunos distritos electorales, pero los candidatos al concejo municipal normalmente formaban su campaña en áreas o temas específicos. Ellos tenían muchas veces una base geográfica en un barrio o vereda específica. Había también una presencia fuerte de candidatos de “grupos vulnerables”. En 1997, el Cabildo indígena presentó cuatro candidatos; la Casa Campesina ofreció uno de sus activistas de la ANUC y Dolores Martínez, la dirigente del grupo de mujeres artesanas, entró en la competencia. El M-19 y el Partido Cívico, cada uno

presentó un candidato también. Algunos candidatos declaraban su independencia de las campañas para alcalde, pero la mayoría se ató a uno de los dos grupos principales.

La campaña de Oviedo conservó el apoyo de candidatos que declaraban que estaban alejados de los partidos políticos tradicionales, como el M-19 y los Cívicos. Ellos también tenían el apoyo tácito de la Casa Campesina y los miembros del ANUC, aunque Dolores se alió con Luis Fernando. En general, los candidatos del Cabildo indígena tenían más independencia, aunque ambas campañas buscaban su apoyo. Oviedo declaró que el avance de estos grupos anunció el comienzo de una política diferente. Oviedo dijo que con estas “dos fuerzas nuevas [los indígenas y campesinos], cambia muchas cosas”. Mientras antes, “nadie tenía en cuenta, ahora van a decidir” la campaña del Alcalde e instalar en el concejo “por lo menos tres concejales: un campesino y dos indígenas”.

La alianza de Oviedo con los partidos políticos no tradicionales, junto con su apoyo del partido de M-19 en Pasto, ilustró las nuevas posibilidades de descentralización. Nariño fue un semillero de activismo para el M-19 y los Cívicos que hicieron incursiones grandes en las dos ciudades principales: Pasto e Ipiales. Estos movimientos habían tenido menos éxito en Túquerres donde el apoyo para los candidatos del Partido Conservador fue más fuerte. Mientras Oviedo estaba intentando cambiar esta tendencia, muchas personas vieron en su candidatura una extensión del viejo Partido Liberal y no una nueva fuerza en la política.

Alianza de los poderosos

Luego de la convención, la presunta confrontación entre Chalpartar y Oviedo se desorganizó por una serie de eventos anteriormente inconcebibles. Primero, Chalpartar y su cuñado se dividieron del grupo y el cuñado declaró una candidatura independiente. Entonces, Chalpartar se alió con Oviedo, formando un vínculo formidable de campaña. Esta traición y alianza de las elites amenazaron extinguir la campaña de Luis Fernando. Las elites pudieron apartar sus diferencias para suprimir una campaña advenediza y la de Luis Fernando tenía dificultad en mantener su curso.

Foto 12a
Adornos políticos



Foto 12b
Las campañas para la alcaldía y concejo municipal pintan y emplastan las paredes



El acuerdo de la convención política no podía durar ni siquiera dos días. Estaba caminando al centro urbano cuando uno de los partidarios de Luis Fernando detuvo su camión para llevarme a una reunión inadvertida, llena de consternación e incertidumbre. El partidario me preguntó sarcásticamente “¿se acuerda de la gran fiesta de la democracia?” porque había “hecha una mierda”. Chalpartar se separó del grupo e independientemente lanzó a su cuñado como candidato a la alcaldía.

En ese momento, el grupo de Luis Fernando, si pudiera llamarse “grupo”, parecía estar en grave peligro. El partidario habló en broma a otros que él era uno de sólo tres personas que persistían fieles a Luis Fernando. En la reunión espontánea, tuvieron que rendir cuenta de todos: si no estaban presentes, ¿dónde estuvieron y con quién? Ellos aun me preguntaban: “el mister está con nosotros, ¿no?”⁶ La primera reacción era de enojo; las personas declararon que la cosa más importante era “quemarlo a Chalpartar” aun si significaría trabajar con Oviedo, su enemigo eternal. En la profundidad de la desesperación, incluso había una reunión confidencial entre Luis Fernando y Oviedo, pero ellos no pudieron encontrar el acuerdo de una alianza.⁷

Cuando otros miembros del grupo llegaron, un ambiente más tranquilo empezó a prevalecer. Las personas presentes observaron “qué firmes” el grupo permanecía. Un partidario comentó “los jefes cambian, pero el pueblo es firme”. Aunque había muchas sugerencias sobre qué hacer y cuáles políticos consultar, el mensaje era de confrontar la situación ahora con la calma, paciencia y “tino”. Este último dio referencia a una noción de que los participantes podían confiar en la “experiencia” para manejar eventos inesperados. Los partidarios de Luis Fernando imaginaron que Chalpartar estaba sudando de su cálculo erróneo; imaginaron que Chalpartar pensó que todos irían con él, pero la realidad fue que algunos miembros del grupo incluso declararon que ellos estaban mejor ahora porque él reveló su verdadera deshonestidad. La opinión en general fue que Chalpartar tomó esta decisión por los propósitos de negocios porque él no tenía una garantía de dinero de Luis Fernando.

Aunque éste perdió a su mentor, el fundador del grupo y patrón financiero, la campaña pretendió seguir adelante. En una reunión for-

mal por la noche, Luis Fernando no mencionó los detalles de la traición, simplemente dijo que Chalpartar “no podía aceptar la derrota”. Él habló entonces de la campaña como parte de un “proyecto” para promover un tipo diferente de “manejo del Estado”. Esto involucraría conseguir los recursos nacionales e internacionales para un “gran proyecto de desarrollo” donde “mejor manejo del Estado lleva mejor Estado en general, un mejor nivel de vida”. Luis Fernando aquí cambió el enfoque de su posición como candidato local, sin dinero ni apoyo, quien fue abandonado. En cambio, él legitimó las metas del grupo usando la justificación de recursos nacionales e internacionales que aportarían “desarrollo” y un “mejor nivel de vida”.

Después de este discurso corto, se dio la palabra a aquéllos que desearon opinar sobre la situación. En esta escena oscura, la palabra pasó de hombre a hombre alrededor del círculo. Los oradores expresaron la tristeza e ira, pero empeñaron su apoyo y prometieron vencer a los traidores. Uno dijo que Luis Fernando tenía la ayuda de “una barraquera de pueblo” porque vino de “abajo” y que ellos estarían juntos “hasta la muerte”. El orador dijo que lo lastimó oír cuando los políticos poderosos hablan de cuántos votos podían traer, como si las personas fueran “ganado” fácilmente manejadas. Ellos tenían que permanecer con Luis Fernando, “ni un paso atrás”.

Aunque Luis Fernando perdió el apoyo financiero, durante un tiempo era el candidato más conocido de los cinco candidatos que oficialmente se registraron. Competían entonces Luis Fernando, César Oviedo, el cuñado de Chalpartar y dos casi desconocidos que algunas personas llamaron “candidatos para negociar”, lanzados para formar alianzas y acuerdos de dinero.⁸

La opinión original de Oviedo sobre la traición de Chalpartar era que demostró cómo el grupo simplemente estaba compuesto de políticos tradicionales involucrados en “billete y cuánto me toca”. Pero esta perspectiva se contradujo enseguida por una alianza entre Chalpartar y Oviedo. Estuve incrédulo frente a este giro de eventos, pero otros no fueron tan sorprendidos. Roberto Antonio y Elena me preguntaron retóricamente “¿no dijimos ‘la política es lo más cochino que hay’?”.

Después de escuchar los discursos de Chalpartar y Oviedo sobre la maldad de su opositor, inicialmente tuve dificultad en comprender cómo ellos pudieran reconciliarse. Con un poco de perspectiva sobre el asunto, la alianza ya no parecía tan rara. Es la alianza de las elites determinadas a suprimir a los subordinados desobedientes. En cierto modo, fue una versión del Frente Nacional en Túquerres, si percibe el Frente Nacional como acuerdo en los años sesenta entre enemigos supuestamente irreconciliables que restringían las aspiraciones populares. De hecho, tales uniones no han sido tan raras en Colombia donde las elites muchas veces no estaban tan fieles a su partido político como las masas (Kline, 1995:34-5). Un historiador observa esta

repetición periódica a arreglos de coalición, inventados como manera de mantener los mandos sociales y políticos elitistas... Ha habido buena intención para crear alianzas entre enemigos "irreconciliables" a la muerte... épocas de fracaso inminente han resultado en la llegada de una formulación milagrosa y eterna para salvación, que expresan en el discurso de "el acuerdo nacional". (Martz, 1997:65)

Este discurso es similar a la manera de que Oviedo describió su alianza en la campaña, diciendo que hicieron la alianza debido a la grave necesidad del cambio y que aquellos que no lo entendieron fueron los que no pudieron "ver más allá que la nariz".

Luis Fernando y sus partidarios empezaron a sentir la presión de una campaña bien financiada y organizada, llevada por el mentor que ellos defendieron durante los últimos tres años. La campaña de Luis Fernando parecía perder su curso, faltando financiación, vacilando en la duda y olvidando la promesa original de participación popular.

De repente el nombre de Oviedo estaba en la mente de todos; la alianza con los enemigos trajo una infusión de financiamiento y notoriedad. Como un partidario dijo "se reforzó con unas alianzas brutales que nunca se imaginaba". Los días después de la alianza eran de amarguras en la campaña de Luis Fernando. Ellos habían defendido los hechos de Chalpartar durante tres años y ahora quitaba su legitimidad y la ponía en el campo de su detractor más prominente. Sin recursos financieros ni conexiones políticas, les faltaron la iniciativa y las ideas.

Un partidario resumió la situación: “este Oviedo nos va a ganar”. Él sentía que Luis Fernando se retiró de su promesa de tener una administración abierta, haciendo su plan de gobierno con dos personas detrás de puertas cerradas. Mientras los partisanos entusiásticos llenaban las reuniones de Luis Fernando, tenían los mismos fieles (borrachos) en cada reunión.

Contestación de la campaña moderna

Mientras ambas campañas enfatizaban su nueva política que produciría un “Municipio abierto” del servicio al ciudadano, había diferencias sustanciales en el discurso y práctica de las dos campañas. Oviedo se aprovechó de toda la elocuencia e inteligencia de un representante gubernamental educado; es más, él unió su campaña a varios símbolos de la modernización como el obsequio de las estufas de gas. Sin embargo, los partidarios de Luis Fernando pudieron explicar las acciones de Oviedo como un ejemplo de vicios políticos tradicionales. La campaña de Luis Fernando se enfocó en fomentar una relación de respeto y familiaridad con la gente, evitando a propósito las declaraciones programáticas para concentrarse en la relación entre funcionario y ciudadano.

César Oviedo convirtió sus ideas de Corponariño en los temas de campaña: promover la participación ciudadana y combinarla con la planificación municipal. Oviedo habló de “cómo lo bajamos costos de producción” porque la práctica agrícola actual “ya no es sostenible”. Una solución sería estar “organizados” en “cooperativas” para que ellos no tengan el resultado de “venderlo barato, al intermediario a precios que le da la gana”. A la vez, los agricultores necesitaban crédito y ayuda técnica; tenían que “revivir esta Caja Agraria”. Ellos también necesitaban

volver a recuperar las prácticas de agricultura orgánica. Estos gringuitos metieron el agroquímico, nos metieron el 10-30-10 fertilizante, y si no es con esto no producimos la papa. Ha hecho una desvalorización de saber campesino, de saber de nuestros mayores. Ahora los gringuitos quieren lo biológico, que el químico da cáncer. Es perfectamente posible regresarnos y producir sin venenos.

Foto 13
Propaganda de la campaña, 1997.

Pensémoslo bien!

- ◆ Quién piensa en el progreso y el desarrollo de nuestro pueblo.
- ◆ Quién piensa en el campesino, en el indígena y la protección de nuestra naturaleza.
- ◆ Quién piensa en una agricultura confiable, ligada a la Agroindustria.
- ◆ Quién piensa con grandeza para recuperar el liderazgo regional de Túquerres.
- ◆ Quién piensa en los microempresarios, comerciantes y transportistas para garantizar su derecho al trabajo.
- ◆ Quién piensa en una mejor educación para Usted y sus hijos.
- ◆ Quién piensa en la salud de su gente.
- ◆ Quién piensa en el apoyo para la recreación y el deporte.
- ◆ Quién piensa en el arte y la cultura para todos.
- ◆ Quién piensa en rescatar tantos valores perdidos.

**CANDIDATO A LA ALCALDIA
1998 - 2000
ALIANZA POR TUQUERRES**

51

*Honestidad, Preparación
y Experiencia*

Oviedo habló de tiendas en Cali y Bogotá donde el producto orgánico se vendió por precios mayores al 30% que las papas producidas con químicos; entonces era prudente resucitar “estas practicas culturales ancestrales, el conocimiento popular” y traer un diferente “paquete tecnológico”. Oviedo también celebró el desarrollo de fertilizantes orgánicos de basura que aliviaría los problemas de ésta, promovería la industria local y reduciría los costos de la producción agrícola. Acompañó este discurso la necesidad de una reforma agraria que garantizaría una distribución más justa de recursos y promovería la paz. Él concluyó con una declaración de que “Túquerres se merece una mejor suerte, todos los privilegios que tiene: ubicación, clima, calidad de tierra, calidad de gente, debe ser diferente, cambiamos a los gobernantes”.

El grupo de Luis Fernando tomó un método más prosaico. Ellos normalmente empezaban sus reuniones circulando entre los votantes potenciales, relatando la última chismografía del Alcalde actual. Ellos mencionaban sus supuestos apartamentos en Cali y Quito, adquiridos con el dinero municipal para que cuando él dejara su puesto en Túquerres, se fuera por siempre. Ellos se burlaban de la esposa del alcalde; decían que ella manejaba la administración, imputando que esto era impropio y ocasionó el manejo caprichoso del Municipio (ver Reddy, 1997). Contaron que ella dijo una vez “aléjense, ustedes huelen mal”, a un grupo de personas pobres.

En esta sesión informal, los partidarios de Luis Fernando animaron a las personas del barrio o vereda que cuenten sus propias historias de maltrato. Un hombre habló de su experiencia cuando un grupo de la vereda esperaba al Alcalde durante tres horas y cuando él finalmente salió, dijo “olvidé”. Las personas enfatizaron que él debe “saludar” en la calle. Una mujer testificó que cuando había una campaña, los candidatos los pusieron “arriba en el cielo” pero después cuando quieren entrar a la oficina del Alcalde, ni siquiera nos saluda. Una profesora rural describió la experiencia de ir al Alcalde como “pedir limosna” ante “puertas cerradas”.

Los partidarios de Luis Fernando comprendieron la importancia de estos temas de respeto, enfatizándolo antes de cualquier discurso o plataforma formal. Ellos dijeron entonces que Oviedo era candidato

del Alcalde actual, y esto era simplemente “continuismo”.⁹ Ellos se pintaron como los verdaderos independientes, ahora incluso traicionados por Chalpartar: dijeron que era una vez un Alcalde bueno pero ahora sólo quiso “manejar” todo como si Túquerres fuera su “finca”. Ellos enfatizaron que Chalpartar dejó el grupo porque él no puede manejar a Luis Fernando, y entonces el hecho de unirse con Oviedo significó que Chalpartar podía manejarlo. Para la mayoría de la gente, el simbolismo del patrón y la finca era muy conocido, como también la asociación de Chalpartar con el propietario ausente. Dado que nadie supo los detalles de la alianza de Chalpartar-Oviedo, fue razonable sugerir que Chalpartar lo formó por el dinero; entonces la mayoría podía creer que cometió el pecado de transformarse en un patrón orgulloso y exigente.

Los partidarios de Luis Fernando lo introdujeron como alguien que la gente ya conoció debido a las “obras” que llevó a cabo, muchas veces haciendo referencia a un camino o construcción específico. Luis Fernando no tomó primero la palabra en estos eventos, esperando hasta que los partidarios pinten este cuadro y para que los votantes cuenten sus historias. Primero discursó su historia: “salgo de una convención popular, la primera”. La traición de Chalpartar “en vez de debilitarnos, nos fortaleció; llegaron grupos nuevos de gente sana”.

La noción de que Luis Fernando no intentaba coger el poder, sino que simplemente manifestaba los deseos de la comunidad, fue un tema poderoso. Un político aliado dijo que Chalpartar “voltio la espalda al pueblo” pero debido al “respeto que se merece la comunidad, hasta el fin con Luis Fernando”. El aliado dijo que se comprometió no tanto con Luis Fernando como político, sino con la gente y su decisión tomada en la convención, el “compromiso con el pueblo que nosotros estamos cumpliendo”.

Luis Fernando dijo que otros políticos “creen que la política es un negocio”. Dijo que los políticos gastan 40 millones de pesos en una campaña; sin embargo, un préstamo de esa cantidad para tres años significaría cuotas de dos millones de pesos cada mes. Dado que el sueldo del Alcalde alcanzaba solo a un millón de pesos, para el “otro millón echar a presupuesto”, muchas veces por contratar trabajos a costos inflados, usando ingenieros y trabajadores no locales. Luis Fernando ex-

plicó su “planteamiento” de “trabajar con la gente... antes se han comprometido, pero no han tenido experiencia ni la voluntad necesaria... Las personas de corbata y alta fortuna no han sido capaces”. Luis Fernando sugirió “rescatar la sana costumbre de las mingas que se está perdiendo”. La minga es un grupo de trabajo, popularmente concebido de tener sus orígenes en las tradiciones indígenas de labor para la comunidad por el bien común. En general, la minga tenía connotaciones positivas en Túquerres, tomada como símbolo de una buena costumbre del pasado cuando la gente estaba más unida. Para Luis Fernando, las mingas producirían “mayor integración de la comunidad, generar empleo, abaratar costas”.

Él les pidió a las personas que le dijeran sus “necesidades”; enfatizó el agua, acueductos, caminos, teléfonos, escuelas, centros comunitarios y puestos de salud. Dijo entonces que en su campaña observaba la magnitud de malgasto municipal. “Yo sé cuánto puede costar un metro de tubería; no se ve la inversión, se ve una costa doblada, la mitad se esfuma”.

De vez en cuando, los habitantes afrontaron el “método” de Luis Fernando. Un líder en una vereda rural regañó al grupo de políticos por visitarlos sólo durante las épocas de la campaña, exhortándolos que aun cuando ellos no pudieron llevar a cabo los proyectos que deben, por lo menos “visitar” y “conocer el campo”. Entonces él notó que los discursos “no se toca el tema de la agricultura” y las pérdidas del ingreso: “vías, escuelas, todo es bueno, pero subsistimos de la agricultura” que estaba en crisis. Él quiso resucitar el IDEMA o por lo menos formar una “cooperativa de funguicidas para que nos abaraten las cuestras de los insumos”.

Luis Fernando contestó que la “carestía de insumos agrícolas, falta de mercado son políticas nacionales, la famosa apertura económica viene quebrando el campo”, trayendo “trigo, maíz de otra parte, Colombia está comprando productos subsidiados”. Él contestó básicamente que para el Alcalde, “no es su competencia”, y que la obligación municipal sólo se extiende a aportar la ayuda técnica a través de la UMATA.

Parecería que esta falta de las ideas en una economía predominantemente agrícola sería dañosa a la campaña. Los temas de Oviedo

de reducir los costos de la producción agrícola, encontrar nuevos mercados e implementar una reforma agraria fueron indudablemente los problemas urgentes, y la respuesta de Luis Fernando sugirió una cierta capitulación al modelo neoliberal de mantener la economía aislada de la esfera política.

Sin embargo, la receta de Oviedo no siempre atrajo a los agricultores locales. Él estaba hablando de programas gubernamentales, cuando los agricultores, con tales programas, conocieron los subsidios y promoción para finqueros lecheros y hacendados grandes. La idea de Oviedo de reforma agraria se expresó en una invocación para los votos de grupos de indígenas y de campesinos recién politizados. Sin embargo, como la mayoría de los habitantes no vio las realidades locales en tales términos, sería entendible que ellos sospechaban la llamada de Oviedo para redistribuir la tierra.

Luis Fernando y su grupo llevaban una actitud más práctica a los indígenas, mujeres y campesinos. Ellos los integraban como individuos específicos en vez de considerarlos como nuevos bloques de poder o como grupos vulnerables. Un ejemplo interesante fue una reunión de la campaña para mujeres en la cuál se introdujo a Luis Fernando como alguien que explicaría “lo que es la democracia y la obligación del estado con la mujer”. “Es importante que la mujer vincule de manera directa al proceso político”, Luis Fernando dijo. Explicó que las mujeres pueden manejar mejor los recursos: “casi no he escuchado de casos de corrupción cuando una mujer capacitada está manejando; esto es una garantía inmensamente grande” porque la corrupción era uno de los “factores primordiales de atraso”. “La mujer por naturaleza es más honesta, sincera, sana”, y si no se tuvieran en cuenta estas habilidades para evitar la corrupción “vamos a llegar a un caos que no alcanzamos imaginar: más tiempo, más atrasados”. Después de esta exhortación general y el paseo por algunas partes de la constitución, en la reunión se llegó rápidamente a crear “comités del apoyo” para asegurar la elección de Luis Fernando. La reunión concluyó con una convocatoria para preparar un “comité de pedagogía”, para que las mujeres pudieran enseñar a las campesinas analfabetas sobre la campaña y pudieran instruir las cómo marcar correctamente el voto.

Esta diferencia en su acercamiento a los grupos vulnerables era una de varias características que marcaban la campaña de Oviedo como parte de la modernización estatal y reforzaban la alianza de Luis Fernando con la modernización campesina. La campaña de éste pudo pintar los vínculos pretendidos de Oviedo a la modernización como ejemplos de vicios tradicionales.

Primero, Oviedo intentó basar su campaña en propuestas concretas y un contrato entre el candidato y la gente. Él empezó la campaña con un “plan de gobierno” de seis hojas. Durante sus visitas a los varios barrios y veredas, los impulsó determinar sus necesidades y a escribir un “acta de compromiso” que entonces firmó. Oviedo dijo que tenían un “documento en manos de la comunidad” que podían “reclamar ante el Alcalde”.

Luis Fernando, en contraste, sólo coleccionó las “necesidades”, apuntándolas en un cuaderno, pero negándose hacer cualquier promesa explícita. Señaló que el Alcalde actual también firmó actas de compromiso, pero éstas no tenían valor y ningún compromiso legal. Él llamó esta práctica la “costumbre politiquera de firmar actas de compromiso... firmaron un acta, un engaño... las experiencias son que no sirven para nada; lo que vale aquí es la voluntad”. Luis Fernando enfatizó esta calidad de buena voluntad como su honor y garantía. Declaró que las necesidades no eran caras, pero que a las administraciones anteriores les faltaba la buena voluntad para trabajar con la comunidad.

Oviedo intentó aprovechar una noción de un contrato con sus derechos y obligaciones acompañantes, pero Luis Fernando reprendió este esfuerzo, uniéndoselo a las promesas políticas anticuadas y una costumbre politiquera. Luis Fernando exhortó a las personas que consideren su “experiencia” en lugar de legalidades sin valor. Como en la agricultura, la experiencia es mejor que la tradición y más fiable que la ciencia, sobre todo en interpretar la “voluntad”.

Segundo, Oviedo vinculó su campaña a una distribución gratis de las estufas de gas patrocinado por Ecopetrol. Él aclamó las ventajas de las estufas y dejó que ya tuvo experiencia en distribuirlas cuando era director de Corponariño. Según Oviedo, las estufas de gas reducirían la deforestación y “mejorarían la calidad de vida” en parte porque redu-

cen “enfermedades pulmones en las mujeres, los problemas de la respiración, del humo que estamos respirando cuando estamos cocinando”. Oviedo entonces dijo que “vamos a seguir con estos programas de masificación de gas” de la oficina del Alcalde. Él dijo explícitamente que el hecho de recibir una estufa no trajo consigo ninguna obligación política de votar por él: “Ecopetrol quiere masificar el gas colombiano; quería acabar el contrabando de gas ecuatoriano” al regalar las estufas colombianas y tres cupones para un cilindro de gas colombiano. Oviedo insistió que funcionó sólo como intermediario para Ecopetrol, y “era puro accidente que coincidan con el proceso electoral”.

Los seguidores de Luis Fernando tenían otra cuenta. Algunos declararon audazmente que Oviedo escondió las estufas de Corponariño, reservándolas para la campaña. Pero aun si fuera verdad lo que dijo, él todavía estaba repartiéndolos en el contexto de la campaña y sus acciones parecían ser similar a las tradicionales de compras de votos. Luis Fernando siempre enfatizó que él no tenía nada que dar. Elena lo llamó un “pobrecito, tiene que ganar este pobre Luis Fernando”. Elena dijo que Oviedo no sólo regaló las estufas de gas, sino también entregó la comida y entonces se dañaba el mercado para los comerciantes y productores locales.

Con regalos de las estufas de gas, Oviedo intentó coger uno de los símbolos más poderosos de la modernización, pero su táctica tuvo efecto contraproducente. En parte, esto estaba relacionado con la subestimación estatal y empresarial del uso de gas en las áreas rurales. Los partidarios de Luis Fernando no sólo pintaban estos regalos como parte de la corrupción política tradicional, sino que también era destructivo para el productor local y a los comerciantes campesinos.

Tercero, el estilo de campaña de Oviedo favoreció los eventos grandes con bafles gigantes. Por un evento, la campaña bloqueó una calle central y permitió a sus bafles sonar con gran estruendo por el pueblo. Chalpartar alabó la “intelectualidad” de Oviedo. Se pintaron miembros del concejo municipal que fueron alineados con el Alcalde actual, como “críticos”. Los enemigos anteriores de Chalpartar ahora lo alabaron como el Alcalde mejor que Túquerres tenía. Oviedo empezó su discurso con un canto al favor de Chalpartar. Este estilo de cam-

pañá amplificada, acoplado a una marea de aguardiente, excluyó la pregunta simple de cómo estos enemigos mortales crecieron en ser tan íntimos y dio una arrogancia a la campaña. Candidatos para el concejo municipal con el apoyo de Oviedo dijeron frases como “el doctor Oviedo es el próximo Alcalde, es un hecho; en este momento ya está definida” porque tenía el apoyo de más políticos. Otros candidatos preguntaron retóricamente “En su barrio, todos están con César Oviedo, ¿no?” y les dijeron a las personas “si le gusta perder, vaya con Luis Fernando”.

En contraste, Luis Fernando rara vez tenía micrófono ni bafles. Él no era un orador elocuente y se acercó tentativamente a las congregaciones de gente. Muchas veces las personas congregadas escasamente pudieron oír en sus reuniones, y había normalmente mucha participación de los presentes. Los partidarios dijeron que ellos estaban “seguros que Luis Fernando es el ganador porque ha sido bien recibido” en los lugares que visitó, no debido al apoyo de líderes políticos. Los partidarios de Luis Fernando dijeron que estaban seguros de que él ganaría porque él era la opción de la gente; los partidarios de Oviedo dijeron que estaban seguros que él ganaría porque él era la opción de los políticos.

Los eventos bien amplificados de Oviedo podrían ser vistos como aptos para la política de masa, similares a los eventos en la nueva plaza del mercado, escenarios importantes de los espectáculos modernos y la diversión. Pero aquí de nuevo, el grupo de Luis Fernando podía representar estos eventos como la demagogia imperiosa. Las personas dijeron que los candidatos eran “sinvergüenzas”. Por esto, implicaron una falta profunda de fiabilidad por estos políticos, que entonces formaban una clase aparte de las personas que pueden tener vergüenza y comportarse de una manera respetuosa (ver Reddy, 1997). Los habitantes interpretaron los eventos amplificados como señal de que Oviedo intentaba simplemente comprar votos.

Finalmente, la campaña de Oviedo enfatizó las publicaciones, divulgando un “Comunicado de Prensa” que describió las cosas que paralizan el progreso del Municipio. Habló de “agricultura de subsistencia permanentemente amenazada por la competencia interna y

externa... de su comercio sometido todos los días a la voluntad de las casas de cambio de Tulcán [Ecuador]”. Había también la mentalidad de habitantes: “fanáticos, tradicionalistas, excesivamente tímidos, propensos al chisme y a la crítica malévola y por encima de todo individualistas; formas de la personalidad que han sido por mucho tiempo enemigos de nuestro propio progreso”. El comunicado dijo entonces que estos tipos de personas chismearon que César Oviedo no estaba habilitado para el puesto porque no renunció a su puesto de Corponariño de antemano para las elecciones. Además, vinculó la campaña de Oviedo con las virtudes opuestas; ellos opusieron el “tradicionalismo” a su “modernismo civilizado”. Declaró que Luis Fernando en realidad estaba bajo investigación y “si fuera un candidato serio y responsable debería explicarle al Pueblo de Túquerres el peligro que corre de perder su voto si votan por él”. Después de la comunicación de la prensa, una hoja del escándalo aparecía, usando un discurso no muy disimulado para explicar a las personas prominentes de la campaña de Luis Fernando, como corruptos y moralmente degenerados, llamar a Luis Fernando un “Ingeniero Falso” y hablar de la embriaguez de los partidarios, su infidelidad matrimonial y su oportunismo político.

En contraste, los partidarios de Luis Fernando escribieron poco, incluso en contestación. Ellos circularon copias de una carta que dijo que una “cinta magnética” en los archivos departamentales mostró que Luis Fernando fue libre de procesos jurídicos y penales. También escribieron una breve declaración, “Por Que Apoyamos a Luis Fernando”, que reiteró sus calidades buenas y su familiaridad a su “familia humilde y sencilla”. “A pesar de los múltiples ultrajes, humillaciones y ofensas que ha recibido, Luis Fernando ha sabido manejar con altura y dignidad su campaña”. Esta declaración acabó con “hacemos un llamado a todos los tuquerreños a conservar la medida y hacer de estas elecciones una verdadera ‘fiesta democrática’ convencidos de que los resultados no van a favorecer a personas ni a grupos en particular, sino a todos los tuquerreños”.

Una vez más, el uso de Oviedo de comunicados de prensa parecía ser un lazo de la política moderna, pero los partidarios de Luis Fernando los pintaron con éxito como “pasquines”.¹⁰

Neutralidad y debates

A pesar de las declaraciones de cada candidato sobre su nueva alcaldía de puertas abiertas, en la campaña no había ningún escenario neutral de debate. La campaña de Oviedo, consistente con su ideología de la modernización estatal, buscó una estructura del debate neutral. Como ilustran sus “Comunicados de Prensa”, ellos se preocupaban por propagar noticias imparciales. La campaña de Luis Fernando, consistente en su fidelidad a la modernización campesina, pintó el escenario estatal como evento fundamentalmente manipulado. Ellos tenían demasiada experiencia con tales escenas, y ya no creían en su neutralidad. Sus comunicaciones no fueron noticias, sino rumores. Cada participante activamente propagaba el mensaje de la campaña.

Durante el curso de la campaña, había muy pocos momentos de encuentro entre los candidatos. Una reunión fue un foro indígena. Había un conflicto originalmente entre aquellos que exigieron que el foro fuera solo para su “etnia cultural” y para aquéllos que pensaron que debía ser público para que más personas entiendan las complejidades de la situación. Adoptaron la opción cerrada, aguantando un grupo de no indígenas que estaban de pie fuera de la puerta que gritaban esporádicamente, “hagan entrar todos, es del pueblo”.

Se permitió un discurso a cada candidato. El tercer candidato dio el discurso más conmovedor; propuso una escuela indígena separada, y dijo que él no se calificaría para enseñar a los indígenas porque él tendría que hablar su idioma. Después, uno de los partidarios de Luis Fernando dijo que ellos tenían que llevar a cabo algunas discusiones serias para asegurar que la persuasión oratoria ambiciosa del tercer candidato no “confundió” a los indígenas. Mientras esta actitud en realidad estuvo llena de superioridad, fue consistente con la campaña en tratar los temas indígenas como problema práctico y logístico de integrar a los individuos a su programa, no como grupo vulnerable especial que podría entregar un bloque de votos.

Oviedo propuso una “visión integral” que no trataría a los indígenas como “diferente” sino como “hermanos de sangre”, mientras reconocía “todos los derechos que la constitución de 1991 les ha dado”. Después de esta introducción, Oviedo cambió a considerar lo que lle-

gó a ser uno de los temas principales de su campaña: un proyecto geotérmico que utilizaría los gases volcánicos del Azufra. Según él, este proyecto proveería la manera para Túquerres y el departamento de Nariño de dejar de importar la electricidad del norte del país, un impedimento estructural grave al desarrollo comercial. Oviedo esperó que los otros candidatos incorporaran el proyecto en sus programas electorales. “Superamos esta debilidad estructural [de no producir la electricidad] usando el calor del centro de la tierra, cambiar este modelo extractivo que tenemos de agricultura y ganadero”.

Como último orador, Luis Fernando dijo que estaba contento de estar en esta “gran fiesta democrática”. Reiteró su tema de “mostrar camino, una metodología”. Él se había transformado en un mejor orador durante el curso de la campaña, incorporando sugerencias ofrecidas en los eventos, como la “propuesta de creación de cooperativas, abaratar costos de consumo de productos agrícola”.¹¹ Él respondió entonces a Oviedo; dijo que el proyecto geotérmico debe tener “la viabilidad técnica, económica, social, cultural. Sabemos por experiencia que este tipo de geotermia tiene consecuencias funestas ambientales”. También dijo “este tipo de plantas se implementan como la única forma” y como evidencia dijo que el resto de los “países desarrollados” como Japón tendría más de ellos. “El costo de producción es enorme”. Además había leyes dando “facultades a comunidades indígenas, que requiere la aprobación de esas comunidades; no se pueden hacer proyectos a espaldas de la comunidad”.

No hubo tiempo para contradicciones o preguntas y entonces Luis Fernando tuvo éxito en pintar el proyecto eléctrico geotérmico como veneno dañino, aunque en realidad es una de las opciones más legítimas medioambientalmente para generar la electricidad, con bajos costos de producción y plantas funcionando en Japón y California. Mientras la provisión de la electricidad parecería garantizar la modernización, Luis Fernando cambió el significado del proyecto en su totalidad. Durante conversaciones informales, los partidarios de Luis Fernando dijeron que el proyecto geotérmico ofrecía una gran oportunidad para la corrupción y especularon que ésta fue la razón efectiva que Chalpar se uniera a Oviedo. Ellos también consideraron su preocupación con

el suministro de agua y dijeron que su economía no pudiera arriesgar la amenaza más mínima al riego e irrigación. Tomando esta perspectiva, Luis Fernando mostró la alianza del grupo a la economía agrícola, en lugar de tomar cualquier riesgo para formar una economía nueva. También afirmó la visión popular del Azufral como tierra sagrada, la fuente de agua y vida, e inelegible en la venta a intereses extranjeros.

El segundo foro estuvo en un colegio, patrocinado por estudiantes y profesores. Sin embargo, sólo Oviedo y el tercer candidato asistieron. Los partidarios de Oviedo dijeron que la ausencia de Luis Fernando mostró que “no tiene capacidad” y que en vez de asistir, se fue “a Yascual a tomar trago” con los indígenas. Ellos dijeron que esta ausencia influiría en los votantes que podrían ver que se asustó de un foro intelectual. Los partidarios de Luis Fernando dijeron en cambio que los organizadores fueron las mismas personas que patrocinaron un debate manipulado en las últimas elecciones, preparando a un candidato de antemano para que el antagonista pareciera un estúpido. Además, Oscar Cisneros comentó que Oviedo siempre dijo la misma cosa, que si él fuera elegido conseguirían “leche de un toro”.

La iglesia católica patrocinó la última reunión entre los candidatos durante un “foro de paz”. En este evento, supusieron que los candidatos y la comunidad podrían congregarse juntos y reflejar cómo crear las condiciones de la paz; no permitió ningún discurso a favor de un candidato o programa particular. Un sacerdote dijo que las iglesias en el departamento tenían el lema de “iguales y diferentes construyamos la reina de Dios”, que para las campañas políticas los puede adaptar a ser, “iguales y diferentes construyamos el progreso del municipio”.

El foro entonces se transformó en un escenario para los candidatos y sus partidarios para insultar sutilmente a los opositores. Luis Fernando aprovechó la oportunidad de denunciar los pasquines: “sinceramente asiste con todo la voluntad”, pero el pasquín mostró una falta de fe. El organizador del foro intervino entonces y dijo que “el hecho de que estamos aquí todos es un paso”, implicando que sin la sanción de la iglesia y un foro de paz, el debate político podría ser violento. El organizador dijo que las alternativas o eran paz o el “gran abismo de sangre y violencia”.¹²

Un último ejemplo de las tácticas diferentes de las campañas ocurrió la noche antes de la votación. Los partidarios se congregaron en las dos oficinas de la campaña. En la de Oviedo circulaba una copia de un artículo de *El Tiempo*, un periódico nacional, que alistó a Luis Fernando como candidato, bajo investigación. En la oficina de Luis Fernando, había aplausos cuando un partidario alcanzó a hablar. El partidario dijo que ese día “*El Tiempo* no llegó, porque la parte contraria lo compraron”. Un grito de los partidarios: “¡abajo los cochinos!”. El partidario dijo que tenía *El Tiempo* verdadero, enviado por fax, y lo comparó con el otro artículo. Varias personas incluso se fueron al puesto de la policía, denunciando la otra copia como montaje falso. Al mismo tiempo, los partidarios de Oviedo mantuvieron que ellos tenían la copia verdadera enviada por fax, señalando que la que circulaba en la oficina de Luis Fernando no incluyó el departamento de Nariño. Ambos lados utilizaron el fax, pero la edad digital produjo poca claridad.

Esto no tuvo importancia al día siguiente, cuando Luis Fernando Ascuntar derrotó a César Oviedo en las votaciones, por 7.502 a 3.647 votos, con el tercer candidato recibiendo 541 votos, y casi mil votos anulados o blancos. La concurrencia de votantes fue extraordinariamente fuerte, con una proporción alta de votantes mujeres. Las personas dijeron que era la “primera vez” que había tantos votantes, sobre todo en la calle y la primera vez que las personas tomaron las calles en celebración masiva.

Un resultado quizás sorprendente de la votación fue que para concejal sólo uno de los candidatos del Cabildo indígena tuvo éxito y que ni el candidato de la ANUC, ni la candidata de mujeres artesanas ganaron una votación considerable. Los pronósticos de un cambio grande en la política municipal, basada en elecciones de por lo menos dos representantes indígenas y un campesino, no se realizaron. De hecho, el candidato exitoso del Cabildo en realidad ya estaba en el concejo municipal y parecía ser más, un representante de una vereda rural particular, y más del Partido Conservador, que del Cabildo. Mientras el miembro de M-19 mantuvo su puesto en el concejo municipal, el candidato del Partido Cívico fue eliminado.

Foto 14a

Día de votación: paredes aplastadas y oficinas de las campañas en la plaza de mercado vieja.



Foto 14b

Procesión triunfal nocturna.



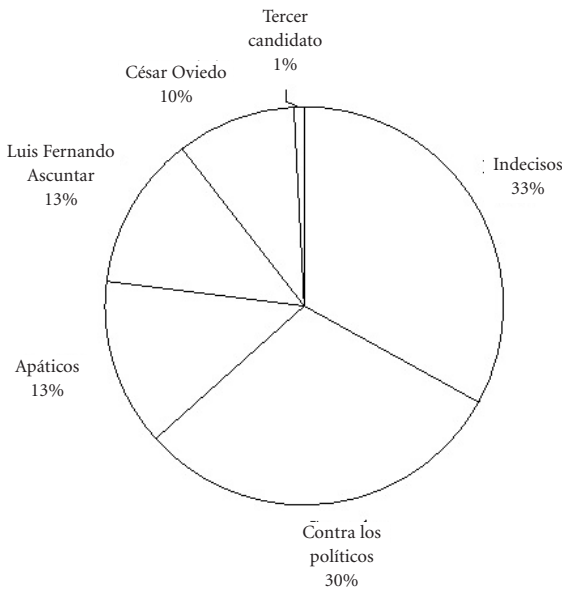
Mis encuestas, realizadas en el curso de la campaña política, no pudieron predecir el triunfo grande de Luis Fernando (figura 24). Sin embargo, el elemento decisivo es la cifra que más del 75% de los votantes potenciales expresaron indecisión, apatía o sentimientos negativos en referencia a la situación política. Muchos parecían esperar por las cosas de “definirse”, haciendo más probable que un margen pequeño pueda transformarse en triunfo grande.

Uno de los partidarios de Oviedo resumió la pérdida: “Oviedo estaba arriba, hablando en dólares, mientras el pueblo abajo, hablando en pesos”.

Consecuencias: ¿límites de la modernización campesina?

En los meses siguientes del triunfo electoral estupendo, el movimiento apoyando a Luis Fernando encontró algunos de los límites de

Figura 24
Encuesta de votantes



su plataforma política. El primero era que Oviedo usó conexiones estatales para asegurar un trabajo en la oficina de la planificación departamental, ganando un puesto tal vez más poderoso que Alcalde de Túquerres. El grupo de Luis Fernando vio en esto una limitación en su propia habilidad de promover proyectos de desarrollo para el municipio, porque la oficina de Oviedo estaba a cargo de la planificación regional. Segundo, el Alcalde anterior guardó algunos de sus empleados para administrar un examen supuestamente abierto del servicio civil. Por consiguiente, Luis Fernando no podía despedir a estos empleados y poner su propio personal como el Alcalde anterior hizo, a pesar de los relatos de las personas que testificaban de la manipulación en los exámenes. Finalmente, Luis Fernando fue criticado por parte de sus propios seguidores, quienes decían que cuando alguien presentaba un proyecto, él siempre decía que estaba “pensando”, pero no tomaba la acción de “arrancar”.

Oviedo tuvo su propio triunfo cuando llegó a ser el director de la oficina de la planificación departamental, después de lo cual dejó Túquerres y se trasladó a Pasto. De la perspectiva de Oviedo, el puesto indicó su habilidad y capacitación; dijo que sería imposible para Luis Fernando realizar este trabajo. Como director de la planificación regional en 1998, él podía soñar con proyectos de modernización estatal aún más grandes que los que propuso para Túquerres. Además de continuar el trabajo del proyecto geotérmico Azufral, Oviedo habló de vender los derechos de polución atmosférica a las naciones industrializadas bajo el acuerdo de Kyoto, de preparar un programa para producir papa con empresas multinacionales francesas y holandesas, y de unir la economía de Nariño con Brasil.¹³ Oviedo criticó la ineptitud de la administración de Luis Fernando y dijo que ellos debían estar solicitando los proyectos a la oficina de planificación, pero no lo hicieron. Dijo que estaba proponiendo un proyecto por lo menos para el campo en Túquerres: “al tipo [Luis Fernando] va a llegar la plata fácil”, pero tenía que hacerlo porque se sentía mal ya que nadie hizo nada para el campo.

Desde la perspectiva de la administración de Luis Fernando, la situación fue bastante diferente. Ellos estaban enojados de que alguien tan absolutamente negado por los votantes pudiera conseguir

entonces un alto puesto administrativo. Ellos no sentían que este puesto se debía a la habilidad de Oviedo, sino porque fue el “rescate de otro político”. Ellos detestaron la idea de solicitar las propuestas en su oficina, sintiéndose que Oviedo tenía interés en bloquear su éxito. Sentían que este puesto mostró aún más la pretensión falsa de neutralidad estatal.

Desde afuera frustrado por el puesto de Oviedo, el equipo de Luis Fernando también se frustró desde adentro por los empleados de la administración anterior. Había una tradición en Túquerres de barrer los empleados municipales anteriores, así como los empleados de Chalpartar fueron sumariamente despedidos. Había, sin embargo, también estipulaciones nacionales para crear una carrera del servicio civil, con la idea de conservar un grado de neutralidad y profesionalismo en el empleo municipal. El Alcalde anterior pudo legitimar a sus empleados a través de una competición entre los empleados y otros que buscaban puestos municipales. Luego de este examen, sería muy difícil despedir a estos empleados sin una batalla legal que la administración de Luis Fernando no podría permitir.¹⁴

Desde la perspectiva del equipo de Luis Fernando, su incapacidad para despedir a estos empleados era todavía otro ejemplo de un proceso supuestamente neutral, pero en la realidad manipulada por los poderosos. Una mujer, no vinculada a la campaña de Luis Fernando, quien participó en esta competición, la describió como un evento completamente falso. Ella sintió que fue muy estúpida para permitir que los empleados la usaran para legitimar sus puestos; ella dijo que los administradores no consideraron las hojas de vida de los competidores y simplemente alabaron las calificaciones y habilidades de empleados existentes. Ella dijo “nos usaron como bobos para legalizar” a los empleados actuales. Por consiguiente, era difícil para el equipo de Luis Fernando manejar el municipio cuando los empleados de la administración anterior estaban siempre presentes.

No obstante, muchos de sus partidarios vieron esto como pretextos inadecuados para una inacción en general. Ellos se quejaban de que cuando se presentaban con un proyecto, Luis Fernando siempre decía que estaba “pensando”, y que todos esperaban acciones concretas. Esto parecía estar relacionado parcialmente con su personalidad, pero

también parecía que las tácticas que funcionaron muy bien en la campaña, de permitir a las personas contar sus historias sobre temas de respeto, no se tradujo en un proyecto de gobierno. En 1998, algunos partidarios anteriores insinuaron que la administración municipal continuaba con los vicios tradicionales. Un vendedor del agroquímicos habló elocuentemente durante la campaña, que Luis Fernando los llevaría a una “tierra prometida”. Sin embargo, cuando le pregunté de su descontento con la administración de Luis Fernando y sobre la capacitación de los empleados municipales, él contestó que ellos estaban “capacitados para robar”.

El jefe político de la administración de Luis Fernando presentó el problema de como “trabajar sin plata”. El equipo estaba cargado con la deuda de administraciones anteriores, y no podía hacer más que asignar recursos gubernamentales, con un cierto porcentaje a la salud, a la educación y a la administración. Los sueldos de los funcionarios ocupaban la mayoría de los recursos; el presupuesto de la educación, por ejemplo, apenas cubría los sueldos de maestros, y no permitía la construcción o mantenimiento de nuevas escuelas. Por consiguiente, los miembros de la administración esperaban encontrar otros recursos nacionales o internacionales, pero su perspectiva en 1998 estaba bastante deprimida.

Cartas que recibí de una profesora en Túquerres describieron la administración de Luis Fernando como un error que sería otro ejemplo en la historia de los políticos tradicionales que no traen el progreso al pueblo. No obstante, esta perspectiva quizás es demasiado negativa en sobrepasar el sentimiento, si transitorio, que la campaña y elección puso el mundo al revés. Empezando con una protesta por la basura que destruyó oficinas municipales, los habitantes buscaban escapar de los estereotipos del indio-campesino. Más que cualquier campaña anterior, Luis Fernando manifestó una iniciativa independiente que demandaba el “respeto” de los funcionarios gubernamentales. Juzgar la administración sólo por los logros es otra vez medir con las normas de la modernización estatal.

Para las apropiaciones e inversiones de la modernización campesina, tal vez fue más importante que juntos, unidos, los habitantes pudieran golpear a los adinerados y poderosos. En las palabras de un

hombre que gritó en la calle cuando llegaron los resultados de la votación: “¡estás quemado, Oviedo, hijo de puta!”.

Notas:

- 1 La atención renovada en la eficiencia técnica puede verse como la extensión del viejo debate colombiano entre técnicos y políticos (Hartwig 1983:72). Desde por lo menos el siglo diecinueve, ha habido esfuerzos para crear un grupo de personas dirigentes dedicado a las ideas técnicas y prácticas; se detalla estos esfuerzos en el estudio de Safford, *The Ideal of the Practical: Colombia's Struggle to Form a Technical Elite* (1976).
- 2 No sé la fuente y fecha precisa de esta narración. Es uno de varios estudios locales de Túquerres que aparecían en los años noventa. Profesores, empleados municipales o los investigadores locales independientes escribieron la mayoría de estos estudios pequeños. La narración generalmente empieza con ubicación y geografía, incluye una sección de la historia, normalmente hace mención de la rebelión de 1800 y los terremotos de 1936, da versiones de varios mitos, leyendas y vocabulario local, y entonces hace reflexión en las perspectivas y obstáculos para el desarrollo. Con la descentralización de oficinas de planificación, el Municipio de Túquerres ha producido varios estudios así, como el “Plan Integral Municipal de Desarrollo 1994-1997” y el “Estudio de Factibilidad para la Creación de la Secretaría de Transito y Transporte”. En la campaña de 1997, el Municipio publicó un documento similar con el título, *Túquerres: Tierra Gestora de Libertad*, escrito principalmente por un profesor pero con dos artículos de César Oviedo. Mientras éste era supuestamente un documento neutral, la aparición durante la campaña y el contenido lo hizo parte de la campaña política. Más reciente, esta tradición de estudios locales se ha extendido a las páginas web sobre Túquerres, normalmente hechos por los tuquerreños jóvenes que estudian en universidades urbanas.
- 3 Interesantemente, los participantes en la reunión de la Casa Campesina sobre la reforma agraria, que discutimos en el capítulo anterior, hicieron referencia a esta protesta por la basura como su método de “participación ciudadana”. Los participantes dijeron que las leyes podrían ser buenas, pero para conseguir las cosas exigió “mucha presión al gobierno nacional. El gobierno tiene que entender nuestro descontento. Es por el puño y violencia, la única manera”.
- 4 El uso de los nombres de estos políticos es indicativo. Luis Fernando es

un nombre muy típico en Túquerres, y la mayoría de las personas se refirió a él por su nombre dado, sin cualquier título, o a veces lo llamó “ingeniero”. Eduardo Chalpartar también es muy común, pero las personas normalmente lo llamaron por su último nombre con el título de “ingeniero”. César Oviedo, por otro lado, es un nombre menos común, y la mayoría de las personas, o usó su último nombre o ambos nombres juntos, y a menudo lo prologó con “doctor”, parte de un fenómeno extendido, que un periódico nacional llamó la enfermedad de “doctoritis”: “en Colombia son pocos los doctores, pero muchos los que por aparentar o sentirse importantes exigen que les den ese título” (*El Tiempo*, 1999). Éste llegó a ser un problema en varios puntos en la campaña, desde que Oviedo usó “doctor” para sus candidatos y lo detuvo en Luis Fernando. Para los partidarios de Luis Fernando, esto no demostró la educación superior de la campaña de Oviedo sino su vanidad y arrogancia; la campaña de Luis Fernando fijó un ensayo en su oficina principal sobre el mal uso del término “doctor”. Al parecer, el uso de “doctor” tiene una historia larga en Colombia como marcador del estatus. Un visitante en 1853 escribió que “no hay ningún país donde más *doctores* se encuentra que en Bogotá; y se cuenta que un español recién llegado a esta capital preguntó por qué los de Nueva Granada habían cambiado el título viejo de *don*, que se usó en España, por eso de *doctor*” (Conunselheiro Miguel María Lisoba citado en Safford, 1976:2).

- 5 Como mencioné, los chalpartares eran terratenientes, aunque ellos ejemplificaron más el modelo del “buen patrón” que el modelo de las fincas lecheras mecanizadas. El candidato de Chalpartar, un hombre robusto que llevó sombreros grandes de vaquero y organizó exhibiciones de caballos, mostró algunas de las características clásicas del patrón tradicional. Oscar Cisneros lo llamó “muy folklórico”, que apenas fue una evaluación buena.
- 6 En general, los partidarios de Luis Fernando pusieron más importancia en saber dónde estuve yo, queriendo asegurarse que “con nosotros”. El grupo de Oviedo estaba más pronto en aceptar la noción de un observador neutral. Esto es indicativo de sus dos campañas; una necesitaba rendir la cuenta de todos los aliados y enemigos, mientras la otra era una burocracia estatal que presentaba la imparcialidad.
- 7 El rumor de esta reunión entre los partidarios de Luis Fernando era que Oviedo le ofreció a éste una parte pequeña en la administración y apoyo para la próxima elección si Luis Fernando se retiraba de la campaña. Pa-

- ra los partidarios de Luis Fernando, la propuesta de Oviedo era sumamente irrespetuosa.
- 8 Uno de estos candidatos, aparentemente inconsciente de este negocio, ilustró lo que podía pasar cuando su patrocinador lo dejó sin apoyo financiero. El candidato siguió con la campaña, emprendiendo una campaña independiente y de bajo presupuesto, pero nunca alcanzó a tener un seguimiento grande. Sus temas de la campaña empezaron con la narración de cómo Colombia, junto con otros países en América Latina, era una “colonia verdadera de Norte América, la política neoliberal sigue golpeando mucho más duro”. Esta política consistió en “la reducción del tamaño del Estado, se genera el desempleo; la privatización de empresas del Estado” y entonces estaban “vendiendo lo bueno que ha tenido Colombia”. Él explicó su perspectiva “contra la apertura económica”. Un compañero de la campaña llamó al candidato “un ciudadano colombiano que le duele en el corazón la situación de la patria, una de las graves, más gravísimas crisis, la influencia de los norteamericanos en lo interno, no gobierna Samper, gobierna Frechette. No hay noche que no da ordenes, que es lo que debe hacer, no deben hacer”. La campaña parecía recibir el apoyo de personas que tuvieron puestos una vez en las instituciones gubernamentales pero que se echaron afuera después de la reestructuración neoliberal, como el vendedor químico que anteriormente trabajó por el ICA. Sin embargo, estaba confuso cómo el candidato planeaba dirigirse a estos temas desde el puesto de Alcalde de Túquerres.
 - 9 En la realidad, Oviedo criticaba la administración municipal, aún más luego de su alianza con Chalpartar. Sin embargo, Luis Fernando y sus partidarios tenían muchos ejemplos de este “continuismo”. Un ejemplo involucró la saga del lote para la basura. En un discurso en la plaza vieja del mercado, Luis Fernando dijo que como miembro del comité organizador original, él estaba denunciando el lote caro comprado por el Alcalde con la ayuda de Oviedo. Los llamó “la parejita ideal” y dijo que lotes mejores y menos caros estaban disponibles, pero ellos gastaron más que lo necesario y robaron la diferencia, convirtiendo el servicio municipal en un “negocio”. Esta imputación descontó el testimonio de Oviedo que el gasto se originó por falta de la planificación y que el mal manejo del Municipio ocasionó el alza inevitable del costo de un lote.
 - 10 Como un ejemplo más, el día anterior a la votación un chisme circuló que Oviedo publicó una declaración en la que pidió disculpas de Luis Fernando por los pasquines. En realidad, el documento era el “Comuni-

cado de Prensa #2” que negó toda asociación con tales pasquines. Este evento ofrece otra perspectiva interesante en la distinción entre noticias y chismes; por el lado de Oviedo, había un esfuerzo por diseminar las “noticias”, que eran mentiras puras, dado que algunos de los miembros más íntimos de la campaña distribuyeron pasquines. Sin embargo, en lugar de llamar la atención de esta falsedad y de noticias evidentemente parciales, corrió el chisme entre los partidarios de Luis Fernando que Oviedo se disculpó por su maltrato hacia él.

- 11 Es interesante observar que aunque esto parecía ser una copia directa de la idea del líder de la comunidad para estimular la agricultura, Luis Fernando lo cambió, sustituyendo los costos de *consumir* los productos agrícolas, en lugar de los costos de producción.
- 12 Cuando la votación se acercó, la tensión y posibilidad de violencia parecía subir. Una profesora se preocupó de una “bomba” u otra acción terrorista. Sin embargo, la votación fue libre de violencia; la única bomba fue la derrota completa de la campaña elitista.
- 13 En sus reflexiones pos-electorales, Oviedo continuaba su discurso ambicioso sobre el proyecto geotérmico y la posibilidad de inversión japonesa: “ellos están tratando de incrementar las inversiones, no solo en la geotermia, sino en cinco o seis empresas estratégicas para ellos. Con la internacionalización de la economía y el término Estado-nación, continuar con la retórica contra el imperialismo es absurdo. “Cerremos la inversión, no trajemos, y no somos viables. A ellos interesan el pescado en el Pacífico; Túquerres es el puerto seco, la misma lectura Barbacoas-Túquerres, en visión de los japoneses. Necesitamos vincular económicamente, culturalmente a la cuenca del Pacífico... Tenemos que buscar otro tipo de mercado. Los Japoneses se interesan por cuy enlatado, leche, papa, pesca, interesados en la biodiversidad, es todo un capital, perfumes, farmacia”.
- 14 Menos de dos meses antes de que Luis Fernando tomara la alcaldía, el Alcalde de Túquerres perdió el mando de su vehículo en la vía de Pasto y se cayó de encima de la montaña; murió junto con dos policías y un bombero que también estaban en el vehículo. El pueblo se unió en una muestra de simpatía y apoyo en esta ocasión trágica. Pero incluso en este día fatal, los chismes circularon que el alcalde justo había firmado papeles en Pasto para prevenir que Luis Fernando llegue a ser Alcalde.

6

Comunidad

Es importante no confundir igualdad con igualitarismo; esto es el concepto más errado. La igualdad se refiere más que todo al respeto: respetar el derecho de igualdad, de diferencia.

—*Declaración de Luis Fernando Ascuntar en la campaña política (septiembre de 1997)*

En 1997, los tuquerreños echaron a los políticos orgullosos e instalaron personas que compartieron sus aspiraciones y ambiciones; líderes con *respeto*. Estos actos fueron manifestaciones políticas de los cambios hechos por muchas familias en años recientes. Empezaban a cocinar en estufas de gas, a disfrutar de nuevos equipos de sonido, a hablar por teléfono y a enviar por consideración sus hojas de vida para trabajar en el centro urbano, todo en una apropiación de artículos y modos modernos. Todavía, su sustento permanecía en el campo y plaza del mercado, donde la experiencia, en vez de una adhesión ciega a la tradición o a la ciencia, regía la agricultura.

Estas acciones afrontaban los estereotipos de la categoría social de indios y campesinos. Como observa Josiah Heyman, la entrada de productos consumistas puede borrar el “mayor eje histórico de la desigualdad” (1994a:139). Esto también se adapta bien a la discusión de Nestor García Canclini de la modernidad como los gastos de masa que atenúen las señales de distinción (1989:37).

Sin embargo, García Canclini también observa una necesidad en la modernidad, de continuamente reformular estas señales de distinción (1989:32). Es por consiguiente importante contemplar las implicaciones de procesos de la modernización campesina para las nociones de igualdad y jerarquía. Al final de este viaje, ¿la familia Cisneros llegan a ser simplemente mestizos urbanos, reinscribiendo un límite entre ellos y el indio-campesino rural? O por otro lado, ¿movilizará las elites un nuevo conjunto de estereotipos que reincorporarán a las personas como los Cisneros en una “atrasada” clase subalterna?

Mis respuestas a estas preguntas pueden ser sólo provisionales. Mi estudio etnográfico ocurrió cuando los habitantes recién aprendían usar las nuevas estufas de gas, tocar música norteamericana para sus fiestas, bañarse en duchas eléctricas y llamar por teléfono. En gran parte, las elites apenas comprendieron hasta qué punto tales artículos se extendieron y no tenían ningún nuevo estereotipo más que la categoría social del indio-campesino ignorante. En esta fase, los procesos de la modernización campesina estaban principalmente inclusivos y no tan exclusivos. Las personas que se apropiaban de estos artículos modernos normalmente no los usaban para asociarlos con los privilegiados y a veces incluso los usaban para ayudar a los menos afortunados y suplicar el caso para su inclusión. Claro, esta situación es siempre sujeta a cambios. Observa Robert Hefner en Java montañosa, que primero se posicionaron las televisiones en el pórtico, para que todos pudieran mirar, pero luego se transformó en productos privados, vistas sólo por la familia e invitados (1990:189).

De hecho, los procesos de la modernización campesina apenas comprenden un igualitarismo radical. Los temas de prestigio y de respeto son centrales en las apropiaciones de lo moderno. El epígrafe de Luis Fernando, a pesar de su redundancia rara, resume una perspectiva importante hacia la igualdad. Lo que es esencial es respetar el derecho de la igualdad y no convertir la diferencia en dominación.

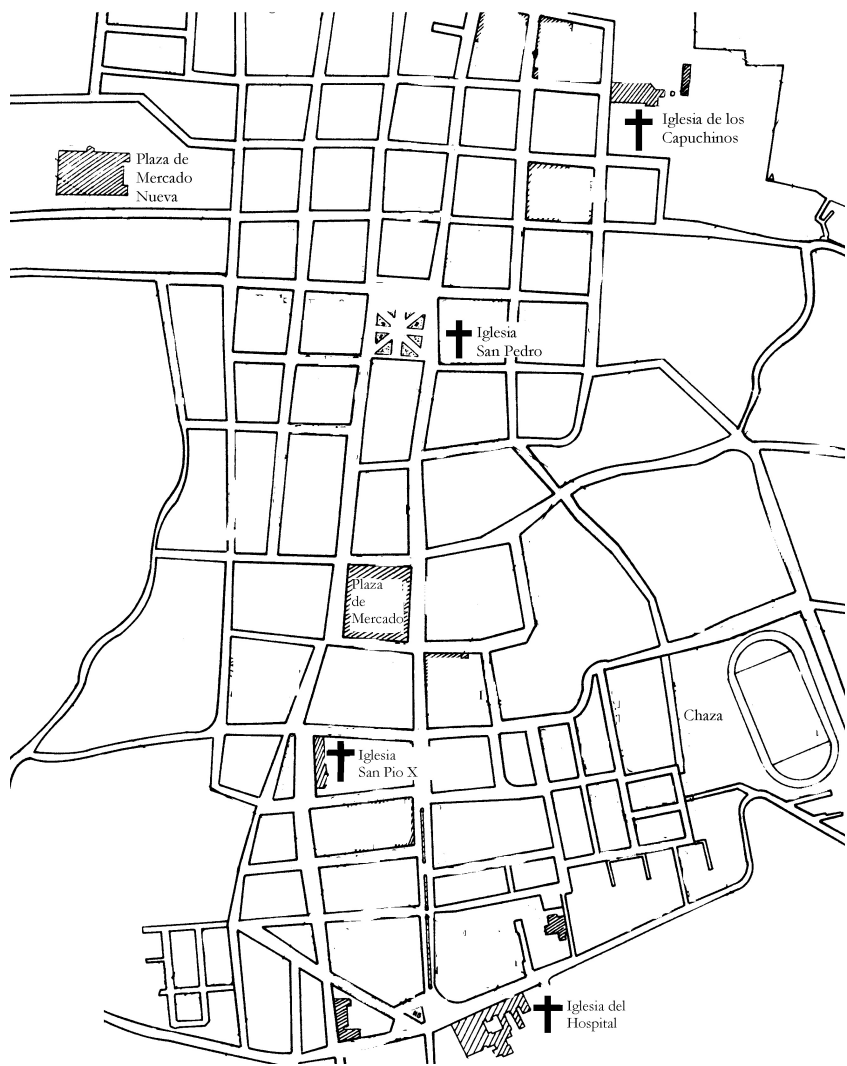
En este capítulo, examino los temas de la modernización campesina y de la igualdad en varias instituciones importantes de la comunidad: la Iglesia Católica, la plaza del mercado y el deporte regional de chaza. Todas éstas son instituciones inmemoriales, decisivas en la orga-

nización espacial y temporal de Túquerres. En su forma contemporánea, los participantes en estas instituciones han promocionado nociones de igualdad. Pero ha sido esta insistencia en la igualdad formal la que permite que estos sitios sean ideales para mostrar y establecer el prestigio. Aquí deduzco una visión del estudio de Antonius Robben de pescadores brasileños y la “paradoja de igualdad” presentada en las cantinas locales, donde los dueños y clientes se ligan a un ideal: “las cantinas son zonas neutrales donde se suspenden las diferencias de estatus y los clientes son iguales”. Sin embargo, esta “pretensión de igualdad no restringe pero, de una manera paradójica, facilita la manipulación, adquisición y exhibición de jerarquía y prestigio” (1989:212). No obstante, exhibiciones de jerarquía y prestigio también deben expresarse dentro de los límites de respeto mutuo para el derecho de igualdad; aún exhibiciones de artículos y modos modernos deben equilibrar valores contradictorios de igualdad y prestigio (ver Williams, 1991:92-116).

Mientras los habitantes construían una modernización campesina, ellos también fortalecían estas instituciones más viejas. La participación en ellas les permitió a los habitantes anunciar las virtudes de igualdad mientras muestran el prestigio moderno. Pero estas instituciones también estaban íntimamente relacionadas con la labor del minifundio agrícola y una noción implícita de igualdad como productores pequeños, vendedores, artesanos y transportistas. Esto es otro ejemplo para mostrar que lo que las personas apropiaban como moderno no fue la modernización directa que sugirió que la vida moderna favorece a las tiendas formales en vez de los mercados, el protestantismo en vez del catolicismo o el deporte nacional en vez del juego regional.

Este punto también se ilustra con las nuevas instituciones que florecieron en los años noventa, las ramas locales de bancos e instituciones financieras. En 1994 había tres instituciones financieras, pero en 1996 había seis. Las estrategias de promoción que llevaban estas instituciones se enfocaban en el ideal de igualdad formal, al mismo tiempo que habilitaban el prestigio moderno. Los habitantes en general respondieron con entusiasmo a estas promociones. Parecían apreciar la posibilidad de escoger lo que estas nuevas opciones financieras ofrecían.

Figura 25
Iglesia, Mercado, Chaza



Organizar tiempo y espacio

La iglesia, mercado y chaza fueron organizadoras decisivas del tiempo y el espacio en Túquerres. Cada una de estas instituciones es inmemorial, es decir, parte de la experiencia vívida natural de la mayoría de los habitantes contemporáneos. Mientras ciertas características de éstas cambian, ellos fueron marcados por ser eternas y duraderas. Por su asistencia y participación continuada, los habitantes daban importancia a estas instituciones que entonces se reduplicaba en su ubicación prominente y su organización de horarios temporales.

Las iglesias estaban ubicadas también en forma prominente a lo largo de Túquerres (figura 25). La catedral principal de San Pedro dominaba el Parque Bolívar central. La catedral de los capuchinos, San Pio X, y una capilla del hospital eran anclas para los barrios centrales. Las veredas más grandes también tenían sus capillas como su punto focal; algunos fueron ecos arquitectónicos de las catedrales centrales. La mayoría de los habitantes, reflexivamente hacían el signo de la cruz cuando pasaban ante estos monumentos, o por una de las sagradas imágenes ubicadas en los caminos y vías. Como en otros países latinoamericanos y a lo largo de Colombia, la Iglesia Católica fue íntimamente ligada al poder estatal y la estructuración del espacio y del tiempo. A lo largo de su historia, la Iglesia ha rivalizado con el Estado por su importancia, administrando ritos y archivos desde el bautizo, al matrimonio, a la muerte (Maiguashca, 1992:188). El catolicismo también fue inextricable de la educación; varias de las catedrales tenían una escuela ligada (Hartwig, 1983:68).

Las dos plazas principales del mercado tenían una prominencia similar. La plaza “vieja”, anteriormente un mercado al aire libre, pero después alojada en una estructura municipal cavernosa, estaba ubicada en el centro del pueblo. Una nueva plaza del mercado, inaugurada en 1994, era un esfuerzo de reorientar el mercado fuera de esta ubicación central. Sin embargo, con el crecimiento de los barrios intermedios, la nueva plaza apenas se encontró en las afueras. En días del mercado, ambas se llenaban, como las calles entre ellas y muchos habitantes recorrían las dos plazas y las calles intermedias. La Iglesia y el mercado también estaban espacialmente entretejidos; había una capilla pe-

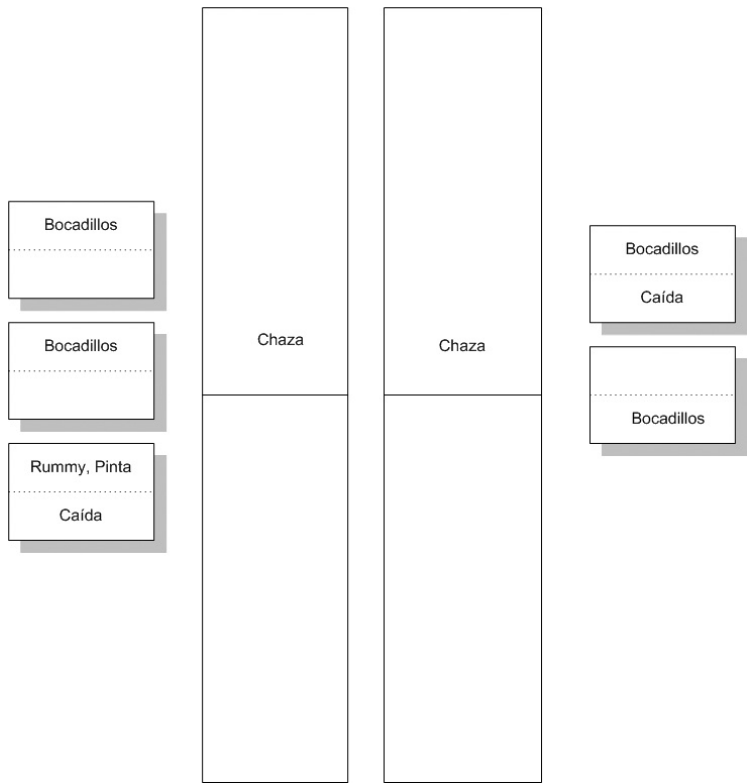
queña en la plaza vieja del mercado, y en días de mercado el Señor del los Milagros, la imagen patrona de Túquerres, se estacionaba en una esquina callejera fuera de la plaza vieja del mercado. Participantes en el mercado hacían el signo de la cruz cuando pasaban la imagen, a veces contribuyendo con dinero. Estas intersecciones de iglesia y mercado son escenas típicas en muchos países latinoamericanos (Bromley y Symanski, 1974).

Mientras las catedrales católicas y plazas del mercado son comunes en América Latina, chaza es algo más curioso. En Colombia, sólo jugaron chaza en la región andina de Nariño; también jugaban en la región andina de los pueblos ecuatorianos cercanos. No obstante, había variaciones de tales juegos de pelota de caucho una vez a lo largo de América indígena (Gillespie, 1991:317; Stern, 1949).

En contraste con las iglesias y plazas del mercado, donde dominaban vendedoras y parroquianas femeninas, la chaza fue un sitio de acción exclusivamente masculino.¹ En Túquerres, dos equipos de cuatro hombres jugaban en una cancha de tierra, largo y estrecho, con una pelota de caucho e instrumentos pesados de madera (figura 26). Después de que un hombre tira la pelota, el otro equipo la batea, hasta que un equipo no devuelve la pelota, o se va fuera de límites. Con un sistema de contar, 15 – 30 – 40 – 1, algunos jugadores dijeron que era como tenis con equipos.² Otros habitantes dijeron que era un juego antiguo derivado de los incas. En las tiendas alrededor de chaza, los hombres jugaban naípe, comían cosas preparadas por las únicas mujeres presentes y socializaban. Un juego popular, de nuevo sólo encontrado en Ecuador y Nariño, es “caída” (llamada “cuarenta” en Ecuador), un juego de memoria, habilidad y suerte.

La cancha de chaza principal estuvo ubicada una vez donde se puso la nueva plaza del mercado. Se movió entonces a un sitio entre el estadio del fútbol y un barrio central. En ambos lugares, se jugó chaza en la frontera entre los centros urbanos y los barrios intermedios. Algunas veredas también tenían canchas de chaza y los hombres la jugaban en los caminos y carreteras. Como los juegos de pelota mesoamericanos, jugaban en los lugares límites o de fronteras (Gillespie, 1991:340-1). Es más, la cancha se divide en dos mitades, con “los de

Figura 26
Cancha de chaza



Las carpas al lado izquierda, en general, tenían apuestas más altos en los juegos de naipes, y la chaza jugada al lado izquierda, en general, tenía el juego primerazo. La carpa de caída al lado derecho tenía apuestas relativamente más bajas.

arriba” jugando contra “los de abajo”, hasta que cambien los lados en equilibrio meticuloso (Gillespie, 1991:336).

La iglesia, mercado y chaza organizaban el espacio interior de Túquerres, así como se integró Túquerres con otros pueblos regionales. Las fiestas católicas a las imágenes patronas traían a los trabajadores migratorios a sus ciudades natales y atraían a los peregrinos de toda la región. Durante Semana Santa antes Pascua, la gente de la región visitaba La Virgen de Las Lajas, una de las imágenes más famosas de Colombia. Muchos habitantes jóvenes caminaban 50 kilómetros desde Túquerres en la noche para alcanzar a Las Lajas, una penitencia de paciencia que dejó mis pies ampollados y piernas dolidas por varios días. Además de estas fiestas oficiales, hubo también ritos familiares y de barrios; cuando un niño en una de las veredas de Túquerres se recuperó de una enfermedad grave, la familia organizó una peregrinación a una vereda en Guaitarilla donde alojó la imagen. La familia trajo un camión de amigos, parientes y músicos, patrocinando una misa y una fiesta grande como acción de gracias por el milagro.

Los días del mercado regionales de modo semejantes integraban el área. Túquerres tenía su día del mercado principal el jueves, consistente con su papel como centro de distribución para los pueblos con mercados el sábado y domingo.³ Muchos vendedores visitaban varios mercados en el altiplano y en la tierra baja, siguiendo una ruta fijada que distribuía productos entre los nichos ecológicos de la producción agrícola (ver Gudeman y Rivera, 1990:141). Para muchos de estos pueblos, la misa religiosa coincidía con el día del mercado, y entonces la iglesia y el pueblo palpitaban juntos.⁴ Es más, vendedores en el mercado adquirían lazos rituales de compadrazgo con gente en los pueblos que visitaban, llevando a una integración regional extensa a través de la iglesia, el mercado y el parentesco.

Los torneos de Chaza también produjeron intercambio regional de equipos y entusiastas. Chaza es un orgullo de la idiosincrasia regional. En los años noventa, las compañías de cerveza y los políticos promovieron torneos de chaza entre los municipios del altiplano; cada pueblo presentó un equipo que viajó a los otros para jugar. Estos juegos fueron muy populares, aumentando los espectadores habituales y

trayendo los entusiastas de varios pueblos. De nuevo, la chaza estaba en la frontera, delineando rivalidades entre pueblos, separándolos mientras retiene los equilibrios entre ellos (ver Gillespie, 1991:344).

Estos eventos no sólo integraban la región de Colombia sudoeste, sino también las regiones montañosas ecuatorianas vecinas. Muchos ecuatorianos vinieron a Las Lajas y otras fiestas religiosas; de hecho, tuve mi primera introducción a Nariño cuando estuve estudiando en Ecuador en 1991; durante un descanso de las clases en Quito, visité Las Lajas y Pasto con un grupo de estudiantes ecuatorianos. De modo, y como mencioné en el capítulo 2, muchos vendedores ecuatorianos y sus productos llegaban a los pueblos colombianos en el día del mercado. Algunos vendedores tuquerreños también vendían en la ciudad fronteriza ecuatoriana de Tulcán (ver Bromley, 1981:254). Otro ejemplo es que aprendí a jugar “cuarenta” como juego estudiantil en Quito, reaprendiéndolo como “caída” para mi estudio etnográfico con vendedores, agricultores, transportistas y carpinteros en el borde de la chaza.

Iglesia, mercado y chaza integraban la región en un horario semanal típico (figura 27). Como mencioné, muchos pueblos tuvieron la misa y el mercado el domingo. El horario de chaza estaba paralelo a los días del mercado regional principal. Jugaban a fines de la tarde, hasta la puesta del sol y hasta que no se podían ver. Formaba, por consiguiente, no sólo una frontera espacial sino también una frontera temporal. Como en los juegos antiguos mesoamericanos, el arco del sol coincidía con el arco de la pelota (Gillespie, 1991:319).

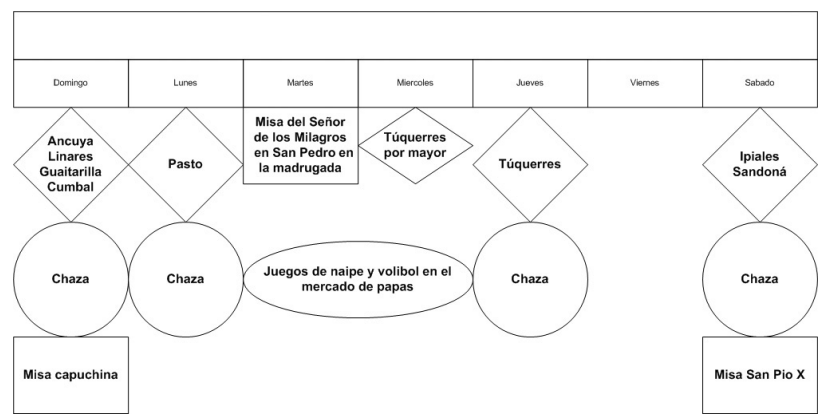
La festividad católica y su rito también aportaban el calendario primario para Túquerres. La iglesia organizó el ritmo anual de celebración y penitencia dotado con la importancia de la tradición. El tiempo de diversión y celebración borrachina ocurrió en diciembre y al principio de enero, coincidiendo con Navidad, el Año Nuevo, y culminando en El Día de los Reyes Magos, cuando Túquerres tenía sus *Carnavales de Blancos y Negros*. El contraste estructural con este tiempo es la penitencia y la reflexión pía en la Semana Santa antes de Pascua. Éstos fueron días de penitencias y de procesiones calladas. Las festividades del diciembre-enero y la Semana Santa suspendían la existencia nor-

mal. Los habitantes y visitantes llenaban las iglesias y concurrían a las calles en procesiones. Celebrado en las instituciones mutuamente reforzadas de iglesia, escuela y comunidad, los eventos lograban la cohesión parroquial, educativa y residencial. Un estudiante universitario local me dijo que podía observar en estos eventos una “caricatura” que encapsuló “todos los elementos que rigen la sociedad”.

Figura 27

La semana

Diamantes representan mercados, círculos son deportes o juegos, y rectángulos son misas religiosas.



Estos ritos se entrelazaban con el calendario del mercadeo. Jueves Santo era renombrado como el día del mercado más grande del año, porque los tuquerreños debían congregarse los doce granos y pescado para la comida de Viernes Santo. La Semana Santa fue la única ocasión en que los vendedores de pescado tenían negocio bueno en los pueblos de la región del altiplano. Los habitantes también compraban el Sahumerio, quemado en la casa “para que no entren ningún mal”. El texto vendido con el Sahumerio entrelazó iglesia y mercado: “te ofren-

do este Sahumerio en estos días santos para que mi hogar esta limpio de toda mala influencia, perfidia y para que todas mis actividades y negocios que emprenda me vea coronado con éxito y con tu Santa Bendición. Salga el mal, Entre el Bien como Entró JESUCRISTO A JERUSALEN”.

Las fiestas del diciembre-enero fueron ocasiones de ostentar las fiestas y el alcohol. Muchas personas asaron o vendieron sus cerdos; los cuyes, conejos y pollos estaban en demanda. Además de estos artículos de comida festiva, en 1996 la gente dijo que el mercado callejero de adornos y juguetes de Navidad aumentó notablemente. La entrada de juguetes hechos en China e importados a través de Ecuador rebajaba el precio de los regalos de Navidad al alcance de muchas familias. Las familias ricas compraron los patines y automóviles de control remoto, mientras los más pobres compraron patines menos caros y las motocicletas de control por alambre.

Los precios y los productos en la plaza del mercado también reflejaban la temporalidad agrícola, aunque quizás no tan notablemente debido a la ubicación ecuatorial. En febrero, el color y el olor de las moras hacía presencia en el mercado, pero eran difíciles de encontrar en mayo; en agosto, los tubérculos de batatas de la tierra baja dieron un descanso de comidas repletas de papas, pero eran raros en enero.

En tiempos anteriores, tal vez los juegos de pelota como la chaza marcaban eventos importantes en el calendario anual; los juegos mesoamericanos ocurrieron en los solsticios y tenían importancia para la fertilidad agrícola (Gillespie, 1991:319-21). También, los juegos de pelota fueron vinculados al poder político (Fox, 1996:493-4). En la forma contemporánea, el calendario de la chaza no parecía relacionado con la naturaleza y el ritual, pero sí se entrelazaba con el patrocinio político y comercial. Un poco antes de las elecciones de 1997, un senador regional se alió con una cervecería para promover este “deporte ancestral”. El panfleto del torneo describió la chaza como

fortaleza de nuestra raza, un símbolo de unión de nuestros pueblos, en el que se dan cita la amistad, la inteligencia y el coraje. Sea esta la oportunidad propicia para invitar a todas las deportistas y aficionados de esta ejemplar disciplina que nos identifica con nuestra propia historia de donde se ha podida derivar la grandeza de los hechos, hombres y naciones.

Foto 15
Los primeros patines



Candidatos a la alcaldía hicieron discursos de campaña en la cancha de chaza, y poco antes de las elecciones, maquinaria municipal niveló la cancha.

De maneras diferentes pero paralelas, estas instituciones antiguas organizaban el espacio y el tiempo de Túquerres y la región del altiplano, involucrando muchos aspectos de la vida y la comunidad. Al mismo tiempo, el carácter de estos eventos no pudo imponerse de antemano. La posibilidad de cambio y sorpresa siempre permanecía, pa-

ra el próximo rito, el próximo mercado o el próximo juego de chaza. Mientras recibían a los miembros de la comunidad como iguales, estas instituciones organizaban concurrencias continuadas de prestigio.

Declarando igualdad, mostrando prestigio

En los años noventa, el retrato oficial de la iglesia, el mercado y la chaza era de igualdad. Sobre todo en el caso de la iglesia y del mercado, esto podría contrastarse con jerarquías antiguas. Se suponía que en tiempos contemporáneos, todos los participantes deben ser tratados igualmente, juzgados por sus acciones, en vez de una jerarquía ordenada. Pero porque esta jerarquía ya no era fija, el énfasis a la igualdad intensificó a menudo las búsquedas del prestigio.

Los habitantes en Túquerres dijeron que la iglesia era una vez un lugar de jerarquía explícita y de desigualdad. Los ricos se sentaban al frente, los pobres estaban de pie en la parte de atrás. Con sus ofrendas, los ricos obtuvieron su lugar en la tierra y en el cielo, también con fiestas suntuosas para los eventos del bautizo, primera comunión, matrimonio y muerte; los pobres vivieron y murieron sin memorias, a veces faltaban los ritos más simples. Los ricos echaron monedas desde sus balcones hacia la masa de pobres debajo. La iglesia también era internamente jerárquica: los obispos y arzobispos vivieron pródigos, festejados con pompa cuando visitaban a los creyentes. Las catedrales, adornadas en un mar de empobrecimiento, testificaban la riqueza y el poder eclesiástico.

De modo semejante, las festividades del diciembre-enero probablemente fueron una vez sitios de ritos de inversión, cuando los pobres tomaron el pueblo de los ricos, cuando los hombres se vistieron como mujeres y todos estaban animados a tomar en exceso. El mundo por un rato se volteaba al revés, pero esto sólo reforzaba el resto del año para erarquía y la dominación (Guha, 1983:30). Tales inversiones incluyeron el Día de los Inocentes, el 27 y 28 de diciembre, un tiempo para bromas como poner sal en el café, quizás un tiempo en el cual los sirvientes jugaban con sus amos. Éstos eran días de juegos de agua masivos, un tiempo que suspendió la deferencia y cualquiera podía ser mojado. Se sancionó también la mendicación

Foto 16a

Carrozas bíblicas (24 diciembre 1996): preparación en el callejón del barrio



Foto 16b

El desfile entra al centro urbano



pública: en la preparación para el Año Nuevo, cada familia hizo un “año viejo”, representado por una figura de paja de un hombre viejo vestido con ropa vieja; los niños colocaron sus años viejos por la puerta y pidieron dinero por ellos. Había también inversiones del género. En la tarde del 30 de diciembre, “La Viuda” venía a visitar las casas del barrio. Esta viuda feliz podía bailar debido a la muerte de su marido. La Viuda en realidad era un hombre vestido de mujer vieja que bailaba con los varones en la casa y con el año viejo; ellos vinieron como un grupo de jóvenes que exigían donaciones para su festividad continuada. Luego de los Carnavales, cuando las personas se pintaron la cara, tradicionalmente, con la máscara negra un día y el polvo talco-blanco el próximo, qué por lo menos algunos habitantes interpretaban como referencia a los tiempos de esclavitud y la libertad subsiguiente. Finalmente, éste era un tiempo en que las personas tenían la licencia artística para hacer un comentario sobre su comunidad. Para Nochevieja y Carnaval, una procesión de carrozas pintaba las escenas locales. Según un residente, estas carrozas se formaron por los campesinos para expresar las “necesidades del pueblo”.

Los funcionarios de la iglesia, en los años noventa, continuamente enfatizaban que la jerarquía era un vestigio del pasado. Las iglesias en Túquerres exhibieron las banderas grandes: “aquí nos sensibilizamos a los valores de igualdad y diversidad”. En la época después del Vaticano II, y quizás influenciados por la teología de liberación, muchos sacerdotes católicos se fueron distanciando explícitamente de estas desigualdades. De hecho, algunos sacerdotes colombianos han llegado a ser líderes famosos de la guerrilla. Los sacerdotes promovieron la idea de celebraciones frugales para los bautizos, primeras comuniones y confirmaciones, y en algunas iglesias aun circulaban pautas que mandaban a las familias a no tener fiestas. Los sacerdotes prefieren enfatizar la importancia de los cursos de capacitación en la preparación para el evento. Incluso la experiencia de ofrendas ha cambiado. Durante la Semana Santa, los habitantes de cada barrio dieron una cesta de comida a una familia pobre específica. En una inversión del obsequio tradicional, los regalos fueron de los donadores no especificados a los pobres nombrados, en vez de una familia rica nombrada a los pobres en

general.

De manera semejante, las festividades originadas en los ritos de inversión ya no se dirigían a los poderosos. En 1996, los habitantes celebraron una ruptura general en la conducta aceptada, con los hombres y mujeres bebiendo, en lugar de trabajar, hombres vestidos como mujeres y bailando con otros hombres, niños tomados las calles con sus juegos de agua y rogando por el dinero, pero todos dentro de una celebración general de comunidad. Así como la iglesia ha negado su organización jerárquica, la supresión de las jerarquías de dominación en la vida cotidiana hizo su inversión ritual menos indispensable. Las carrozas políticas aparecieron en 1996, pero parecían ser dirigidas principalmente a los Estados Unidos y a los gringos no especificados: “gringos go home” se escribió en uno de ellos, aunque yo era uno de los pocos gringos en Nariño en ese momento.⁵

Los habitantes casi siempre hablaban de estas celebraciones como su inmutable “tradición”. Ellas tenían formas de los ritos clásicos de inversión. Sin embargo, la importancia explícita puesta en la igualdad, ambos desde dentro de la iglesia y en los rituales alrededor de ella, transformó profundamente su significado. Al mismo tiempo, la importancia puesta en la igualdad traía una nueva sutileza y manipulación al prestigio; el prestigio ya no era parte obvia de la jerarquía de ricos y pobres, sino que era susceptible de las escenas de significación y definición.

Como discutimos en el capítulo 2, los habitantes apenas habían tomado en serio la recomendación de la iglesia de fiestas frugales. Más bien, ellos parecían estar buscando las celebraciones más grandes y ampliar el número de eventos celebrados. Quizás inadvertidamente, como la iglesia enfatizaba la confirmación como rito juvenil, daba otra oportunidad de una fiesta y una introducción al mundo para los jóvenes.

A veces, contra los deseos de la iglesia, los habitantes intentaban muchas veces fijar las fiestas de la vida como la primera comunión, para coincidir con las festividades del diciembre-enero. Estas fiestas familiares reforzaron las visitas, por consiguiente, entre las familias y parientes durante este tiempo que se volvió una ocasión para la vanidad (intensificada por el alcohol) y una oportunidad de demostrar cuánto

Foto 17a

Carrozas escenas típicas (31 diciembre 1996): la chaza representa hombres viejos jugando chaza y caída



Foto 17b

Cargando papas en un camión con fuerza de caballo.



Foto 18a
Carrozas políticas, 31-XII-96



Foto 18b
Nota: el “Tío Sam” de vampiro y los lemas



uno pudo prodigar a los amigos y parientes. Ciertos sacerdotes intentaron abreviar incluso el baile y las bebidas de tales fiestas, pero enfrentaron una fuerte resistencia de los participantes del barrio.

Según los observadores, los mercados colombianos fueron también antiguamente lugares de jerarquía y dominación, un día, cuando los agricultores indios vendrían al centro urbano y los compradores blancos a la fuerza demandaban los productos a un precio fijo (Ortiz, 1967). Hay todavía escenas similares, como en el mercado de papa al mayor, cuando un productor llegó, llevando un caballo cargado con dos bultos de papas; los vendedores le preguntaron cuánto él quiso pero entonces se burlaron de su precio. “Este con todo caballo”, fue la burla. En otra escena, un cosechador de papa caminando del Parque Bolívar a la plaza vieja del mercado, a cada paso recibió ofertas por la cesta de papas que tenía en la espalda. Por cada oferta el cosechador insistió en 3.500 pesos y la oferta sumó 2.000. Entonces él llegó a la plaza donde un vendedor descargó sus papas en su propia canasta y le dio 2.000 pesos, ignorando sus protestas de que las papas valían más.

Sin embargo, en la plaza de mercado más contemporánea, no era sólo un productor indio-campesino quien venía a vender al comprador blanco. Las personas del campo iban al centro urbano para comprar; se especializaban muchas veces en ser vendedores intermediarios que intentaban comprar a un precio bajo, de productor, o un vendedor precios de por mayor para vender a precios más altos a los compradores.

La perspectiva oficial en cuanto al mercado es que representa la igualdad de precios, la interacción de oferta y demanda, y lo que vale es el dinero y no la situación social. El Jueves Santo de 1997, el día del mercado más grande del año, el Alcalde ilustró esta actitud cuando él personalmente salió a hacer cumplir con las normas de que los vendedores deben vender dentro de la plaza. Acompañado por seis policías, él empezó detrás de la nueva plaza del mercado, diciéndoles a los vendedores que ellos debían llevar sus productos adentro. A pesar de la presencia policial, el Alcalde tuvo que acercarse a los vendedores uno por uno, quitando sus productos físicamente ante protestas, argumentos y lágrimas. El Alcalde dijo que los vendedores estaban ganando injustamente de las personas de Túquerres porque ellos tenían los precios más

bajos, los puestos de venta más buenos, y no pagaban la renta del local, la electricidad ni facturas de agua. Los vendedores decían que no pueden vender adentro porque no nos conocen “adentro”.

“Ustedes venden más barato, prefieren a ustedes adentro”, el Alcalde respondió. “Es lógica, prefieren a ustedes. Si alguien vende papas por diez mil pesos y otro vende por ocho, compro por ocho y el dos mil por otra cosa”.

Claro que los tuquerreños sabían guardar los pesos y conocían los principios de oferta y la demanda. Sin embargo, ellos también sabían que una apelación estricta a la lógica del mercado y la igualdad no era tan aplicable a la plaza del mercado donde lo “conocido” es uno de los componentes cruciales para la reputación y el prestigio (ver Mintz, 1959:24). Una vendedora conocida llevaba varias ventajas al comprador. Ella podía guardar una fruta o verdura que estaba escasa para un cliente favorito. Ella daba un precio un poco más bajo. El comprador podía reclamar a una vendedora conocida cuando el producto era deficiente. Ella aumentaba con una buena “yapa”, la cantidad extra o regalo encima de lo comprado.

Abreviando, la importancia del mercado en la igualdad formal entre comprador y vendedor donde toda la interacción se basa en el precio, infundía prestigio y reputación en el trato y maniobra entre vendedor y productor, vendedor y cliente. Desde la perspectiva de la vendedora, un comprador que quiso cosas baratas era un “cañero”, un término denigratorio para personas insistentes que persistían en exigir descuentos. Un vendedor me preguntó si la gente pide rebaja en los Estados Unidos, declarando: “en Cali no pide rebaja; pasa la plata, no más”. En su opinión, una plaza del mercado moderna sería un lugar en el cual el comprador aceptaría los precios declarados en vez de siempre negociarlos.

Incluso la chaza, antiguamente, puede haber tenido un carácter jerárquico. Un residente dijo que “antiguamente, usaban una bola de caucho, sumamente pesada, una bola grande, pesada” y entonces los jugadores “eran famosos, con admiración y respeto” por la “fuerza muscular” que ellos poseían. Los juegos mesoamericanos parecen haber sido del dominio de las elites (Gillespie, 1991).

Más contemporáneamente, la chaza se volvió relativamente abierta; aunque algunos participantes fueron jóvenes y atléticos, la mayoría eran de mediana edad. Su paso era tal que los participantes podían fumar mientras jugaban. Chaza representaba la igualdad en las normas formales de deportes y juegos. Chaza supuestamente ofrecía una oportunidad a los hombres de apartar sus papeles como peones, patrones, transportistas, vendedores, carpinteros y obreros de la construcción, para unirse a los juegos con reglas definidas. “La actividad principal que reúne a los hombres es la redefinición de su estatus pública” (Robben, 1989:218).

Por un rato largo no entendí la chaza: parecía ser una curiosidad cultural marchitándose, no consistente con los temas prevalecientes de la juventud y la moda. Mostré un interés renovado por la chaza un día, cuando el patrón de Roberto Antonio pasaba en su bicicleta. Él dijo que iba a la chaza; aunque dijo que no jugaba ni entendía la chaza, sabía que podía encontrar a un obrero allí e intentaba persuadirlo a trabajar al día siguiente.

Luego de esto, tomé un interés renovado. Sentía que los procesos de formación del equipo y la falta de distancia entre espectador y jugador, así como la jocosidad masculina en la cancha, harían de la chaza un lugar bueno para discutir sobre cosas como precios, cosechas y transporte. Esperé a encontrar más patrones buscando a obreros; así aprendería mucho de los movimientos de precios y el estado de la economía.

Sin embargo, lo que más aprendí de la chaza fue cuando empecé a jugar caída, cuanto menos oí hablar de los trabajos de los hombres o del estado de la economía agrícola. Antes del juego, charlamos del próximo o de lo que pasó en los juegos anteriores; durante el juego, las pasiones se centraban en la pelota o en los naipes. Los participantes alababan esto como lugar donde uno podía ir a olvidarse de los problemas de su día y aliviar la preocupación dentro de un ambiente de amistad.

Al mismo tiempo, enfatizar los juegos como manera de disfrutar del tiempo con los amigos fuera del trabajo desmiente las manipulaciones intensas para el prestigio. La apuesta normal para un ju-

gador de chaza era de 5.000 pesos, que es más que el sueldo de un día de trabajo agrícola. Jugadores y apostadores a veces apostaban los sueldos de una semana en una tarde. Las apuestas grandes alargaban los argumentos de la formación de equipos, que a veces parecía durar más tiempo que los propios juegos. Se formaban los equipos de un círculo de hombres, con exclamaciones de “armemos”, un término con tonos de batalla. Los jugadores pidieron “acompañar”, pero cuando se añadió otro jugador, causó que el equipo se quebrara, y otro círculo se creó para los impacientes. Con un precio elevado para jugar, algunos jugadores tenían relaciones del patrocinio con los apostadores más viejos y más adinerados, y la relación de patrón y peón a veces se traspuso a la chaza.

En la caída, en general apostaban menos dinero, pero se jugaba muchas veces en una tarde. Los jugadores en general pensaban que el nivel de habilidad involucrado dependía en si fuera un juego de dos, o un juego de equipos. Los aforismos como “en un cuarto, no hay jugador, sino las cartas”, descontó el nivel de habilidad y enfatizó la suerte. Sin embargo, los participantes sabían que la caída requería una combinación de habilidad, memoria y suerte, y hubo muchos ratos de bromas y de jocosidad en la formación de los equipos y la jugada. Los jugadores palmorearon las cartas de la mesa en tonos amenazantes, vituperando al otro equipo con insultos o palabras como “muere”. Un juego “mano a mano” a veces asumió el tono de un desafío directo. Apenas un lugar de complacencia relajada, pues los jugadores podían ser fuertemente expulsados de un equipo.

Mientras chaza y apuestas en la caída estaban altas en relación con los sueldos, no todos los juegos estaban en niveles prohibitivos. Los jugadores normalmente estarían involucrados en varios juegos en el curso de una tarde y, obviamente, optarían cambiar por un equipo severamente perjudicado; los equipos cambiados y la suerte del naípe podían igualar las diferencias. En general, apostaban más cantidades en el lado izquierdo de la cancha. En estas carpas, apostaban más en rummy y caída también; los jugadores parecían bien vestidos y el naípe más nuevo. En el lado derecho de la cancha, apostaban menos. Aquí la carpa se dedicaba exclusivamente a la caída, 500 pesos la apuesta normal, y los juga-

dores se quejaban de jugar con las mismas cartas viejas. Había muchas tardes largas jugando naipes lo que acabó sin ganadores, o como se describió “en paz”. Un jugador comentó en el paseo a su casa, “nos divertimos toda la tarde por cien pesos”, el precio compartido de alquilar las cartas. Es más, se esperaba que los ganadores pagaran por el naípe, y a veces esperaban gastar en la comida y la bebida. Éstas no son apuestas astronómicas que excluían a todos excepto las elites adineradas. Un factor nivelador más en los juegos de caída era la regla que, cualquier mano repartida con cuatro cartas de un tipo, automáticamente gana.⁶ Mientras esto debe ser comparativamente raro, la agrupación de pares durante el juego, acompañada con la impaciencia y desconfianza de las barajadas hizo más probable esta ocurrencia. Después de más de 40 sesiones de caída, perdiendo o ganando tanto como 4.000 pesos por una tarde, mi total global fue una pérdida de aproximadamente 10.000 pesos. Como un jugador comentó, visitando de Sapuyes para el torneo de chaza, “he jugado en todas partes, y casi siempre termino tablas”.

En maneras diferentes pero paralelas, Iglesia, mercado y chaza enfatizaban una igualdad formal y oficial. Esta importancia de la igualdad coincidía con los esfuerzos de los residentes de afrontar los estereotipos y estigmas del indio-campesino. En lugar de crear nuevas instituciones, esta igualdad ha transformado y ha extendido el alcance de las viejas. Al mismo tiempo, el acto de minimizar las jerarquías tradicionales con una aserción de igualdad sólo amplió la magnitud e importancia de manipulaciones y exhibiciones de prestigio. Una de las maneras más importantes que despliegan el prestigio era por los artículos y los modos modernos.

Prestigio moderno y agricultura

La Iglesia, el mercado y la chaza tenían la sanción de la tradición eterna. Pero también llegaban a ser sitios para la adquisición y muestra de artículos y modos modernos que discutimos en el capítulo 2. Al mismo tiempo, estas instituciones han fortalecido la agricultura del minifundio y en procesos laborales campesinos que discutimos en el capítulo 3.

Como discutimos anteriormente, la Iglesia Católica mantenía en ocasiones las fiestas conectadas a lo elegante y lo moderno. Las festividades del ciclo de vida fueron las exhibiciones ideales para el logro de

Foto 19

Cartelera de chaza para el campeonato

Patrocinado por un político y una cervecería, con la foto de un jugador mucho más atlético que lo típico.

CHAZA

1er. CAMPEONATO DEPARTAMENTAL

Modalidad: Pelota de Mano
BUESACO - 1º. DE JUNIO DE 1997

2do. CAMPEONATO DEPARTAMENTAL

Modalidad: Tabla Primera Categoría
TUQUERRES - 8 DE JUNIO DE 1997



Organiza:

EDUARDO ENRIQUEZ MAYA
REPRESENTANTE A LA CAMARA

PATROCINA


BAVARIA S. A.

lo moderno y pudieron ser importantes en el empleo y en las conexiones políticas. Con una concentración relativamente alta de eventos de los niños, la iglesia ofrecía tal oportunidad.

Al mismo tiempo, con la importancia renovada en los ritos frugales, la Iglesia pudo también retener legítimamente a aquéllos que no tenían tanto dinero o quienes quisieron escoger un tipo diferente de economizar. Algunos investigadores han observado que los ritos católicos concentrados en los años de la niñez acaban con las finanzas del minifundista en un momento en que una familia campesina menor puede gastar en tal lujo. Trouillot sugiere que “la conversión del catolicismo a casi cualquiera de las denominaciones protestantes drásticamente reduce el tamaño de lo que Wolf (1966:7) llama ‘el fondo ceremonial’ de la familia campesina, mejorando inmediatamente su nivel usual de vida” (1988:263-4; ver Mitchell, 1991). En Túquerres, por lo menos, el catolicismo ofreció una norma oficial de igualdad frugal, pero también permitió las exhibiciones de prestigio.

La plaza del mercado es quizás el ejemplo mejor de ser ambos un lugar de adquisición y exhibición moderna, y también un refuerzo primario de la agricultura campesina. En los días de mercado, los vendedores venían de toda la región y desde Ecuador, ofreciendo las comidas especiales y animales, ropa de moda y zapatos, la última música y una serie de cosas para la cocina y otras tecnologías. En unas rifas del mercado, un grupo local ofreció artículos que parecían simbolizar a la vez el cambio de la casa y su continuidad: la primera semana un juego brillante de ollas, lo siguió una estufa de gas, un cerdo y finalmente, 100.000 pesos en efectivo.

Mientras el día del mercado puede ser el lugar de aprender a desear nuevos artículos (Weismantel, 1988:149), permanece como “la primera línea de defensa por el campesinado” (Mintz, 1959:26) contra la agroindustria agresiva. La mayoría de los productos viene de los procesos laborales campesinos, sobre todo en la plaza vieja del mercado y en los mercados de los otros pueblos regionales. Estos mercados formaron un sistema de distribución más listos para las cosechas de repollo, coliflor y haba, así como en alguna parte, de la zanahoria y la papa.

De estas instituciones, la chaza sería quizás la menos “moderna”. La reunión de hombres viejos, vestidos con ruana, le daban el aspecto de una curiosidad cultural marchitándose. Sin embargo, lejos de disminuirse en importancia, había más participantes en la chaza que en el pasado. Aunque la chaza se jugó en la sombra del estadio del fútbol, los jugadores dijeron que tenían una cancha buena. En cuatro tardes cada semana, por lo menos cien hombres se recogieron debajo del estadio del fútbol municipal para jugar, mirar y apostar.

Cuando los políticos la convirtieron en un lugar de campaña, el torneo se destacó en un juego inaugural en Túquerres, en donde el Alcalde alabó a los participantes del “ritual de este deporte ancestral”, jugado por los “mejores hijos del sol”. El Alcalde dijo que aunque algunos podrían considerarlo “exótico” es parte de su “cultura andina, no es un deporte común y corriente... Es la identidad de un pueblo”.

Es quizás algo arriesgado tratar de conectar este discurso con el juego mesoamericano, en el cual la pelota representa el sol, y el juego se entrelaza con la fertilidad agrícola. Susan Gillespie dice que la pelota también representa una cabeza humana, decapitada y desmembrada del cuerpo; el juego es, por consiguiente, sobre las discontinuidades y junturas en la sociedad y el calendario agrícola. El alcalde mencionó los “hijos del sol”, pero podía discernir poco de este simbolismo en la cancha. Sin embargo, es un lugar en el cual los hombres se agarraron partes del cuerpo, sobre todo las entrepiernas, en la división entre la parte bajo y superior del cuerpo y el sitio de potencia masculina. Los hombres hablarían en broma sobre sus raquetas de chaza como su “herramienta”, una alusión a los genitales masculinos que formaba parte de una charla generalmente tosca de doble significado sexual. A veces las personas hablaban de los compañeros de juego con quienes habían apostado como “casados”. Este tipo de charla mezcló las referencias a la potencia masculina, homosexualidad y fertilidad.

Si tal simbolismo especulativo puede ser más extendido, la chaza tal vez representa una primacía fecunda masculina. Los hombres que juegan contienden por ser los principales en la economía agrícola: los agricultores relativamente exitosos, transportistas, obreros, artesanos y empleados municipales. Los agricultores más pobres deben tener cui-

dado y pueden ser excluidos por el precio del juego. Los finqueros más adinerados prefieren las peleas de gallos. La chaza atrae un medio estrato de intermediarios y funcionarios, quienes son más comprometidos en estas luchas sobre la igualdad y el prestigio.

Instituciones tradicionales y la modernización

La iglesia católica, el mercado campesino y el juego de pelota se han visto a menudo como curiosidades pintorescas, destinadas a ser desplazadas por la marcha de la modernización. Desde esta perspectiva, se racionalizaría el catolicismo folklórico, si no se reemplazase por las creencias protestantes. El horario de sistemas de los mercados regionales cedería a las tiendas formales y mercados abstractos. Los juegos locales como la chaza serían subsumidos por los deportes nacionales como fútbol (ver Heyman, 1994b:234).

Procesos de la modernización campesina transformaron estas instituciones tradicionales, pero apenas habían desaparecidos e incluso podrían vigorizarse. Esto representa otra señal de que la iniciativa independiente de apropiarse de los artículos y actitudes modernos mientras se mantiene la agricultura del minifundio, no era la modernización planificada por los libros y guiones.

En otras partes de América Latina, las misiones protestantes han afrontado la fuerza del catolicismo. Las conversiones en la región del altiplano ecuatoriano y guatemalteca, testifican una adopción de protestantismo por los tradicionalmente dominados, una manera de apropiarse de la modernización estadounidense e invertir las jerarquías tradicionales (ver Annis, 1987; Thurner, 1993).

Dado los ejemplos de estas conversiones, me sorprendió encontrar que el protestantismo tenía simpatías tan pequeñas en Túquerres. El protestantismo podría parecer una manera atractiva para unirse a la hegemonía norteamericana, y podría justificarse ciertamente como religión más moderna que el catolicismo. Túquerres tenía dos iglesias protestantes y las misiones eran al parecer allí organizadas desde los años setenta. Sin embargo, Túquerres seguía siendo muy católico, con más del 95% de las familias expresando lealtad a la iglesia.

Algunos habitantes dijeron que inicialmente estas misiones protestantes atrajeron a varias personas, pero entonces un sacerdote enérgico reunió a las personas para botar a los protestantes del pueblo. Mientras tales historias pueden contener un elemento de verdad, no explican la persistencia contemporánea de la actitud contra los protestantes.

En ciertos aspectos, la iglesia católica se ajustó a las tácticas protestantes, enfatizando los cursos de capacitación para primera comunión y confirmación. Cuando enfatizaron los ritos frugales y la igualdad, los sacerdotes pudieron quitar algo de la atracción económica del protestantismo. A través de los cursos de capacitación, también tenían más éxito en inculcar las enseñanzas católicas completamente y marcar los errores de la doctrina protestante.

Hay razones indudablemente más complejas para la lealtad continuada al catolicismo. A veces el gobierno colombiano fue menos dócil a las misiones protestantes. Con la preservación desde el siglo diecinueve del Partido Conservador, que se ata explícitamente al catolicismo, la adhesión religiosa en Colombia ha tenido un carácter político que no es quizás tan pronunciado en países donde los partidos políticos han sido creaciones más recientes. Por consiguiente, las historias sobre un sacerdote particular que botaba a las misiones protestantes del pueblo pueden reflejar el poder político que no tenía en otros lugares. Sin embargo, no pasaría por alto el papel de la voluntad local en conservar las tradiciones católicas como útiles a los procesos de la modernización campesina.

Una plaza del mercado robusta en el centro del pueblo se ha visto como anacronismo atrasado. En contraste con su lealtad al catolicismo, las elites colombianas muchas veces promovieron las ideas de “organizar” el mercado, que en muchos casos significó eliminarlo (ver Bauer y Yamey, 1968:66). Los vendedores en el mercado tenían sus propias ideas de organizar la plaza. Ellos querían la plaza limpia, pintada y con la electricidad. Ellos también pensaban que el elemento más importante de organización del mercado era despachar las calles de vendedores ecuatorianos e ipialeses que obstaculizaban el pueblo el día del mercado. Los vendedores en la plaza así defendían su sustento y control del comercio por habitantes locales, tomando acciones contra los “invasores”.

Mientras un mercado central puede ser importante para el crecimiento de un pueblo, planificadores urbanos han visto en la plaza del mercado una monstruosidad, un riesgo de tráfico y una amenaza higiénica. Es sucia y fea; como lugar en el cual los blancos se encontraban con el indio-campesino, indica el atraso. Las ciudades colombianas más grandes han desplazado los mercados del centro urbano. Pasto, la capital de Nariño, fue menos exitosa como lamenta su periódico: “el desorden del mercado de El Potrerillo es una constante... A sólo 200 metros del moderno terminal de transporte, que es para mostrarlo, tenemos un mercado que es para esconderlo ante los visitantes” (*Diario del Sur*, 1996:7a). Este periódico tuvo una línea consistentemente crítica hacia los mercados, como ilustra con un subtítulo similar para el Municipio cercano de Iles: “aunque nos encontramos a las puertas del siglo XXI, diferentes poblaciones del departamento de Nariño aún conservan sus imágenes típicas de muchos años atrás, como ésta captada en la zona del mercado del municipio de Iles” (Eraso, 1997:1a). El cuadro era de vendedores en el mercado con los productos plásticos y los adornos importados de Ecuador.

“Organizar” el mercado podía tener varios significados. Para un maestro del colegio agropecuario, fue un esfuerzo para educar a los compradores, para que ellos no compraran las importaciones de baja calidad. Mientras exponía sobre la industria pollera nariñense, él le dejó a los niños del problema de un “mercado completamente desorganizado, la gente consume lo que presente, pollo y huevos del Ecuador”. Dijo que estos pollos eran baratos y viejos, como “comiendo caucho” y ni siquiera se cocinarían “en la olla de presión”. Él sugirió que los estudiantes aconsejen a sus padres de esto cuando ellos van al mercado. Esto también se relacionó con el comercio del contrabando que “no está estimulando la economía de nuestro departamento. Como ustedes han visto la propaganda en la televisión, el contrabando no paga; no genera empleo, no pagan impuestos, los ingresos disminuyen”.

Otra perspectiva de organizar el mercado vio los problemas fundamentales en los vendedores que se decía necesitaban educación y reglamento. Un empleado municipal anterior tenía el trabajo de estanda-

rizar las pesas y medidas en el mercado. Él se quejó que el mercado era “como si en vez de darle jugo en un restaurante, viene con una copa de aguardiente”. Sin embargo, él no sentía que hizo algún avance, y el puesto fue abandonado. La idea de educar a vendedores en el mercado también fue utilizado por uno de los sacerdotes más activistas en Túquerres que reconvino a los vendedores urgiéndoles a guardar la limpieza del mercado y prestar más atención a la presentación personal, así como a la presentación de los productos. A estos cargos, los vendedores contestaron que ellos no tenían ninguna ayuda municipal.

Los intentos municipales de organizar el mercado han variado con las administraciones diferentes, tanto como la perspectiva del Sindicato de Pequeños Comerciantes. La administración de Gustavo Chalpartar construyó la nueva plaza del mercado en el borde de Túquerres, en 1994. Esta nueva plaza era uno de los proyectos más deseados de Chalpartar y el Sindicato de Pequeños Comerciantes lo apoyó. El apoyo de Chalpartar a las aspiraciones de la modernización campesina prestó un aire entusiástico a la inauguración de la plaza que involucró al pueblo y las autoridades elegidas, al arzobispo regional y a la imagen patronal del Señor del los Milagros. En la misa inaugural, el Sindicato de Pequeños Comerciantes presentó al Alcalde una Biblia, frutas y flores. Como la secretaria del Sindicato, Elena Cisneros, fue responsable para esta presentación, leyó una declaración para la muchedumbre y las cámaras: “te entregamos al señor Alcalde derrama muchas bendiciones sobre él y ayúdalo a salir adelante con sus nuevas obras y en este día bendice la nueva plaza de mercado que es el futuro de nuestra ciudad”. Javier, el presidente del Sindicato (y el tío de Elena), habló con ánimo del Alcalde y su trabajo importante.

La situación era muy diferente en 1997. La nueva plaza del mercado no cumplió su propósito ostensible de aliviar la congestión callejera en el día del mercado (ver Bromley, 1981:240). Los vendedores de frutas y verduras que pensaban que se transferirían de la plaza vieja no cambiaron de sitio. La nueva plaza funcionó como mercado solo el jueves, y se limpió en los fines de semana para tener los conciertos mencionados en el capítulo 2. Elena Cisneros normalmente evitó lo que ella una vez llamó “el futuro de nuestra ciudad”. Las hermanas rara vez en-

traron a la nueva plaza, dando una vuelta en cambio por su perímetro para comprar directamente de los hombres que llegaban de Ipiales y Ecuador con los camiones llenos de un solo producto, como mandarinas, piñas, huevos, plátanos e incluso el pescado.

El Sindicato de Pequeños Comerciantes representó sólo a los vendedores en la plaza vieja, y Javier, en 1997, tuvo el mensaje que “nosotros tenemos que permanecer aquí como quiere que sea”. La inauguración de la nueva plaza creó una bifurcación entre lo nuevo y lo viejo, referencias icónicas en una lucha de valores. La nueva plaza estuvo al borde del pueblo, un escenario de importaciones invadiendo donde sólo importaba el precio; la vieja plaza era el corazón, donde los miembros de la comunidad representaban su dedicación al pueblo, la agricultura local y los intercambios regionales.

Las prácticas reales de la venta se complicaron a menudo más de lo que esta bifurcación sugiere. Mientras la pintura icónica en general tenía su elemento verdadero, muchas de las personas que vendieron en la plaza vieja tenían hermanas o madres que vendieron en la nueva plaza o en la calle. Además, algo de lo que se vendió en la plaza vieja se compró de por mayor en la nueva plaza y entonces se distribuyeron en cantidades pequeñas para revenderlo (ver Mintz, 1960:28). Finalmente, a pesar de la retórica contra las personas de Ipiales y Ecuador, muchos de los productos de venta en la plaza vieja del mercado vinieron de Ecuador por Ipiales.

En las reuniones del Sindicato de Pequeños Comerciantes, Javier denunció a las personas de Ipiales y Ecuador como “invasores”, sobre todo aquellos que vendieron en las calles en vez de en la plaza. Los miembros del Sindicato tomaron el nombre de los “dueños de Túquerres”, pero los dueños se vieron como atrapados adentro mientras otros pudieron vender en las calles. Ellos pidieron a la policía que ejerciera “mano dura con la gente” para controlar esos vendedores y que “se quite el mercado de las calles”. Ellos reclamaban el abandono municipal. Dijeron que el Alcalde no observó su promesa de muebles y pinturas y que la electricidad fue inexplicablemente cortada. Javier explicó esto como parte de un deterioro general: “en Túquerres, no hay autoridad”.

El Alcalde contestó a estas demandas con la narración de la crisis

financiera municipal debido a Chalpartar. Dijo que el gobierno nacional destinó fondos específicos para la inversión en salud, educación y agua potable, haciendo difícil asignar el dinero a las deudas anteriores. El director de EMPSA (Empresa de Agua Potable y Saneamiento Ambiental) expuso sobre un nuevo departamento gubernamental de “contabilidad” que dictó que cada uno de las partes de una entidad pluri-funcional como la EMPSA, pudiera gastar “únicamente lo que ingresa” de ese componente. Él declaró que la plaza vieja del mercado no generaba fondos suficientes para pagar la luz y a los cuidadores.

Javier respondió, pidiendo la autoridad sobre la plaza vieja del mercado, sugiriendo que el Sindicato coleccionaba las cuotas semanales para los puestos del mercado y entonces pagarían la luz y a los cuidadores. El Alcalde aceptó la propuesta, al principio, para la autonomía del mercado: “ustedes van a ser los dueños del mercado”. Sin embargo, la propuesta nunca fue llevada a cabo.

Como esta descripción revela, el Sindicato de Pequeños Comerciantes ha respondido a la administración municipal. Cuando Chalpartar tenía la alcaldía, el Sindicato funcionó como compañero vigilante y a veces entusiástico de las iniciativas del Alcalde. Con el subsiguiente, el Sindicato se volvió a la oposición y confrontación. Con Luis Fernando, en 1998, el Sindicato se terminó. Éste puede ser un resultado de la elección de Luis Fernando, desde que los líderes del Sindicato ya no sentían que estaban en contra de las autoridades municipales. Ellos podrían permitirle entonces a la EMPSA administrar el mercado sin temer que se irían de la plaza vieja. Sin embargo, en 1998, la venta en las calles se intensificó y el número de vendedores ecuatorianos aumentó. Los esfuerzos municipales de limpiar y organizar la plaza del mercado dejaban a vendedores en los mismos lugares. El subtítulo de una fotografía en el periódico regional dijo:

Voceros de la comunidad de Túquerres solicitaron a través de este medio de comunicación a las autoridades de la región que adelanten un plan que permita organizar a los comerciantes de productos agropecuarios que se ubican en la plaza de mercado de la zona central, porque a pesar de contar con suficiente espacio, muchos se ubican en la puerta y en la calle. Señalan que los días de mayor congestión, los usuarios no tienen por donde transitar y el

mercado se convierte en un caos (Diario del Sur 1998).

Claro, este periódico ha tenido una actitud consistentemente elitista hacia los mercados regionales. A mi parecer, el jueves, día del mercado, se transformaba el pueblo entero, incluso la plaza vieja, plaza nueva y las calles, en una celebración por la modernización campesina. Este “caos” aparente era una mezcla de tecnologías y modas modernas, junto con una institución que se apoyaba en los procesos laborales campesinos.

Nuevos bancos y la atracción en la igualdad moderna

Uno de los cambios más notables en Túquerres, entre 1994 y 1996, fue que el número de bancos se duplicó, aumentando de tres a seis. En esta sección defiendo que estas nuevas instituciones tuvieron éxito porque ellos pudieron utilizar los mismos temas que vigorizaron las instituciones más viejas: Iglesia, mercado y chaza. Específicamente, los nuevos bancos enfatizaban la igualdad formal mientras promovieron el muestro y prestigio moderno. Ellos también sustentaban los aspectos gestores de los procesos laborales campesinos. En esta sección describo las interacciones de la familia Cisneros con estas instituciones, que resume los temas de este capítulo y nos devuelve a los temas de hogar y casa que discutimos en el capítulo 2.

Mientras el uso del crédito consumista no es nada nuevo, en los años noventa aumentaban el número de opciones de crédito consumista, desde los hombres “a crédito” que recorrían las áreas rurales con sus mercancías, hasta las tiendas vendiendo equipos de sonido y aparatos grandes. El número de instituciones financieras también creció. En 1994, Túquerres tuvo sólo el Banco de Colombia, la Caja Agraria y la Caja Social. En 1996, establecieron Solidarios, Las Villas y CrediSocial, así como algunas otras opciones. La mayoría de éstas eran ramas locales de instituciones regionales o nacionales. Las tasas de intereses de las instituciones eran competitivas, pero tenían reputaciones algo diferentes. El Banco de Colombia fue conocido por su estabilidad y antigüedad; Las Villas tuvo una imagen más de elite adinerada, mientras CrediSocial y Solidarios favorecieron la promoción popular.

El crédito agrícola de la Caja Agraria se destinó principalmente para propósitos productivos. Respaldado por el Gobierno y con las

tasas de interés bajas, estos préstamos representaban seguridad y estabilidad. La Caja Agraria era una institución y recurso singular; con su decadencia, los nuevos bancos privados podían “llenar el vacío”, pero de una manera muy diferente (ver Heyman, 1994b:179). Préstamos de estas instituciones podrían usarse para la inversión productiva o para una casa, un automóvil o una escuela. La agricultura era sólo una de varias cosas en que podría usar el dinero y las nuevas instituciones no demostraban un interés particular para promover y entender la finca. La variedad de préstamos y anuncios animó el sentido de opciones del dinero, como el panfleto de Las Villas que anunció: “así la decisión es sólo suya”.

Las nuevas instituciones financieras, competían para los ahorradores con loterías, propaganda de radio y nombres atractivos de las cuentas, haciendo que el banco se transformara en un artículo de deseo consumista. En sólo dos años, Elena Cisneros tuvo cuentas en tres bancos, volviendo en fin al mismo que dejó. Por un tiempo, tenía su cuenta en un banco con requisitos del depósito mínimo altos y cuotas más caras, porque ofreció lazos de otras ciudades y una tarjeta de ATH (A Toda Hora). Elena ahorró dinero en este banco durante algún tiempo, y dijo que si ella alguna vez necesitara viajar a Pasto, Cali o Medellín, era bueno tener la tarjeta. Sin embargo, Elena dijo entonces que la cuota de 8.000 pesos cada tres meses para el ATH era “mucho robo”, y dado que ella nunca viajaba fuera de Nariño y ni siquiera viajó a Pasto en dieciocho meses, sus oportunidades del uso estaban en realidad limitadas.

Los bancos han sido adeptos a unirse a las aspiraciones modernas. Durante un mes de promoción, una cartilla en Las Villas proclamó que “porque trabajamos por el desarrollo de Túquerres” rifó un televisor de 14-pulgadas para aquellos que abrieron cuentas. Otro banco anunció una rifa mensual con el gran premio de un automóvil, así como una plancha eléctrica, cafetera, licuadora, juego de ollas, grabador de casetes y radio.

Cuando Daniela abrió una cuenta nueva para sus ganancias de la tienda de licores, Elena abrió allí también una cuenta y le empezó a gustar sus servicios, abriendo una “cuentita” para su hijo. Se invitaban a los niños con cuentas a que participen en un “taller de crea-

tividad” semanal. Este banco tenía algunas de las loterías más atractivas para los ahorradores, así como la promesa de que el dinero crecería con “puro interés”.

Mientras las festividades de diciembre de 1997 se acercaban, Elena se preocupó por la primera comunión de su hijo. Ella compró los pollos para engordarlos en la casa con maíz y concentrado. Ella estaba contando sus cuyes y conejos y supervisando el desarrollo del cerdo. “Voy a darles cuy, conejo, gallina y hornada”, dijo, sobresaliendo de la práctica normal de ofrecer uno o dos de estas comidas especiales. “He celebrado a todos en mi casa, es la primera fiesta de mi hijo, tiene que ser grande”.

Hacía mucho tiempo que Elena planificaba la remodelación de la sala, pero su abuela le aconsejó pedir un préstamo bancario y compartir los costos con Roberto Antonio. Su abuela dijo que Elena sería tonta en “edificar” la casa con su propio dinero cuando ella no tenía título; ¿qué pasaría si Roberto Antonio decidiera venderla, o sus hermanas la botaran a ella? Elena podría terminar “en la calle”. Elena entonces usó las palabras de la abuela para justificar un gasto para el joven, y explicó su acción como inversión en la casa y familia.

Roberto Antonio estuvo de acuerdo en compartir los costos del préstamo, especialmente una vez cuando terminaran los pagos de instalación y estuviera “libre de teléfono” en enero. Un representante del banco sugirió un préstamo de 600.000 pesos que duraría dos años. El pago fue 41.000 pesos cada mes, que Elena pensó era “bajo”. Ella tenía que conseguir varios papeles, incluso copias de los documentos de identificación y el título de la casa. Necesitó una carta de alguien que conoció a Roberto Antonio, verificando que él trabajó y vendió sembrados. Ella también necesitó una carta de referencia que dijo que vendió sus animales de la huerta así como una carta mía declarando que pagué por comida y alojamiento. Para conseguir el préstamo ella se presentó como miembro de la institución que involucró establecer un depósito inicial para obtener el préstamo. Esto también significó pagar 5.800 pesos cada mes por algún beneficio médico, de invalidez y de muerte.

En el curso de conseguir los documentos para el préstamo, Elena obtuvo la firma de un carnicero local, quien dijo en una carta que él

compró sus cerdos. Roberto Antonio preguntó a su patrón si podía firmar una carta similar que decía que compró sus plantas de repollo. En estas cartas, Elena respaldó sus papeles como productores independientes. Su garantía era su labor en la huerta donde ellos tenían el mayor control. Ella enfatizó este ideal de la producción independiente, aunque ni Elena ni Roberto Antonio ganaban la mayoría de su ingreso de estas actividades, sino de su trabajo en el mercado y como jornalero.

Elena pensaba que tal vez sería mejor tener una carta de referencia del patrón anterior de Roberto Antonio, que de su patrón actual. Su patrón anterior tenía un teléfono, para que fuera más fácil para el banco contactarlo. Aunque no era un requisito para un préstamo, el número del teléfono de Elena prestó la legitimidad, permitiéndole que llamara el banco y al banco la llamara.

Para obtener el préstamo, Elena tenía que asistir a una clase para miembros nuevos. Cuando ella llegó, trece adultos y cinco niños ya estaban allí. Elena se preguntó si la reunión empezaría a tiempo o tarde “como toda reunión”, pero el representante emergió y empezó puntualmente.

El aspecto físico y el discurso del gerente lo marcaron inmediatamente como “Paísa”, un término que los tuquerreños usaban al referirse a una persona del norte colombiano. Él empezó preguntando a todos cuánto crédito ellos querían y lo que querían hacer con el préstamo. Elena fue la primera y preguntó que la menor cantidad; la próxima persona quiso 1’200.000 pesos “para inversión de casa”. El gerente le preguntó si ella quisiera un cuarto grande o pequeño. Tres personas especificaron necesidades productivas. Un hombre quiso dinero para “trabajar la finca”. El director preguntó dónde se quedó, y el hombre contestó que se quedó cerca de Ricaurte, unas dos horas en bus yendo a la costa. De allí, todavía lleva más tiempo caminar a la finca, y el director preguntó en tono genial “si se atrasa, ¿cómo voy a cobrar?”. Otro hombre quiso 3’000.000 “para inversiones” en la agricultura y el tercero buscaba 4’000.000 para tres vacas de leche y un edificio. Como es obvio de estos pedidos, la institución no ofreció tratamiento especial para la casa o préstamos de la finca, pero los dos podían ser incluidos legítimamente.

El hombre explicó que era un gerente y no nativo de la región. Él promocionó el programa para los niños y dijo que incitó una “cultura diferente” que los adultos no tenían. Para los niños con “cuentitas”, había rifas mensuales y el “taller de creatividad” que los enseñó que “ahorrar vale la pena”.

El gerente dijo entonces que la institución en realidad no era un banco, sino una “cooperativa financiera” y “como cooperativa tenemos una obligación de carácter social”, mientras un banco es absolutamente financiero. La cooperativa financiera tenía interés en el “desarrollo de la región” para “beneficiar toda la comunidad”, mientras un banco lo poseen “unos pocos, el banco no es de los clientes”. Las personas congregadas allí “son los asociados, los dueños, y mandan”, y el trabajo del gerente era “no de mandar, sino administrar”.

Él lanzó entonces en una explicación de “cooperativismo”:

básicamente trabajar en conjunto, en grupo, para un bien común. Una forma de cooperativismo aquí en Nariño es la minga que casi no practica. Pero hace 500 años nos colonizaron los españoles; antes todos trabajaban, nadie aguantaba hambre, no había pobres, pero con la propiedad privada, perdió el cooperativismo, porque cada persona quiere tener más que el otro.

Este mensaje parecía un poco raro para una institución financiera, incluso una cooperativa, pero en vez de impulsar a los oyentes a derrocar el sistema de propiedad privado, el gerente les aseguró que como miembros, ellos participarían en un sistema de “igualdad, equidad, todos tienen los mismos beneficios, derechos, deberes”. Él explicó que la cantidad de dinero que un miembro podía obtener en un préstamo siempre correspondió a cuánto dinero se invirtió en “aportes”. Si el miembro tuviera un millón invertido, el miembro podría conseguir un préstamo de nueve millones de pesos; con cien mil invertidos, novecientos mil pesos de préstamo. Como la cantidad del préstamo siempre fue nueve veces la inversión, había “igualdad” para los miembros. “Nuestro crédito es un servicio democratizado, todos iguales”.

Este discurso, que empezó con la premisa radical de igualdad aborígen, terminó con el dinero y la cooperativa financiera como ins-

trumento contemporáneo de igualdad formal. No se comentó que estas cantidades pudieran tener significados bastante diferentes, ni se mencionó el problema de distribución existente de recursos que permitieron a los adinerados tener créditos inmensos (Reddy, 1987). En cambio el gerente dijo que quizás los ricos tuvieran más inteligencia en el uso de préstamos.

Los nuevos miembros parecían ser generalmente entusiásticos. Elena dijo a menudo que estaba aprendiendo y que el gerente era un orador bueno. El gerente cerró la reunión: “les invito edificar un gran edificio, construido por nosotros”. De hecho, Elena doblaría el tamaño de la sala, movilizand o a todos los familiares (incluso Oscar, su hermano normalmente recalcitrante) para ayudar. Con sus tejas brillantes reemplazando los tablon es de madera anteriores, la familia Cisneros se acercaba aún más a tener la casa mestiza del centro urbano.

En su promoción de la idea de logros modernos y de igualdad formal, las nuevas instituciones financieras fueron generalmente exitosas en Túquerres. Sin embargo, en 1998, la institución financiera de CrediSocial falló. Aunque ya no estuve en Túquerres en ese momento, parece que tal fracaso podía aumentar la sospecha de estas instituciones, dañando su potencial de expresar relaciones modernas. Otras instituciones, intentando evitar un fracaso similar, obstaculizaron temporalmente los retiros. Elena estaba impaciente con su banco porque ella quiso comprar otro cerdo para la huerta. Para la modernización campesina, el banco y el banco-cerdo están íntimamente relacionados, y este tipo de separación dañó estas nuevas instituciones.

No obstante, este fracaso sólo sirve para subrayar el punto de que estas instituciones tuvieron éxito cuando enfatizaban la igualdad, las aspiraciones modernas y las decisiones independientes, los mismos temas que han transformado y han vigorizado instituciones de las comunidades más viejas: Iglesia, mercado y chaza.

Modernización campesina; comunidad; igualdad

Las apropiaciones modernas de hecho han cambiado algunos de los aspectos más pronunciados de diferenciación de las elites que dominaban la región por los años treinta. Cuando les pregunté en mis en-

cuestas, de gente rica y pobre en su barrio, la respuesta más predominante en las áreas rurales fue que “somos todos pobres”. Más del 60% de las personas que respondieron dijeron algo similar a este dicho: que las personas en su vereda o eran todos iguales, medianos, regulares o que no había ninguna persona rica en los alrededores. La gente dijo a menudo que cada persona tenía su “pedacito” de tierra. La mayoría de los otros contestaron que la mayoría en su vereda eran iguales, exceptuando a uno o dos adinerados. Muchos agricultores así continuaban sus actividades pensando en las acciones de los hacendados grandes. Aunque el carácter de una encuesta pierde las distinciones sutiles que la gente hace entre los vecinos, normalmente las diferencias en recursos podían ser explicados por eventos y circunstancias concretas, la suerte que algunas personas tenían “trabajando”.

Durante mi estudio etnográfico, los habitantes se apropiaban de artículos y modos modernos en un esfuerzo relativamente colectivo. La red de intercambio para los cilindros de gas, los discos compactos y llamadas telefónicas eran similares a las relaciones de intercambio de plantas de repollo, cuyes y agua de chanco. Tales artículos tal vez intensificaban las interacciones, si el número de veces que tenía que correr a los vecinos para informarles de una llamada telefónica puede tomarse como evidencia.

A veces los que hicieron las apropiaciones modernas más grandes eran aquéllos que luchaban para la inclusión de los menos afortunados. Por ejemplo, en 1997, Elena fue elegida vicepresidente de la asociación de padres de familia escolar, y los maestros les pidieron a los elegidos que escribieran sus sugerencias para la escuela. Elena me pidió que tecleara la carta en mi computadora, concluyendo con sus pensamientos de lo “económico”:

No exigir cada nuevo año libros nuevos, sino pedir los libros del año pasado para que así cualquier padre o madre de familia poderlos comprar estos libros o no exigir libros porque hay muchas familias muy pobres...

Que el restaurante debe ser a un precio justo para que los niños muy pobres puedan comer porque hay familias que tienen has-

Foto 20

Propaganda bancaria

Izquierda: Promoción de las cosas que los ahorradores pueden ganar, como carro nuevo, plancha, cafetera, licuadora, juego de ollas. “Ahorrar paga”.

Derecho: Promoción de una cuentita para niños. “Cuando yo sea grande... Quiero tener una finca grandota con muchos animales y una piscina para ir con mis amigos. Por eso quiero empezar a ahorrar desde ahora”.

**Además
GANE:**




CARRO 0 KMS



PLANCHA



CAFETERA



LICUADORA



JUEGO DE OLLAS

**AHORRAR EN
PAGA**

Línea de información en Cali



**Cuando yo
sea grande...**

Quiero tener una finca grandota con muchos
animales y una piscina para ir con mis amigos.
Por eso quiero empezar a ahorrar desde ahora.

CUENTA DE AHORROS

Crece contigo !

ta cuatro hijos y es grave para ellos no poder pagar los \$700. Puede ser a un precio más bajo y económico.

Elena, con sólo un hijo en la escuela, y con los recursos para libros y comida, no obstante intentó suplicar para las “muchas familias muy pobres”. Ella no tenía problemas en apropiarse de los artículos modernos para su familia y para su hijo, e incluso alistar un gringo y una computadora para sus comentarios, pero no aprovechó la oportunidad de identificarse con los privilegiados o para pedir servicios mejores. Más bien, sus propuestas apoyaron una igualdad del acceso educativo para los pobres.

Es imposible predecir por qué camino llevan las apropiaciones modernas y la agricultura del minifundio. Además, las elites siempre preparan nuevos proyectos de “progreso”. En los años noventa, su última esperanza estaba en la energía geotérmica.

Notas:

- 1 Los hombres iban a misa, pero ellos normalmente estaban de pie al borde de la iglesia o afuera, mientras las mujeres se sentaban en el centro. El mismo modelo se ilustra con las reuniones de vendedores del mercado. “Si uno mira la vida cotidiana en la sociedad campesina, con su trabajo en la finca o en los campos, reuniones en los pozos o en las calles del pueblo, fiestas y días festivos, iglesias y viajes al mercado, uno se impresiona hasta qué punto los dos sexos actuaron como dos colectividades separadas” (Frykman y Löfgren, 1999:92).
- 2 Desde las historias europeas más tempranas, se han comparado los juegos de pelota de caucho de América con el tenis (Stern, 1949:1, 8, 11).
- 3 Bromley detalló este modelo en el norte de Ecuador, donde la mayoría de los mercados se concentran sábado y domingo, con jueves y lunes como otros días del mercado prominentes; él también encontró que el domingo era por lo menos un día del mercado menor, si un pueblo sostuviera un mercado en otro día, y que el día anterior al mercado al mayor pudiera ser un mercado de por mayor (1976:98-9, 105). Estas observaciones están bien tomadas en Túquerres, donde la actividad del mercado al por mayor empezó el miércoles, el día del mercado grande era jueves, y había un día del mercado subsidiario, el domingo.
- 4 “La combinación de mercados del domingo y la misa del domingo, com-

pulsiva para los indios rurales, intentaba asegurar su participación en ambas funciones, y minimizar el número de días por la semana que gastaron fuera de sus casas y las actividades productivas” (Bromley y Symanski, 1974:9; ver Mintz, 1955:96)

- 5 Uno de las carrozas políticas más famosos apareció en 1995, una efigie de la esposa del Alcalde con la inscripción “Yo Mando Aquí”, simbolizando lo que muchas personas vieron como su asunción impropia de poder en el municipio y el sentido de que había una falta general de “autoridad” en Túquerres. Los recuerdos de esta carroza sirvieron como lemas en la campaña municipal de Luis Fernando. Sin embargo, el triunfo de una campaña vinculada a las aspiraciones locales de la modernización campesina limitó el mensaje de carrozas de protesta política. De hecho, una de las primeras acciones que el equipo de Luis Fernando tomó en la elección fue asegurar los fondos para el Carnaval, temeroso de que el Alcalde actual no dirigiera el fondo del presupuesto.
- 6 Hay otras reglas y normas que podían terminar en la pérdida de un juego. En casos extremos esto ocasionó una disputa larga. Aunque nunca entendí las reglas de la chaza en su totalidad, sospecho que el nivel de complejidad ayuda a mantener un equilibrio entre los equipos (ver Gillespie, 1991:344). Las complejidades a veces ocasionaron duelos verbales más intensos que el juego mismo.

Conclusión

La mayoría de los habitantes de Túquerres, oyó por primera vez del proyecto geotérmico del Azufral en la campaña municipal de 1997. Reaccionaron de inmediato que era absurdo, un plan de prometer la luna, con poca relevancia en la realidad local; la única realidad que los habitantes vieron era una oportunidad para la corrupción y el malgasto. Los votantes condenaron a su defensor principal con un rechazo electoral completo, despidiendo la posibilidad.

Sin embargo, los eventos siguientes muestran que tales decisiones no dependen de elecciones municipales, a pesar de la famosa descentralización gubernamental. Lejos de Túquerres, en Washington D.C., economistas, que no tenían idea ninguna de las elecciones municipales, continuaban preparando los “Estudios de Prefactibilidad del Campo Geotérmico Azufral”. En marzo 2000, el Banco Interamericano de Desarrollo, usando el Fondo Fiduciario Japonés para Servicios de Consultoría, aprobó el estudio. Los ingenieros y científicos japoneses habían programado el viaje a Túquerres para el 2001.

Claro que hay una distancia larga entre la prefactibilidad, la factibilidad y construir una planta geotérmica. Sin embargo, no fue demasiado temprano para los planificadores glorificar los beneficios de la energía geotérmica como fuente limpia de electricidad. Como beneficio potencial del proyecto, la propuesta detallaba el “desarrollo de una nueva actividad de carácter industrial que favorecería la modernización del Departamento de Nariño, actualmente a la zaga del resto del país y dependiente del sector agropecuario que, por diferentes motivos, está altamente deprimido” (BID 2000:14).

Las imágenes, aunque notablemente abreviadas, fueron todavía tomadas del “camino del progreso”. Nariño estaba “a la zaga del resto del país”. También existía el problema de la dependencia del “sector agropecuario” que estaba “altamente deprimido”. Indudablemente, el doctor, en su apartamento de Bogotá, aprobaría esta oportunidad de salir de la antigüedad, usando los fondos de Japón y Bogotá para incorporar la periferia al centro.

Los temas de este libro son, por consiguiente, no sólo decisivos para entender la historia y la actualidad de Túquerres, sino su futuro y la presencia continua de proyectos manejados por las elites. El proyecto de Azufral formaba parte de una historia de Túquerres que pocas personas saben, como el último en una sucesión larga de los proyectos y los planes que prometieron el progreso del altiplano. Como con el camino entre Túquerres y Barbacoas del siglo diecinueve o el proyecto de mecanización de las fincas lecheras en los años setenta, Túquerres entró de nuevo en un momento decisivo. Como defendí en el capítulo 1, estos proyectos de progreso inevitablemente involucraban los proyectos de dominación de un grupo sobre el otro. Aunque la historia real de estos proyectos fue bastante variada, desde un progreso a base de la importación de lujo extranjero, hasta la idea del desarrollo nacional y la modernización, esta historia ha construido oposiciones duraderas entre el progreso y el retroceso, ciudad urbana y área rural, la elite modernizando y el indio-campesino estancado. Los planes para ordenar la última tecnología para una planta geotérmica brillante, en medio de un sector agropecuario “altamente deprimido”, tuvieron potencia enorme para reforzar estas oposiciones.

Al mismo tiempo, una planta geotérmica también podría volverse parte de lo que los habitantes describieron como *todo moderno*. Como defendí en el capítulo 2, los habitantes no han esperado por economistas e ingenieros para que le entreguen la modernización, sino que activamente han incorporado artículos y modos modernos en sus vidas. Tomar la corriente de estas aspiraciones populares para una modernidad justa podría liberar más energía que la que los ingenieros concebían entrampada en el volcán adormecido. Pero esto requirió el reconocimiento de que los significados de la modernización no siempre siguen los guiones de la modernización normal.

El proyecto de Azufra así prometía continuar la modernidad contradictoria e híbrida que ha teorizado Nestor García Canclini:

Los países latinoamericanos son actualmente resultado de la sedimentación, yuxtaposición y entrecruzamiento de tradiciones indígenas (sobre todo en las áreas mesoamericana y andina), del hispanismo colonial católico y de las acciones políticas, educativas y comunicacionales modernas. Pese a los intentos de dar a la cultura de élite un perfil moderno, recluso lo indígena y lo colonial en sectores populares, un mestizaje interclase ha generado formaciones híbridas en todos los estratos sociales. Los impulsos secularizadores y renovadores de la modernidad fueron más eficaces en los grupos “cultos”, pero ciertas élites preservan su arraigo en las tradiciones hispánico-católicas, y en zonas agrarias también en tradiciones indígenas, como recursos para justificar privilegios del orden antiguo desafiados por la expansión de la cultura masiva. (1989:71)

He intentado aportar una narración de esta sedimentación compleja, una yuxtaposición y un entretejido. También espero haber desarrollado estos conceptos aún más, explorando la modernización como concepto dependiente de los actores. Las personas en Túquerres también atribuyeron sus significados particulares a la modernización que representa una diferencia en sus opciones y el resultado de la modernidad latinoamericana.

Mi esfuerzo de investigar los aspectos dependientes en los actores de la modernización está de alguna manera aliado con el trabajo sobre los consumidores, como hace Richard Wilk en Belice (1999, 1990). Wilk ha explorado los significados disputados de objetos extranjeros y cómo el consumo de estos artículos puede acelerar el derrumbe de jerarquías anteriores. Esto se relaciona a la vez con García Canclini y su explicación del consumo de masa que erosiona las fronteras de distinción.

Aunque el *todo moderno* de Túquerres se relaciona ciertamente con el consumo, también intenté mostrar hasta qué punto estos procesos eran más extensos que una noción limitada de consumo. Los equipos de sonido y discos compactos pueden ser artículos de consumo, pero la estufa de gas está íntimamente involucrada en la producción de comida para la casa. Es más, anoté que lo que era más parecido a una

cultura consumista en Túquerres fueron las carteleras, propaganda y vendedores de químicos agrícolas, que fueron fundamentales en el proceso productivo.

Los significados de la modernización en Túquerres nunca podían separarse de las actividades agrícolas y mercantiles fundamentales para sustento de la mayoría de los habitantes. El documento del proyecto Azufral que declaró que Nariño fue “dependiente” del sector agropecuario que “por diferentes motivos, está altamente deprimido”; no se habló específicamente de la agricultura como “atrasada”, pero las nociones de una actividad tradicional y rudimentaria estuvieron presentes bajo la superficie de este discurso técnico. En el capítulo 3, defendí que mientras los observadores de la elite vieron actividades de la tradición y dependencia, los agricultores hablaban de su experiencia en mantener la viabilidad y autonomía de la agricultura minifundista.

Examiné estas actividades por lo que se refiere a su correspondencia con proceso laboral campesino definido por Michel-Rolph Trouillot. Defendiendo la utilidad continuada de terminología campesina, busqué enfatizar la manera en que la agricultura rural debe ser examinada en sus procesos específicos, en vez de declaraciones demasiado ambiciosas de los cambios de una globalización posmoderna. Al mismo tiempo, es necesario desarrollar estos conceptos para mostrar cómo ellos son alterados en las definiciones locales; por ejemplo, mucho de lo que se vería inicialmente como aparcería o trabajo asalariado puede en realidad mantener la agricultura y el mercado campesino.

No quiero sugerir que nada ha cambiado. Hubo un cambio importante en las ideas sobre el Estado y, por consiguiente, sobre las políticas de la modernización estatal. De hecho, el proyecto de Azufral aporta un ejemplo bueno de este cambio. El documento separó el proyecto explícitamente de la idea más vieja de las firmas de energía manejadas por el Estado. Ahora, mientras “el Estado” llevaría a cabo el estudio inicial, los planificadores sugirieron que un estudio extenso y el desarrollo de una planta “sean desarrollados mediante la iniciativa privada” (2000:1). El proyecto intentó impulsar el desarrollo privado de los servicios y “el mercado mayorista de energía” (2000:3), y entonces el proyecto estuvo dentro del paradigma neoliberal de mercados eficientes y de la competencia privada:

Dentro de los sectores eléctricos modernos, como el que ha adoptado institucionalmente Colombia, corresponde a los agentes privados invertir en la expansión de la generación y, al Estado, la decisión de alejarse de las actividades empresariales y dirigir sus esfuerzos a los campos de planificación indicativa, y formulación y puesta en marcha de políticas de desarrollo claras y estables, de supervisión, control y regulación. (2000:13)

Al mismo tiempo, el documento también fue circunspecto al mencionar su atención a los grupos vulnerables, especificando la necesidad de “consultas efectuadas con autoridades gubernamentales, locales, o de grupos étnicos y líderes comunales” y de la “identificación de los impactos sociológicos del proyecto sobre grupos indígenas y demás habitantes de la zona de influencia del proyecto” (2000:Anexo 1 pág. 4). Como discutimos en el capítulo 4, esta visibilidad al nivel retórico de la modernización estatal, no muestra cualquier indicación necesaria de recursos reales para estos grupos. Los planificadores buscaron identificar “los impactos sociológicos negativos” y proponer “las medidas re- mediales respectivas” (2000:Anexo 1 pág. 4), pero no hubo ninguna mención que dirigiera los recursos, en realidad, a los tradicionalmente perjudicados. En cambio, el documento sugirió que la inversión privada tendría el ímpetu por el desarrollo de este recurso (2000:13). Finalmente, debe percibirse que a pesar de la inclusión de estudios de impacto sociológico como aspecto mayor en el plan del proyecto, ellos fueron no obstante la porción más pequeña del presupuesto, sumando no más del 3,8% del costo total.

Como discutimos arriba, el proyecto geotérmico perduró sin tener en cuenta las elecciones municipales. Mientras no puede decirse que la elección fue un referéndum de este tema, la votación exhibió una preocupación amplia con tales planes. Sin embargo, el proyecto de Azufral revela la falacia de la nueva autonomía local. El documento de Azufral especificó un área del proyecto inicial que cubría 900 kilómetros cuadrados, abarcando a cuatro Municipios. Por consiguiente, los planificadores simplemente podrían escoger el municipio de menor resistencia, o alternativamente se crearía una lucha para la ubicación de recursos.

No quiero decir que Túquerres no se beneficiaría de este tipo de inversión. La generación geotérmica, en general, ha demostrado ser

una fuente económica y sostenible de energía. Debido a otras políticas y a las prioridades estatales que tenían que fijarse en la violencia nacional, el proyecto se quedó totalmente estancado. A pesar de estas cosas específicas, la pregunta sigue siendo hasta qué punto los nuevos planes de la modernización continuarán con la dominación y la opresión, o si ellos pueden ordenarse para una modernización alternativa que promueva instituciones más inclusivas e igualitarias. Como ideal, esta modernización alternativa sería consistente con proyectos democráticos: “quizá el tema central de las políticas culturales sea hoy cómo construir sociedades con proyectos democráticos compartidos por todos sin que igualen a todos, donde la disgregación se eleve a diversidad y las desigualdades (entre clases, etnias o grupos) se reduzcan a diferencias”. (García Canclini, 1989:148).

Bibliografía

La materia citada por el archivo municipal de Túquerres sigue la estructura organizacional establecida por Edgar Coral Oviedo (1990).

PT – Fondo Provincia de Túquerres

MT – Fondo Municipio de Túquerres

C – Correspondencia

CCM – Corporación o Concejo Municipal

DRA – Decretos, Resoluciones, Actas

H – Hacienda

J – Judicial

Esta información se sigue por el número de caja y número de carpeta, cuando está disponible.

ALAVI, H.

- 1982 “India: Transition to Colonial Capitalism”. ALAVI, H.; BURNS, P.L.; KNIGHT, G.R.; MAYER, P.B.; McEACHERN, D. (eds.), *Capitalism and Colonial Production*. London y Canberra: Croom Helm.

ALEXANDER, J.

- 1987 *Trade, Traders and Trading in Rural Java*. Singapore: Oxford University Press.

ÁLVAREZ GARZÓN, J.

- 1943 *Los Clavijos*. Bogotá: Editorial Cromos.

AMIN, S.

- 1984 *Sugarcane and Sugar in Gorakhpur: An Inquiry into Peasant Production for Capitalist Enterprise in Colonial India*. Delhi: Oxford University Press.

- ANDRÉ, E.
 1884 "América Equinoccial" (477-859). *América Pintoresca: Descripción de viajes al nuevo continente*. Barcelona: Montaner y Simon.
- ANNIS, S.
 1987 *God and Production in a Guatemalan Town*. Austin: University of Texas Press.
- ARCHETTI, E.
 1997 *Guinea-Pigs: Food, Symbol and Conflict of Knowledge in Ecuador*. NAPOLITANO, V; WORSLEY, P. (trads.). Oxford y New York: Berg.
- BARSKY, O; COSSE, G.
 1981 *Tecnología y cambio social: las haciendas lecheras del Ecuador*. Quito: FLACSO.
- BAUER, P.T.; YAMEY, B.S.
 1968 "The Economics of Marketing Reform". BAUER, P.T.; YAMEY, B.S. (eds.), *Markets, Market Control, and Marketing Reform*. London: Weidenfeld y Nicolson.
- BEHAR, R.
 1986 *Santa María del Monte: The Presence of the Past in a Spanish Village*. Princeton: Princeton University Press.
- BEJARANO, J.A.
 1998 *Economía de la agricultura*. Bogotá: Tercer Mundo.
- BERNAL, V.
 1994 "Peasants, Capitalism, and (Ir)rationality". *American Ethnologist*, 21, 4, 792-810.
- BERRY, R.A.; HELLMAN, R.G., SOLAUN, M. (eds.)
 s/f *Politics of Compromise: Coalition Government in Colombia*. New Brunswick: Transaction Publishers.
- BERRY, S.
 1975 *Cocoa, Custom and Socio-economic Change in Rural Western Nigeria*. Oxford: Clarendon Press.
 1993 *No Condition is Permanent: The Social Dynamics of Agrarian Change in Sub-Saharan Africa*. Madison: University of Wisconsin Press.
- BOURDIEU, P.
 1977 *Outline of a Theory of Practice*. NICE, R. (trad.). Cambridge: Cambridge University Press.
 1985 "The Social Space and the Genesis of Groups". *Theory and Society*, 14, 6, 723-744.
- BOURRICAUD, F.

- 1975 "Indian, Mestizo, and Cholo as Symbols in the Peruvian System of Stratification". GLAZER, N.; MOYNIHAN, D.P. (eds.), *Ethnicity: Theory and Experience*. Cambridge: Harvard University Press.
- BRAUDEL, F.
 - 1981-84 *Civilization and Capitalism 15th-18th Century, 3 Vols.* REYNOLDS, S. (trad.). New York: Harper & Row.
- BRISSON, J.
 - 1899 *Viajes por Colombia en los años de 1891 a 1897*. Bogotá: Imprenta Nacional.
- BROMLEY, R.J.
 - 1976 "Contemporary Market Periodicity in Highland Ecuador". SMITH, C.A. (ed.), *Regional Analysis: Economic Systems*, Vol. 1. New York: Academic Press.
 - 1981 "Market Center and Market Place in Highland Ecuador: A Study of Organization, Regulation, and Ethnic Discrimination". WHITTEN, N.E. (ed.), *Cultural Transformations and Ethnicity in Modern Ecuador*. Urbana: University of Illinois Press.
- BROMLEY, R.J.; SYMANSKI, R.
 - 1974 "Marketplace Trade in Latin America". *Latin American Research Review*, 9, 3, 3-38.
- BUSHNELL, D.
 - 1993 *The Making of Modern Colombia: A Nation in Spite of Itself*. Berkeley y Los Angeles: University of California Press.
- CALERO, L.F.
 - 1997 *Chiefdoms Under Siege: Spain's Rule and Native Adaptation in the Southern Colombian Andes, 1535-1700*. Albuquerque: University of New Mexico Press.
- CARO MOLINA, F.
 - 1954 *De Agustín Codazzi a Manuel María Paz*. Cali: Editorial La Voz Católica.
- CEPEDA ULLOA, F.; MITCHELL, C.
 - 1980 "The Trend towards Technocracy: The World Bank and the International Labor Organization in Colombian Politics" (237-257).
- CERÓN SOLARTE, B.
 - 1997 *Pasto: Espacio, Economía y Cultura 1940-1980 (Primera Parte)*. Pasto: Fondo Mixto de Cultura-Nariño.
- CHAMORRO, D.; ERASO E., M.
 - 1983 *Elementos para la interpretación de la historia de Nariño*. Pasto: Publicaciones FINCIC.

- CHÁVES, M. y otros.
1959 *Estudio socio-económico de Nariño*. Bogotá: Editorial Argra.
- CHEVALIER, J.M.
1982 *Civilization and the Stolen Gift: Capital, Kin, and Cult in Eastern Peru*. Toronto: University of Toronto Press.
- CIFUENTES LÓPEZ, G.
1993 *La Ciudad Mártir*. Imprenta Nacional de Colombia.
- COLLOREDO-MANSFELD, R.
1999 *The Native Leisure Class: Consumption and Creativity in the Andes*. Chicago y London: University of Chicago Press.
- COMISIÓN DE LA CULTURA ALDEANA
1935 *El departamento de Nariño*. Bogotá: Imprenta Nacional.
- CORAL OVIEDO, E.
1990 "Guía del archivo histórico del Municipio de Túquerres: proyecto: rescate, ordenación y clasificación". Pasto.
- CORONIL, F.; SKURSKI, J.
1993 "Country and City in a Postcolonial Landscape: Double Discourse and the Geo-Politics of Truth in Latin America" (231-259). DWORKIN, D.L.; ROMAN, L.G. (eds.), *Views Beyond the Border Country: Raymond Williams and Cultural Politics*. New York y London: Routledge.
- CORREA, J.
1999 "Una canasta con mucha tecnología". *El Tiempo*. Bogotá.
- CORRIGAN, P.; SAYER, D.
1985 *The Great Arch: English State Formation as Cultural Revolution*. Oxford: Basil Blackwell.
- CRAIN, M.M.
1990 "The Social Construction of National Identity in Highland Ecuador". *Anthropological Quarterly*, 63, 1, 43-59.
- CRESPI, M.
1975 "When Indios Become Cholos: Some Consequences of the Changing Ecuadorian Hacienda" (148-166). BENNETT, J.W. (ed.), *The New Ethnicity: Perspectives from Ethnology*. 1973 Proceedings of the American Ethnological Society. St. Paul: West Publishing.
- CURRIE, L. (ed.)
1950 *The Basis of a Development Program for Colombia*. Washington, D.C.: International Bank for Reconstruction and Development.

- 1951 *Bases de un programa de fomento para Colombia: informe de una misión*. Banco de la República: Bogotá.
- DE LA VEGA, S.P.
- 1994 *Apertura y desarrollo: elementos para el debate*. Bogotá: Editorial Liotopia Bolívar y Cía.
- DE POMBO, J.
- 1992 "Dynamics of the Colombian Agricultural Sector" (163-184). COHEN, A.; GUNTER, F.R. (eds.), *The Colombian Economy: Issues of Trade and Development*. Boulder: Westview Press.
- DELER, J.P.
- 1996 "Tiempos y espacios de una horogénesis: los territorios fronterizos entre Colombia y Ecuador" (23-40). CAILLAVET, C.; PACHÓN, X. (eds.), *Frontera y poblamiento: estudios de historia y antropología de Colombia y Ecuador*. Bogotá: Instituto Francés de Estudios Andinos.
- DELGADO VELASCO, L.A.
- 1997 *Túquerres: Tierra Gestora de Libertad*. Túquerres: Impresos Nobel.
- DIARIO DEL SUR
- 1996 "¿Hasta cuándo?". Pasto.
 - 1998 "Piden Orden". Pasto.
- DUEÑAS NARVÁEZ, J.V.
- 1997 *Nariño 93 años: sinopsis histórica, geográfica, económica y social del departamento de Nariño*. Bogotá: Editorial Kimpres Ltda.
- EDELMAN, M.
- 1992 *The Logic of the Latifundio: The Large Estates of Northwestern Costa Rica since the Late Nineteenth Century*. Stanford: Stanford University Press.
 - 1996 "Reconceptualizing and Reconstituting Peasant Struggles: A New Social Movement in Central America". *Radical History Review*, 65, 26-47.
- EL TIEMPO
- 1998 "La meta de inflación se cumplió para los pobres". Bogotá.
 - 1999 "Dígame, doctor, por favor". Bogotá.
- ERASO, A.
- 1997 "Imagen Típica". *Diario del Sur*. Pasto.
- FALS BORDA, O.
- 1955 *Peasant Society in the Colombian Andes: A Sociological Study of Saucio*. Gainesville: University of Florida Press.

- 1961 *Campesinos de los Andes: estudio sociológico de Saucó*. University Nacional: Bogotá.
 - 1964 "La transformación del agro en Hispanoamérica. El caso de Nariño en Colombia". *Revista de Ciencias Sociales* 8, 4, 389-402.
- FEDER, E.
- 1970 "Counter Reform" (173-224). STAVENHAGEN, R. (ed.), *Agrarian Problems and Peasant Movements in Latin America*. New York: Penguin Books.
 - 1971 *The Rape of the Peasantry: Latin America's Landholding System*. New York: Doubleday.
- FOX, J.G.
- 1996 "Playing with Power: Ballcourts and Political Ritual in Southern Mesoamerica". *Current Anthropology*, 37, 3, 483-509.
- FRANCK, H.A.
- 1917 *Vagabonding Down the Andes: Being the Narrative of a Journey, Chiefly Afoot, from Panama to Buenos Aires*. Garden City, NY: Garden City Publishing Company.
- FRYKMAN, J.; LÖFGREN, O.
- 1999 (1979) *Culture Builders: A Historical Anthropology of Middle-Class Life*. CROZIER, A. (trad.). New Brunswick, NJ y London: Rutgers University Press.
- GARCÍA CANCLINI, N.
- 1989 *Culturas híbridas: estrategias para entrar y salir de la modernidad*. México city: Grijalbo.
- GEERTZ, C.
- 1963 *Peddlers and Princes: Social Change and Economic Modernization in Two Indonesian Towns*. Chicago y London: Chicago University Press.
- GILLESPIE, S.D.
- 1991 "Ballgames and Boundaries". SCARBOROUGH, V.L.; WILCOX, D.R. (eds.), *The Mesoamerican Ballgame*. Tucson: University of Arizona Press.
- GOLTE, J.
- 1980 *La racionalidad de la organización andina*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.
- GUDEMAN, S.; RIVERA, A.
- 1990 *Conversations in Colombia: The Domestic Economy in Life and Text*. Cambridge: Cambridge University Press.

- GUERRERO DAVILA, J.
 1995 "Informe socio-económico, etnohistorico y jurídico de la comunidad indígena de Túquerres de la etnia de los Pastos". Pasto: Instituto Colombiano de la Reforma Agraria.
- GUHA, R.
 1983 *Elementary Aspects of Peasant Insurgency in Colonial India*. Delhi: Oxford University Press.
- GUTIÉRREZ, R.
 1897 "De Tumaco a Pasto". *El Repertorio Colombiano*, 14 y 15, (5, 1 & 4), 324-348.
- HAMNETT, B.R.
 1990 "Popular Insurrection and Royalist Reaction: Colombian Regions, 1810-1823" (292-326). FISHER, J.R.; KUETHE, A.J.; McFARLANE, A. (eds.), *Reform and Insurrection in Bourbon New Granada and Peru*. Baton Rouge y London: Louisiana State University Press.
- HARRIS, O.
 1995 "Ethnic Identity and Market Relations: Indians and Mestizos in the Andes" (351-390). LARSON, B.; HARRIS, O. (eds.) *Ethnicity, Markets, and Migration in the Andes*. Durham y London: Duke University Press.
- HARTWIG, R.E.
 1983 *Roads to Reason: Transportation, Administration, and Rationality in Colombia*. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press.
- HEFNER, R.W.
 1990 *The Political Economy of Mountain Java: An Interpretive History*. Berkeley y Los Angeles: University of California Press.
- HEYMAN, J.McC.
 1994a "Changes in House Construction Materials in Border Mexico: Four Research Propositions about Commoditization". *Human Organization*, 53, 2, 132-142.
 1994b "The Organizational Logic of Capitalist Consumption on the Mexico-United States Border". *Research in Economic Anthropology*, 15, 175-238.
- HIRSCHKIND, L.
 1988 "Reforma agraria y estrategias campesinas". BARSKY, O. (ed.) *La reforma agraria ecuatoriana*. Quito: Corporacion Editora Nacional.
- HOBBSAWM, E.J.
 1976 "Peasant Movements in Colombia". *International Journal of Economic and Social History*, 8, 166-186.

- HOMMES, R.; MONTENEGRO, A.; RODA, P.
 1994 *Una apertura hacia el futuro*. Bogotá: Tercer Mundo Editores.
- INTER-AMERICAN DEVELOPMENT BANK
 2000 "Prefeasibility Studies for the Azufral Geothermal Field". Washington, D.C.
- JACKSON, J.
 1995 "Culture, Genuine and Spurious: The Politics of Indianness in the Vaupés, Colombia". *American Ethnologist*, 22, 1, 3-27.
- JUÁREZ, C.E.
 1993 "Trade and Development Policies in Colombia: Export Promotion and Outward Orientation, 1967-1992". *Studies in Comparative International Development*, 28, 3, 67-97.
- JURADO NOBOA, F.
 1990 *Esclavitud en la costa pacífica: Iscuandé, Tumaco, Barbacoas y Esmeraldas siglos XVI al XIX*. Quito: Ediciones ABYA-YALA.
- KEARNEY, M.
 1996 *Reconceptualizing the Peasantry*. Boulder: Westview.
- KECK, M.E.; SIKKINK, K.
 1998 *Activists Beyond Borders: Advocacy Networks in International Politics*. Ithaca y London: Cornell University Press.
- KLINE, H.F.
 1995 *Colombia: Democracy Under Assault*. Boulder: Westview.
- LARSON, B.
 1995 "Andean Communities, Political Cultures, and Markets: The Changing Contours of a Field" (5-56). LARSON, B.; HARRIS, O. (eds.), *Ethnicity, Markets, and Migration in the Andes*. Durham y London: Duke University Press.
- LEHMANN, D.
 1986a "Sharecropping and the Capitalist Transition in Agriculture". *Journal of Development Economics*, 23, 333-354.
 1986b "Two Paths of Agrarian Capitalism, or a Critique of Chaynovian Marxism". *Comparative Studies in Society and History*, 28, 4, 601-627.
- LEWIS, O.
 1951 *Life in a Mexican Village: Tepoztlán Restudied*. Urbana: University of Illinois Press.
- LLOVET, I.; BARSKY, O.; MURMIS, M.
 1986 "Caracterización de estructuras de clase en el agro ecuatoriano"

- (17-78). MURMIS, M. (ed.), *Clase y región en el agro ecuatoriano*. Quito: Corporación Editora Nacional.
- MAIGUASHCA, J.
 1992 "La cuestión regional en la historia ecuatoriana (1830-1972)". AYA-LA MORA, E. (ed.), *Nueva historia del Ecuador*. Quito: Corporación Editora Nacional.
- MARTZ, J.D.
 1997 *The Politics of Clientelism: Democracy and the State in Colombia*. New Brunswick y London: Transaction Publishers.
- MAYER, E.J.; GLAVE, M.
 1999 "Alguito para ganar (a little something to earn): Profits and Losses in Peasant Economies". *American Ethnologist*, 26, 2, 344-369.
- MEJIA A., M.I.
 1997 "Es urgente el mercadeo sin intermediarios". *Nariño al día*. Pasto.
- MEZA, M.O.
 1988 "Estudio socio-histórico de la formación social del municipio de Túquerres. Pasto: Contrato Corponariño.
- MINAUDIER, J-P.
 1988 "Une région minière de la Colonie à l'indépendance: Barbacoas 1750-1830 (économie, société, vie politique locale)". Lima, *Bulletin de l'IFEA*, XVII, 2, 81-104.
- MINTZ, S.W.
 1955 "The Jamaican Internal Marketing Pattern: Some Notes and Hypotheses". *Social and Economic Studies*, 4, 95-103.
 1959 "Internal Market Systems as Mechanisms of Social Articulation". RAY, V.F. (ed.), *Intermediate Societies, Social Mobility and Communication*. Proceedings of the 1959 Annual Spring Meeting of the American Ethnological Society. Seattle: University of Washington Press.
 1960 "A Tentative Typology of Eight Haitian Marketplaces". *Revista de Ciencias Sociales*, 4, 1, 15-57.
 1974 "Houses and Yards among Caribbean Peasantries". *Caribbean Transformations*. Chicago: Aldine.
- MITCHELL, W.
 1991 *Peasants on the Edge: Crop, Cult, and Crisis in the Andes*. Austin: University of Texas Press.
- MORALES, E.
 1995 *The Guinea Pig: Healing, Food and Ritual in the Andes*. Tucson: University of Arizona Press.

MORENO YÁNEZ, S.

- 1985 *Sublevaciones indígenas en la Audiencia de Quito: desde comienzos del siglo XVIII hasta finales de la colonia*. Quito: Ediciones de la Universidad Católica.

MUNICIPIO DE TÚQUERRES

- 1993 "Estudio de factibilidad para la creación de la secretaría de tránsito y transporte". Túquerres.
1994 "Plan integral municipal de desarrollo 1994-1997". Túquerres.

MUÑOZ CORDERO, L.I.

- 1982 *La última insurrección indígena anticolonial: ensayo histórico sobre la provincia de los Pastos, siglo 18 y 19*. Pasto: Imprenta del Departamento.

NARIÑO AL DÍA

- 1997 "¿La tierra es de quien la trabaja?". Pasto.

NASH, M.

- 1967 *Machine Age Maya*. Chicago y London: University of Chicago Press.

NUGENT, D.

- 1998 "The Morality of Modernity and the Travails of Tradition: Nationhood and the Subaltern in Northern Peru". *Critique of Anthropology*, 18, 1, 7-33.

ONFFROY DE THORON, E.

- 1983 *América Ecuatorial*. 2 vols. SAMANIEGO, F. (trad.). Quito: Corporación Editora Nacional.

ORTIZ, S.

- 1967 "Colombian Rural Market Organization: An Exploratory Model". *Man*, 2, 393-413.

ORTIZ, S.E.

- 1958 *Agustín Agualongo y su tiempo*. Bogotá: Editorial ABC.

OTERO, G.

- 1999 *Farewell to the Peasantry? Political Class Formation in Rural Mexico*. Boulder: Westview Press.

PADER, E-J.

- 1993 "Spatiality and Social Change: Domestic Space Use in Mexico and the United States". *American Ethnologist*, 20, 1, 114-137.

PANDEY, G.

- 1995 "Vocies from the Edge: The Struggle to Write Subaltern Histories". *Ethnos* 60, 3-4, 223-242.

PEÑUELA VIVEROS, J.

- 1971 *Información básica del departamento de Nariño para programas de desarrollo agropecuario*. Pasto: ICA-Unidad de Planeación Técnica y de Desarrollo.

PHELAN, J.L.

- 1967 *The Kingdom of Quito in the Seventeenth Century: Bureaucratic Politics of the Spanish Empire*. Madison: University of Wisconsin Press.

POPKIN, S.L.

- 1979 *The Rational Peasant: The Political Economy of Rural Society in Vietnam*. Berkeley: University of California Press.

PRESIDENCIA DE LA REPÚBLICA

- 1991 *La revolución pacífica: planes de desarrollo económico y social 1990-1994*. Bogotá: Departamento Nacional de Planeación.

RAPPAPORT, J.

- 1992 "Review of *Conversations in Colombia: The Domestic Economy in Life and Text*". *Man*, 27, 905-6.
1994 *Cumbe Reborn: An Andean Ethnography of History*. Chicago: University of Chicago Press.

REDDY, W.M.

- 1984 *The Rise of Market Culture: The Textile Trade and French Society, 1750-1900*. Cambridge: Cambridge University Press.
1987 *Money and Liberty in Modern Europe: A Critique of Historical Understanding*. Cambridge y New York: Cambridge University Press.
1997 *The Invisible Code: Honor and Sentiment in Postrevolutionary France, 1814-1848*. Berkeley: University of California Press.

REICHEL-DOLMATOFF, G.; REICHEL-DOLMATOFF, A.

- 1961 *The People of Aritama: The Cultural Personality of a Colombian Mestizo Village*. Chicago: University of Chicago Press.

REINHARDT, N.

- 1988 *Our Daily Bread: The Peasant Question and Family Farming in the Colombian Andes*. Berkeley y Los Angeles: University of California Press.

RICHARDSON, M.

- 1970 *San Pedro, Colombia: Small Town in a Developing Society*. New York: Holt, Rinehart and Winston.

ROBBEN, A.C.G.M.

- 1989 *Sons of the Sea Goddess: Economic Practice and Discursive Conflict in*

- Brazil*. New York y Oxford: Columbia University Press.
- RODRÍGUEZ GUERRERO, I.
 1961 *Geografía económica de Nariño*. 4 vols. Volumen 4. Pasto: Editorial Sur Colombiana.
- RODRÍGUEZ PÉREZ, E.
 1950 *Selección de escritos y discursos de Santiago Pérez*. Bogotá: Academia Colombiana de Historia.
- ROGERS, E.M. con SVENNING, L.
 1969 *Modernization among Peasants: The Impact of Communication*. New York: Holt, Rinehart and Winston, Inc.
- ROMOLI, K.
 1941 *Colombia: Gateway to South America*. Garden City, NY: Doubleday.
- SÁENZ DE VITERI, E.
 1938 *Progreso nariñense: monografía y guía comercial ilustrada del departamento de Nariño*. Quito: Caja del Seguro.
- SAFFORD, F.
 1976 *The Ideal of the Practical: Colombia's Struggle to Form a Technical Elite*. Austin: University of Texas Press.
 1991 "Race, Integration, and Progress: Elite Attitudes and the Indian in Colombia, 1750-1870". *Hispanic American Historical Review* 71, 1, 1-34.
- SAMPER, J.M.
 1944 (1861) *Ensayo sobre las revoluciones políticas y la condición social de las repúblicas colombianas (hispano-americanas)*. Bogotá: Biblioteca Popular de Cultura Colombiana.
- SANCHEZ MONTENEGRO, V.
 1940 *Los comuneros del sur*. Pasto: Imprenta del Departamento.
- SCOTT, J.C.
 1976 *The Moral Economy of the Peasant*. New Haven: Yale University Press.
- SMITH, G.
 1989 *Livelihood and Resistance: Peasants and the Politics of Land in Peru*. Berkeley: University of California Press.
- SMITH, T.L.
 1967 *Colombia: Social Structure and the Process of Development*. Gainesville: University of Florida Press.
- SMITH, T.L.; DIAZ RODRIGUEZ, J.; GARCIA, L.R.
 1945 *Tabio, A Study in Rural Social Organization*. Washington: U.S. De-

- partment of Agriculture.
- SMITH, W.R.
 1977 *The Fiesta System and Economic Change*. New York: Columbia University Press.
- STERN, T.
 1949 *The Rubber-Ball Games of the Americas*. New York: J.J. Augustin Publisher.
- STEVENSON, W. B.
 1825 *A Historical and Descriptive Narrative of Twenty Years' Residence in South America*.
- TAUSSIG, M.
 1987 *Shamanism, Colonialism, and the Wild Man: A Study in Terror and Healing*. Chicago: University of Chicago Press.
- THURNER, M.
 1993 "Peasant Politics and Andean Haciendas in the Transition to Capitalism: An Ethnographic History". *Latin American Research Review*, 28, 3, 41-82.
- TRIANA ANTORVEZA, A.
 1993 "Constitución geopolítica y pueblos indígenas" (151-171). RIBADENEIRA, J.C. (ed.), *Derecho, pueblos indígenas y reforma del estado*. Quito: Ediciones Abya-Yala.
- TRIANA, M.
 1950 (1906) *Por el sur de Colombia: excursión pintoresca y científica al Putumayo*. Bogotá: Prensa del Ministerio de Educación Nacional.
- TRIANA Y ANTORVEZA, H.; PACHECO HERNÁNDEZ, J.
 1971 *Estudio sobre las condiciones socio-económicas en el área comprendida por los municipios de Túquerres, Sapuyes y Guachucal*. Bogotá: Imprenta Nacional.
- TROUILLOT, M-R.
 1988 *Peasants and Capital: Dominica and the World Economy*. Baltimore: Johns Hopkins University Press.
- URRUTÍA, M.
 1994 "Colombia". WILLIAMSON, J. (ed.), *The Political Economy of Policy Reform*. Washington, DC: Institute for International Economics.
- VEATCH, A.C.
 1917 *Quito to Bogotá*. New York: George H. Doran Company.
- WEBER, M.
 1968 *Economy and Society*. 3 vols. New York: Bedminster Press.

WEISMANTEL, M.J.

1988 *Food, Gender, and Poverty in the Ecuadorian Andes*. Philadelphia: University of Pennsylvania Press.

1995 "Making Kin: Kinship Theory and Zumbagua Adoptions". *American Ethnologist*, 22, 4, 685-709.

WILK, R.R.

1990 "Consumer Goods as Dialogue about Development". *Culture and History*, 7, 79-100.

1999 "'Real Belizean Food': Building Local Identity in the Transnational Caribbean". *American Anthropologist*, 101, 2, 244-255.

WILLIAMS, B.F.

1991 *Stains on My Name, War in My Veins: Guyana and the Politics of Cultural Struggle*. Durham y London: Duke University Press.

WILLIAMS, R.

1973 *The Country and the City*. New York: Oxford University Press.

WOLF, E.R.

1955 "Types of Latin American Peasantry: A Preliminary Discussion". *American Anthropologist*, 57, 3, 452-471.

1966 *Peasants*. Englewood Cliffs, NJ: Prentice-Hall.

WOLF, T.

1933 *Geography and Geology of Ecuador*. FLANAGAN, J.W. (trad.). Toronto: Grand and Toy.

ZAMOSC, L.

1986 *The Agrarian Question and the Peasant Movement in Colombia: Struggles of the National Peasant Association, 1967-1981*. Cambridge y Geneva: Cambridge University Press and United Nations Research Institute for Social Development.